



MY

G♥THESS

Lucía Arca

Click
EDICIONES

Índice

Dedicatoria

PRIMERA PARTE

1. Desconocidos
2. Confrontación
3. Declaración de intenciones
4. Amargos recuerdos
5. La debacle
6. Que así sea
7. Empatados
8. Tabla rasa
9. Mentiras y medias verdades

10. Ave Fénix
11. Tras la máscara
12. Un mal trago
13. Buena imagen

SEGUNDA PARTE

14. Respuestas
15. Luces, cámara...
16. Anónimo
17. Retazos del pasado
18. Una historia sin fin
19. Trapos sucios
20. Llamada de atención
21. Inconsciencia
22. Un nuevo día
23. Temores fundados
24. Demonios personales
25. Un respiro
26. Emociones desatadas

TERCERA PARTE

27. Sed de justicia
28. Planes
29. Confesiones
30. Burocracia
31. Repercusiones
32. Reflejo distorsionado
33. Más que mil palabras
34. Heridas abiertas
35. Confesiones
36. Aliados
37. Venganza
38. Ángel de alas negras
39. Desenmascarados

Epílogo

Agradecimientos

Banda sonora del libro

Biografía

Créditos

Click

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros

Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

*A Nessa, grandísima amiga,
por ser la línea que une los puntos de
mi caótica mente.*

PRIMERA PARTE

«El pasado siempre está presente.»

MAURICE MAETERLINCK



1

DESCONOCIDOS



«Una entrada en el blog y desconecto», se dice Nessa mirando exhausta el editor de texto de su adorada bitácora. Un bostezo la obliga a torcer el gesto, pero no cede al sueño y comienza a teclear.

Buenas lunas, insomnes:

Vuestra narradora habitual os saluda desde las sombras.

Ella nunca ha querido «dar la cara» en su espacio personal, con un número considerable de visitantes, un nada desdeñable grupo de seguidores y unos pocos pero fieles comentaristas.

Mañana comienzo de nuevo mi descenso al infierno. Por injusticias de la vida (y unas mediocres notas, no eludo mi parte de culpa), repito primero de bachillerato.

Nessa tamborilea con las uñas

maquilladas de negro contra el borde de su iPad, pensando la forma de continuar su entrada: «A ver, escribir como colofón que me he pegado todo el verano enclaustrada entre estas cuatro paredes me parece algo triste, y decir que en el fondo muero de ganas de ver a mis amigas Úrsula y Rebeca roza lo vomitivo, la verdad. No soy la jodida Hello Kitty». Suspira y se revuelve el pelo todavía humedecido por la ducha. «¡Sí! ¿Por qué no? Puedo decir lo patética que soy y admitir que releo constantemente las cartas, correos electrónicos y mensajes de texto en los que ambas narran lo bien que se lo pasaban saliendo cada noche, ligando un

montón y pillando más de una borrachera. He tenido ganas de prenderle fuego a las misivas y aspirar el humo del papel en combustión, a ver si, con algo de suerte, este me evocaba el olor salobre del mar, el refrescante sabor de un mojito o la maravillosa estampa de un montón de tíos buenos corriendo por la playa y jugando al vóley.» Se sienta en el borde de la cama, alcanza el móvil de la mesilla y revisa sus conversaciones, abriendo la de Úrsula y subiendo hasta una de sus líneas preferidas: «Bebemos por ti, nena, para que veas que nos acordamos de nuestra peque». El mensaje es casi ininteligible, aunque ella los ha

aprendido a descifrar como si de una experta historiadora de jeroglíficos se tratase.

—Detesto que me llames «peque». Vale que mido metro sesenta y cuatro, pero ¿no es la media? —farfulla mirando la pantalla del teléfono—. Fantástico, ahora hablo sola.

Al final, cruza las piernas y continúa escribiendo:

Esta noche quiero despedirme, por si no sobrevivo a mañana. Odio todos esos mitos sobre el primer día, ya sabéis a qué me refiero, a esa gilipollez de ver a los compañeros, aprender cosas enriquecedoras y madurar como personas,

¡ni que fuéramos frutas de temporada!
Cuando quiero saber algo, lo busco en internet.

Dios WhatsApp, Wikipedia Hijo y Google Espíritu Santo. ¡Benditos sean!
Por mí, que les den a las repetitivas clases de Matemáticas y a la tediosa hora de Historia. La Literatura me atrae; eso sí, cuando no nos obligan a devorar novelas ambientadas en la guerra, la posguerra y toda esa basura que no tiene otro objetivo que lavarnos el cerebro para que opinemos como el maestrillo de turno. Dadme Edgar Allan Poe y que ardan las lecturas recomendadas.

Una reflexión: ¿alguno de vosotros cree que va a usar la aritmética para algo

en su vida...?

Tras despotricar sobre el instituto que la obligó a repetir, poner a caldo a los padres que la castigaron sin verano, «como si pudiesen eliminar las estaciones del año», y a la vida en general por ser tan injusta, firma con su seudónimo: Dark Gothess. Apaga la *tablet*, se arrebujá entre las sábanas ahuecando la almohada junto al cabecero de madera y se dispone a descansar.

* * *

En el otro extremo de la ciudad, Isaac relee la entrada con una canción de Thirty Seconds to Mars sonando de fondo. «Me encanta esta chica; un día sube un poema de lo más personal para, al siguiente, compartir un post como este», piensa mirando el blog. Es su más ferviente admirador, siempre lee cada pensamiento, noticia o escrito que ella sube. En el sitio del que viene, si le hubieran pillado viendo esa clase de cosas, le hubieran hecho la vida más difícil de lo que ya la tenía de por sí. Isaac se siente extrañamente unido a la desconocida oculta tras el seudónimo Dark Gothess. Aunque hace poco que conoce el blog y a su autora, en más de

una ocasión ha intercambiado comentarios con ella, difiere en algunos puntos, pero coincide en la mayoría. Él también se esconde bajo un *nick*: Cold Raven.

Su madrastra irrumpe hecha una furia en el cuarto, sin previo aviso, recorre en dos zancadas la distancia que los separa y cierra la tapa del portátil con brusquedad.

—¿Estás loca?! ¿Te lo puedes cargar!

Supervisa el aparato, que, por suerte, está en perfecto estado.

El olor a incienso impregnado en la bata de seda de la mujer no logra eclipsar el del alcohol que emana de su

boca en cuanto la abre, mostrando sus nuevas y carísimas fundas dentales de porcelana, «cortesía del calzonazos de mi padre».

—Mañana empiezas las clases en un nuevo colegio. Deberías descansar, ¡ya! —«Algo fuerte, sin duda.»—. ¡¿Me estás escuchando?! —Realiza aspavientos intentando llamar la atención de su hijastro. Los ojos de Isaac permanecen fijos en los de ella, aunque su mente continúa divagando. —«Apuesto mi corrupta alma a que es whisky.»—. ¡Te parecerá bonito! ¡A mí no me ignores, niño! —exclama furiosa, golpeando la colcha con fuerza. —«Whisky. Definitivamente. Y del

caro. Ha debido de asaltar el armarito no tan secreto de mi padre. Zorra.» Carraspea, la mira directamente y agita los hombros esbozando una sonrisa insolente—. Gracias por atenderme — ironiza ella—. ¿Sabes lo que nos ha costado que tramitaran la matrícula con tan poca antelación?

—Querrás decir que le ha costado a él. Que yo sepa, tú nunca pierdes nada, ¿verdad, Lorraine? —Isaac la provoca buscando un nuevo enfrentamiento. Ella odia su nombre completo, por lo que él lo emplea siempre que se le presenta la ocasión, remarcando cada letra. Está dispuesto a desenmascararla frente a su padre, pero es algo complicado cuando

a ella la ven como a un ángel caído del cielo y a él como a un chaval problemático. Se escucha un portazo. Su padre ha regresado y, como viene siendo costumbre, hace oídos sordos. El sonido de sus pasos en el suelo de madera indica que va hacia el despacho en el que pasa la mayor parte del tiempo.

—Mira, tu padre se ha cobrado más de un favor para que pudieses empezar de nuevo. —El tono de voz de Lorraine es ahora tan suave como su piel y tan claro como su cabello—. Podrías ser más amable, ¿no crees? —eso se lo susurra al oído, acariciando con unas uñas esmaltadas el torso descubierto de Isaac, que la aparta de un manotazo.

—Me parece haberte dicho «no» hace media hora. O tú eres sorda o yo no vocalizo. Ten un poquito de decencia, si sabes lo que eso significa... —le dice aferrando su muñeca.

Ella se incorpora, cambiando el semblante amable por otro cargado de reproche. Se libera y da por zanjada la discusión.

—Buenas noches, «cielo». —Le guiña uno de sus ojos azules antes de cerrar la puerta y encaminarse hacia el recibidor para saludar con voz melosa a su esposo.

«Otra vez la misma mierda. Tengo que aguantar a esta tía y aceptar que mi padre solo tiene ojos para ella. Ha

pegado el braguetazo, ¡y de qué manera! Sinceramente, ya me importa más bien poco. Que me llamen apático si quieren. Ese soy yo, el señor Me la Suda Todo.»

Arroja con fuerza uno de los cojines contra la pared, deseando que, junto a él, se marchen la frustración y la rabia que permanecen latentes en su interior esperando a que la burbuja de aparente calma que lo rodea explote.

«Si puedo sacar algo bueno de los últimos meses que he pasado lejos de casa ha sido librarme de las insinuaciones de Lorraine, de su constante acoso y de los bruscos cambios de humor que la caracterizan. Algún día, con suerte, igual mi padre se

quita el velo que le ciega y ve tal y como es a la persona que ha elegido», piensa cubriéndose con las sábanas.

Apaga la luz de su lámpara e intenta conciliar el sueño y olvidar durante unas horas lo sucedido, imaginando cómo será Dark Gothess en persona. Sabe que lo más probable es que nunca la conozca y lo suyo quede reducido a una relación platónica, aunque soñar es gratis. Se entrega a Morfeo rememorando las conversaciones con su diosa cibernética.

2

CONFRONTACIÓN



Un tímido rayo de sol se cuele en la habitación de un edificio de tres plantas.

Nessa descansa plácidamente hasta que la luz incide en su rostro, haciéndole abrir los párpados lentamente.

Mira el despertador digital, que compró por eBay tras ver uno similar en

Regreso al futuro, y no encuentra los dígitos parpadeando. Se gira bruscamente y echa un vistazo al reloj de pulsera que descansa en la repisa bajo la ventana.

—¡Mierda, me he dormido!

Se levanta de la cama como un resorte. Abre el armario empotrado y comienza a rebuscar entre su ropa. Se pone un vaquero pitillo, una camiseta negra con el *print* de una calavera y unas botas con hebillas. Tropezando con la montaña de ropa que ha dejado esparcida por el suelo, va trastabillando hacia la puerta. Al abrirla, esta golpea la pared, haciendo más profunda la muesca previamente existente. El muro

tiembla y comienza el efecto dominó, provocando que caiga sobre la mesilla de noche su tablón de corcho cubierto de fotos, entradas de conciertos y demás objetos sujetos con chinchetas. El mueble pierde estabilidad y la lámpara que sostiene se precipita al suelo rompiéndose en pedazos. «Da igual, siempre odié esta horterada», piensa al ver los restos de porcelana pintada en azul, esquivándolos todavía mientras se coloca la bota izquierda. El objeto destrozado era uno de esos regalos de coña que sus amigas acostumbran a entregar cada cumpleaños. Su madre, no tomándolo como tal, lo colocó al instante. «Para dar luz a tu cuarto. Está

muy sombrío, hija», dijo al enchufar el dantesco artefacto. La superficie, imitación de porcelana, mostraba «en vida» a una geisha junto a un lago acompañada de una pareja de cisnes que formaban un corazón con sus cuellos.

Nessa corre al baño y peina su enmarañada melena castaña, dedica unos segundos a perfilar en negro sus ojos color avellana y extiende una capa de brillo en los labios. Su madre ya se habrá marchado al hospital donde trabaja de enfermera y su padre todavía no ha regresado del turno de noche, algo extraño.

«¿Cómo demonios hago para llegar?, porque superpoderes no tengo,

dejando al lado mi desarrollado don para soltar un mínimo de tres palabras malsonantes por frase», cavila al mirar el reloj que ciñe a la muñeca.

Escucha el repiqueteo de unas llaves advirtiendo la llegada de su padre. Apenas vislumbra la incipiente calva de Ramón, lo aborda sin contemplaciones.

—¡Hola!, tenemos que irnos ya.

—¿Qué haces todavía aquí? — pregunta aturdido.

—El reloj que compré en internet... Ahórrate el «te lo dije». Tenías razón, no lo volveré a hacer, internet es muy malo y todo eso. Vamos. —Tira de él escaleras abajo, mientras el

pobre hombre sueña con desayunar un descafeinado con tostadas, tumbarse sobre el mullido colchón y dormir, al menos, seis horas del tirón.

—¡Claro que es malo y peligroso! ¿Recuerdas lo que escuchamos en las noticias sobre la secta aquella que...?

—Sí, además es producto de Satán... Por favor, papá, arranca ya — solicita.

Nessa se abrocha el cinturón dirigiendo una mirada suplicante a su padre, que suspira y enciende el motor.

El Opel Kadett color blanco que conduce está ya para el desguace, pero no solo le tiene un gran cariño, sino que tampoco pueden permitirse comprar otro

vehículo ahora mismo. La crisis ha supuesto, en el caso de su madre, la eliminación de una paga extra y una bajada de sueldo. Además, la empresa en la que trabaja su padre está pasando malos momentos; los eres se suceden y él se ve obligado a aceptar los peores horarios y a realizar turnos extra, en ocasiones no remunerados.

—Deberías dormir más. Seguro que estuviste hasta las tantas escribiendo. Y no digas que tienes insomnio —añade interrumpiendo la inminente réplica de su hija.

—No digo nada, solo que el jodido despertador va como el culo. ¡Perdón!
—se apresura a añadir al ver la boca de

su padre torciéndose en un gesto que vaticina la charla sobre el vocabulario soez que con tanta soltura utiliza.

Él, demasiado cansado para una batalla dialéctica matutina, simplemente se dedica a conducir.

El semáforo cambia del ámbar al rojo y lee las palabras mágicas, «coche de ocasión», pintadas con rotulador negro en un cartel fosforito apoyado en la ventanilla trasera de un Prius nuevecito.

Sin dilación, Ramón saca el teléfono móvil y apunta los dígitos con presteza, poniendo como nombre de contacto «Mi futuro coche». El bocinazo de un conductor con poca paciencia le

obliga a arrancar.

—¡Papá! —El rostro de Nessa se desencaja. Mira hacia delante y ve a un chico con cara de cervatillo asustado derribado a escasos milímetros del parachoques.

—¡Mierda!, pensé que estaba en verde. L-lo siento.

Se apea del vehículo a toda prisa y va en auxilio del peatón, ayudándolo a incorporarse. Al menos parece de una pieza, salvo por un pequeño desgarrón en los pantalones vaqueros.

—Lo siento, hijo, no te he visto. Si quieres, puedo...

—No es nada. —El muchacho intenta restarle importancia y se sacude

la ropa, recogiendo los cascos de su iPod del suelo y guardándolos en la mochila—. Tranquilo, solo necesito llegar a clase. —Pese al susto que todavía lleva en el cuerpo, esboza una sonrisa al tembloroso hombre de afable rostro—. No era su intención.

Ramón suspira visiblemente aliviado. Una denuncia sería la gota que colma el vaso, eso por no hablar del cargo de conciencia que acompañaría a un accidente de tráfico.

Insiste, eso sí, en acercarlo a su destino. El chico sube finalmente al viejo Kadett, mirando de soslayo a la copiloto.

—Dios mío, de verdad que lo

siento —reitera sus disculpas y pone el coche en marcha.

—Tranquilo, no hay nada por lo que lamentarse. Estoy bien, o todo lo bien que puedo estar en mi primer día de instituto.

El padre de Nessa deja escapar una risa nerviosa.

—Mi nombre es Ramón y esta es mi hija Vanessa.

—Nessa —se apresura a corregir ella.

—Yo soy Isaac, y, por lo que veo, estamos llegando a mi destino —comenta señalando el instituto de ladrillo gris a un semáforo de distancia.

—No me digas que estudias allí. —

La voz de Ramón suena extrañamente alegre.

—Sí, soy nuevo.

«Fantástico», piensa Nessa, que ya sabe cómo va a terminar la conversación.

Tal cual predijo, ambos compartirán edificio y clases. Humanidades es también su bachillerato elegido. Por si esto fuera poco, su padre, movido por el arrepentimiento, le ha extendido una invitación para merendar esta misma tarde en casa. «Ni que estuviéramos en el puto jardín de infancia.» Nessa resopla mostrando su disconformidad, algo que su padre confunde con un gesto de impaciencia.

—Bueno, cariño, haz el favor de prestar atención, ¿me oyes? Adiós, Isaac, nos vemos luego.

El joven levanta las cejas y acepta el cálido apretón de manos. Una vez el coche se aleja por el arcén, da media vuelta decidido a entablar conversación con la chica. Ella va ya camino de la entrada. Acelera el paso hasta darle alcance.

—Dame un minuto, es lo mínimo, ¿no?

—Mi padre te lo debe, no yo, y esta tarde tendrás más de un minuto de audiencia. Si me disculpas... —Nessa alarga la palabra, mirándole fijamente a los ojos. El turquesa de sus iris la

traslada de inmediato a la Costa del Sol, donde estuvo durante las vacaciones del pasado año. Maldice nuevamente su mala suerte.

Él le corta el paso, sonriéndole divertido. Nessa cruza los brazos contra el pecho y golpea el suelo con el pie impacientemente.

—Acepto tus disculpas, pero empieza a ser algo más amable, ¿te parece?

«Y parecía tonto cuando casi lo derribamos», piensa Nessa sorprendida ante la réplica de Isaac.

Ella lo esquiva y continúa andando, franqueando la entrada del instituto abarrotado de estudiantes que caminan

en todas direcciones. De pronto, para en seco.

—Una taquilla —espeta.

—¿Qué? —pregunta él claramente desorientado.

—Esto —dice golpeando la tapa azul de metal frente a ella— es una maldita taquilla. Seguro que te han asignado una.

Isaac comienza a rebuscar entre los papeles que se amontonan en su carpeta. Nessa se la arranca de las manos, y hurga hasta dar con lo que necesita.

—¡Oye...!

—Estos números —le interrumpe, señalando un punto en la parte superior de la hoja— son los de la tuya. ¡Qué

casualidad! Está a dos de la mía. —«Ni hecho a posta.»

—Y esto la abre —replica él sacando una diminuta llave del bolsillo y esbozando una sonrisa.

—Muy listo, Colombo. Seguro que vienes de un centro avanzado —contesta Nessa poniendo los ojos en blanco. Se ha levantado con el pie izquierdo.

—¿Te han dicho alguna vez que eres tan guapa como borde?

La respuesta de Isaac la pilla desprevenida. Ella le echa un vistazo de arriba abajo. Querría contestarle que él es tan imbécil como atractivo, aunque no desea situarse a su nivel y mucho menos lisonjearle. «Pensaba disculparme, pero

¡qué diablos! ¡Que le jodan!»

—¡Holaaa, Ness! —gritan dos voces al unísono. Son Úrsula y Rebeca — ¿Quién es este, tu nuevo ligue? —La primera eleva su ceja perfectamente delineada preparando la artillería pesada. Se muerde el labio sensualmente.

Isaac consigue abrir el casillero y dejar los libros que no necesita en su interior.

—Te veo luego —murmura repentinamente cohibido.

—Adiós, guapo.

Úrsula le lanza un sonoro beso y a él le falla una rodilla, trastabillando de espaldas contra una de las papeleras del

pasillo y derramando su contenido. La impresión de haber estado a punto de ser atropellado le pasa factura y, por mucho que haya decidido no darle importancia, el parachoques le ha golpeado levemente. Aunque se resbala con una monda de naranja, evita la caída. Algunos ríen disimuladamente, mientras que Lorca lo hace con evidente sorna. Se apoya perezosamente contra su casillero con los brazos en cruz. Tiene dieciocho años y estudia Mecánica en el centro. Lleva el pelo a media melena, tan negro como sus ojos. Una chaqueta de cuero y unos pantalones oscuros son su sello de identidad.

—Aquí no hay patinaje artístico

para maricas, tío —le dice a Isaac exhibiendo una sonrisa burlona en el rostro.

Verlo provoca en Nessa una mezcla de temor, repugnancia y tristeza. Inmediatamente le dirige una mirada envenenada y reza al universo para que el novato no deje pasar la ofensa y le dé un escarmiento.

—Es una pena, seguro que te encantaría asistir, Pelo Pantene — responde con ironía Isaac, irguiéndose e ignorando el martilleo que nota ahora en la articulación.

—¿Qué has dicho, gilipollas? No te escucho bien. —Lorca da un paso al frente mirando de reojo a las chicas, que

lo observan a la expectativa. De un movimiento brusco le quita el gorro gris de lana que le cubre el pelo.

—Será por la mierda que tienes en el cerebro. Pásate unos bastoncillos o algo. —Recupera lo que le ha arrebatado con la misma facilidad, coge el resto de sus cosas y golpea en el hombro a su contrincante al continuar su camino.

Lorca se da la vuelta montando en cólera. Agarra con violencia a Isaac del brazo y lo empuja contra el marco de una puerta reiteradas veces, llamando la atención de la gente que comienza a transitar los pasillos.

—¡Te la has ganado! ¡¿De qué

coño vas, de listillo?! ¡¿Sabes lo que les pasa a los graciosillos?! ¡Que los inflan a hostias! —Lanza un derechazo hacia la cara de Isaac. Este se zafa con habilidad y la mano impacta contra la madera con dureza—. ¡Hijo de puta! ¡Te voy a...!

—¡Basta! Es el primer día de clase y ya están armando jaleo. De usted me lo esperaba, Lorca. Por desgracia, su comportamiento no hace honor a su nombre. —El director del centro señala al chico, que respira visiblemente alterado, luchando por ocultar el lacerante dolor de su mano derecha—. Y usted..., no lo conozco; imagino que es Isaac Montalvo, el nuevo, ¿me equivoco? —Eleva su poblada y canosa

ceja derecha a la espera de una confirmación.

—En efecto. Tengo que alegar en mi defensa que este personaje me ha atacado sin incitación previa.

—Mire, señor Montalvo, ni esto es la corte ni usted es su padre, por lo que deje el numerito. Y, por cierto, ya no está usted en un centro de menores, por lo que, si no desea regresar a uno de ellos, le recomiendo que se abstenga de pelear en mis pasillos, ¿está claro?

Los estudiantes han hecho un corrillo y comentan lo sucedido.

—Sí, transparente.

Isaac se siente fatal. Quería evitar por todos los medios que eso ocurriera.

Ahora todos saben el lugar del que procede y encima ha sido reprendido por la dirección antes del inicio de las clases. «¿Tendré un récord Guinness? Dudo que nadie sea capaz de joderlo todo a esta velocidad. Antes de las diez de la mañana he arruinado mi vida social.»

—¡Dispérsense! Y a ver si atienden así en sus clases. —El director da unas sonoras palmadas y los cotillas de turno prosiguen su camino—. Ya hablaremos. Al sonar el timbre los quiero a ambos en mi despacho, ¡¿entendido?! —dice mirando a los causantes del revuelo.

En cuanto la figura autoritaria se pierde por los pasillos, Lorca se acerca

a Isaac y susurra:

—No tienes ni idea de con quién te has metido, chaval, pero ya lo sabrás...

—Y, sin más, se aleja dando una patada a la puerta principal, haciendo temblar la zona acristalada.

—¡Eh!, pasa de él. Es un gilipollas terminal. —Nessa se acerca a Isaac, colocando con suavidad la mano en su hombro—. Hay personas que deberían llevar bozal y él es una de ellas.

—Lo he comprobado —responde todavía en tensión, aferrándose a su mochila como si de un bote salvavidas se tratase. Nota el corazón latiendo con tanta fuerza que cree que se le va a salir del pecho.

—Así que vienes de un reformatorio.

—Les gusta llamarlo *centro de menores*.

—Lo siento...

—¿El qué sientes? —Se separa con brusquedad, rompiendo el contacto.

Ella lo mira con asombro.

—Todo esto. Mira, de verdad que lo lamento. —Nessa atisba un brillo peligroso en su mirada, aunque acompañado de algo más: dolor, uno muy profundo.

—¿El qué, haberme tratado como a una mierda o ser la típica tía que solo se acerca a los capullos? ¿Te parezco interesante ahora que piensas que soy un

delincuente? —Da un paso al frente en actitud amenazante, colocando un brazo a cada lado de ella y acorralándola contra las taquillas metálicas.

Vanessa ha sentido esas palabras como un latigazo. En menos de media hora ha pasado de pensar que ese chico era un palurdo a creer que tenía algo que ofrecer, para acabar conociendo al cabrón que en realidad se esconde tras esa bonita cara. Le da un fuerte empujón.

—Delincuente, no sé; subnormal, un rato. Solo quería decirte que has estado a la altura, nada más, pero acabas de caer en picado, ¿sabes? ¡Que te jodan! —Lo empuja con la mochila,

alejándose por el pasillo.

Él saca los cascos y los enchufa de nuevo a su reproductor, dejando que un tema de Train se deslice por sus oídos y ahogue el *mea culpa* que entona en su fuero interno.

* * *

Las chicas deciden saltarse la primera clase e ir al bar de siempre para ponerse al día. Úrsula está fantástica: luce una piel bronceada en contraste con una melena más rubia que a mediados de junio, cuando se despidieron. Viste una minifalda vaquera deshilachada,

camiseta y sandalias blancas. Está radiante de felicidad, las vacaciones le han sentado de lujo. Repite curso y, aunque suene horrible, Nessa se siente en parte bien por ello, así tendrá a alguien con quien hablar, pero no demasiado si no quiere pasarse el resto de su existencia entre las paredes de ese instituto. Rebeca se ha cortado su rizado cabello cobrizo, que ahora apenas le roza los hombros. Sus iris parecen más verdes que nunca. Lleva un vestido hasta los tobillos estilo ibicenco y calzado a juego, sin olvidar unos cuantos colgantes que tintinean entre sí. Ella cursa segundo de bachillerato de Ciencias. Siempre ha sido la más nerviosa. Curiosamente, en

momentos críticos saca fuerzas de flaqueza y se convierte en la cabeza pensante. Es la adolescente «nueve sobre diez», con unos padres exigentes que siempre le piden más.

—Os he echado tanto de menos. — Una sonrisa se dibuja en el rostro de Nessa y todo el malhumor desaparece; las tres se funden en un caluroso abrazo.

—Veo que continúas en tu etapa cucaracha —observa Úrsula arqueando las cejas ante la indumentaria oscura de su amiga.

—Y tú en la de zorra, pero te quiero igual —le contesta con un pellizco simbólico en el brazo.

—Joder, niña, podías haber

elegido otras asignaturas optativas; no coincidimos en ninguna —protesta echando un rápido vistazo a los papeles de Nessa y frunciendo el ceño.

—Tranqui, te aburrirás de mí. Todavía tendrás que verme el careto en las generales.

—Es hablar de esto y entrarme el mono. ¿Os hace un piti? Yo mataría por unas caladas, pero mi tía me requisó el tabaco. Seguramente, a estas alturas se lo habrá fumado todo la muy guarra.

Úrsula vive con su padre y la hermana de su madre, con la que este se casó al poco de fallecer ella. Por supuesto, la situación le parece un asco y no tolera esa relación, que intenta

sabotear siempre que se le presenta la ocasión.

—Toma, guapa. Uno y los que quieras. —Lorca, al que las chicas ni siquiera han oído llegar, desliza un cigarrillo extralargo entre los labios de la rubia, acercándole la llama de su Zippo—. Bueno, ¿vendrás después al local, princesa? Hoy no hay ensayo y lo tenemos para nosotros solos.

Nessa siente que se ha perdido más de lo que pensaba durante las vacaciones de verano. Él la mira de soslayo, asomando la lengua con disimulo en un gesto obsceno. Su corazón se desboca por la rabia. Aprieta los puños con tanta fuerza que las uñas

pintadas de negro se le clavan en las palmas de las manos.

—De acuerdo. Te veo luego. —Sus lenguas se funden en un beso que destila más pasión que amor.

Nessa conoce de primera mano el tacto de esos labios porque hace menos de noventa días era ella quien los saboreaba. Nadie conoce la historia, a excepción de ellos dos y las paredes del mencionado local, donde en una tarde de lluvia, inconsciencia y alcohol, perdió la virginidad y el norte. Desvía la mirada hacia las vetas de la vieja madera del suelo, repleta de quemaduras de cigarros que ni tan siquiera deberían estar ahí debido a la normativa vigente.

Intenta apartar de su mente el recuerdo de aquel encuentro y las glaciales palabras que él le dirigió al terminar y hacerse a un lado para pegar un trago a su cerveza barata y una calada a un pitillo recién encendido: «Voy a echar una meada. Deberías marcharte. Por cierto, no puedo llevarte en la moto, he quedado con los colegas para tocar, ya me entiendes». Y eso fue todo. El momento especial, esa ocasión con la que todas las chicas fantasean, se convirtió en la sombra de una sombra de lo que debería haber sido, para vergüenza de ella y orgullo de él, que sumaba una conquista más a la colección.

3

DECLARACIÓN DE INTENCIONES



—No quiero malentendidos. Esta será la única vez que falte a clase — advierte Rebeca con el semblante serio dando vueltas a su café con leche.

Lorca ha regresado al aula taller; manipular motores parece una de las

pocas cosas que le relajan, seguido de las mujeres y las broncas.

—Tranquila, Beca. Tampoco tengo pensado repetir eternamente. Estoy deseando terminar y largarme de esta puta ciudad para no volver. Mi padre y «esa» van a tener un bastardo y no pienso quedarme para verlo crecer y convertirse en el jodido anticristo. — Úrsula apura su bebida y deja el tubo con fuerza sobre la mesa, dando una nueva calada a su cigarro.

—Aquí no se puede fumar, chicas, lo sabéis de sobra —las amonesta el camarero, que regresa cargando un cajón de refrescos del almacén que tiene tras la barra.

Úrsula farfulla una sarta de insultos y apaga el pitillo contra la pared estucada.

—¿Contento?! —dice en dirección al hombre, que ya se ha puesto a servir cañas a un grupo de jubilados—. Porque yo no. Mi vida es una puta broma —añade bajando el tono.

—Ursu, ¿en serio? No sabía nada de todo esto. —Nessa está cada vez más perpleja. ¿Le deparará alguna sorpresa más su amiga?

—Me he enterado esta mañana. Han venido a despertarme diciendo que van a ser padres, ¡como si a mí me importase una mierda! Es más, ¡como si tuviese que sentirme feliz por ello! —

responde airada, agitando las manos y haciendo sonar los eslabones metálicos de sus pulseras.

—Quizá debieras darle una oportunidad, al fin y al cabo es la hermana de tu madre. Ella hubiese querido...

—¿Tú también, Beca? ¡No seas estúpida! —exclama encolerizada y con los ojos anegados en lágrimas—. Ellos ya se acostaban a las pocas semanas de morir mi madre, ¡seguro que follaban en su cama mientras agonizaba en el hospital! Es repugnante.

La pelirroja musita una disculpa y coge la mano de su amiga buscando calmarla.

—Voy al baño. —Se levanta y camina hacia el lavabo, esforzándose en no derrumbarse delante de sus amigas.

—Qué fuerte. Úrsula va a tener un hermano. ¿Y lo de Lorca, de dónde viene eso? —inquire Nessa, intentando que Rebeca le aclare las cosas.

—De lo del embarazo me acabo de enterar, neni. No tenía ni idea, te lo juro, y sobre lo de... ese, pues, chica, me parece que comete un error, pero ya es mayorcita, ¿no crees? —Sacude los hombros y vacía la taza de un trago—. Por lo que sé, la cosa se puso seria hace un par de semanas, cuando volvimos y me fui con mis padres a Dublín a ver a unos amigos de la familia. Su padre

llevó el coche al taller del de Lorca y ellos quedaron para tomar algo, aunque ya habían estado tonteando antes; no sé, tampoco habla mucho de ello, ni de nada en general, Ness.

—Ni siquiera me ha llamado. No sabía que estaba en la ciudad..., y menos con él.

—Ya la conoces, a veces va a su rollo —dice Beca intentando restarle importancia con un gesto de la mano—. ¡Bah! No sé qué le ve, sinceramente. Bueno, está como un queso, para qué negarlo, pero es un broncas. Solo hay que ver el modo en que ha tratado a tu amigo.

—Bueno, lo primero: no es mi

amigo, es solo un tío al que mi padre ha estado a punto de atropellar.

—Casi nada.

—Y lo segundo: ¿no has escuchado al director? Viene de un puto reformatorio y encima es un completo imbécil. Me he acercado para darle un voto de confianza y me ha tratado como si fuera una mierda, ¡será capullo! —
Nessa eleva la voz cada vez más mientras disecciona con el tenedor un pincho de tortilla bañado en mayonesa.

—Ha tenido un mal día. Acaba de llegar y ya han tratado de partirle la cara. Además, por lo que cuentas, encima ha sufrido un accidente. —
Rebeca no puede evitar reírse ante lo

atípico de la situación.

—Un «no accidente»: al final ha quedado en nada —puntualiza Nessa con el tenedor enarbolado.

—Te recomiendo que hables con él. ¿Quién sabe?, quizá no sea mal chico. Puede que haya estado en un reformatorio, pero no conocemos el motivo que le llevó ahí. —Rebeca rompe el contacto visual y da el tema por zanjado llevándose a la boca un pastelito que, por su consistencia, debe de llevar bajo el expositor de la barra un par de días por lo menos. Compone una mueca y se lo arroja a su amiga—. Despierta, Ness, comienza el curso.

En cuanto Úrsula regresa con el

maquillaje retocado y una sonrisa de autosuficiencia en el rostro, se encaminan hacia el instituto para afrontar el resto de la mañana.

* * *

Isaac accede al aula que tiene asignada para la segunda clase.

La primera hora la ha pasado en la enfermería, que no difiere mucho de la que tenían en el centro: un par de desvencijadas camillas metálicas, paredes de color menta y una vitrina con medicinas custodiadas por una enfermera de mediana edad y adusto

gesto. Ella le ha echado un vistazo a su rodilla, que solo ha requerido un poco de agua oxigenada y yodo.

«Empezamos bien el curso, ¿eh?», le ha dicho sonriéndole afectuosamente. Ha quedado asombrado por lo agradable que es, pues su semblante hacía presagiar algo radicalmente distinto. «Bueno, chico, procura no darme mucho trabajo, ¿vale? Toma un pase y airéate antes de entrar al ruedo.» Con eso y una palmadita en la espalda le ha dejado marchar.

Se ha pasado el resto de la hora caminando por los alrededores del sobrio edificio de ladrillos y hormigón. Una vieja cafetería ha captado su

atención. A través de la cristalera, en la que todavía pueden verse carteles de eventos hace tiempo finalizados, ha reconocido a la chica del incidente, Nessa, esa que es tan atractiva como malhablada. Rememorando lo acontecido en el pasillo, ha florecido la culpabilidad. «Me he pasado un poco.» Estaba a punto de ir a disculparse cuando ha visto abandonar el local al alumno con nombre de poeta, ese que le ha recibido profiriendo manidas bromas homófobas. Después de dudar durante unos instantes, ha desistido. «Mi cupo de problemas está completo por hoy.»

Se sienta en el penúltimo pupitre de la clase junto a la pared con vistas. Los

ventanales dan a la calle y desde ellos ve a varias personas empujando los carros de la compra, a hombres y mujeres ataviados con elegantes trajes caminando a paso vivo y varios coches apostados en el arcén. Familias y solitarios; trabajadores con prisa y parados entregando currículos allí donde se los aceptan, más por piedad que porque tengan un puesto vacante. Una silueta reclama su atención; pertenece a una niña de aproximadamente seis años. Sus cabellos rubios olean al viento. Con cada saltito se aleja de su madre, acercándose más a la calzada. Las manos de Isaac aferran con fuerza el

borde de la mesa. Ve como la pequeña salta a la primera franja blanca del paso de cebra, riendo inconsciente del peligro que la acecha. Un coche dobla la esquina. «No. Otra vez no.»

Una mano en su hombro le saca de la abstracción. Se vuelve ligeramente sobresaltado, encontrándose con los ojos color avellana de Nessa, que parece venir en son de paz.

Ella se percata de la pátina de sudor que cubre ahora la frente del chico.

—¿Qué, planeando tu huida? —
bromea elevando la comisura de sus labios.

Isaac vuelve a mirar por la ventana.

Nada ha ocurrido: el coche sigue su camino y la niña está siendo reprendida por una preocupada madre que gesticula exageradamente. Respira aliviado y gira la cabeza hacia su interlocutora, que lo observa atentamente.

—¿Chistes de presidiarios? Era un centro de menores, no Alcatraz —dice de nuevo aparentando calma. Juguetea con un boli azul haciéndolo girar habilidosamente entre sus dedos como un experto batería haría con sus baquetas. Sonríe para dejar patente que se lo ha tomado como la broma que es —. Eh, mira, quería pedirte perdón. Me he portado fatal y...

—Sí, yo venía a lo mismo.

Tampoco he sido Miss Simpatía, las cosas como son. —De repente, se muestra tímida, bajando la vista y jugueteando con el colgante en forma de estrella esotérica que pende de su cuello.

—De acuerdo. Volvamos a empezar, ¿te parece? —Él sonrío amistosamente y Nessa se fija en lo atractivo que es: facciones ligeramente marcadas, mirada penetrante y labios sensuales. «Están hechos para besar y ser besados; perfectos para dedicarles versos e idóneos para recitarlos... ¿Desde cuándo pienso semejantes estupideces?» Agita la cabeza y el rubor aparece en sus mejillas. Isaac se percata

y titubea, justo cuando ella le tiende la mano, que estrecha con gusto. Su piel es cálida y suave.

—Encantada de conocerte, mi nombre es Vanessa, pero debes llamarme Nessa.

—Un placer, yo soy Isaac, pero puedes llamarme como quieras.

—Muy bien, novato, lo tendré en cuenta —responde desenvolviendo un chupachups y llevándoselo a la boca—. Es mi segunda tentativa en este curso. Tranquilo, te cubriré las espaldas.

—¿Repetidora? —inquire él con asombro.

—¿Algo que objetar? —replica cruzándose de brazos.

—En absoluto... Yo repetí el anterior, ¿qué te parece? —replica alzando las cejas y echando la silla hacia atrás.

—¿De verdad estamos midiendo nuestro nivel de patetismo, novato?

«Qué boca tan apetecible tiene», piensa el chico al ver un atisbo de sonrisa mordaz. El sol, que reaparece tras un nómada manto de nubes, arranca varios destellos al cabello castaño de Nessa, que le cae en ondas sobre los hombros. Unos mechones perfilan los pechos que se intuyen bajo la camiseta negra. Él carraspea y se pasa la mano por la nuca, rezando para que la chica no se dé cuenta de hacia dónde estaba

mirando segundos antes.

—Buenos días —dice el director entrando en clase y dando un sonoro portazo para hacer saber de su presencia —. Nos ahorraremos las presentaciones porque ya nos conocemos todos, ¿no es así? —Mira sin disimulo a Isaac, que desea plegarse sobre sí mismo hasta desaparecer—. Como ven, seré el encargado de impartirles Lengua y Literatura. Antes que nada, dos cosas: en mi clase no acepto el uso de dispositivos electrónicos, así como tampoco permito las gafas de sol —dice girándose hacia un chico que, sin perder un segundo, las guarda en la mochila— ni gorros de ningún tipo —añade

dirigiéndose a Isaac, que sigue el ejemplo de su compañero—. Perfecto. Y ahora, abramos el libro y zambullámonos en el maravilloso mundo de la gramática.

* * *

El descanso llega como agua de mayo. Los alumnos de mayor edad tienen autorización para salir fuera del recinto durante los veinte minutos que dura el recreo. Nessa, en un alarde de compañerismo, decide resarcirse enseñando a Isaac las instalaciones del centro estudiantil.

—Y bien, ¿qué te parece? — pregunta ella tras el recorrido, desenvolviendo su chupachups de cereza.

—Que te van a salir caries.

Ella sonrío y saborea el caramelo esférico.

—Ja, ja. —Alza una ceja, cruzándose de brazos a la espera de su respuesta.

—Está bien: el gimnasio no es gran cosa, pero la biblioteca no está mal.

—Es un asco, puedes decirlo. Nadie va a encerrarte por ello. —Se da un golpe en la frente amonestándose—. Joder, no aprendo. Perdona, soy una bocazas.

—Tranquila, no soy tan susceptible. He estado en uno de esos sitios, ¿y qué? No es algo que me vaya a marcar de por vida. —Agita la mano restándole importancia. Sin embargo, ni él mismo se cree esas palabras. Por supuesto que le ha dejado huella, una profunda e indeleble...

—¿Te hace un sándwich? Las máquinas expendedoras no están del todo mal —le ofrece Nessa al verlo cavilando y con el rostro contrito.

—Lo que sea. Mataría por algo de comer. —La mira con cara de enajenado. Ella blande el caramelo apuntando al pecho de Isaac y frunce los labios—. Es broma, como mucho

raptaría, lo juro. —Ambos estallan en carcajadas.

—¿De pollo reconstruido o de cangrejo mutante? Tú eliges —pregunta señalando los emparedados.

Los siguientes profesores emplean sus clases para dictar el temario y exponer lo que esperan de todos y cada uno de sus estudiantes.

El final de la mañana llega acompañado de suspiros de alivio. El primer día es duro para todos, docentes incluidos.

Isaac se persona a la hora acordada en el despacho de dirección. Se queda un rato parado frente a la puerta de contrachapado mirando una placa

metálica en la que se lee el nombre completo de su propietario: Ricardo Alsina.

Da tres golpes con los nudillos.

—Adelante.

El hombre tras la vetusta mesa de roble sobrepasa los cuarenta. Su pelo oscuro empieza a clarear por las sienes. Golpea rítmicamente con una pluma plateada sobre la carpeta que reclama su atención. Con un simple gesto de la cabeza le indica que tome asiento.

—Bueno, bueno. Ha empezado con mal pie en esta institución, estará usted de acuerdo. —Se inclina ligeramente haciendo crujir su silla revestida de cuero negro, buscando la disculpa del

alumno.

—Pido perdón por lo errático de mi comportamiento, aunque intuyo que ese tal Lorca daba problemas antes de que yo llegase, ¿me equivoco? — Imitando el gesto del señor Alsina, se echa hacia delante.

—En absoluto. Él es parte de la escoria que puebla estos pasillos, pero usted... —Hace un inciso clavando su mirada garza en los ojos aguamarina del chico—. Tengo aquí un expediente; en él se reflejan sus avances académicos desde el momento en que empezó a hacer figuritas de plastilina hasta el incidente del pasado año. Hay varias hojas en blanco: su futuro. Los

profesores que evaluamos somos los encargados de cumplimentar estos papeles, si bien es usted quien escribe su historia, no olvide eso. Esta podría comenzar narrando de mi puño y letra el penoso altercado de esta mañana; sin embargo, voy a darle una oportunidad. Solo una. Ha venido a asumir las consecuencias de ese acto, lo cual le honra. No puedo decir lo mismo de su compañero. Haremos una cosa: se quedará todos los días de esta semana clasificando volúmenes en la biblioteca durante los recreos. Nuestra encargada, la señora Núñez, está entrada en años y no se encuentra demasiado bien de salud. Con esto su deuda quedará

saldada y pondremos el marcador a cero, ¿está de acuerdo? —Extiende su mano de dedos largos y ambos cierran el trato con un fuerte apretón. Acto seguido, Isaac se pone en pie y abre la puerta del despacho dispuesto a marcharse—. Y..., señor Montalvo.

—¿Sí? —Le devuelve su atención temiendo otra advertencia.

—A mi vez le debo una disculpa por airear su procedencia. —Una sombra de culpabilidad se instala fugazmente en el rostro de Ricardo Alsina. Emite un leve carraspeo y alisa una arruga apenas existente en la chaqueta gris marengo de su traje—. No pienso permitir que pase sin pena ni

gloria, espero lo mejor de usted porque puede darlo. No voy a quedarme impasible siendo testigo de cómo desperdicia su vida por un error. Todos los cometemos, pero debemos seguir adelante. Ahora váyase a casa y haga sus deberes.

—Sí, señor. —Isaac se despide cambiando por completo en su mente la imagen que se había formado de aquel hombre a quien veía como un futuro adversario y que se revela como una segunda oportunidad.

Al abandonar el despacho, alguien le aborda. Es Nessa.

—¡Eh!, ¿cómo te ha ido? ¿Vuelves al trullo por mal comportamiento? —Le

da un suave codazo guiñándole un ojo.

—No, quedo en libertad condicional a cambio de trabajos comunitarios —continúa la broma—. A partir de mañana almorzaré entre libros; debo ayudar a la bibliotecaria. Entre tú y yo —dice acercándose a ella y bajando el volumen—, para mí es un regalo y no un castigo.

Nessa sonríe ante su confesión.

—De la reunión de esta tarde, sin embargo, me temo que no te libras. Mi padre es una persona muy insistente. Toma, te he apuntado nuestra dirección. —Extiende una hoja y, antes de que él la coja, retira el papel—. Hay dos reglas: si te dice eso de «¿quieres ver nuestro

álbum de recuerdos?»), di un no rotundo y... —Isaac esboza una sonrisa ladeada, como sopesando otra posibilidad—. ¡Eh, no es coña! Si ves esas fotos, eres hombre muerto —dice ella intentando parecer severa y golpeándole molestamente con su dedo índice en el pecho.

—¡Ay!, de acuerdo, tú ganas. ¿La segunda?

—Pase lo que pase, por mucho que te insista..., no aceptes la infusión de hierbas, ¡es repugnante! En serio, algo nauseabundo. En la vida he probado nada semejante.

—Gracias por el consejo — responde él cogiendo el pliego con los

datos y guardándolo en el bolsillo de su vaquero.

Ahora que han roto el hielo, decide lanzarse a la piscina y preguntar sobre una cosa que lleva rondándole por la cabeza desde la hora del almuerzo.

—Oye, por cierto, antes estuve dando una vuelta y te vi con tus amigas en un bar de los alrededores.

Ella asiente con la cabeza mientras saca de la mochila una cajita metálica. Isaac se queda embelesado viendo cómo extiende una capa de protector labial con aroma a cereza por sus carnosos labios. «Resultan irresistibles.»

—¿Y...? Arranca ya. —Nessa le mira intentando averiguar qué viene a

continuación.

—Eh..., esto..., nada. Bueno, me di cuenta de que ese tal Lorca estaba con vosotras.

Ambos comienzan a andar por los pasillos casi desiertos hacia la salida.

Nessa se cruza de brazos a la defensiva.

—Sí. Suele ir por ahí.

—De caza, ¿no?

—¿Perdona?

—A ver, con pibones como vosotras entiendo el porqué.

Nessa agita la cabeza y sonrío abiertamente, relajándose un poco.

—Tiene novia, o rollo, ¡o vete a saber el qué! —exclama ella al recordar

la escenita entre Lorca y su amiga. Siente repulsión por lo que le hizo, y presenciar aquello solo abre unas heridas que no logra curar.

—Espero que no te moleste, pero tal y como se las gasta ese chaval, no quiero ni imaginarme cómo debe de ser con las chicas.

—Ya...

—Sinceramente, creo que hay que estar un poco tarada para salir con un tío como él. —Isaac sonrío ajeno a la estocada emocional que le acaba de atizar a Nessa. Ella enrojece por momentos; la vergüenza y la rabia fluctúan en su interior. Esta última termina por imponerse.

—¿Tarada?! Mira, no nos conoces; a ninguno de nosotros. No puedes permitirte el lujo de juzgarnos por un par de encontronazos, ¿vale? —
Nessa establece una distancia de seguridad, visiblemente alterada.

—No hace falta ser psicólogo para darse cuenta de según qué cosas. Ese chico es un completo imbécil, va de chulo por la vida. Se lleva de calle a las tías, sí, a las que tienen el mismo coeficiente cerebral que él: cero.

Vanessa le propina una sonora bofetada mirándolo con desdén.

—¿Quién coño te crees que eres?!
¡Vete a la mierda!

Le da la espalda conteniendo las

lágrimas. Sin esperar respuesta, echa a correr dejando a Isaac en mitad del pasillo con la única compañía de sus confusos pensamientos.

AMARGOS RECUERDOS



—¿Qué ha pasado? —se pregunta Isaac en voz alta completamente descolocado. Sale por la puerta arrastrando los pies contra el suelo embaldosado. Eleva la barbilla y ve una gota de lluvia precipitándose desde el cielo plomizo—. Fantástico, ¿tú

también?

Deja caer los brazos a los lados, rendido. Incluso el clima está en su contra. Saca el iPod y se ajusta los auriculares, pulsa el botón de *play* y escucha a The Fray. A unos metros ve a Vanessa. Parapetada tras la marquesina de una parada, observa a dos adolescentes intercambiando tórridos besos; son Úrsula y Lorca. Ambos se dejan llevar por sus más bajos instintos, permitiendo que las manos vaguen sin pudor alguno por la anatomía del otro. Permanecen ajenos a las caras asombradas de quienes, presos de la curiosidad y la turbación, fingen no observar la escena, dedicándoles

miradas furtivas. Una anciana pasa por su lado alejándose y santiguándose, murmurando lo que será un padrenuestro seguido de dos avemarías. La pareja se explora a la vista de los viandantes. Los dedos de la rubia juegan con la hebilla del cinturón que ciñe los pantalones del chico, mientras él susurra cosas picantes a su oído, lamiendo el lóbulo de su oreja con deliberada lentitud. Se colocan sendos cascos integrales y montan en una moto de color rojo apostada en el arcén. Es de montaña. Los bajos están cubiertos por una capa de barro seco reblandecido a causa de la lluvia, que arrecia por momentos. «Ahora lo entiendo», piensa

Isaac al darse cuenta de su épica metedura de pata. Ha criticado a las chicas que se acercan a tíos como Lorca tildándolas de estúpidas, sin saber que la amiga de Nessa es una de ellas. Lo que no comprende es por qué los observa a hurtadillas. Se acerca a ella con tiento. En cuanto esta se percata de su presencia, emprende de nuevo la huida.

La mañana ha dado de sí para Isaac, tanto que ha conseguido hacer una amiga y perderla en un breve lapso de tiempo. Eso le trae a la mente el primer día que pasó en el centro de menores. Llegó portando una sencilla mochila con escasas pertenencias. Su padre lo

acompañó junto a la asistente social. Antes de que la puerta de la institución se cerrara, le dirigió una mirada vacía, carente de sentimientos o que ocultaba estos bajo una estudiada pose de frialdad. Apoyó secamente la mano en su hombro y, sin mediar palabra, se alejó de aquel lugar donde él permanecería recluido durante un tiempo. A continuación, lo llevaron a su habitación. En ella estaba su compañero de cuarto, un chico fornido que aparentaba más edad y cuyos rudos tatuajes contaban cientos de historias de una existencia vivida con prisa. Cuando Isaac y sus amigos iban al centro de la ciudad a mirar chicas o quedaban para

un partido de FIFA, chavales como ese robaban coches para venderlos por piezas y amenazaban a punta de navaja a adolescentes sin suerte y con la cartera llena. El primer día sufrió la novatada: una paliza que terminó con un ojo amoratado, el labio sangrando, fuertes contusiones en el torso y una marca tatuada con una hoja de metal en su antebrazo, que desde entonces procura llevar tapado. Un número, el trece, ¿por qué ese en concreto? Por ser el decimotercer compañero de cuarto de Héctor, el Tatu, que es como llamaban al chaval con el que convivió durante casi dos semanas, hasta que este cumplió la mayoría de edad y abandonó

el centro de menores. Por lo que supo más tarde, normalmente realizaba la marca en zonas más discretas, como la cara interior del muslo o entre los dedos de los pies, amenazando a la víctima de turno para que la mantuviera oculta y a los presentes para que no se fueran de la lengua, aunque el trazo en el brazo de Isaac fue su gran «obra de despedida». Pese a que sometían a los chicos a una férrea vigilancia, Héctor siempre se las ingeniaba para eludirla o encontrar puntos ciegos donde liberar la rabia. Astuto, mucho, casi tanto como retorcido. El peor castigo para Isaac eran los recuerdos que laceraban su mente azotada por la crudeza de los

sucesos vividos. Un dolor que le acompañaría el resto de su vida, más allá de aquellas paredes.

Agita la cabeza intentando dar paso a pensamientos más positivos. Se refugia bajo la marquesina de la parada de bus. Mete las manos en sus bolsillos y se topa con un papel: la nota con la dirección de Nessa. «No vas a librarte tan fácilmente de mí», piensa sonriendo envalentonado. En un par de horas acudirá a su cita.

* * *

Nessa está ya a varias calles.

Continúa corriendo, empujando en su huida a un señor mayor que le lanza una mirada entre enojada y temerosa. Recoge el bastón que le ha tirado y se lo entrega deshaciéndose en disculpas. Se guarece debajo de un balcón, esperando a que la tormenta cese. Se ha largado antes de que llegara el autobús, dejándose llevar por una repentina rabieta, porque eso es lo que ha sido y ella lo sabe. «¿Por qué he salido disparada? Nadie me persigue.» Durante unos segundos, al verse reflejada en el cristal de entrada a un remodelado edificio de viviendas, con el pelo empapado, temblando de frío y respirando agitadamente, le entra la risa

tonta y esta atrae la mirada de una mujer que la escruta contrariada pero sonriendo como si fuera algo contagioso. De pronto, la lluvia cesa casi de improviso y las lágrimas anegan sus ojos. «Fui una estúpida», se dice una y otra vez recordando el día en el local de Lorca y cómo este se aprovechó de ella. Se abraza a sí misma; está calada hasta los huesos. Se pone en camino, procurando que el tono rosado de sus mejillas desaparezca y no traiga consigo una salva de preguntas al llegar a casa. Va dando un rodeo, intentando despejar su mente: «Coeficiente cero, eso ha dicho el muy gilipollas. Cero son los amigos que va a tener por aquí como se

comporte así». Reflexiona sobre lo que Isaac le ha dicho. Él no está al corriente de lo que sucede y mucho menos de lo que pasó, aunque al escuchar lo que ella en el fondo ha pensado más de una vez, se siente estúpida por haber confiado en aquel tío. Recuerda cómo, durante unos minutos, cuando él le susurraba cosas bonitas, todo parecía posible, incluso que llegase a quererla. El alcohol y aquello que le dio de fumar incrementaron esa sensación. Se sentía flotando, ingrávida, feliz. Una cosa llevó a la otra y las palabras acariciando sus oídos se convirtieron en una húmeda lengua ávida de contacto. Todo su cuerpo estaba en tensión, como las

cuerdas de un arpa, un instrumento que él sabía afinar. Su ropa fue desprendiéndose de ella como lo hacen las hojas de los árboles en otoño, con total naturalidad. Las manos de Lorca eran expertas y cuando quiso darse cuenta estaba desnuda ante él, que la devoraba con lujuria, intercalando palabras amables y dulces para sosegarla. Su cuerpo, ligeramente esculpido tras horas de reparaciones en el taller, era una delicia y los dedos de Nessa lo recorrían con la misma ansia que él mostraba. Sus labios se unieron, pero no era amor lo que sintió, ni cariño, solo deseo; atracción física en estado puro. Fue entonces cuando algo

en su interior le dijo que no era el momento. La voz fue acallada por un súbito pinchazo en el vientre, que pronto se convirtió en una quemazón. Intentó separar a Lorca, que se movía entre sus piernas con violencia. Él no paraba, continuaba penetrándola con más fuerza en cada empujón, anclando sus muñecas a ambos lados. Incluso le pareció atisbar entonces un brillo sobrenatural en sus ojos negros, un destello rojo. El efecto de las sustancias que la aletargaban comenzó a disiparse. Estaba tan tensa que le dolían los músculos del cuello.

Suplicó de nuevo que parara. Él la besó con fiereza, mordisqueando su

labio inferior y jadeando en su oído. Se sentía incapaz de levantar ni un solo gramo, por lo que intentar apartarlo resultó inútil. Una lágrima furtiva resbaló por sus mejillas arreboladas. Le escuchaba gemir y notó un par de gotas de sudor cayendo sobre sus pechos desnudos. Pronto todo terminó y él se hizo a un lado, dando un trago a su cuarto botellín de cerveza. Le costó mucho incorporarse a causa del dolor que se extendía en oleadas a sus terminaciones nerviosas y ese estado de abotargamiento en el que se encontraba. Se sentía confusa y humillada. Él la miró a los ojos sonriéndole con aires de superioridad, como si ese hubiese sido

el mayor regalo que pudiese hacerle. Apurando la cerveza y haciendo girar la rueda de su Zippo, dijo las terribles palabras: «Voy a echar una meada. Deberías marcharte. Por cierto, no puedo llevarte en la moto, he quedado con los colegas para tocar, ya me entiendes». Sí, él la violó. Lo que fumó no eran simples cigarros y lo que le dio de beber no solo llevaba alcohol; la drogó y abusó de ella. Nunca lo contó y ahora cree que es demasiado tarde. «Soy una cobarde, y quizás Úrsula o cualquier otra pague las consecuencias de mi miedo...»

Enjuga las lágrimas con un pañuelo en el portal de su casa, relegando al

fondo de su mente los terribles recuerdos de aquel fatídico día. Coge aire lentamente, imposta una sonrisa y toca el timbre.

5

LA DEBACLE



Isaac sale del ascensor y hurga en el bolsillo exterior de su mochila. Extrae la llave tarjeta que acerca a la moderna pantalla empotrada en la pared. Emite un pitido y la puerta de seguridad se abre, dando paso a un salón revestido de caoba. Vive en un dúplex que su

padre tiene en la duodécima y decimotercera planta de un lujoso edificio en el que intenta jugar a la familia feliz con él y su madrastra, a la que detesta por varias razones.

Lorraine es una mujer joven de treinta y cinco años a la que el señor Montalvo conoció en un congreso de abogacía. Ella era una de las azafatas y enseguida surgió la química entre ellos, algo fácil de comprender al ver su envidiable físico: un rostro de pómulos altos, nariz recta, labios llenos y grandes ojos azules; cabello rubio, curvilínea figura y piel de porcelana, en los últimos tiempos algo desmejorada por el abuso del alcohol y el bótox que se

inyecta sin necesitarlo. Sus padres todavía estaban casados cuando saltó la chispa. Al principio, todo lo que sabía de ella era gracias a furtivas llamadas telefónicas que escuchaba a hurtadillas o a breves conversaciones de chat que quedaban a la vista en el lapso de tiempo que tardaba su padre en prepararse un whisky doble. Tres meses más tarde, confesó la aventura y firmaron los papeles del divorcio. Vendieron el chalet de Huesca, que había sido su hogar hasta entonces. Su madre hizo las maletas y se marchó a vivir a la casa del pueblo, completamente desolada por el mazazo emocional que supuso lo sucedido, y su

padre se trasladó a otra ciudad, donde compró el dúplex en el que viven. Quince años de convivencia lapidados por lo que ella consideraba un capricho. Un par de semanas después de que el matrimonio quedara legalmente disuelto, les sobrevino lo que Isaac llamaba mentalmente *la debacle*. La noche que su padre había decidido por fin presentarle a su amante Lorie en una cena formal, el cabeza de familia tuvo que marcharse a toda prisa del exclusivo restaurante de la capital en el que había reservado mesa con antelación. Pertenecía a uno de los mejores hoteles de la ciudad. Después de enviar un mensaje de texto a su nueva novia anulando la cita, cogió

un taxi. Fue entonces cuando Isaac, ataviado con sus mejores galas, se quedó picoteando y bebiendo vino de la copa que su padre apenas había catado. Una preciosa mujer de rotundas curvas se sentó minutos después sobre un taburete en la barra. Sostenía con elegancia una copa de Martini seco. Dio varios sorbos y se llevó a la boca la aceituna en un alarde de sensualidad. Él, al que el alcohol envalentonaba, se acercó con paso firme y recogió el fular color carmín que arrastraba contra el suelo. La mujer le dedicó una preciosa sonrisa. Isaac admiró sus interminables y contorneadas piernas que exhibía en un corto y entallado vestido negro. Ella,

consciente del escrutinio, las cruzó en un movimiento que atrajo las miradas de varios hombres y alguna que otra dama. Ambos iniciaron una charla que al principio fue informal, pero que poco a poco comenzó a subir de intensidad. Todo en ella, sus pechos prominentes, anunciados por un insinuante escote, sus labios que se le antojaban como un delicioso fresón maduro..., absolutamente todas las perfecciones que componían la anatomía de esa diosa le provocaban sobremanera. Isaac aparentaba algo más de los quince años que en verdad tenía. Jamás hubiesen predicho que la diferencia fuera tan grande. «Es muy tarde, pero no me gusta

estar sola, ¿me acompañas?» Mientras le miraba con unos penetrantes ojos garzos, su delicada mano de uñas escarlata descendió hasta la entrepierna del chico, masajéandola con suavidad hasta que una protuberancia en el pantalón de firma italiano reveló su estado de excitación.

Subieron a la habitación en la que la misteriosa mujer se hospedaba. Dejó caer la tarjeta en el cenicero de entrada y comenzaron a devorarse, apoyándose en el sofá biplaza, rebotando contra el secreter, haciendo tambalear un jarrón de porcelana y llegando a trompicones hasta la cama. Aquella belleza rubia, sobradamente experimentada, empujó

con fiereza a Isaac contra el colchón, mordisqueando el lóbulo de su oreja y besando de nuevo aquellos trémulos labios. Él se había enrollado con chicas antes, aunque jamás logró pasar de segunda base. Ese era otro nivel, uno con el que la mayoría de los chicos de su edad solo fantaseaba. La explosiva desconocida se despojó de su ropa, revelando un cuerpo de caderas y pechos pronunciados, tan distintos de los de las adolescentes que Isaac conocía y semejantes a los de las bellezas que llenaban las revistas escondidas bajo el colchón de su cuarto. Quiso conocer su nombre. Ella lo silenció posando un dedo en sus labios.

«Mantengamos el misterio», le rogó con voz sensual, ayudándole a desprenderse de su traje y arrojando las piezas al suelo enmoquetado. Continuó con la salva de besos y caricias mientras montaba a horcajadas sobre el chico, posando las manos de uñas afiladas por su pecho apenas cubierto de vello. Fue la primera vez de Isaac, una que no podría olvidar. Ella comenzó a moverse de forma hipnótica, arrancándole una sucesión de gemidos. Le mostró los placeres del sexo, desconocido para él hasta la fecha. Se le antojaba como un ser de ensueño. Los cabellos dorados de la mujer se deslizaban por entre los dedos de Isaac como las riendas de un

corcel. Aquellas curvas, de una redondez exquisita, hacían las delicias del muchacho. Reclamaba más, y las tornas cambiaron. Aumentó la cadencia de su vaivén hasta que un estremecimiento se abrió paso junto a una explosión compartida. Ella estrujaba entre sus manos las suaves sábanas, mientras Isaac concluía, echándose a un lado, extasiado y aturdido a partes iguales. De repente, el móvil de él vibró en el suelo dentro del pantalón. El tono que acompañaba a la llamada era el de su padre, que se lo había instalado personalmente. «Su» canción, como él la denominaba, era *Satisfaction*, de los Rolling Stones. Recogió el aparato y

escuchó el buzón de voz. El mensaje era claro: tardaría un buen rato debido a que uno de sus representados había sido trasladado a comisaría. Isaac se disculpó ante la mujer, que encendía un cigarro con manos temblorosas y expresión indescifrable. De repente, otro móvil comenzó a sonar dentro de un pequeño bolso color rubí. Ambos se miraron, y en el mismo instante en que escuchó las primeras notas del tono, supo que lo había fastidiado todo de forma épica. La anónima que lo observaba expulsando el humo con nerviosismo no era tal.

—No lo sabía. Te juro que no suelo ser así. Yo... —comenzó a

excusarse atropelladamente.

El uniforme colgado de una percha en el armario de puerta corrediza dejaba claro su empleo: azafata. Y tanto la chapa que prendía de su solapa como el resto de evidencias revelaron su identidad: Lorraine, también conocida como Lorie.

Después de la mencionada debacle, ambos hicieron voto de silencio y prometieron no contárselo a su padre. Ningún hombre en su sano juicio se arrepentiría de aquel encuentro. Por desgracia, nacía de una traición, inconsciente, pero traición al fin y al cabo, lo que le reportaba cargo de conciencia. Su padre jamás volvería a

mirarlo con los mismos ojos si llegaba a enterarse. El día en que por fin se conocieron formalmente, ella mostró su mejor cara, literal y metafóricamente; todo eran elogios y gestos amables cuando su prometido estaba presente. El aparente arrepentimiento que mostró en un principio se diluyó con el paso del tiempo. En cuanto el señor Montalvo se daba la vuelta o atendía sus obligaciones, ella se lanzaba a degüello sobre Isaac, al que veía como a un delicioso caramelito que quería volver a saborear. Él, que había sucumbido a sus cantos de sirena, sabía que nada le impedía tirarse a cualquier tío que se le pusiera por delante. Ellos no declinarían

la oferta, y dudaba seriamente de la capacidad de su futura madrastra para la contención. Era un gran polvo, de eso no había duda, aunque una cuestionable prometida.

Cuando tuvo el accidente y todo terminó de irse a la mierda, su ingreso en el centro de menores puso tierra de por medio, pero en el último mes que había pasado de vuelta en casa su convivencia se había convertido en un verdadero infierno. Su padre la desposó sin esperar a que Isaac cumpliera la condena impuesta por el juez, algo que a él le dolió profundamente. Se debió en parte a las cartas de aviso que le envió, intentando advertirle de la verdadera

cara de esa mujer y lo poco que le gustaba para él. El señor Montalvo no respondió a las misivas. Apenas mantenían comunicación, salvo por un par de llamadas mensuales de cortesía y una ocasión en la que acudió para dejarle muy claro que iba a ignorar la ostensible animadversión que sentía hacia su esposa. Ese fue el día en el que se enteró del enlace.

Hace poco que comparten techo de nuevo y la situación es prácticamente insostenible. Es como si existiesen dos personas distintas viviendo en el voluptuoso cuerpo de esta mujer: la dulce Lorie y la salvaje y despiadada Lorraine, dispuesta a hacer de su vida un

calvario si no cede a sus exigencias. «¿A quién crees que creería: a su hijo de errático comportamiento recién salido del reformatorio o a su mujercita?», esa fue la respuesta que obtuvo cuando amenazó con contárselo todo a su padre días atrás. Por desgracia, ella tiene razón. Él apenas puede sostenerle la mirada desde lo del accidente, ¡como para creer en su palabra!

Cuelga la llave tarjeta al lado de las del flamante Mercedes de su madrastra y se dirige hacia su cuarto, deseando que las predicciones no se cumplan por una vez. El aroma a humo de cigarro anuncia la presencia de Lorraine, que le espera tumbada

semidesnuda sobre el cobertor. Todavía conserva esa belleza exuberante, si bien los retoques en labios y pechos eran innecesarios.

—Hola, cielo, ¿qué tal el instituto?
—inquire incorporándose y avanzando hacia Isaac subida sobre unos excesivos tacones de aguja, jugueteando con el cable que cuelga entre el bolsillo y los auriculares a ambos lados de la cabeza del chico.

—Márchate, tengo que ducharme
—responde secamente, tirando de los cascos y dejando en la silla sus pertenencias.

—Me parece una buena idea.

—Y estudiar...

—Tu padre no está. Volverá mañana —ronronea, haciendo caso omiso a sus palabras—. Tenemos la casa para nosotros solos. —Acorta la distancia que los separa, contoneándose de manera seductora. Una vez se planta frente a Isaac, acaricia su cuello salpicado de agua con lascivia. Él la aparta de un empujón sin contemplaciones. Lorraine cambia su semblante amable por otro implacable y le clava las uñas, mirándolo con intensidad—. Hoy es día de paga, cariño, y quiero la mía. Ya te has retrasado demasiado —añade quitándole la chaqueta mojada y dejándola caer.

6

QUE ASÍ SEA



—Hola, hija, ¿todo bien? — pregunta Ramón en cuanto Vanessa atraviesa el umbral. Escucha el goteo del agua contra el suelo y la ve empapada de los pies a la cabeza—. Míralo por el lado bueno, hoy te ahorras la ducha —le dice doblando el

periódico que estaba ojeando y dedicándole una sonrisa sincera—, o mejor, cámbiala por un baño caliente, ¿te parece? —Ramón sostiene ahora una taza humeante en la mano y se la ofrece. Vanessa acepta la bebida caliente, que templó su cuerpo al instante.

—¿Y mamá?

—Durmiendo un rato. Tienes algo de macarrones con verduras en la cazuela y un par de esos filetes vegetales que tanto te gustan en la nevera. —Comparte una mueca de desagrado. No comprende que su hija tante la posibilidad de hacerse vegetariana. A él, por ejemplo, le gustan las infusiones y los alimentos

ecológicos, aunque de ahí a dejar la carne hay un trecho que no piensa recorrer.

Vanessa va directa a su cuarto, deja la mochila y se deshace de la ropa. Una vez echa todo en el tambor de la lavadora, prepara el baño y se sumerge en el agua caliente. Abraza sus rodillas en el interior de la pequeña bañera y permite a su mente vagar por los recuerdos recientes, intentando desterrar aquellos que le provocan ansiedad. «Ese Isaac, ¿cómo puede tener tan poco tacto? Aunque él no sabía nada de lo sucedido, eso es cierto...», piensa mientras se embadurna de gel hasta que consigue una capa homogénea de espuma que coloca

entre sus manos y sopla, concentrada en el característico crepitar de la sustancia al perder volumen. Adora los momentos sencillos como este en los que puede relajarse. Una vez sus dedos comienzan a arrugarse, sale y se envuelve en su albornoz.

Con el pelo todavía humedecido, se prepara sus hamburguesas de seitán y queso, acompañándolas con una ración de los espaguetis con ajo y setas que prepara su madre.

Su padre la ha besado en la frente y se ha ido a echar un rato. «Despiértame cuando venga el chico», le ha pedido a su hija haciendo referencia a la invitación que extendió esta mañana a

Isaac después de casi atropellarlo. Ella asiente complaciente, pensando para sus adentros que duda mucho que el invitado haga acto de presencia. En unas horas han tenido dos momentos de tensión y eso es mucho hasta para el más aguerrido.

Friega sus cubiertos y va directa al ordenador de sobremesa; el iPad lo reserva para sus momentos de espontaneidad literaria nocturna. El PC es un modelo algo viejo, pero funciona a la perfección, solo el molesto traqueteo de uno de los ventiladores de la torre revela su antigüedad. Abre una pestaña del navegador y entra en el panel de su blog:

2 nuevos seguidores

4 comentarios

356 visitas

«¡Estupendo!» Responde a tres de los comentaristas que le preguntan sobre una película reseñada. El cuarto lo obvia porque está plagado de obscenidades y proposiciones intimidatorias, por lo que hace uso de su poder como administradora y lo elimina de la faz de Blogger. «Hasta nunca, cerdo. Ojalá la vida fuese tan sencilla y un “clic” lo solucionase todo.» Suspira frente a la pantalla en la que el puntero del ratón parpadea impaciente

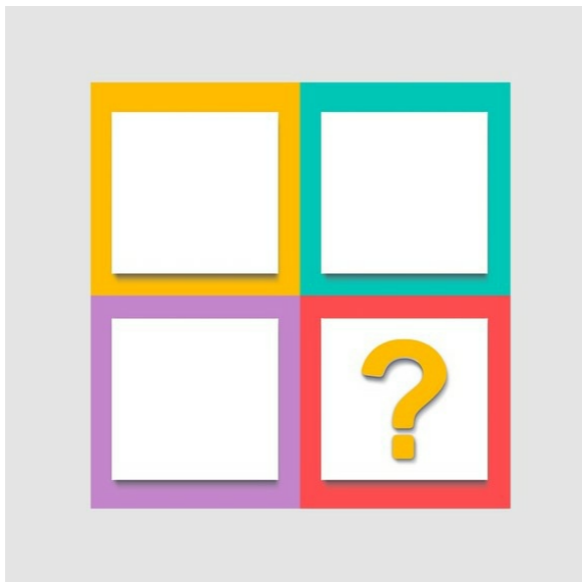
esperando a que comience la entrada de hoy:

Saludos, lectores:

Vuestra narradora habitual teclea desde las candentes brasas del averno (bueno, de acuerdo, deslizo los dedos sobre el teclado). Algunos os preguntaréis cómo me ha ido el día. La palabra *caos* define a la perfección mis últimas horas.

La mañana ha comenzado de forma abrupta, me he despertado sobresaltada y a punto de llegar tarde el primer día de clase. Por si esto no fuera lo suficientemente malo, he sufrido un percance con el coche, he presenciado un combate de testosterona y he sobrevivido

por el camino a un par de noticias bomba. Una de mis personas de confianza se ha aliado con el enemigo; de hecho, sus lenguas danzan al unísono, ¡malditos sean! La guinda del pastel la ha puesto él, un personaje al que apunto en mi lista de «Gente desconcertante». No sé cómo calificarlo. Un minuto te sonrío y hace que bajes las barreras y al siguiente te desarma con un comentario fuera de lugar o una actitud de capullo integral.



Quizás el problema sea mío, aunque si vuelvo a pensar de esa forma me convertiré de nuevo en la peor versión de mí misma, esa a caballo entre una chica

yandere y una melancólica adolescente que llora purpurina y canta canciones de impúberes con voz de princesa Disney. Y eso no, «nunca más», como dijo el cuervo del relato de Poe.

Después de despedirse de sus lectores enlazando un par de noticias de cine y literatura, firma con su *nickname*: Dark Gothess.

Refresca la página del gestor de la bitácora una y otra vez, como viene siendo costumbre, hasta que el primer comentario aparece:

Cold Raven: ¿Invocabas al cuervo?
Ese soy yo. Permanecí congelado durante

décadas, soñando con el momento de mi liberación. Un día, el sonido de tu voz quebró el hielo que recubría mis alas y he venido batiéndolas hasta aquí, donde aguardo dispuesto a cumplir con tus deseos, oh my Gothess.

Ella tamborilea con las uñas cuyo esmalte negro empieza a descascarillarse. Sabe que su fiel seguidor hace referencia a un archivo de voz que subió en el que recitaba su particular homenaje a ese magnífico relato, venerado por literatos del mundo entero. Le contesta con una sonrisa en los labios.

Dark Gothess: Pues si tu deseo es cumplir el mío, vuela muy alto, hasta que los ruidos de este infame mundo no sean más que un eco distante. Atraviesa el manto de nubes y sigue ascendiendo, que solo tus pensamientos trasciendan y todo lo demás se convierta en un lejano murmullo; sé libre.

De la garganta de Isaac emerge un suspiro. El latido de su corazón se ralentiza, se siente flotando. Dark Gothess es como un ser inalcanzable al que le gustaría acceder, pero nunca tiene el valor suficiente para ahondar más y alejarse de ese rol que mantiene en los comentarios. Si ella se lo pidiera,

dejando atrás las metáforas, intentaría volar porque sus palabras son como rayos de luz que inciden cada día en su gris existencia. Una contestación larga dinamitaría la magia del momento, por lo que simplemente añade:

Cold Raven: Que así sea.

Cierra la tapa de su ordenador. Lorraine está duchándose en el baño de su habitación y la ropa continúa esparcida por el suelo y sobre los muebles, prueba del delito en el que de nuevo ha incurrido. Ya ni siquiera su cuerpo disfruta apenas de estos encuentros furtivos, pues son fruto de un

chantaje, el resultado de la perversa mente de su madrastra, que lo coacciona. Se siente como una mierda, un juguete. Él piensa a menudo en lo que muchos hombres darían por acostarse con una mujer como esa y en cuántos otros se reirían en su cara si supieran que se cree una víctima, pero así es. La hermosa criatura de perfecta figura tiene un alma corrupta, la ve como a esas sirenas de la mitología que intentan atraer a los marineros contra las rocas buscando su infortunio. Ella canta y nadie le ayuda a escapar de sus garras. Su barco ha quedado reducido a astillas y teme encontrarse por siempre en esa isla de soledad a merced de aquella

bestia que lo reclama cuando le place.

«Sé libre.» Las palabras de Dark Gothess resuenan en su cabeza y le insuflan confianza.

Aprieta los puños y se incorpora con determinación. Abre el armario y se viste sin perder ni un segundo: vaqueros, camiseta de manga larga y chaqueta. El día se ha tornado frío.

—Voy a salir —informa secamente y en un tono lo suficientemente alto como para que Lorraine lo escuche bajo el grifo de la ducha.

—No regreses tarde, cielo — responde usando de nuevo su cantarina y cristalina voz. Como si nunca hubiese roto un plato—, te espero para la cena...

y el postre.

EMPATADOS



Vanessa está terminando de pasar a ordenador el horario del curso. Mordisquea el palo de un chupachups ya devorado cuando suena el timbre. Se levanta de su silla y acude, no sin rezongar, a la entrada. Su padre se adelanta, desperezándose, y descuelga el

telefonillo alargando un bostezo.

—Hola, hijo. Sube —dice presionando el botón azul que abre el portal.

«Pues sí, al final ha venido. No deja de sorprenderme.» Nessa frunce el ceño y Ramón la mira contrariado.

—A riesgo de parecer anticuado, te pediré que aparezcas presentable — sugiere señalando el viejo pijama que lleva, arrebatándole el tubito de plástico de la boca y examinándolo como si de un policía científico se tratara—. Como sigas enganchada a estos caramelos, no vas a ganar para dentistas.

Ella, que no esperaba la visita, revuelve entre su ropa y arroja los

descartes al suelo. Suena en esta ocasión el molesto timbre de la puerta. Se embute unos *leggings* y un jersey fino de manga larga. Peina a toda prisa su cabello en una coleta alta y recupera el aliento. Su padre estará a estas alturas ofreciéndole la terrible infusión de hierbas que sabe a rayos. Decide demorarse un poco, sonriendo con cierta malicia mientras imagina a Isaac al probarla. Finalmente, abre la puerta, compone una mueca de pasividad y sale al salón donde, como esperaba, están el chico nuevo y su padre con sendas tazas en la mano. Él la mira pidiendo auxilio, a lo que responde arqueando una ceja y elevando la comisura de los labios en

una sarcástica sonrisa.

—Hija, ¿quieres una infusión...?

—No, papá —le interrumpe—.

Gracias.

—No sabía que compartíais clases, eso es fantástico. Vanessa a veces es algo reservada —comenta como si ella no estuviera presente, algo que la enerva. Pone los ojos en blanco y observa a Isaac removiendo su taza con una cucharilla. El hedor de la mezcla penetra en sus fosas nasales, por lo que decide ser benevolente.

—¿Tú no tenías alergia a según qué plantas? —improvisa gesticulando con las manos.

Él la mira confuso, pero pronto se

percata de la argucia.

—¡Ah, sí! A bastantes.

—¡Vaya por Dios! ¿No sabrás con seguridad cuáles son? Lo digo porque lo que te he servido es un magnífico producto que ayuda a eliminar toxinas y...

—A muchas, sí, no sabría concretar. Estoy pendiente de una analítica. Ya lo siento —replica mostrando una expresión apenada.

A Nessa le cuesta horrores contener la risa, que disimula con una fuerte tos.

—No me extraña que hayas agarrado un catarro, has venido empapada. Esperad un momento, voy a

preparar más café, ¿puedes tomar, Isaac?

—Sí, muchísimas gracias, señor.

—Llámame Ramón, hijo — responde sonriéndole con afecto y regresando a la cocina.

—Gracias por echarme un cable. Si te soy sincero, olía a...

—¡Mierda!

—No, tampoco es para tanto.

—Me refiero a qué coño haces aquí —le corta sentándose a su lado e intentando no elevar demasiado la voz.

—Estoy invitado, ¿recuerdas?

—No pensé que tuvieras los huevos de venir después de nuestra última conversación.

—Ah, ¿eso es lo que era? — responde acercándose un poco más a ella—, porque a mí me pareció más un ataque de ansiedad.

—No sabes una mierda...

—Te gusta esa palabra, ¿eh? — bromea en un fallido intento de calmar los ánimos—. Mira, por eso mismo. Desconozco los problemas que tienes y tampoco estaba al tanto de lo de tu amiga y el tipo ese. Te di mi opinión, siento si no te gustó y también si la forma en la que la expresé fue brusca. No era mi intención. Soy nuevo aquí. ¡Joder, concédeme una tregua! Lo único que quiero es resetear, empezar de nuevo, ¿te ha ocurrido alguna vez?

La sincera y espontánea respuesta del chico deja a Nessa sin argumentos. Asiente con la cabeza y su muro de frialdad vuelve a derretirse.

—Muy bien, pero no podemos hacer tabla rasa, por lo que sumo un punto negativo a tu ficha de potencial amigo, para que lo sepas.

—Entonces, estamos empatados. —Él sonríe y ella responde golpeándole suavemente en el brazo.

—Vaya, vaya. Hola. —La mujer de Ramón entra en el salón con el pelo recogido en un moño deshecho y unas ojeras bajo sus ojos castaños—. Soy Cristina, la madre de la fiera —saluda incorporándose a la pequeña reunión.

Examina al chico con gesto pensativo—. ¿Nos conocemos? —pregunta ella sin dejar de estudiar su fisionomía.

—No, señora, no creo.

—¡Uy, señora, qué formal! Por favor, trátame de tú o me sentiré ofendida —replica ella riendo alegremente.

—Mi esposa trabaja en el hospital, quizá te haya visto en alguna de tus visitas —aclara Ramón, que regresa con la cafetera y le tiende una taza a Isaac, dejando el resto sobre la mesa junto a un platito repleto de deliciosas pastas—. ¿Eres propenso a los accidentes?

El chico sonrío cordialmente y se lleva la taza a los labios.

Concluyen con las presentaciones de rigor y se lanzan sobre las galletas de mantequilla. Ramón besa a su esposa, visiblemente agotada, y lanzan unas cuantas preguntas al muchacho, que las sorteas como puede. Algunas son de fácil respuesta; otras necesitan ornamentos.

—¿Dices que en un par de meses cumples los dieciocho? Ya deberías estar comenzando la universidad, ¿no es así?

—¡Ramón, por favor, no seas indiscreto! —exclama Cristina dirigiéndole una mirada reprobadora.

—No se preocupe. Sí, antes de las campanadas de Año Nuevo podré votar...

—Y acabar en chirona... —
canturrea Nessa cogiendo una galleta y mordisqueándola como una ardillita, intentando ahogar la risa que se abre paso en su garganta.

—¡Sois terribles los dos!
Discúlpalos, Isaac.

La pobre Cristina se remueve inquieta y mira de hito en hito a su marido y a su hija.

—No hay nada que disculpar. La verdad es que repetí un curso cuando mis padres se divorciaron y más tarde me tomé un año sabático —responde con cautela, tomando la taza entre sus manos y dando un sorbo al café.

—Así que un año sabático, ¿eh?

—Sí, señor. Debía reflexionar sobre mi futuro.

El sonido de la cucharilla acariciando los bordes de la porcelana es lo único que se escucha.

—Y bien, ¿llegaste a algún puerto?
—inquire Ramón.

—¡Papá! —le reprende ahora su hija.

—No te preocupes. Sí, digamos que ya sé lo que quiero. Y lucharé por conseguirlo —responde esbozando una sonrisa.

«Vuela alto. Sé libre.» Se aferra a esas palabras como a un bote salvavidas y ve en ellas un objetivo que cumplir.

8

TABLA RASA



Nessa se incorpora estirándose de forma exagerada, y abre los ojos a un nuevo día acallando el estruendoso despertador que la ha arrancado de su pequeña parcela onírica.

Siguiendo su ritual matutino, se pone unas mallas rajadas de forma

estratégica, unos vaqueros cortos deshilachados y una camiseta oscura con *print* de *Another*, uno de sus *animés* favoritos. Las botas negras de hebillas y la chaqueta de imitación de piel completan el conjunto. En cuanto termina, sus ojos vagan hacia el hueco de la horrorosa lámpara que ahora descansa desmembrada en el vertedero. Resopla. En el fondo se había acostumbrado a mirarla. Apunta en un pósito de su tablón de corcho que debe comprar una nueva.

Peina su melena castaña, que ha amanecido más ondulada que de costumbre, perfila sus ojos con generosidad y aplica brillo en los labios

con la música sonando en el iPad. Sale al pasillo; su madre ya se ha ido al hospital y su padre todavía no ha llegado del turno de noche, por lo que se permite el lujo de poner sus canciones favoritas de Youtube más alto de lo normal. Coge el dispositivo bajo el brazo y va a la cocina, lo deja a un lado mientras escucha los primeros acordes de lo último de The Pretty Reckless. Usando el cuchillo de mantequilla como micrófono, hace los coros de Taylor, la cantante, mientras se prepara un par de tostadas y se sirve un vaso de leche de soja sabor vainilla, sobre la que espolvorea canela.

Al girarse, ve a su padre mirándola

con una sonrisa cansada en el rostro y el periódico en la mano. No entiende para qué lo compra tan temprano si va a quedarse frito en cuestión de minutos.

—Cantando de buena mañana. Parece que a alguien le está gustando la vuelta al cole —comenta acercándose a ella y removiéndole el cabello.

El pan tostado está listo y Nessa lo saca con cuidado. Unta margarina y mermelada de arándanos.

—Lo odio —vuelve a su pose habitual y da un bocado al desayuno—, aunque esta canción es una puta pasada.

Ramón suspira y emite un gruñido de desaprobación, marca de la casa, negando con la cabeza.

—Tragar antes de hablar, ¿recuerdas? Y sobraba una palabra en esa frase, Vanessa. Hablas como la hija de *El exorcista*.

—La niña, papá —dice Nessa corrigiendo a su padre, dado que *El exorcista* es una de sus cintas de terror favoritas.

—¿La niña de quién, cielo? —inquire él aturdido y bostezando sonoramente. El horario nocturno en la fábrica hace estragos en cualquiera, especialmente en Ramón, que cuando le toca ese horario se muestra distraído y abotargado.

—¿Eh? Nada, déjalo —responde haciendo aspavientos con las manos y

apagando la *tablet*—. Vete a dormir, anda. Estás hecho polvo.

—Muy amable, hija —ironiza arqueando una ceja, gesto que ella replica—. Dale saludos a Isaac. Parece buen chico, aunque eso del año sabático no acaba de encajarme...

—Que sí, que sí, me piro. Llego tarde —dice dándole un beso rápido y saliendo de la cocina a toda prisa. Después de lavarse los dientes, se cuelga la mochila a un hombro y se pone en marcha.

Ya en la calle, marca el número de Úrsula. Después de dos toques, cuelga. Vuelve a intentarlo. Salta el buzón de voz. Deja un mensaje en WhatsApp a

ella y a Rebeca:

Nessa: ¿Os hace un café?

Un par de minutos después, un pitido acompaña a la contestación.

Beca: Lío en casa.

Nessa: ¿Familia? Espero que no sea nada.

Ve su autobús pasar por delante como una exhalación.

—¡Mierda! —exclama echando a correr como alma que lleva el diablo. Es el comienzo de curso, no puede permitirse llegar pasada la hora y tentar

a la suerte más de lo que ya acostumbra.

Uno de los chicos que esperan bajo la marquesina de la parada la ve corriendo a lo lejos, por lo que se demora en subir y pasar la tarjeta bus. Le guiña un ojo cuando ella llega resollando al vehículo, cuyo conductor la mira impaciente y amenaza con el cierre de las puertas en su cara.

Sube jadeante y se abre paso como buenamente puede hasta el final.

El transporte público está hasta los topes a estas horas y su salvador particular, un adolescente de más o menos su edad, se arrima a ella con bastante descaro. Nessa, ni corta ni perezosa, le arrea un mochilazo discreto

en la entrepierna acompañado de un «lo siento» poco sincero que hace reír a una señora que ha sido testigo de la escena desde uno de los asientos.

—Imaginaré que era tu mano.

—Será gilipollas —murmura alejándose en la medida de lo posible.

Apoyada en la pared del fondo, entre una pareja que no guarda las apariencias y un par de niñas que discuten por una estúpida muñeca oxigenada, llega a su destino.

El móvil vibra nuevamente.

Beca: Harta me tienen. Dicen que tengo plaza en Dublín -.-

Nessa: ¿QUÉ? No pueden hacer eso.

Vanessa se acaba de quedar petrificada. No sabe qué decir a su amiga. ¿De verdad le harían eso sus padres? «Significaría alejarla de todo lo que conoce y llevarla a otra institución, otra ciudad y, ¡maldita sea!, otro jodido país.»

Observa impaciente la pantalla del móvil, esperando la respuesta.

Beca: Pueden. Y lo harán. Hablamos después. Basis.

Vanessa guarda el teléfono, elucubrando la manera de evitar que eso suceda. «¡Ni que estuviese en mi

mano!», piensa frustrada al imaginarse a su amiga subiendo a un avión rumbo a Dublín.

Es injusto, algunas decisiones pueden serlo; la vida lo es en general. Rebeca es una chica modelo, no solo en lo académico, también en lo personal demuestra más clase y sabiduría que la mayoría, pero sus padres continúan exigiendo sin reparar en la presión que supone para ella. La ponen al límite. Vanessa ha sido testigo y paño de lágrimas, evitando, en más de una ocasión, que su amiga cometa alguna estupidez movida por la ansiedad o la imperante necesidad de llamar la atención de sus progenitores, suplicarles

de forma dramática y contundente que la dejen en paz, que no fueren la maquinaria.

¿Un viaje a Dublín en verano a casa de unos amigos? Una encerrona, de eso se trataba. Puede imaginar cómo se siente su amiga: traicionada, manipulada y vendida. «Algunas veces pienso que si por ellos fuera me mandarían al lugar más alejado de la tierra. Eso sí, uno con el mejor programa escolar, por supuesto», había dicho en junio Rebeca exhibiendo una triste sonrisa. Conociéndola, los nuevos acontecimientos habrán minado su débil autoestima, erosionada con el paso del tiempo y las acciones de sus padres.

Ellos se declaran estandartes de «la buena educación». Como tantos otros, intentan transformar la existencia de su hija en la versión mejorada de la suya propia, como si de la expansión de un videojuego se tratara, olvidando por completo que juegan con las esperanzas de otro ser humano: le dieron la vida, sí, pero para construirla a su manera.

Espera poder hablar con Rebeca y conocer en detalle lo sucedido. Desea abrazarla con fuerza y decirle que todo irá bien.

Suspira y se pone los auriculares, dispuesta a bombardear su cerebro con una música lo suficientemente potente para anular todo cuanto le preocupa y

que esos pensamientos se reduzcan a un murmullo.

El chico que intentaba tirarle los trastos segundos antes se ha decidido a pedirle el perfil de Facebook, haciéndose escuchar sobre el estribillo de su tema favorito.

—Sí, apunta: busca una isla y piérdete —responde con los brazos cruzados mirándole directamente mientras las puertas del autobús se cierran con un sonido similar a un bufido agudo.

—¿Con acento? —pregunta él haciéndose oír al otro lado del cristal.

El saludo de Nessa con el dedo corazón en alto le deja claro la ironía de

su respuesta. Musita un «guarra» que queda anulado por el sonido del motor al arrancar.

Ella sonríe satisfecha y recoloca su mochila, aliviada de estar nuevamente en la calle. Los transportes urbanos le resultan asfixiantes.

A lo lejos ve a  rsula con el indeseable de Lorca. El rostro de la rubia est a contrito en un mohín que denota tristeza y rabia.

—Úrsula! —Nessa intenta llamar su atención una vez que el innombrable sigue su camino después de darle una sonora palmada en el trasero y dedicarle un gesto obsceno.

—Eso, y ya de paso m rcala como

a las reses —protesta sin alzar la voz, consternada por el flagrante machismo del chico.

Aprieta el paso volviendo a gritar el nombre de su amiga. Ella parece hacer oídos sordos y se pierde entre el grupo de estudiantes que franquean la entrada.

Los rezagados corren hacia sus aulas.

* * *

El resto de la mañana Úrsula no hace acto de presencia, algo que no sería de extrañar en circunstancias

normales y si no fuese porque es repetidora y la bronca que le caerá en casa si suspende por segunda vez será monumental.

Nessa ha intentado contactar con Úrsula por WhatsApp, arriesgándose a que le requisaran su móvil. Nada. Cualquiera diría que se ha dejado el teléfono. Duda de que sea eso lo que ha sucedido; la conoce lo suficiente para saber que el *smartphone* es una extensión de su mano.

El timbre que anuncia el recreo suena a música celestial. Incluso los docentes suspiran de alivio al salir a la calle y encender unos cigarrillos, apurando con ansiedad sus dosis de

caféina, intercambiando opiniones, cotilleos y quejas.

Un pitido sobresalta a Vanessa, que mira casi enojada la pantalla del teléfono al encontrarse con el molesto indicador de batería baja. Segundos más tarde, el aparato se apaga.

—Cacharro de mierda —farfulla agitándolo como si se tratase de una maraca.

—No creo que eso te ayude, a no ser que se alimente de mala leche —dice Isaac apoyándose en la taquilla. Viste un vaquero y una camiseta azul marino de manga larga con el logotipo de Dharma en gris.

—Y yo creo que podrías hacer

como los protagonistas de esa serie — responde señalando su pecho— y perderte.

—¡Joder, eres un pelín borde! — exclama sin perder la sonrisa ni la calma, arqueando la ceja.

Ella cierra los ojos, expulsa el aire y lo mira con un atisbo de arrepentimiento.

—No diré que lo siento porque empieza a sonarme reiterativo, pero sí que procuraré ser menos cabrona, ¿suficiente?

—¡Hummm! Es un comienzo. Si me ayudas con el castigo, incluso creeré que vas en serio —responde él ladeando la cabeza y mirándola con gesto divertido.

Finalmente, y al no ver a sus amigas por los alrededores, accede a echar una mano a Isaac en la biblioteca.

Cuando atraviesan las puertas de contrachapado, se encuentran con la señora Núñez, una octogenaria de cabello cano y pequeños ojos verdes velados por unas incipientes cataratas. Las gafas que descansan sobre su nariz ganchuda parecen del todo inútiles, pero jamás prescinde de ellas. Es la encargada de esos estantes desde que Vanessa tiene uso de memoria. Aunque haya perdido visión, conoce al dedillo cada palmo del que considera su reino.

La anciana saluda pletórica, orgullosa de tener dos nuevos ayudantes

a su disposición.

Explica un poco por encima las tareas encomendadas. Sus instrucciones son algo complejas e imprecisas, si bien el director ya se ha encargado esa misma mañana de especificar a Isaac lo que esperaba de él: debe recolocar cada volumen en los estantes de la vieja biblioteca y añadir los nuevos libros donados por estudiantes y asociaciones.

Se ponen manos a la obra. Entre la pila de las nuevas incorporaciones encuentran varios *best sellers* y libros juveniles en buen estado.

—¡Vaya!, *Los juegos del hambre*, ¿lo has leído? —pregunta Nessa acariciando la portada, estriada debido

al uso.

—No, los he vivido —responde elevando la comisura del labio.

«¿Me lo parece a mí o le sale un hoyuelo al sonreír?», se pregunta, procurando disimular mientras le echa un vistazo de soslayo hasta que sus ojos se cruzan de nuevo y baja la vista, concentrándose en un libro de divulgación cuya sola visión ya le provoca bostezos.

—¿Y tú te has atrevido con este? —inquire él, sosteniendo el único y ajado ejemplar de *La fuga de Logan*, uno de sus libros predilectos.

—Mira por dónde, el título te va que ni pintado. ¿Has visto *Prison*

Break? Los protagonistas escapan de la cárcel, en más de una ocasión... —añade conteniendo una carcajada que finalmente se abre paso y resuena entre las estanterías, precedida por un enojado «¡chiss!» de la señora Núñez.

—Muy graciosa. He estado solo unos meses encerrado. Ah, y teníamos televisión, eso no es Guantánamo, aunque se come igual de mal. —Cambia su peso de una pierna a otra y la mira expectante, atento a la siguiente pulla y dispuesto a devolver la estocada.

—¿También teníais visitas vis a vis? —continúa con la broma, aprovechando el descanso para desenvolver uno de sus chupachups y

llevárselo a la boca.

—No. —Encaja el libro en el lugar asignado y se vuelve hacia su interlocutora—. Y ahora que lo dices... —deja la frase suspendida, mirándola de arriba abajo—: hace mucho tiempo que no estoy con una chica. Tú ya me entiendes...

Recorre el escaso medio metro que los separa y ancla sus brazos a ambos lados de la cabeza de Vanessa, que lo observa totalmente cortada, tragando saliva con dificultad. Le llegan efluvios de su desodorante masculino mezclados con las notas cítricas de un perfume. Esa combinación la traslada mentalmente a un campo de pomelos. Aspira la

fragancia. «Mierda, soy como el jodido Hannibal Lecter», piensa avergonzada, enroscando nuevamente su mechón y dejándolo caer sobre el lado izquierdo de su rostro sonrojado. Isaac continúa acortando distancias con deliberada lentitud, como si de un depredador se tratara, hasta que sus labios humedecidos rozan la oreja de la chica, haciendo tintinear las pequeñas calaveritas y cruces de su pendiente. Nessa contiene la respiración, rezando por que sus latidos enfebrecidos no sean escuchados por Isaac. «¡Qué locura! Calma, es solo una persona, no un superhéroe ni un adolescente sobrenatural de literatura juvenil.

Aunque ahora mismo le dejaría hincar sus dientes en mi cuello o llevarme al inframundo entre sus alas negras.»

—Dime —le susurra con voz profunda—, ¿conoces a alguna mujer interesante? Si es así, dale mi número —dice con un brillo pícaro en la mirada. Hace acopio de fuerzas para mantener el tono jocoso y no devorar esa preciosa boca de curvas pronunciadas. Ella le propina un suave puñetazo en el abdomen y eleva la barbilla orgullosa, murmurando un insulto digno del parvulario—. ¿No me habrás malinterpretado, preciosa? —pregunta ladeando la cabeza sin abandonar la pose, regresando a sus

quehaceres y luchando contra una imperiosa necesidad de atraerla y terminar lo que entre bromas han iniciado.

Nessa se toma la revancha, le coge de los hombros y le empuja contra la estantería de enfrente sin miramientos. Él abre los ojos sorprendido. No se achanta. Ella ronronea y posa ambas manos en su pecho, las desliza hasta el dobladillo de la camiseta, que perfila con los dedos, y asciende nuevamente en dirección a la nuca, dejando un rastro de arrugas en la suave tela de algodón. Enreda sus dedos en el sedoso cabello de Isaac y posa su boca en la comisura de la de él, que hace un esfuerzo

sobrehumano por mantener sus cinturas alejadas, ocultando la erección que evidencia el vaquero ajustado. Está a un segundo de dejarse de tonterías y besarla, pero no quiere ser quien pierda esta partida.

La muchacha emite un jadeo y el aire cálido que abandona sus labios acaricia el cuello de Isaac, erizándole el vello.

—¿Malinterpretarte, cielo? Ni en tus mejores sueños.

Esa palabra y la forma en la que la ha pronunciado le remueve las entrañas. El afilado tono de Lorraine se cuela insidiosamente en su cabeza. Isaac se envara y da un paso hacia la derecha,

rompiendo el contacto visual con Nessa, que ve como se aleja visiblemente alterado, con el rostro contrito y la mirada sin brillo, como si hubiese caído en un rincón oscuro de su mente.

Vuelven a sus posiciones originales y continúan ordenando, haciendo como si nada hubiera pasado.

Transcurridos unos minutos, es ella quien quebranta el incómodo silencio instaurado.

—Eh, tranquilo, ¿vale? Solo estaba de coña. No volveré a hablar del sitio que empieza con *R* —dice mostrándose arrepentida e intentando que la expresión alegre regrese al rostro ensombrecido de Isaac.

—No es eso lo que...

—¡Lo he visto todo! Estoy vieja, pero sé reconocer a dos jóvenes amantes. Esas cosas fuera de mi biblioteca, chiquillos —espeta la bibliotecaria, cuyo rostro arrugado asoma por un hueco abierto entre dos tomos enciclopédicos. La anciana llena el espacio con un par de volúmenes y se marcha farfullando cosas sobre el libertinaje de la juventud.

Los dos sonrían, dejando atrás la tensión que enrarecía el ambiente.

—Lo siento, igual me he tomado excesivas confianzas.

—¡Y yo! Está bien, hagamos tablas, ¿vale? —Nessa le ofrece una mano que

él estrecha con gusto.

—Perfecto, cero a cero.

—No, no, cero a uno. Perdona..., sigo aquí rodeada de libros polvorientos, eso me otorga varios puntos de amistad, ¿no crees? Tendrás que trabajar mucho, novato.

A partir de ese momento se concentran en las torres de novelas y manuales de consulta, dispensándose alguna que otra broma entre sección y sección. Nessa no quiere ahondar más en el tema de su ingreso y estancia en el centro de menores; una cosa es bromear sobre el asunto y otra hacer leña del árbol caído.

Recorriendo los lomos con la

mano, la chica se topa con una amarillenta antología de Edgard Allan Poe. El recuerdo del comentario de Cold Raven, su admirador cibernético, le arranca una tímida sonrisa. Los dedos de Isaac se topan con los suyos por descuido al ir a coger el tomo y notan un chasquido de electricidad estática.

—¿Te gusta Poe, Enemigo Número Uno? —pregunta ella incrédula, alzando una ceja buscando provocarle.

—Bastante, Barbie Gótica — responde con la misma ironía en la voz. Ambos ríen al darse cuenta de su tendencia a crear conflictos por cosas más pequeñas que un grano de arena. Su sentido del humor va en la misma línea,

una que si se sobrepasa roza la increpación.

MENTIRAS Y MEDIAS VERDADES



Las sillas arañando el suelo indican el final de la jornada. Los estudiantes intercambian apuntes y anécdotas de un verano que queda ya rezagado en el calendario.

Nessa cruza un par de palabras con

algunos de sus compañeros. Todos avanzan en tropel por los pasillos, ansiosos por aprovechar los últimos días de piscina. En la salida, una ráfaga de aire le arremolina el cabello. Alguien la empuja y su mochila cae al suelo. Maldice por lo bajo y se la cuelga nuevamente al hombro, sonriendo al ver a Úrsula dirigirse hacia ella. Parece como si se acabase de retocar la máscara de pestañas y hubiese aplicado más base de maquillaje para intentar ocultar unos cercos oscuros alrededor de sus ojos castaños. Viste *shorts*, medias fantasía, una camiseta que deja poco a la imaginación y una minúscula chaqueta vaquera.

Erguida sobre sus altos botines, más propios de una noche de sábado, la escruta con el ceño fruncido. Nessa saluda a su amiga con efusividad, aliviada al verla y ansiosa por saber qué diablos le ha pasado. A su lado está Rebeca, que le advierte de algo con la mirada. Vanessa entrecierra los ojos desconcertada. Enseguida vuelve a mirar a Úrsula, que todavía no ha abierto la boca.

—¡Eh! ¿Qué tal? No os he visto en todo el...

—Dime que no es verdad —exige la rubia con voz cortante, levantando la mano en un gesto autoritario.

—¿De qué me hablas? —responde

confusa sin saber a qué se refiere.

—Lo sabes perfectamente, Vanessa.

Rara es la ocasión en la que su amiga la llama por el nombre completo. Mala señal. Mira en todas direcciones, como si eso pudiese darle alguna pista de a qué hace alusión. Entonces cae en la cuenta. Lorca está sentado en su moto encendiendo un cigarrillo con su Zippo y contemplando la escena desde la calzada. Pese a la distancia que los separa, distingue un atisbo de sonrisa en su rostro de marcadas facciones.

—Imagino que sé por dónde va la cosa —dice dando un paso hacia ella y enhebrando su brazo en el de Úrsula—.

Vamos a dar una vuelta y te cuento lo que...

—¡Que te jodan! —exclama la rubia deshaciéndose de su agarre con brusquedad. La empuja y la hace trastabillar—. Así que es verdad. Dime, ¿te liaste con él? Sí o no —pregunta completamente fuera de sus casillas. Nessa no sabe qué hacer ni decir. Su corazón bombea fuertemente en el pecho—. ¡¿Qué?! ¿Lo vas a negar? —insiste nuevamente, cruzándose de brazos y con una expresión entre furiosa y expectante.

—No, no voy a negarlo, pero... — Un sonoro bofetón en su mejilla corta la réplica que aguarda en la punta de la lengua.

Algunas personas comienzan a formar un corrillo alrededor.

Las lágrimas anegan sus ojos y se lleva una mano inconscientemente a la cara, allí donde su amiga la ha golpeado.

—No me importa lo que tengas que decir. —Úrsula se da media vuelta dispuesta a marcharse.

Las lágrimas se desbordan finalmente.

—No sé lo que crees saber, pero no es cierto. Te ha mentado. Él me...

—¡Sé perfectamente lo que pasó y me importan una mierda tus jodidas excusas! No te acerques a mí. Ah, ¡toma!
—dice arrojándole un objeto que

impacta en la chaqueta de Nessa antes de caer al suelo—: la próxima vez que intentes follarte al chico de otra, al menos sé lista y no dejes tu basura tirada por ahí. —Cada palabra que sale de su boca es como una daga que se clava en el corazón de Vanessa, paralizada ante una situación que la sobrepasa—. No vuelvas a acercarte a mí, y mucho menos a mi novio, o la próxima vez será un puñetazo. ¡No me toques, no me hables, no me mires; ya no eres mi amiga, no eres nada! —exclama con su cara a escasos centímetros de la de Nessa, que la observa completamente perpleja. Después se aleja taconeando hasta la otra acera donde espera Lorca, que le

tiende la mano ayudándola a subir a la moto. Ella se aferra a su cintura y apoya la cabeza en las anchas espaldas del chico, que apura el cigarrillo, arrojándolo todavía encendido.

La gente cuchichea al ponerse en marcha, saciados de cotilleos por un buen tiempo. Sus compañeros juzgan lo que ni tan siquiera conocen. Nessa se queda de pie observando la moto quemando rueda sobre el asfalto y alejándose zigzagueando peligrosamente entre varios coches. Unos cuantos conductores profieren improperios a los que Lorca responde con un acelerón.

Rebeca espera un tiempo prudencial antes de acercarse a su

amiga, que está en completo silencio, derrotada.

—Dios mío, Ness, lo siento. He intentado hacerla entrar en razón...

—Yo n-no, e-él... —comienza a sollozar y tartamudear.

Rebeca la mira con sus brillantes ojos verdes y la envuelve entre sus brazos, acariciándole la cabeza y susurrando palabras de apoyo y consuelo.

—Tranquila, ya se le pasará, ni siquiera sabías que estaban juntos, ¡ninguna lo sabíamos! Ella no dijo nada. No es justo que te trate así, y menos sin escuchar tu parte de la historia.

Pero su versión, la real, es violenta

y humillante; algo que prefiriere mantener en ese oscuro rincón de su mente. Encerrado. Blindado. Alejado de sus labios y, por lo tanto, del mundo que la rodea y las personas a las que quiere.

Por lo que le cuenta Rebeca, la tarde anterior, cuando Úrsula fue al local de ensayo con Lorca para enrollarse, una de sus pulseras se perdió por entre los cojines del desgastado sofá marrón, ese que Nessa recuerda con tristeza, vergüenza y temor. Al rebuscar, encontró un pendiente que reconoció por su cruz gótica: era de Vanessa. Lorca salió del paso contándole que antes de las vacaciones la había invitado a tomar unas cervezas porque era «colega de su

chica» y ella se había pasado de la raya, insinuándose y abalanzándose sobre él. Lorca ha maquillado la historia dándole forma hasta obtener el rol del buen chico y hacer quedar a Nessa como una zorra manipuladora. Por supuesto, a Rebeca le parece poco menos que una locura. No obstante, Úrsula está tan abducida por ese chaval que cree a pies juntillas todo lo que él dice. Ni siquiera tenía conocimiento hasta la fecha de que saliesen antes del verano, es una novedad.

Nessa sabe que debería recomponerse y preguntarle a Rebeca por lo sucedido en su casa, interesarse por el tema de Dublín... Está demasiado

hundida en la autocompasión para hacerlo. «Quizá más tarde. O mañana», piensa acariciando una de las fotos de su panel de corcho, esa en la que se ve junto a Ursu y Beca en un viaje de fin de curso a Terra Mítica.

10

AVE FÉNIX



Isaac se enteró del altercado del miércoles. Desde entonces ha prestado su apoyo a Nessa. No entiende que alguien pueda otorgar credibilidad a un capullo de esa talla y pasar de su amiga tan descaradamente, y más cuando es evidente que todo lo que sale por la

boca de ese imbécil es mierda. Tampoco es que las cosas en su vida marchen mejor: su madrastra sigue extorsionándole sin tregua y su padre continúa evitando una conversación en toda regla. De él solo recibe los «buenos días» de rigor, algún «qué tal las clases» y unos pocos «ya hablaremos cuando tenga tiempo», haciendo referencia a un momento que jamás llega. Lo sucedido enfrió su relación convirtiéndolos en dos desconocidos. Isaac juraría que casi puede ver la pared de hielo que los separa.

Nessa decide afrontar el viernes con ánimo. Busca consuelo en el hecho de que pasado el mediodía volverá a

casa y tendrá por delante todo un fin de semana para pensar en el modo de acceder a Úrsula y librarse también durante cuarenta y ocho benditas horas de los cuchicheos que arrastran su nombre por el fango en el que cree hundirse cada vez que pone un pie delante del otro. Si llevaba mal ser el centro de atención, el que todos los dedos la señalen y otras tantas bocas pronuncien por lo bajo su nombre acompañado de palabras como *puta* o *traidora* le dan ganas de enterrar la cabeza bajo tierra y esperar a que todo pase, aunque eso queda hoy muy lejano.

Se levanta y comienza su rutina matutina con mayor hastío debido a lo

sucedido. Se viste con un sencillo vaquero oscuro, camiseta y botas paramilitares con los cordones fluorescentes. Decora su oreja derecha con un pendiente del que cuelgan una cruz y un par de calaveritas a juego con las cuerdas de su calzado, esas que su «yo» más sádico fantasea con enroscar alrededor del cuello del cabrón de Lorca, o, mejor aún, de sus partes «no tan nobles». Se pierde en macabros pensamientos de venganza de camino al autobús de línea regular. Sube por los pelos y llega al instituto con el tiempo justo. No quiere deambular por los pasillos ni tener que enfrentarse a la mirada reprobadora y casi asesina de su

ahora examiga y la burla del impresentable de su novio, que ve su manipulación como un triunfo: primero la engatusa, después la abandona, y todo para acabar humillándola cada día con sus medias sonrisas cargadas de intención. Ha ganado y lo sabe, ¿por qué quiere destruirla de esa manera?

A la hora de Inglés, Úrsula se sienta a unos pupitres de distancia. Su cabello rubio está recogido en dos coletas que se agitan al inclinarse hacia la derecha para intercambiar comentarios con Elisa, una chica a la que jamás se había dirigido, en parte porque iba un curso por debajo y también por culpa de su carácter; es lo

que muchos calificarían como una cabrona. Es bien sabido que va con el grupo de Lorca, dado que sale con el guitarrista de la banda en la que toca o finge hacerlo. Esos ensayos pocas veces acontecen y el inmundo local cumple la función de picadero. Sus paredes han presenciado más polvos que notas musicales. Vanessa observa con disimulo a la nueva aliada de la rubia. Luce una esbelta figura y es más resultona que guapa. A sus grandes ojos grises y cabello castaño los acompañan una copa D de sostén y una voz tan aguda como su ingenio. Es de lengua viperina, aunque ella nunca ha sido su objetivo hasta la fecha.

La profesora invita a los alumnos a compartir con el resto sus planes para el sábado y el domingo. Elisa levanta su mano, que está coronada por uñas embellecidas con una perfecta manicura francesa. Se vuelve lentamente hasta fijar su mirada en Nessa.

—*I'll go to the bitch* —marca con intención la última palabra.

—Parece mentira que en bachillerato continúen con estos errores. Creo que quiere decir *beach*, señorita Marín, no *bitch* —la profesora eleva su voz entre las risas y murmullos del resto de compañeros—, porque imagino que irá a la playa y no a ver a una...

—Putá —ladea la cabeza

escupiendo la palabra sin apartar la vista de Nessa, que está tentada de ponerse en pie y partirle la cara.

—¡No toleraré ese lenguaje en el aula! —La profesora intenta reinstaurar el orden cuando las risitas suben de intensidad. Como la autoridad que representa, se enfrasca en una discusión con el objetivo de intentar calmar el gallinero en el que se ha transformado su clase. Tarea complicada.

Nessa pone una excusa y se levanta de forma brusca, dejando caer la silla que impacta contra el suelo de linóleo. El estruendo llama la atención de la mujer, que la mira desconcertada y exige una explicación.

—M-me encuentro mal —farfulla.

—Tiene mala cara —concede poniéndole el dorso de la mano en la frente—. Quizá tenga unas décimas. Ande y vaya a que la vea la enfermera, igual es una gripe.

—Sí, la porcina —apuntilla Elisa con malicia, estallando en carcajadas nuevamente y siendo coreada por unos cuantos con tan mala baba como ella. La arpía de melena castaña imita el sonido de un cerdo, lo que enciende las mejillas de Nessa, ahora verdaderamente indispuesta; la rabia ha dado paso al bochorno.

Úrsula ladea la cabeza, mirando a su otrora amiga con la ceja

perfectamente delineada arqueada en ese gesto tan característico suyo de «¿qué piensas hacer?».

Con manos temblorosas recoge sus cosas en la mochila, que ni siquiera se cuelga a la espalda. Zigzaguea entre los pupitres y Elisa aprovecha la ocasión para ponerle la zancadilla, haciendo que tropiece y se golpee contra la esquina de una mesa. Los lápices, bolígrafos y cuadernos se desparraman por el suelo y las carcajadas de sus compañeros, que la miran con mofa, se acentúan. Nessa se apresura a meter todo en la mochila y cierra la cremallera. Aunque sabe que la profesora continúa sermoneando a sus alumnos, ahora solo escucha el frenético

latido de su corazón. Aprieta los puños contra el dobladillo de la camiseta y lucha por contener el llanto. A continuación, sintiéndose el centro de todas las miradas y chistes, se encamina a paso vivo hasta la enfermería. «No os derraméis. Ahora no», suplica para sus adentros luchando por contener las lágrimas que se agolpan tras los párpados.

Llega a su destino y entra en la pequeña habitación de paredes color menta. No hace falta que diga nada, su expresión habla por sí sola y es más que suficiente para que Mari Carmen, la que porta la cofia (en sentido figurado, claro está), le deje permanecer tumbada en

una camilla varios minutos.

—Toma un vaso de agua, corazón. Y una piruleta de cereza. Esto no lo digas por ahí o vendrán los peques a arramplar con todo mi arsenal azucarado —añade bajando el tono y guiñándole un ojo.

La chica acepta ambas cosas, dando las gracias entre hipido e hipido. Se siente afortunada por haber abandonado el aula antes de caer en picado. Hubiese tocado fondo (o atravesado este) si la gente la viese en estas condiciones.

Medio minuto después, alguien da un par de golpes en la puerta de contrachapado, que se abre con un leve

chirrido mostrando el rostro contrito de Isaac.

—¿Qué ocurre? ¿Hay un virus y yo no me he enterado? —La enfermera mira de hito en hito a los chicos, viendo en la cara de ella asomar dos lágrimas y en la de él una profunda inquietud—. Tengo cosas que hacer, os dejaré un rato... Como a mi regreso falte una sola aspirina, os enteraréis de lo que vale un peine. —Se marcha para darles espacio porque a veces es la mejor medicina.

—No puedes seguir así, ¿vas a permitir que te insulten constantemente? —Isaac intenta sonar calmado, pues lo último que ella necesita es un sermón o a otro gilipollas gritándole sin motivo

— Habla con ella.

—¿De verdad? ¡Qué gran idea! No se me había ocurrido. —Nessa destila ironía. «¿Esa es toda la ayuda que voy a tener? Pues vamos de mal en peor», dice para sus adentros, dejando escapar un suspiro de impotencia.

—¿No? Claro, es mejor dejar que te aplasten y largarte corriendo a la primera de cambio —responde chasqueando la lengua—. Durante los meses que estuve en el centro aprendí que a veces es bueno bajar la cabeza y convertirse en una sombra; esperar a que pase la tormenta. También me enseñaron que hay ocasiones en las que uno debe alzar la barbilla y mantenerse firme; este

es uno de esos momentos, Nessa. Quien calla, otorga, y puede que te conozca poco o nada, pero pongo la mano en el fuego por ti, sé que todo lo que dicen es una jodida mentira, tan grande como la gilipollez de esas dos —añade refiriéndose a Elisa y Úrsula.

—Lo he intentado...

—Te sientes vencida. Sé lo que es eso. Vuelve a intentarlo. Con más fuerza. No por recuperar la amistad de la rubita, pues, sinceramente, no sé si te compensa dada la escasa fe que ha depositado en ti, sino por tu honor.

—¡Joder! Hablas como un guerrero novelesco: ahínco, honor —dice ella intentando rebajar la intensidad de la

conversación.

—Con un toque Jedi, mi joven Padawan —replica el chico arrancándole una sonrisa.

—¿Y se le ocurre algo para recuperar mi honor, lord Montalvo?

—Esperemos a tener una copa en la mano, verás lo pronto que fluyen las ideas. ¿Qué me dices? —ofrece y estira la mano en su dirección, esbozando una sonrisa cómplice que destaca en su tez ligeramente bronceada.

Ella lo observa recelosa. En cuanto sus ojos avellana se pierden en la inmensidad turquesa de los de Isaac, reconoce en estos algo que borra de un plumazo sus dudas: sinceridad.

—Que me apunto —responde
aceptando la mano y su ayuda.

11

TRAS LA MÁSCARA



Nessa no puede creerse que haya quedado con Isaac para salir un viernes por la noche, y menos todavía que en los planes no entre Úrsula. Hasta que sus amigas se marcharon de vacaciones no hubo un fin de semana que no pasaran juntas, a excepción de un par de

ocasiones en las que tuvo algún evento social, boda o bautizo, y unos días que estuvo en la cama con fuertes dolores abdominales: la maravilla de pertenecer al sexo femenino y ser visitada cada mes por la menstruación.

Ha dedicado unos minutos a actualizar su blog, conformándose con subir un *post* sobre portadas de futuras publicaciones y otro personal en el que cuenta, a grandes rasgos (y protegida por su seudónimo), las últimas novedades.

Saludos, lectores:

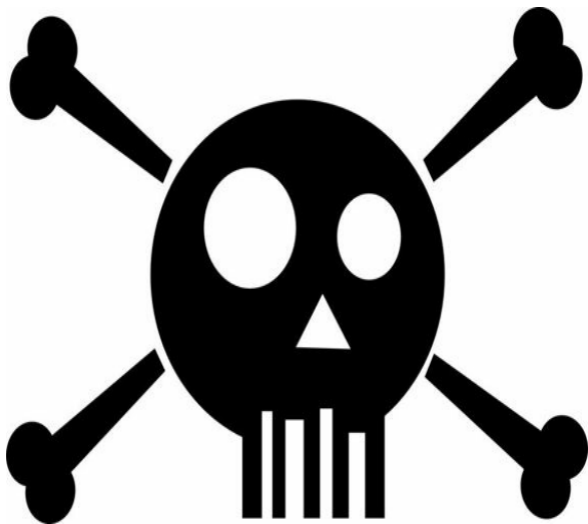
Vuestra narradora atormentada os saluda en esta ocasión desde el foso de la

autocompasión.

Un nuevo fin de semana se perfila frente a nosotros. Lo que debería ser motivo de alegría es para mí el recordatorio de un infortunio, una escuela de dimensiones dantescas cuya visión me provoca un nudo en el estómago.

Mi mente no deja de barajar posibilidades, considerar alternativas..., todas las divagaciones zigzaguean hasta confluir en una palabra: explicación. Si tuviese la oportunidad de darla, de alegar algo en mi defensa..., aunque eso es tan probable como que el infierno se congele, y si eso sucediese, ¡joder!, reservadme un vuelo en primera y unos patines con la hoja bien afilada porque rodarían cabezas

sobre la superficie helada del averno (una al menos).



No tenía pensado hacer nada, pero el destino guardaba un as en la manga con forma masculina. Que vuestros

hormonados cerebros adolescentes no elucubren en exceso, se trata solo del chico desconcertante, ese difícil de catalogar que se ha ganado una oportunidad.

Cruzaré los dedos y pediré al universo para que, como el conde de Montecristo, halle mi vendetta (espero que no al cabo de tantos años).



Mordiscos de vuestra lunática amiga,

DaRk GoThEsS

Refresca la página un par de veces,

y acepta el comentario de una lectora habitual cuyo *nickname* es Dulce_Venganza, que (como es de esperar) la anima a luchar por su honor. Ejerce su poder de administradora borrando también el macabro comentario de un tipejo que explica con pelos y señales lo que haría con ella si tuviera a su alcance papel de lija, un metro de cuerda, tenazas y una silla de metal; nada agradable.

Ha vuelto a darle a *enter* en la barra del navegador, esperando que su más fiel seguidor comente.

Cold Raven: «La venganza más cruel es el desprecio de toda venganza posible»

(Goethe). No hay nada más que decir, sombría dama. Quien te haya herido no merece ni un segundo de tus pensamientos, solamente el olvido.

Dark Gothess: «La venganza es dulce y no engorda» (Alfred Hitchcock).

Cold Raven: Tocado, pero no hundido. «Quien estudia la venganza, mantiene abiertas sus propias heridas» (Francis Bacon). Estoy seguro de que la piel de tu alma es demasiado hermosa como para cubrirla de cicatrices. Buen fin de semana, mi señora.

Dark Gothess: ¿Frases de tus obras y personajes favoritos o quizá resultados de Google? Acepto empate, caballero.

Cold Raven: Uno de cada, no pienso

mentir ni insultar a tu inteligencia...

Dark Gothess: Volvemos a empatar entonces, Google es también mi aliado. Buen fin de semana, Cold Raven.

Nessa desconecta con una sonrisa bobalicona en el rostro. Disfruta verdaderamente con su papel de bloguera y con el rol de Dark Gothess, que se asemeja más a su verdadero yo que ese que exhibe cada mañana. A veces fantasea con la posibilidad de quedar con su amigo cibernético, ir un paso más allá y mantener una conversación fuera de su blog. El temor hace acto de presencia. «¿Y si no le gusta? ¿Y si es un imbécil con una

habilidad innata para teclear en el buscador?» Mil y una dudas que engendran otras tantas.

Apaga el ordenador y le da una palmada como si se tratara de una fiel mascota en lugar de un simple aparato.

Ha intercambiado un par de WhatsApp con Rebeca, que, al ser consciente del papel que le toca como mensajera, ha decidido dividirse para estar con sus dos amigas.

Vanessa entiende que no puede forzarla a ir con ella, pese a que está de su lado y le da la razón. Aunque la cree, sabe que no es justo pedirle que pase de Úrsula; al fin y al cabo (y siendo prácticos), Rebeca es la única conexión

que tienen en estos momentos y ve en ello una esperanza de que las cosas se aclaren. La pelirroja siempre ha sido la voz de la razón, salvo en algún esporádico episodio «psicótico» propiciado por la excesiva presión a la que la someten sus estrictos padres, los mismos que, según las últimas noticias de boca de la interesada, le han dicho que irá a estudiar a Dublín el próximo septiembre. Su único salvoconducto sería aprobar con la máxima nota el bachillerato. Lo de los señores Ortiz no es cuestión de dinero, sino de un estúpido orgullo. Su hija se ha propuesto hincar codos y conseguir su objetivo. ¿Dónde estará el límite? Vanessa teme

que lo sobrepase y le suceda como en otras ocasiones...

Después de vestirse ha hablado con su amiga, decidida a dedicar el fin de semana a pasar los apuntes a limpio y adelantar parte del temario.

—Tía, no te digo que te vayas de *rave* ni que empalmes hasta mañana, pero ¿ni una litrona conmigo?

—No. Necesito ir un paso por delante, en serio —responde sin titubeos.

—Vale, igual me he pasado. ¿Un café mañana?

—No.

—¿Y el domingo? —prueba nuevamente, cruzando los dedos de la

mano que tiene libre.

Después de unos segundos de silencio, escucha dos voces al otro lado de la línea.

—¿Quién es, alguna de esas amiguitas tuyas? —Por el tono grave y el desprecio que emana en cada palabra, Nessa sabe que se trata de la madre de Rebeca, también conocida como Doña Palo en el Trasero—. Pues díles que hagan lo que les venga en gana, pero que te dejen a ti aprovechar el tiempo en paz, ¿me has oído? —No sabe si se lo dice a ella o a su hija, que procura, sin éxito, tapar el micrófono del móvil para que Nessa no sea testigo de esa bochornosa escena.

—Mamá, por favor, es una conversación privada —replica suplicante—. Yo no...

—¿Privada? —Su voz destila mofa. Añade una sonora carcajada para dar más efecto a sus palabras—. Tienes diecisiete años y dependes de nosotros. Tus conversaciones serán privadas cuando pagues la cuota mensual de la línea y hagas las llamadas desde tu propia casa, ¿lo has entendido? Mi dinero, mis normas. —Esa mujer es capaz de provocar pesadillas y de congelar una habitación cuando habla. Una auténtica dama de hielo, al menos en apariencia.

—Está bien —claudica Rebeca sin

oponer resistencia, abatida—. Buenas noches, te veo el lunes —se despide escuetamente antes de colgar.

Nessa se queda escuchando el tono que indica que ya no hay nadie al otro lado de la línea. Finalmente, guarda el teléfono sintiendo un regusto amargo. En el fondo cree que debería estar ahí para ella, quizá no físicamente (lo de que su madre la odie, o, mejor dicho, deteste todo, dificulta las cosas), aunque al menos más volcada. Desgraciadamente, lo sucedido con Úrsula no le permite estar al cien por ciento para nadie. «Curaré mis heridas para así poder ayudarle con las suyas. Lo merece», piensa dando los últimos retoques a su

maquillaje.

Su madre, preparada ya para el turno de noche en el hospital, le da la propina.

—¿Sabes ya lo que te voy a decir?
—pregunta con tono monocorde.

Nessa pone los ojos en blanco y suspira exageradamente antes de responder.

—Sí, que no lo gaste en alcohol ni en drogas —dice imitando ligeramente el tono afectado de su madre—. En serio, mamá, no voy a hacerlo. —Abre la puerta de entrada, le da un sonoro beso en la mejilla y sale al descansillo. Justo antes de cerrar, añade—: Y aunque lo hiciera, ¿crees que te lo diría?

—apuntilla alargando la última palabra y enarcando la ceja.

—Estoy segura, cielo. Una de tus mayores virtudes es la sinceridad. Ni un libro abierto muestra tanto como tú. Lo sé, soy tu madre. —Cristina sonrío apurando una taza de café recién hecho y saluda con la mano a su hija.

«Si tú supieras», piensa con tristeza. La idea de contarle lo que sucedió con Lorca le ha venido a la cabeza, por supuesto. La ha descartado una y otra vez: ¿qué arreglaría con ello? Simplemente se granjearía la compasión de su madre, la aversión probable de su padre y, quizá, una paliza (si no algo peor) por parte del capullo en cuestión,

porque duda de que sus padres se quedasen de brazos cruzados. Se arrepiente, pero ya es tarde. Hubo un momento para ello y lo dejó pasar. Tiene la firme convicción de que toca olvidar y seguir con su vida. Muchos días se pregunta si será capaz...

Nessa abre el portal de su casa a las nueve en punto.

* * *

A un par de calles de distancia, Isaac camina a paso vivo. Se ha demorado comentando desde su móvil la última entrada del blog de Dark

Gothess, su amor platónico.

Las últimas actualizaciones han ido intercalando fichas de novelas y noticias varias con algunas pinceladas personales cargadas de una infinita tristeza. Su toque irónico está presente, pero de forma estertórea, como una agónica llama bajo el peso del metal que amenaza con extinguir su danza.

Siente lástima a la par que afinidad por la chica tras el seudónimo. Le da vueltas en la cabeza a la idea de escribirle pidiendo quedar en algún chat o intercambiarse los perfiles de Facebook. El miedo al rechazo es demasiado grande, por lo que descarta la idea de inmediato, guarda el teléfono

y va más deprisa al encuentro de Nessa. De su nueva compañera de instituto no sabe qué pensar, salvo que le recuerda a una yegua salvaje, un animal herido que podría reaccionar de forma inimaginable. En ocasiones atisba dulzura en su mirada de color avellana y, de repente, cuando cree acercarse a la chica tras la máscara, un comentario jocoso o una frase cortante los sitúa a años luz de distancia. Tiene un caparazón, y él mejor que nadie sabe lo difícil que resulta desprenderse de este. «Lo construimos a nuestro alrededor como defensa, adhiriéndolo con tanta precisión a nuestra personalidad que, finalmente, se funde con ella hasta

atraparla en el interior. Lo que erigimos para evitar ataques externos acaba convirtiéndose en el peor enemigo, la tumba donde perecen nuestros anhelos y el origen del lado oscuro, ese que se expande hasta eclipsarlo todo.»

Esa última reflexión le hace elevar la comisura de los labios. «Sí que me ha afectado el maratón de *Star Wars*», piensa doblando la esquina de la calle.

Se ha propuesto poner todo su empeño en lograr arrancarle una sonrisa, o al menos una conversación que traspase la frontera de los tira y afloja y los diálogos cargados de mordacidad. Su afán por hacer de esta una gran noche surge de algo más: el deseo de alejarse

durante unas horas de la mierda en la que se ha convertido su vida, repleta de secretos, mentiras, traiciones y decepción, una tan profunda como la huella que lo sucedido tiempo atrás le ha dejado. Isaac siente su alma desfigurada, como un reflejo borroso de lo que fue otrora, antes de que una mala decisión lo cambiara todo...

Sabe que esos pensamientos no le ayudan a avanzar; al contrario, son como grilletes que le obligan a moverse despacio, arrastrando el peso de una culpa que no arreglará los errores cometidos. Agita la cabeza deseando deshacerse de todas las cosas negativas que bombardean su mente, cuando se

choca contra alguien y articula una disculpa. Da un paso hacia la izquierda, pero otra persona le empuja desde atrás estampándolo contra la pesada persiana de metal de una panadería cerrada a cal y canto. Es mayor el estruendo que el dolor ocasionado. Su corazón palpita frenético. El muro de carne contra el que ha impactado segundos antes le zarandea bruscamente, propinándole un puñetazo seco en el estómago. Isaac se dobla, luchando por recuperar el aire que ha escapado de sus pulmones debido al impacto. Tose. Los dos agresores lo llevan a empellones hasta un pequeño callejón al que da la puerta trasera de un restaurante. El olor a aceite quemado y

grasa se entremezcla con el hedor a basura que emana de los contenedores verdes contra los que trastabilla intentando esquivar otro puño que corta el aire rumbo a su nariz. «Ha faltado poco.»

Intenta ver el rostro de sus atacantes. Ambos están ahora cubiertos por sendas capuchas deportivas y amparados por la oscuridad.

—Creo que os habéis equivocado de persona, tíos —dice intentando mostrarse calmado y apaciguador. Establece una distancia de seguridad, aunque ambos chicos le flanquean en cuestión de segundos.

—Yo diría que no, chaval.

Reconozco a los listillos cuando los veo. Y no me gustan —responde el chico de su derecha antes de darle una patada en las corvas que le postra de rodillas.

El tono de voz podría pasarle desapercibido, confundiéndose con otros tantos. Sin embargo, las palabras que ha dicho y el modo en el que las ha pronunciado le han hecho retroceder al primer día de clase y su encontronazo en los pasillos del nuevo instituto.

Cierra los ojos, cogiendo aire lentamente y soltándolo con la misma cadencia. Ve como el chico más fornido echa la pierna hacia atrás, por lo que se adelanta a su siguiente movimiento,

interceptando la extremidad, tirando de ella y logrando que el mastodonte coma asfalto.

El otro, al que ha reconocido, se abalanza sobre él enarbolando una navaja. «Es solo para acojonar, y vaya si funciona.»

—Créeme, no querrás usarla. He estado en el sitio al que te llevaría y no durarías ni dos horas. Ahora que lo pienso, tu destino sería peor. ¿No eres mayor de edad? —Es consciente de que no es el mejor momento para provocar a su contrincante, pero la boca se le calienta tan rápido como su cabeza, que a punto está de echar humo mientras prepara la ofensiva.

Isaac percibe un ligero temblor en la mano que sostiene el acero, que se acompasa a la respiración de quien lo porta. Mala señal. Debe recapacitar. La furia es ciega, él lo ha aprendido y no quiere ser un blanco.

—Mira, Lorca, dejemos esto, ¿vale? Empecemos de cero —ofrece sin perder el contacto visual, extendiendo la mano al frente lentamente, sin vacilar.

El agresor, al verse descubierto, observa alternativamente el filo de su navaja, el gesto impertérrito de Isaac y a su compañero tirado en el suelo y maldiciendo por lo bajo.

—¡Joder, tío, creo que este hijo de puta me ha roto la rodilla! —brama más

dolorido que cabreado.

—¡Levántate, Marcos!

—Eso, levántate. Es solo una torcedura. A lo sumo un esguince —se atreve a diagnosticar Isaac tras un simple vistazo. El chico lleva un pantalón pirata que deja a la vista la articulación que comienza a inflamarse.

—¡Vete a la mierda! —exclama intentando ponerse en pie.

Los tres escuchan varias voces al otro lado de la puerta de metal; está a punto de salir alguien del restaurante, y, por el volumen de su voz, no parece que el buen humor le acompañe. Ven bajar la manecilla y todos contienen el aire. Como si el que la accionase hubiese

recordado algo de repente, esta vuelve a su posición inicial.

Lorca se retira con brusquedad la capucha, fulminando con la mirada a Isaac, que recuerda las recomendaciones de su terapeuta y se muestra sosegado, rebajando el nivel de burla, contraproducente en una situación de estas características.

—Tómalo como una advertencia, gracioso de los cojones. La próxima vez —añade haciendo una virguería con su arma antes de guardarla en el bolsillo de su vaquero—, te daré la lección completa.

Lorca ayuda a su compinche, que le saca por lo menos una cabeza, y ambos

se marchan entre juramentos.

Isaac se queda a solas. Cuando está completamente seguro de que se han alejado, evalúa los daños: moratón incipiente en el abdomen, pantalones manchados a la altura de las rodillas y nervios a flor de piel.

Saca el teléfono y manda un mensaje a Nessa.

I. Montalvo: Dame unos minutos, he perdido el autobús.

Nessa: OK. -1 punto de amistad por la tardanza. Gano yo :)

Esboza una sonrisa. Tendrá que recuperar ese punto más tarde. ¿Para qué

preocuparla con esas tonterías? Bastante mal lo está pasando la chica como para sumar algo nuevo a la lista. Su objetivo esta noche es entretenerla y, con un poco de suerte, acercarse más a ella para ofrecerle una solución a su conflicto, aunque, si de él dependiese, no perdería ni un minuto pensando en la rubita. Por lo poco que ha visto de ella, cree que hace una pareja estupenda con el imbécil de su novio. Ambos son ególatras, narcisistas y dañinos. «Gente tóxica», como los catalogaría su madre. El recuerdo que emerge a la superficie le provoca un lacerante dolor, por lo que relega la imagen a ese rincón de su mente al que nadie tiene acceso.

De camino a casa de Vanessa, entra en un bar, se sacude el polvo de los vaqueros, se lava la cara e intenta invocar la templanza que parece acompañar al sudor por el sumidero.

Quince minutos más tarde llega al portal de su potencial amiga, a la que encuentra apoyada contra una farola que ha visto tiempos mejores. Su luz amarillenta resulta deprimente e insuficiente, al borde del fundido. El cuerpo de metal está cubierto de ofertas caducadas, información de cerrajeros y unas cuantas pegatinas de diversas manifestaciones.

Ambos se miran de arriba abajo. Ella ha optado, tras varios cambios de

vestuario y unos minutos de indecisión, por una falda negra deshilachada, una camiseta del mismo color con una calavera fucsia estampada y botas con algo de plataforma y tachuelas metálicas, regalo de sus amigas en el último cumpleaños. Isaac lleva unos vaqueros que parecen estratégicamente desgastados junto con una camisa informal en tonos turquesa y zapatillas deportivas *casual*. «Joder, está buenísimo», piensa Nessa al escrutar al chico. Un gesto la delata: mordisquea sutilmente la uña de su dedo meñique.

Isaac suelta una carcajada. «Quién fuera calavera en esa camiseta o costura en esa falda.» Sus miradas se encuentran

y bajan las cabezas al descubrirse mutuamente. Él se pasa la mano nerviosamente por la nuca, agitando su pelo.

—¿Nos vamos?

—Genial, ¿adónde? —inquire Nessa intentando sonsacar el destino previsto, ya que Isaac le ha dicho que lo revelaría llegado el momento—. Venga, ¿me lo vas a decir o no? —exige cambiando el peso de su cuerpo de una pierna a la otra y cruzando los brazos sobre el pecho.

—Todavía no, pero pronto — responde impostando una voz que recuerda a la de las antiguas películas de cine negro—. La hora está cerca.

—¿En serio no estuviste en un psiquiátrico? Lo del centro de menores empieza a saberme a poco —bromea ella dándole un suave codazo.

Isaac se concentra en apartar la vista del sugerente escote de la chica, que muestra el nacimiento de sus pechos, oprimidos por los brazos. «Córtate. Piensa en el deshielo del Ártico y en el calentamiento global o... ¡Joder!, para calentamiento el mío», se dice a sí mismo, luchando por controlar una nueva erección. No quiere quedar como un salido delante de ella, eso no le ayudará a limpiar su imagen, ya de por sí empañada.

UN MAL TRAGO



Isaac ha parado un taxi al más puro estilo *hollywoodiense*: con un silbido.

Se ha acercado al taxista y le ha dado instrucciones precisas sin que Nessa pudiese escucharlas. Acto seguido, ha abierto la puerta trasera, invitándola a sentarse en los cómodos

pero ligeramente desgastados asientos de piel.

—Bueno, chicos. Vamos allá — dice el conductor sonriendo a la pareja por el espejo retrovisor. Es un hombre que supera los sesenta, con el pelo canoso y unos pequeños pero vivaces ojos grises que los observan con complicidad tras unas gafas de montura dorada.

—Bien, supongo que sabré pronto qué te traes entre manos, Enemigo Número Uno, ¿eh? —comenta acomodándose y cruzando las piernas.

Isaac aparta la vista y carraspea. «Como siga así, van a tener que recetarme bromuro. Es inaudito», piensa

mirándola de refilón y recreándose una última vez en la visión parcial de sus torneados y firmes muslos. «Vista al frente, ¡ya!», se obliga a mantener las formas.

El vehículo recorre las calles y avenidas de la ciudad. Por la ventanilla bajada les llega el delicioso olor de unas flores que el ayuntamiento hizo plantar hace ya un tiempo para contrarrestar el hedor que en ocasiones surge de las alcantarillas. A este se le suman por la zona centro el tufo de la cerveza recién derramada y el de los fritos que engullen cientos de jóvenes que salen dispuestos a intentar ahogar sus penas en litros de alcohol e ingentes

cantidades de carbohidratos.

El coche estaciona finalmente en una plaza. Isaac sale y le tiende la mano a Nessa, que frunce el ceño, poco acostumbrada a la caballerosidad.

Paga al taxista la tarifa y ofrece el brazo a su acompañante, que por segunda vez compone una mueca extraña.

—¿Estás bien? —pregunta mirándola con un atisbo de preocupación, creyendo que quizá se haya arrepentido de quedar con él o tema que pueda hacerle algo. Al fin y al cabo, lo poco que sabe es que acaba de venir del exilio en un centro de menores, y no son muy buenas credenciales

precisamente.

—Sí, sí, únicamente...

¿sorprendida?

—¿Y lo preguntas? —Sonríe aliviado.

—No..., sí..., bueno, digamos que los chicos no suelen mostrarse tan encantadores por aquí, simplemente —aclara echándose un mechón rebelde hacia atrás con la mano libre, en la cual tintinea el abalorio de una pulserita.

—Preciosa —dice Isaac clavando sus ojos turquesa en los de ella.

Se sonroja de inmediato y aparta la mirada sin saber qué decir.

—Eh, yo...

—En serio, es muy bonita —repite

alzando la muñeca de Nessa y señalando el colgante en forma de pluma—. ¿De qué está hecha?

—Ah, esto. —Se siente estúpida. «Y yo pensando que me lo decía a mí»—. Eh, es plata y esmalte..., o eso creo.

—¿Y por qué negra? —inquire él, indicándole con la cabeza que deben girar a la izquierda—. ¿Qué valor tiene? ¿Qué simboliza?

—Oh, ya sabes, la oscuridad y todo eso —responde incomodada. Nadie le ha preguntado el porqué de ese complemento. En otro caso hubiese respondido que le gusta, simple y llanamente, pero la pluma negra tiene

historia, la de su caída y promesa de retomar el vuelo, el juramento que se hizo de seguir con su vida y extender unas alas otrora quebradas.

—También podría ser la de un cuervo, ¿no te parece? —comenta recordando su conversación con Dark Gothess—. Tengo una amiga a la que le encantaría.

«Amiga. La forma en la que ha pronunciado esa palabra da a entender que siente algo por ella», piensa desasiéndose.

—Hace un poco de calor, ¿no crees? —dice a modo de excusa.

—Yo estoy bien. De todos modos, hemos llegado —informa esbozando una

media sonrisa y observando un precioso edificio de principios del siglo XX con ornamentos en piedra y una gran verja de forja oscura custodiada por dos estatuas un tanto cursilonas: querubines regordetes—. Ángeles, aunque estos no cayeron, me temo. Lo siento —añade en tono jocoso.

—Pero lo harán —masculla más para sí misma—. Todos caen tarde o temprano.

Caminan entre las mesas repletas de comensales, en su mayoría parejas de mediana edad, algunas de las cuales miran a la chica con manifiesto desdén.

—¿Qué mierda...? Montalvo, ¿dónde coño me has traído, a la casa del

rey? —Se siente fuera de lugar en un local tan refinado. «No les gusto a estos cretinos y es recíproco; en paz.»

—Nosotros vamos un poquito más allá —la tranquiliza sosteniendo su mano y tirando de ella hacia una doble puerta acristalada.

Salen a un frondoso jardín trasero en mitad del cual se yergue un cenador privado, una estructura metálica completamente acristalada con la base hexagonal y el techo abovedado.

—¡Guau! —Nessa mira fascinada todo cuanto la rodea.

El olor del césped recién cortado la embriaga, así como la belleza de cada detalle: la fuente coronada por una

estatua que recuerda a la Venus de Milo, los bancos de piedra sembrados por la extensión de terreno y las preciosas lucecitas que cuelgan en cascada de hilos tensados en las ramas de imponentes árboles cuyas hojas son mecidas por una ligera brisa.

—Me comentó tu padre que eres «casi» vegetariana. Sinceramente, no entendí muy bien el concepto, por lo que te traje aquí. Tienes una carta de ensaladas magnífica y también la mejor carne a la brasa de la ciudad —revela entrando en la zona reservada., Aparta una de las sillas forradas y le ofrece asiento a su acompañante, que se ve sobrepasada por tantas atenciones.

Una vez se colocan frente a frente, un camarero con pajarita y delantal en color negro acude y les sirve el vino. Nessa observa a Isaac ladeando la cabeza y alzando una ceja.

—Me sorprendes, he de reconocerlo.

—¿Qué esperabas, un bocadillo en los jardines del correccional? —bromea apoyando una mano en la mesa y soltando una risotada.

—Intento ser amable, no me provoques —replica en el mismo tono—. En serio, si a mí me tratas así, a tu «amiga» —dice entrecomillando en el aire con gesto irónico— ya no quiero ni imaginarme.

—¿A quién te refieres?

—Ya sabes, la que se enamoraría de mi pluma oscura...

—Ah, bueno, si tuviera la oportunidad, quizá... —Por un momento deja que su imaginación viaje al lugar donde viven los sueños, esos en los que por fin conoce a Dark Gothess y la invita a bailar hasta el amanecer.

«¿Una exnovia? ¿Una chica desconocida?», la curiosidad corroe a Nessa, que coge un colín y se lo lleva a la boca acallando la salva de preguntas que traga junto con el delicioso panecillo.

—¿Ya saben lo que tomarán los señores? —inquiere el camarero, que ha

regresado envuelto en el mismo silencio con el que se marchó.

—No, todavía tenemos que decidir. No sé si la señorita es hoy vegetariana o carnívora.

El camarero mantiene las formas, se aclara la garganta y se aleja nuevamente.

—¿Te has dado cuenta? —dice Nessa echándose hacia delante y bajando el tono.

—¿El qué?

—Parece un jodido ninja.

Ambos estallan en carcajadas.

—Si tuviera treinta años más, se lo podríamos presentar a la señora Núñez. Harían buenas migas, ¿te imaginas? —

Isaac le sigue el juego.

—Humm... —Nessa ojea la carta, que contiene una amplia selección de platos—. Una cosa.

—Adelante, dispara —la anima Isaac.

—No creo que pueda pagar esta cena...

—Invito yo.

—¡Ni de coña! —le corta cruzándose de brazos—. Me han enseñado a pagar mis propias comidas, gracias.

—Tranquila, Barbie Gótica, se lo comenté a tu padre y le parece bien. Además, técnicamente a mí también me invitan.

Ella muestra su desconcierto.

—¿Lo has mangado? —pregunta abriendo mucho los ojos.

—¿Qué tendré que hacer para lavar mi imagen? —dice Isaac llevándose las manos a la cabeza en un gesto exagerado.

—Salvar a un gatito, eso suele funcionar —le aconseja echándose hacia atrás y poniendo la silla a dos patas.

—Quizá me lo piense. Y sobre la pasta..., se llama *tarjeta de crédito* y me la da mi padre.

—Genial, ¿no?

—Preferiría otras cosas, pero me conformo. No puedo quejarme, supongo.

—Se obliga a sonreír nuevamente y

correr un tupido velo sobre el asunto: no son ni el momento ni el lugar de desnudar su alma—. Entonces, ¿me ayudas a hacer que saque humo?

Tras revisar la carta y llamar al camarero, piden varias cosas, especialidades de la carta. Nessa cae en la tentación y come unas almejas a la marinera, rebañando hasta vaciar el cestillo de pan. Isaac echa un vistazo a la mochila entreabierta de la chica, que le da una palmadita al darse cuenta de que su acompañante la mira con gesto interrogante.

—¿Qué guardas tan celosamente en tu *tablet*, Barbie Gótica?

—El recuento de mis víctimas,

novato.

—No es el mejor lugar para hacer una broma de esas características —susurra él ahora tan cerca de su oído que el aliento que abandona sus labios acaricia el cuello de Nessa—. Nunca estamos del todo seguros de lo que comemos —añade volviendo a tomar distancia y llevándose un pedacito de carne a la boca, hincando los dientes con expresión jocosa.

—Joder, soy políticamente incorrecta, ¿qué le vamos a hacer?

—No creo que sea para tanto. Anda, dime, en serio, ¿eres una adicta al *Candy Crash* en pantalla grande, o quizá eres más de juegos *arcade*? —Ella

niega con la cabeza y esboza una sonrisa —. Entonces, ¿le das al teclado? Bueno, ya me entiendes, ¿escribes? Creo que te pega bastante.

—¿No me digas? A ver, déjame adivinar tu línea de razonamiento —dice mientras tamborilea con su dedo índice en la barbilla y le mira con una intensidad abrumadora—: chica amante del negro y taciturna que escucha *dark metal* es igual a poeta torturada que se deshace de sus demonios personales plasmándolos en papel o Word. ¿He acertado?

—Bueno, perdóname la vida, tacharé la poesía de la lista de probabilidades. ¿Novela?

Ladea la cabeza, realmente es algo que no descarta, aunque casi todas sus historias están inconclusas o hallan un final precipitado incluso para poder considerar el texto como un relato.

Isaac se gira abriendo los ojos con exagerada incredulidad.

—No me lo puedo creer, ¿un diario? —No espera a que responda. Supone que la forma en la que ha desviado la mirada es más clara que una afirmación verbal—. ¿En serio? Y luego me enteraré de que tu color favorito es el rosa y de que adoras las películas Disney. De ahí a los tacones y los cotilleos sobre moda en el baño de chicas hay un paso —continúa con la

firme intención de provocarla; le encanta cuando alza la barbilla orgullosa.

—No es un diario, es una bitácora. El rosa me gusta verlo en las entrañas de mis enemigos, de Disney me quedo siempre con los villanos, y los tacones solo los usaría como arma defensiva, ¿te vale eso? —replica ella cruzándose de brazos. Esboza una sonrisa ladeada, guarda su iPad en el fondo de la mochila y cierra enérgicamente la cremallera.

Tras los postres y el consabido chupito digestivo, Isaac paga con la tarjeta y se marchan a su siguiente destino.

Como el sitio está cerca, van dando

un paseo durante el cual Nessa se lanza a preguntar sobre su padre y las diferencias que existen entre ellos.

—Digamos que no ha superado el que su vástago esté marcado como delincuente. No por mí, seamos sinceros, sino por él, por lo que mi mala reputación pueda acarrearle —dice en tono mordaz.

—No sé lo que hiciste —Isaac se rasca la nuca nervioso y abre la boca, pero ella le corta de inmediato—, ni tienes por qué contármelo. Lo que está claro es que tus padres eligieron tenerte, ¿no? Así lo veo yo. Y si algo salió mal, no solo es tu culpa. Además, todos cometemos errores, ¿verdad? Y suelen

tener solución.

—Sí, supongo —dice dándole una patada a una piedrecilla de la acera—, salvo cuando no hay vuelta atrás.

Nessa retiene el aire y se pasa la lengua por los labios, reflexionando si dar voz a la pregunta o guardársela.

—¿Qué camino no puede desandarse, Isaac?

Se crea un tenso silencio entre ellos. Él siente el corazón en la boca. Algo le dice que puede confiar en ella, y realmente lleva tanto tiempo tragando que cree estar a punto de ahogarse con sus secretos.

—El que nos lleva a dos metros bajo tierra, Vanessa. Ese mismo.

Ella se queda callada. Si ha entendido correctamente la contestación de Isaac, alguien murió y de ahí la condena. No sabe si echar a correr o abrazarlo con fuerza. Lo mira y ve a alguien destrozado, con el alma rota. Sus ojos están al borde del llanto. No es quién para juzgarlo y entiende que no conoce la historia completa. Para valorar algo, uno debe ver la totalidad, el conjunto, y no fragmentos de un hecho, por lo que simplemente inspira hondo y cambia el rumbo de la conversación, así como su rostro, que ilumina con una sonrisa, recuperando a Isaac de ese rincón oscuro que de nuevo había empezado a engullirlo.

—Vamos, novato. Toca la segunda ronda, ¿qué sorpresa tienes preparada?

* * *

En cinco minutos llegan a un local en cuyos ventanales ennegrecidos reverbera la música: una base electrónica mezclada con una conocida canción de rock.

—Bienvenida.

—¿Qué es esto?

—Una fiesta clandestina. Y estamos invitados —revela mostrando un mensaje en la pantalla de su móvil en el que se lee la localización, el día y la

hora—. Vamos, bebamos algo.

Entran en la nave atestada de gente. Los olores del calimocho barato y la cerveza de barril se mezclan con los de un amplio abanico de perfumes y el sudor de chicos y chicas que se contonean de forma frenética al ritmo de la música que inunda el ambiente, de por sí cargado.

—¿Qué tomas?! —pregunta intentando hacerse oír.

—Un tubo está bien —responde en el mismo tono, riéndose de la situación.

Él se marcha hacia la improvisada barra y regresa con dos vasos, uno de los cuales le entrega.

—¿Por quién supiste de esto?

—Un amigo. De hecho, ahí está.

Isaac la coge de la mano y avanza entre la multitud hasta llegar a la altura de un chico con el pelo rapado y los ojos oscuros. Se saludan chocando el puño y dándose unas sonoras palmadas en la espalda, diciéndose cosas que ella no alcanza a entender. Él les señala la improvisada cabina del DJ, en estos momentos vacía. Lo que suena ahora es un CD.

Alza el brazo hacia una de las chicas de la barra mostrando dos dedos. La pelirroja asiente guiñándole un ojo.

—Id, os servirán dos chupitos, corren de mi cuenta —indica el chico al que Isaac ha llamado Leo, que se

despide y retoma su lugar frente a los platos.

—Enchufado...

—Ya ves, uno que tiene influencias. —Se masajea la barbilla con pose interesante, acercándose a la camarera que ya ha servido sendos vasos. Brindan, y beben de un trago su contenido: aromático Licor 43 con fresa.

—Vamos, hemos venido a bailar —espeta Isaac señalando la pista de baile.

Nessa deja el vaso apoyado en un barril que hace las veces de mesa y le sigue al bullicio justo cuando comienza a sonar una de sus canciones favoritas de Halestorm.

«Buena música, ¿quién lo diría?»

Después de tres o cuatro temas, se recoge el pelo, cuya parte delantera comienza a estar ligeramente apelmazada.

Las canciones no suenan al azar. Isaac le ha pedido un favor a su contacto, dándole unas vagas referencias musicales y un par de títulos concretos de grupos cuyos nombres ha visto garabateados en los cuadernos de la chica.

—¡Qué calor! —exclama ella riéndose y dando un trago a su cerveza, que sabe incluso más amarga que antes. Aunque está caliente, no le importa, se muere de sed.

Cuando bebe la última gota, da un golpe con el tubo de plástico sobre la mesa.

Un grupo, a varios metros de distancia, no le quita la vista de encima, murmurando y sonriendo exageradamente.

—Vaya, estabas sedienta. Si lo sé, nos quedamos en el restaurante, ahí tenías una fuente para ti solita.

—No lo digas dos veces o te hago regresar. Me bañaría en ella ahora mismo, ¡esto es un horno! —comenta dando un paso hacia delante y tropezando.

—Eh, ¿estás bien? —le pregunta cogiéndola a tiempo del codo y evitando

que se caiga de bruces.

Ella agita la cabeza y lucha por mantener los párpados abiertos; todo a su alrededor comienza a dar vueltas, difuminándose progresivamente.

—No..., la bebida..., yo... —
Intenta avanzar. Las piernas le fallan y cae sobre el pecho de Isaac, que la sostiene y la mira asustado.

—Nessa, ¿qué ocurre? No has bebido tanto. No es posible —dice girando la cabeza hasta dar con lo que busca. Alcanza la mesa con ella asida a su hombro derecho. Recoge el vaso que la chica ha depositado antes y lo inspecciona a contraluz. Las luces impactan contra el plástico y se

advierten unos restos en el fondo del recipiente—. Mierda, tenemos que irnos. No te preocupes —procura calmarla guardando el vaso en la mochila de la chica. Carga con su peso de camino hacia la puerta, protegiéndola y empujando a quienes se interponen ajenos a lo que sucede—. Vamos, no te duermas. Abre los ojos —suplica apartándole el pelo de la cara.

Nessa se siente agotada. Todo a su alrededor se desdibuja rápidamente, perdiendo el contorno y el sentido. Los sonidos se vuelven confusos, caóticos, solo quiere abandonarse, dormir. A sus oídos llega la voz de Isaac suplicándole que se mantenga despierta y no ceda al

sueño que la tienta con insistencia.

Finalmente, los párpados le pesan tanto que sucumbe y la oscuridad se cierne sobre ella.

BUENA IMAGEN

Isaac está sentado en una silla de plástico. Permanece cabizbajo y con las manos a ambos lados de la cara. Mueve las piernas inquieto, rezando al dios en el que había perdido la fe. Solo pide que Nessa esté bien. Ha sacado a su amiga de la nave, desmadejada. Intentaba por

todos los medios que no cerrase los párpados, pero ha perdido el conocimiento, cayendo como una muñeca de trapo entre sus brazos. Una vez fuera del atestado local, ha llamado al servicio de emergencias y narrado atropelladamente lo sucedido. La ambulancia, que ha acudido rauda, los ha trasladado a ambos al hospital más cercano, con la sirena aullando en lo alto.

Le han obligado a ocupar el asiento delantero y el viaje al centro sanitario se le ha antojado eterno. Ahora aguarda en la sala de espera impotente. Escucha los ruidos de la máquina de café, tan demandada por los familiares y amigos

de los pacientes, todos en diferentes estados de ansiedad y preocupación. «Se asemeja a una versión decadente de *The walking dead*», piensa en un intento de poner una nota de humor a la situación, aunque fracasa estrepitosamente. Conoce cada palmo de ese edificio que ha visitado más a menudo de lo que le gustaría.

Un médico, al que conoce de verlo por los pasillos, accede a la sala y se dirige a él.

—Vanessa va a estar bien, Isaac. Le hemos hecho un lavado de estómago. Ahora mismo está descansando —le informa el doctor observándolo con unos ojos oscuros e inescrutables.

—¿Puedo...?

—No. No debe recibir visitas por el momento. Además, estos señores quieren hacerte unas preguntas —asiente con la cabeza hacia un par de agentes uniformados antes de desaparecer por donde ha venido.

—Por favor, acompáñanos —solicitan amablemente, colocándose a ambos lados de Isaac, que suelta el aire resignado.

* * *

Varios minutos después está sentado en un cuarto de la comisaría más

cercana. Quienes le han traído están frente a él y le ofrecen un café con leche caliente y una galleta de aspecto rancio.

—¿Y bien, Isaac, qué ha pasado? —inquire el primero, alto y de aspecto desgarrado. Le mira atentamente con unos inquisitivos ojos grises.

—Estábamos en la fiesta y, de repente...

—Te ha dicho que no, ¿verdad? Y eso no es plato de buen gusto para nadie, chico —le corta el otro, inclinándose sobre la mesa, que chirría bajo su peso. Es de menor estatura que su compañero, de compleción fuerte y algo de sobrepeso, que se manifiesta en una protuberante papada y unas manos

robustas.

—¡No, no es lo que pasó! Verán...

—intenta explicar desesperado.

—Entonces, ¿qué ocurrió, Isaac?

Cuéntanoslo —vuelve a hablar el larguirucho, mirándolo con incredulidad y un atisbo de burla.

—Él no va a contar nada hasta que yo se lo diga —interrumpe una voz autoritaria desde el umbral.

—¿Papá? —Isaac se siente extrañamente aliviado al ver a su padre entrando en la habitación.

El señor Montalvo hace caso omiso del saludo y se dirige hacia los policías.

—Soy su abogado, así que, si hacen el favor, concédanme unos

minutos con el chico a solas —solicita colocándose a un lado con la puerta abierta mientras espera a que los agentes abandonen la estancia. Después cierra a sus espaldas.

—Papá, menos mal que has venido. Yo no... —La mano del señor Montalvo impacta contra su mejilla. Isaac le mira negando con la cabeza, sumido en la tristeza, con la furia abriéndose paso desde el interior—. ¿Qué demonios te pasa? —pregunta anonadado por semejante reacción—. Ah, ya veo, me culpas sin escuchar lo que tengo que decir...

—¡Basta! De eso hablaremos más tarde. En casa. Ahora —añade nervioso

intentando recuperar la templanza que ha convertido en su insignia— debemos sacarte de aquí —concluye sin dar opción a réplica.

* * *

Isaac solo ha narrado la historia cuando su padre le ha preguntado. Así es como funcionan las cosas desde hace tiempo. No sabe si su padre cree lo que dice, sin embargo, el señor Montalvo ha explicado lo sucedido a las autoridades con mucha convicción. A Vanessa la han drogado. La típica broma sin gracia de gente carente de talento.

Dos horas más tarde han llamado del hospital: la chica ha despertado.

—Muy bien. Hemos hablado con la damnificada. Apoya tu versión, nos ha asegurado que no tienes nada que ver. De hecho, por lo visto eres una especie de héroe —le comunica el oficial más alto con un deje de ironía.

—Muy bien. Entonces, si está todo aclarado, me llevo a mi cliente.

«Cliente, eso es lo que soy para él», piensa Isaac mirando el suelo de baldosas bajo sus pies.

En menos de lo que canta un gallo, literalmente, entran por la puerta de su casa. Los primeros rayos de un sol perezoso iluminan el horizonte

salpicado de rascacielos. Lorraine espera envuelta en su bata de seda y perfumada en exceso, en un burdo intento de ocultar el tufo a alcohol y tabaco avainillado. Exhibe una ensayada mueca de preocupación y los rodea con los brazos en cuanto traspasan el umbral.

—Os he preparado café —dice con su voz más dulce, esa que le hace recordar a la muchacha que por error conoció en un bar, ignorando que se desposaría con su padre, inconsciente de la verdadera arpía que guardaba en el interior, agazapada, esperando el momento para desatar sus malas artes y hacer de su vida un infierno.

Isaac se muerde la lengua y baja la cabeza al pasar por su lado.

Va a su habitación, se lava en el baño a toda prisa y cambia de ropa. En cuanto termina, se dirige a la puerta.

—¿Adónde te crees que vas? —le pregunta su padre.

—A ver a Nessa. Está en el hospital, ¿recuerdas?

—Muy bien. De acuerdo. Hay que dar buena imagen. Lleva unas rosas o algo —sugiere sacando su billetera y dándole cincuenta euros.

—Sí. Claro. Buena imagen — responde Isaac hastiado. Se da la vuelta y cruza el umbral.

Vanessa despidió cordialmente al agente de policía. Este le ha dado su palabra de que Isaac ya está libre. Por lo que sabe, su abogado se lo ha llevado a casa.

Tiene un fuerte dolor de estómago y la cabeza le da vueltas como si estuviera subida en un maldito carrusel.

Una de las enfermeras le ha llevado agua fresca, que bebe ansiosamente, ignorando las recomendaciones de su doctor. «¡Siento la boca de esparto!»

Dos golpes en la puerta la sobresaltan. En cuanto distingue el afable rostro de su madre, se tranquiliza

de inmediato. La observa con benevolencia, aparentando una calma que en verdad no posee, escrutando de arriba abajo a su hija, como siempre hace cuando algo va mal. Al mirarla de esa forma, Nessa se pregunta si es posible que tenga algún poder de rayos X en los ojos y si eso viene de serie en todas las madres del mundo.

—Hola, cariño. Estaba a punto de irme a casa cuando me han dicho lo de tu ingreso. He decidido esperar a que la policía se marchase —comenta avanzando unos pasos y poniéndole la mano en la frente—. ¿Va todo bien?

Esa es la típica pregunta que solo se hace cuando parece que nada es como

debiera.

—Bueno, dejando a un lado el hecho de que algún gilipollas me ha drogado y obviando que me han metido una manguera por el gaznate, sí, estupendamente —responde con su habitual ironía.

—Supongo que estás bien, después de todo —dice su madre profiriendo una risa agónica que revela el agotamiento extremo que azota su cuerpo y su mente. Lleva toda la semana destinada en urgencias, y aquello a lo que hace frente es mucho: la enfermedad que acompaña a cada paciente, el dolor que sufren algunos, la ira que caldea las pequeñas salas atestadas de gente, el descontento

general de todas esas personas que exigen una mejor sanidad, más servicios... Médicos y enfermeras hacen todo lo que está en sus manos, cuanto se les permite..., porque para los mandatarios es más importante lograr que el pavimento de las ciudades luzca bien de cara a unos hipotéticos visitantes y que los semáforos tengan peatones de LED en movimiento, relegando a cambio sanidad y educación al final de la cola de las prioridades.

Cristina todavía va vestida con el uniforme. Dos cercos violáceos rodean sus ojos castaños y los movimientos que ejecuta empiezan a ser torpes y lentos. Necesita descansar. Es una gran

enfermera, pero humana al fin y al cabo.

—Mamá.

—¿Sí, hija?

—¿Me harías un favor?

—El que quieras, cariño —
concede echándole hacia atrás unos
mechones de pelo apelmazado.

—Vete a casa. Descansa. Dile a
papá que todo está bien y, por favor,
olvidemos este asunto —solicita
cogiéndole la mano y besando la punta
de sus dedos.

—¿Quién es la madre aquí? —
replica Cristina poniendo los brazos en
jarra y soltando una leve risilla.

—Venga, no te hagas de rogar...

—Puedo irme y aplacar los ánimos,

pero me temo que lo de dejarlo correr no es una opción, hija —responde ahora con el semblante serio—. Entiendo que no es el momento, cariño, aunque tendrás que contárnoslo...

—Vale. Te adelanto que fue un error, o la gracia de algún imbécil.

—Todo. Incluso lo de Isaac —le corta entrelazando sus dedos sin romper el contacto visual.

—¿A q-qué te refieres, mamá? —inquire nerviosa.

—Un agente me ha informado. Me ha dicho que han interrogado a tu amigo por seguridad. Vanessa —hace un inciso para coger aire—, me ha contado lo de su estancia en el reformatorio.

—¡Él no ha sido! Me crees, ¿verdad? Isaac me sacó de allí, él...

—Sí, cariño, lo sé todo, pero él te llevó a ese antro, es quien estaba contigo y sobre sus hombros recae parte de la responsabilidad, ¿lo entiendes? — le acaricia la mejilla.

—Isaac no es así, te lo juro — comienza a explicar atropelladamente antes de que un brusco acceso de tos le impida continuar.

Cristina levanta un poco la cabeza de su hija, coloca un segundo almohadón bajo su nuca y le ayuda a beber unos sorbitos de agua, en esta ocasión despacio, como ha prescrito el médico.

—Hablabamos más tarde, ¿de

acuerdo? —intenta calmarla dándole un beso en la frente—. Ahora descansa. Esta tarde volveré a por ti y te darán el alta.

—¿No puedo irme ya? —pregunta con tono suplicante.

—Podrías, sí... No obstante, he solicitado como favor personal al doctor Martí que te tenga unas horas más en observación. Sinceramente, prefiero que no estés en casa cuando se lo cuente a tu padre —le revela bajando la manecilla de la puerta y saliendo al pasillo—. Y, Vanessa...

—¿Sí, mamá?

—Te quiero mucho, hija —dice esbozando una sonrisa cansada antes de

marcharse arrastrando sus zuecos ortopédicos por el suelo del hospital.

Un cuarto de hora más tarde, dejando atrás la visita de una enfermera que le ha tomado la tensión y el intento frustrado de ver algo interesante en la televisión de pago, Nessa se resigna, se tumba y cierra los ojos, esperando que las manecillas del reloj avancen rápido para poder marcharse de ahí. Detesta el olor de los hospitales, esa combinación de desinfectante, café aguado y muerte que flota en el ambiente.

Escucha a alguien llamando a la puerta y hace un esfuerzo por incorporarse. Su expresión se relaja al ver a Isaac, que la observa con sus

brillantes e inquisitivos ojos. La simple presencia del chico parece iluminar la habitación.

Nessa se pasa mecánicamente los dedos por el pelo a modo de peine. Su melena no tiene arreglo en estos momentos y hace un esfuerzo por sonreír.

—Me alegra que estés bien. Pensaba que habían vuelto a..., no sé, encerrarte —dice con total sinceridad. Sabía por boca del policía que nada iba a pasarle, aunque, hasta que no ha visto al muchacho entrar en la habitación, el nudo en la boca de su estómago no ha desaparecido.

Él eleva la comisura de los labios.

La sonrisa no alcanza su mirada, que rebosa arrepentimiento, preocupación y tristeza. Le muestra el obsequio que ha traído consigo.

—¿Una planta? Vaya, es preciosa.

—Sí, y lo mejor, está viva. Lo de traer flores cortadas, agónicas, nunca me ha parecido nada alegre —comenta poniendo el precioso macetero de cerámica azul sobre la mesilla. Luego riega con la jarra de agua la tierra de las violas, de un hermoso color morado.

—Son increíbles, gracias —le dice casi en un susurro, poco acostumbrada a tantas atenciones.

—¿Estás bien? —pregunta estrujándose nerviosamente las manos

—. ¡Qué pregunta más estúpida! Lo siento mucho, Nessa. De verdad que lo lamento —añade abatido, dejando caer los hombros y sentándose en la silla al lado de la cama. Eleva sus manos, que posa en la barandilla de metal, a escasos centímetros de las de ella.

—Estoy bien, Isaac. De verdad, solo me han torturado poniendo en la televisión una tanda de infumables programas del corazón y resúmenes de unos no menos apestosos *reality shows* televisivos. ¿De verdad a alguien le interesa la vida de esa gente? ¡Solo dicen tacos! Y, joder, ni siquiera cargados de ingenio —responde intentando sonar despreocupada. Su voz

llega a él rasposa debido a la limpieza de estómago.

—No. Por supuesto que no estás bien, y es mi culpa. Nunca debí llevarte ahí —farfulla con la cabeza gacha.

—No digas eso. Lo pasé genial, de verdad —responde ella con dulzura, moviendo su mano hacia la derecha y acariciando con la punta de sus dedos los de Isaac, que se estremece bajo su contacto—. Ha sido una de las mejores noches de mi vida —dice prácticamente en susurros, poco dada a conceder elogios.

En un primer momento, Isaac entrelaza sus dedos con los de ella, trazando círculos sobre la piel con el

pulgar de la otra mano, en un gesto íntimo, y en ese instante ambos perciben la energía fluyendo entre ellos, erizando el vello de su nuca e incrementando su frecuencia cardiaca. Notan como si sus almas conectasen, como si ambos se vieran por primera vez. Se miran con intensidad durante unos instantes y la fugaz idea de capturar la magia que los embarga con un beso germina en sus cabezas. De pronto Isaac rompe el contacto. Tiene los músculos faciales tensos. Se echa hacia atrás bruscamente, haciendo chirriar las patas metálicas de la silla contra el suelo, y se pone en pie envarado.

—No ha sido buena idea —dice

con una voz carente de sentimientos, fría. Se da la vuelta con parsimonia y se aleja hasta la puerta, que aferra con aparente determinación, pero con un ligero temblor que lucha por controlar.

—Isaac, no seas tan duro, tú no tienes la culpa...

—Sí, la tengo —contesta tajante—. Todo lo que toco, todo lo que me importa... termina por romperse, desaparecer o morir. Y no pienso permitir que ocurra lo mismo contigo, no —dice entre dientes. Abre la puerta y da un paso hacia el exterior de la habitación, desde donde llega a sus oídos el trasiego de carros con comida y mudas para las camas—. Adiós, Nessa.

Lo siento. —«Me gustas.» Esas dos palabras adquieren la forma de un pensamiento que no llega a sus labios.

—Isaac... —Su voz se apaga con el golpe de la puerta. Ya no hay nadie con ella a quien mentar. Él se ha ido.

Nota la piel de su cara humedecida. Unas lágrimas tibias resbalan por sus mejillas y lo que comienza como un pequeño desahogo termina en llanto. Se siente hundida. Por primera vez en mucho tiempo, conoce a alguien con quien compartir bromas, risas e incluso confidencias; una persona válida, alguien especial. Y tan pronto como entra en su vida, desaparece, volviendo a romper su corazón en mil pedazos. Se

siente desdichada y enfadada al mismo tiempo. «¿Por qué tienen que ser las cosas tan complicadas? Isaac..., ¿vas a rendirte tan pronto?» No le parece el tipo de persona que tira la toalla fácilmente. Gira sobre sí misma, intentando contener el hipido infantil que acompaña a sus sollozos. Queda de cara al macetero depositado en la mesilla y estruja las sábanas de tacto rasposo entre sus manos. La brisa que entra por la rendija de la ventana mece suavemente las flores, que se yerguen orgullosas sobre la tierra humedecida, transportando la agradable fragancia hasta su nariz. Inspira, intentando hallar la paz, que, como su esperanza, se

desvanece segundo a segundo.

SEGUNDA PARTE

«Las cosas no cambian; cambiamos
nosotros.»

HENRY DAVID THOREAU



14

RESPUESTAS



Isaac camina rápidamente por los pasillos del hospital, zigzagueando entre los carritos de comida y ropa de cama. Su corazón late con tanta insistencia que siente como si se le fuese a salir del pecho. Aprieta el paso hasta que casi corre en dirección a la salida. No puede

flaquear ahora. Si se detiene, dará media vuelta, volverá al cuarto de Nessa y hará lo que en el fondo desea desde que la ha visto tumbada, tan lánguida, vulnerable y hermosa, con un furtivo rayo de sol arrancando destellos cobrizos a su melena castaña: besarla, mordisquear con delicadeza sus jugosos labios, acariciar la suave piel de su menudo cuerpo y abrazarla hasta convertirse en un solo ser. No puede permitírselo, no sin resarcirse. Tiene una firme convicción: encontrar a los bastardos que la dejaron en ese estado y hacer que paguen las consecuencias de sus actos.

El teléfono de la habitación de Nessa suena, sacándola de su autocompasión. Se estira y descuelga el aparato.

—¿Diga?

—Dios mío, Ness. Me acabo de enterar, ¿cómo estás, nena?

Reconocería la voz dulce del interlocutor en cualquier lado, así como su magnífica dicción. Rebeca ha revelado su estado de ansiedad utilizando un timbre más agudo de lo normal. En su mente la ve con total claridad mordiendo con insistencia su labio; tic que la delata siempre que está

nerviosa.

—Tranquila, ahora ya bien, ¿cómo lo has sabido? —pregunta esforzándose en ocultar el carraspeo de su voz y el malestar que en verdad siente: emocional y físico.

—Me ha llamado tu madre. Ha creído que necesitabas a una amiga. Y sigo siéndolo. Lo sabes, ¿verdad?

—Claro que sí, tonta —responde profiriendo una pequeña carcajada que trae consigo un nuevo acceso de tos.

Nessa procura cubrir con la mano el micrófono del obsoleto teléfono. Resulta inútil. Rebeca la escucha perfectamente.

—Voy para ahí. Y no acepto un no

por respuesta.

—Pero tu madre...

—Que le den —corta sin opción a réplica.

Nessa esboza una sonrisa al imaginar la expresión resuelta de su amiga. Ella es de las que habitualmente siguen las normas sin enfrentarse a la autoridad competente (o incompetente).

Una vez cuelga, la robusta enfermera de cabello castaño veteado de gris entra anunciando su llegada con entusiasmo. La bandeja verde oculta la comida: crema de calabaza, fiambre ligero y una especie de gelatina. «Por favor, que no me obliguen a comer esto», ruega al universo.

—Vaya, vaya, corazón. Menudas flores, ¡son preciosas! Y ese amigo tuyo es un verdadero encanto, ¿verdad? — comenta la amable mujer mientras quita la tapa, lo que provoca que el olor del puré inunde las fosas nasales de Nessa, que se vuelve para mirar las violas, colocadas a su lado en la mesilla de aglomerado.

—Sí, lo son —responde echando un mechón de pelo hacia atrás y sonriendo al evocar la mirada turquesa del chico.

* * *

Después de colgar varias veces el móvil a su padre, eludiendo una conversación que no desea mantener, Isaac ha salido a toda prisa del hospital. Necesitaba liberar adrenalina, aplacar las ansias de venganza y nada mejor que el deporte para ello. Se planta frente al local que la noche anterior estaba atestado de gente e invadido por la música. Ahora parece una carcasa vacía, un armatoste de cemento y ladrillo sin alma en el que, solo al entrar, encuentra evidencias de lo acontecido horas antes, como los cuerpos caídos en una batalla: algunos vasos de plástico tirados por el suelo, una barra a medio desmontar, un par de barriles vacíos e incluso ¿un

tanga? Isaac se acuclilla y examina la tela con interés. En efecto, es lo que parecía a simple vista: ropa interior. La fiesta se desmadró más de lo que esperaba. Eso no es lo que le ocupa; su prioridad es hallar la forma de saber quiénes introdujeron la pastilla en el vaso de Nessa y tener una charla con ellos.

Un chico aparece frente a él: pelo rapado, ojos oscuros y figura atlética embutida en un chándal con franjas naranja fluorescente.

—Tío, he recibido el mensaje. Siento lo de tu novia —dice con solemnidad, saludándole con una palmada en la espalda.

—Gracias, Leo. Por cierto, no es...

—A mitad de la explicación, para en seco. «¿A quién le importa lo que sea o deje de ser? No es relevante», se dice a sí mismo, aunque en el fondo sabe que esa chica comienza a importarle, y mucho. Por alguna extraña razón, se siente ligado a ella, conectado. De forma inexplicable, Nessa origina en él sentimientos inesperados, contrarios entre sí; emociones que creía dormidas, que solo permanecían latentes y ahora despiertan de su letargo—. Bueno, al grano, esto es lo que había en su bebida —dice mostrando una bolsita de plástico que contiene los restos de la pastilla que alguien vertió en el tubo de

Nessa, lo que la llevó de cabeza al hospital. Hizo bien en conservarlo; de no ser así, ahora no tendría por dónde empezar—. ¿Quiénes traían esta mierda y dónde puedo encontrarlos? —inquire mirando fijamente a su amigo.

Leo hace girar la bolsita entre sus dedos analizando la muestra. Aguza la vista y arquea las cejas.

—No tengo ni puta idea. No soy un jodido CSI, pero voy a enseñarte algo, tío —responde, cogiéndole del hombro e invitándole a pasar a través de una improvisada cortina de plástico.

* * *

Nessa está a medio camino entre el mundo real y el onírico. Un minuto ve a un guapísimo celador de pelo azabache entrando en la habitación y al siguiente vuelve a escuchar con total nitidez la atronadora música que sonaba en la fiesta e incluso a aspirar el hedor a alcohol derramado. Mira a su alrededor y se encuentra con un reducido grupo de personas que ríen mirándola con descaro. Da un trago a su bebida. Nota el sabor amargo en el paladar descendiendo por la garganta. Le entran arcadas y se incorpora sobresaltada y jadeante.

Está despierta. Lo sabe por el

blanco de las sábanas, el olor a productos de limpieza y el feo camisón de hospital que lleva sobre el cuerpo.

Ve asomar por la rendija de la puerta un rostro candoroso rodeado por un halo cobrizo.

—Hola, te escuché gritar y decidí entrar sin llamar —dice Rebeca accediendo a la habitación y caminando hasta la cama de Nessa. Se sienta en una silla y sostiene su mano con cariño. Tiene el ceño levemente fruncido y la cabeza ladeada en actitud interrogante.

—Era una pesadilla, nada más —se justifica de inmediato, esforzándose en parecer despreocupada, aunque las perlas de sudor frío que le salpican la

piel echan por tierra su intento—. Gracias por venir. Estoy bien. Solo fue un susto.

—Ya me ha contado tu madre, ¡menudo susto!

—¿Todo bien por casa? No habrás tenido problemas por venir a verme, ¿verdad? —se interesa entrelazando sus dedos con los de Rebeca.

—¡Bah! No ha sido nada — responde haciendo un gesto con la mano —. Ya sabes lo que dicen: «Perro ladrador...» —No es capaz de terminar la cita; a su madre poco le falta para ladrar, porque morder (en el sentido metafórico) muerde a la primera de cambio. Es lo que la pelirroja llama

alguien inflexible y que para Nessa solo tiene un calificativo apropiado: «capulla integral».

—Ya. Me alegro. De todas formas, va todo genial. ¡Tengo la pulsera superdiversión! Todo incluido, ¿ves? — exclama agitando la muñeca rodeada por el brazalete de identificación sanitario.

—Uy, sí, ¿también entra en el lote el morenazo de ojos verdes y bata blanca? Dios mío, ¿lo has visto bien? Está para comérselo —añade mordiéndose el labio.

—O como diría Úrsula, «para comérsela» —replica Nessa, y ambas estallan en carcajadas al ver al mentado celador entrando en el cuarto con una

sonrisa servicial en su rostro bronceado. El chico, de unos veintidós años, le pregunta si necesita algo. Ella niega con vehemencia mientras ve como se marcha cerrando la puerta tras de sí.

Ambas expulsan el aire que habían retenido.

—Por favor, ten algo de decoro, ¿y si te llega a oír? ¿Y si te ha oído? — replica Rebeca llevándose la mano a la boca con espanto.

—La frase no es mía, Beca, sino de Ursu, ya lo sabes. —Las dos intercambian una mirada y Nessa se incorpora un poco más en su colchón, ligeramente incómoda. Sobran las palabras; la ausencia de la rubia habla

por sí sola.

—No se ha enterado, eso es todo.
—Rebeca intenta justificar a su amiga con la boca pequeña. En realidad la ha llamado para contarle lo ocurrido y esta se ha mostrado impasible, arguyendo que le importaban bien poco las acciones de «esa traidora» y defendiendo que si estaba en ese estado seguramente se lo habría ganado a pulso. Rebeca decidió no continuar con la conversación y, tras despedirse con frialdad, colgó el teléfono. Por supuesto, ese «detalle» no piensa revelárselo a la implicada, demasiado conmocionada con los recientes acontecimientos—. ¡Bueno! ¿Algo que quieras contarme? Tu

madre habló por encima de una cena con el chico nuevo. ¿Y qué, besa bien? —se interesa intentando cambiar de tema y devolver a su amiga la sonrisa.

—¡No, Beca! No nos hemos besado «De momento», piensa para sí, ruborizándose al recordar el descarado flirteo en la biblioteca. Por alguna razón, algo en ese chico la atrae inexplicablemente. Su carácter la exaspera y, sin embargo, siente su magnetismo. Percibe la melancolía agazapada tras la perenne sonrisa de Isaac y el dolor atrapado en su mirada aguamarina. En su fuero interno sabe que, como ella, huye de sus propios demonios.

15

LUCES, CÁMARA...



Leo lanza una cerveza a Isaac, que rechaza el ofrecimiento.

—Joder, cómo te cuidas, ¿eh? No seas capullo, es de importación, no esa mierda que bebisteis anoche —responde frunciendo el ceño y dando un trago a la suya. Isaac se relaja, abre la lata y

saborea su contenido.

—Esa «mierda» estaba en tu fiesta, Leo. Aunque tienes razón, no tiene nada que ver —concede, y vuelve a beber—. No quiero presionarte ni nada, pero...

—Los nombres, sí. Pareces un puto poli, Montalvo —dice profiriendo una sonora carcajada que reverbera en el local ahora abandonado—. Bienvenido a mi despacho, ¿te gusta? —pregunta dejándose caer en una vieja silla de oficina con el respaldo y el asiento tapizados de cuero, uno ajado y sin lustre. Coloca los pies enfundados en unas deportivas sobre una torreta de palés apilados y juguetea con el *piercing* que rodea su labio inferior.

—No te estaría dando la brasa si no fuera importante —insiste Isaac, que intensifica el agarre alrededor de la lata. El crujido metálico revela el estado de ansiedad del chico.

Su amigo ladea la cabeza, se estira ruidosamente y pasa una mano por su pelo cortado al uno.

—Eh, colega, ella no te ha hecho nada. —Señala con un movimiento el envase que aprisiona con fuerza. Su contenido se derrama por el suelo de hormigón—. Tengo algo mejor que nombres...

Isaac toma impulso y se sienta sobre un grupo de cajas protegidas por plástico.

—¿El qué? —pregunta echándose hacia delante e instándole a continuar con un gesto impaciente de la mano.

—Las imágenes —responde Leo esbozando una sonrisa cómplice. Estira la mano y señala un pequeño objeto colgado en una de las esquinas.

—¿Eso es lo que me parece?

—Sí, tío, cámaras —al notar la mirada inquisitiva de Isaac posada en él, levanta las manos en gesto teatral y se justifica—: era el anfitrión y me gusta tener controlado al personal, tú ya me entiendes.

—Bien, ¿a qué esperamos para ver las cintas?

—¿Cintas? ¿De qué siglo te has

escapado, tío? Se graba directamente en el disco duro —replica riéndose nuevamente y sacando un ordenador portátil de su mochila—. Dale unos segundos: a esta bestia le cuesta arrancar.

—¿Mucho archivo descargado? —apuntilla Isaac, que se relaja un poco y sonríe.

—Demasiado porno gratis en la red, hermano —responde componiendo una mueca pícaro—. Ya lo tienes. Veamos quiénes eran esos hijos de puta. Por cierto, cuando lo descubras, ¿qué piensas hacer? —pregunta volviéndose hacia él y frunciendo los labios—. No te la juegues, tío, no vale la pena —le

aconseja, dejando a un lado esta vez el tono socarrón y las bromas.

—Lo vale, Leo, te juro que lo vale.

—Isaac cierra los puños con fuerza y la rabia se refleja también en la tensa línea de su mandíbula.

* * *

Hace rato que Rebeca se ha marchado. Su madre ha entrado en la habitación como alma que lleva el diablo, con el porte regio de siempre y ambas manos aferradas al bolso de mano, que de haber podido hablar hubiese interpuesto una denuncia por

intento de estrangulamiento. Al mandato de «volvamos a casa», Beca se ha despedido de Nessa guiñándole un ojo y articulando un «no te preocupes» no verbalizado.

Pese a lo que le ha dicho su amiga, Nessa sí está intranquila. Y mucho. Conoce cómo se las gasta Doña Palo en el Trasero y teme las consecuencias de ese desafío a su autoridad. «Aunque, ¿qué más le pueden hacer?, ¿encerrarla en una jodida torre como a Rapunzel?»

Mira el reloj del móvil y suelta un suspiro de impaciencia. Todavía queda un rato para que le den el alta. Abre el cajón de aglomerado en busca de alguna revista o libro. Vacío. Lógico, teniendo

en cuenta que lleva solo unas cuantas horas ingresada. La frustración se apodera de ella, nada la relaja más que imbuirse en la historia de un buen libro o escribir en su blog. Ambas cosas tendrán que esperar.

Un nuevo visitante aparece apoyado en el marco de la puerta, ahora entreabierta. Nessa sonríe débilmente.

—Hola, papá.

Ramón la observa con los ojos entornados, como si deseara poder mirar en su interior. Lleva unos pantalones color arena y un sencillo jersey que tuvo tiempos mejores y ahora luce algo desgastado y moteado de bolitas que denotan su antigüedad.

—Hola, hija. ¿Mejor?

Da un paso hacia ella. Se siente extraño, no sabe qué hacer o decir, y eso es raro en él. La suela de sus zapatos chirría contra el suelo, por lo que detiene su avance.

—Bien, supongo —responde, y abarca cuanto la rodea con los brazos.

Un silencio incómodo se instala entre ellos. Nessa coge aire, dispuesta a acabar con la tensión imperante.

—No fue él, papá. Te lo juro. Él me sacó de ahí —dice con vehemencia.

—Lo sé —corta Ramón levantando una mano para que cese su defensa—. Me han informado de todo, cariño.

—Sí, pero mamá y tú pensáis que

fuimos irresponsables, que Isaac lo fue por llevarme ahí. Y no es así. No sabíamos que esto iba a pasar —espeta de carrerilla con el rostro contrito, a la espera del sermón que cree está por llegar.

—¿Irresponsables? Quizá, pero, ¡por favor, sois adolescentes! Eso forma parte de vuestra condición —contesta con tono desenfadado, algo que la chica agradece profundamente. Cierra los párpados y relaja los hombros—. Y me alegra saber que no te drogaste a sabiendas. Hemos hablado un millar de veces de eso —añade poniendo su voz de orador—. Además, ¿recuerdas ese documental que vimos sobre los efectos

de las drogas? ¿Y el testimonio de aquel chaval, el que perdió parte de su movilidad y...?

—Sí, me acuerdo perfectamente —se apresura a asentir—. Me lo hiciste ver dos veces: una en la tele y otra repetida en Youtube; no hace falta recordar los «grandes momentos», gracias.

—Veo que estás bien —comenta elevando la comisura de los labios alrededor de los cuales se forman unas pronunciadas arruguillas.

Ramón sabe que cuando su hija saca el carácter y sus palabras rebosan ironía es que está fuerte. La última vez que habló de manera automática sin

hacer uso de la burla fue cuando contrajo una gripe importante con catorce años. Sí, sin duda está recuperada, aunque algo la atormenta; de un tiempo a esta parte se muestra más apática y retraída. Quizá ella no le cuente todo, pero él, como padre, sabe que tiene una espina clavada muy hondo. También es consciente de que, por alguna extraña razón, la presencia de ese chico, Isaac, actúa en ella como un analgésico.

—Lo siento, papá —se disculpa Nessa, dejando por fin que unas traicioneras lágrimas discurran por sus mejillas.

—No, cariño, yo lo siento.

Lamento que haya gente así por el mundo, personas que se entretienen causando daño a los demás —replica recorriendo los metros que los separan; la estrecha entre sus brazos y le acaricia el cabello—. ¿Sabes qué? —dice cogiéndola de los hombros y retirando con sus pulgares las lágrimas—, quien la hace, la paga, hija; el karma actúa cuando uno menos se lo espera —concluye con convicción.

—¿Y ahora qué?

—Nos vamos a casa, pequeña —le informa—. Por cierto, bonitas flores —añade señalando el macetero repleto de violas y mirándola con gesto cómplice.

Leo ha pasado la grabación por lo menos un par de veces. Los rostros de quienes introdujeron la pastilla en el tubo de Nessa no se distinguen, en parte por culpa de los brillos de la colorida iluminación distribuida por el techo y también debido a la colocación de la cámara.

Leo chasquea la lengua visiblemente frustrado.

—Nada. Es una putada no serte de más ayuda. —Congela la imagen. En ella se ve a Nessa apoyada en Isaac a punto de abandonar la fiesta.

—¡Joder! —exclama él dando un

fuerte puñetazo a una caja de madera, con tan mala suerte que algunas astillas se clavan en su carne. Vuelve a maldecir.

—¡Eh! ¿Os dejaban decir eso en vuestros colegios católicos? —bromea, haciendo referencia a su clase social—. Así no arreglas nada, Montalvo. ¡Es la hostia que yo tenga que decirte esto! ¿Recuerdas? Es lo mismo que me repetías tú cuando había bronca en el centro —dice, en alusión al lugar donde se conocieron.

Sí, Leo estuvo bajo la tutela del Estado. ¿El motivo?: allanamientos sin hurto y un escaso «control de la ira», por no decir nulo manejo de esta. Eso

que cuentan de que los chicos que acaban en sitios como aquel vienen de un bajo estrato social no siempre es un tópico sin fundamento. Mientras que Isaac ha nacido en una familia adinerada, su amigo pertenece a otra de pocos recursos económicos y una salva de problemas personales: padrastro ludópata y madre ausente. Se metía en peleas un día sí y otro también; a veces por defender el honor (inexistente) de su referente paterno y otras por desfogarse. En una ocasión, antes de que los servicios sociales se lo llevaran, golpeó a un chico que le había intentado robar, le pegó durante tanto rato y con tal insistencia que se rompió la mano por

varias partes. El ladrón acabó con la nariz fracturada, el labio partido, la mandíbula desplazada y fisuras en varios huesos de la cara. Conclusión: varios meses de ingreso en el correccional. Por suerte para Leo, estar ahí lo alejó de su dosis diaria de miseria, y la terapia que recibió le ayudó a controlar sus brotes de rabia, hoy por hoy esporádicos y manejables.

Él llevaba un tiempo cuando trajeron a Isaac, un niño pijo del que nadie sabía por qué había acabado en un lugar como ese. «¿Cuál podía ser su delito: poner la música en el BMW de su padre demasiado alta?», pensó nada más verlo. Era un chico triste que no

levantaba la vista del suelo y se paseaba como un alma en pena. El primer día, Héctor, al que apodaban el Tatu y que se consideraba a sí mismo el jodido rey del centro, obsequió con una paliza de bienvenida al recién llegado, que terminó amoratado, sangrando y con el número trece grabado con una rústica navaja en el antebrazo. Después de eso, y dado que el artífice abandonó su encierro, ningún otro intentó provocar una contienda con Montalvo. Leo fue su amigo desde el primer momento. Puso a los tutores al corriente de lo sucedido y le ayudó a llegar a la enfermería. Ambos forjaron una extraña amistad. Leo hizo que Isaac remontase el vuelo, fue su

«instructor»; le dijo que debía caminar siempre con la cabeza bien alta para ver de dónde le llegaban los golpes de la vida. Y él, a cambio, fue quien le dio los trucos para concentrarse: le enseñó a respirar, espirar y dejar las cosas correr. Eran como el yin y el yang, diferentes pero complementarios.

Ambos chicos vuelven a revisar las grabaciones una última vez y es Leo quien toca algunas teclas para optimizar la imagen.

—¡Ahí! —exclama Isaac, que se levanta y se acerca al portátil para verla mejor. Señala con el dedo índice un punto en ella, algo en una difusa figura —. Pantalón pirata.

—Sí, y una capucha. ¿Qué pasa, tío, estás escribiendo una revista de moda? —se mofa Leo mientras los engranajes de la cabeza de Isaac giran a toda velocidad.

—Vuelve a ponerlo —solicita.

Leo hace lo que le pide y ambos se fijan ahora en ese sector durante el cuarto visionado de la grabación. La figura pertenece a un chico de complexión fuerte que se mueve erráticamente. Lleva lo que parece un vendaje alrededor de la rodilla.

—Cojea... Es Marcos. Debí romperle la pierna a ese cabrón —dice para sí—. Los tengo. Sé quiénes son —comunica a Leo, envarándose y

poniéndose en marcha.

—¿Adónde vas? —pregunta su amigo visiblemente preocupado.

—De momento, a casa.

—¿Lo prometes? —Le sostiene la mirada intentando descubrir si miente o, por el contrario, dice la verdad—. No te la juegues, tío.

—Tarde o temprano iré a por ellos, Leo. Se lo haré pagar, sea como sea.

16

ANÓNIMO



Nessa entra en el salón y no besa el suelo bajo sus pies por temor a parecer una lunática y que la vuelvan a ingresar. Jamás se ha sentido tan contenta de estar entre esas paredes. Saluda a su madre, que está tomando un tentempié antes de irse a trabajar. Ella la rodea con los

brazos y le pregunta cómo se encuentra. Todavía le quedan unas horas para empezar el turno, pero quiere visitar a una chica ingresada en la planta de oncología y llevarle un par de libros que la propia Nessa ha cedido encantada de la vida. La paciente no supera los doce años y se pasa la mitad del día sin recibir visitas. Su madre falleció de la misma enfermedad que ella y su padre pasa más tiempo en la oficina del que debiera por miedo a revivir lo mismo. Pensar en esa pobre niña le hace valorar lo que tiene de puertas para adentro: una familia unida, timoneada por una pareja excepcional, un hombre y una mujer que se desviven por ella y que, pese a estar

exhaustos, siempre le dedican la mejor de sus sonrisas.

Coloca el macetero con las violas sobre su escritorio y echa un poco de agua a la tierra, acariciando con la punta de los dedos los pétalos de las hermosas flores. Unos minutos después entra su padre y la insta a darse una buena ducha, consejo que acepta sin rechistar: detesta el olor que el hospital deja en su ropa y su pelo.

Se mete en el baño, regula la temperatura del agua y se coloca bajo el chorro, enjabonándose con uno de sus geles aromáticos. Nota como los músculos se relajan y parte de los nervios que le atenazaban el corazón

desaparecen. Aprovecha para lavarse la cabeza y aplicar una mascarilla que retira cinco minutos después. «Debía de estar asquerosa», maldice para sus adentros.

Una vez fuera, con una toalla en la cabeza y el albornoz ceñido, se deja caer de espaldas con los brazos en cruz sobre la mullida cama y abraza el suave cojín de la cabecera. Se vuelve apoyándose sobre los codos y enciende el iPad para conectarse a su cuenta Blogger.

Buenas noches, noctámbulos:

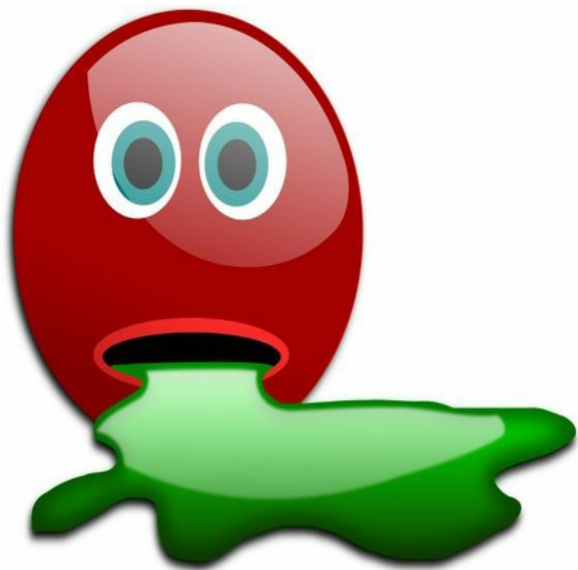
Vuestra narradora habitual os saluda desde la comodidad de su hogar. Hoy no

esperéis ironía, sarcasmo, crítica ni reseña, solo unas cuantas líneas sin mucho sentido y ligeramente edulcoradas, sin que sirva de precedente.



Después de un percance, he vuelto a casa sana y salva. Y juro por las musas que

así seguiré estando. El desconocido del que os hablé, y al cual puse en la lista de personas desconcertantes, ya no es tal; se ha convertido tras los últimos acontecimientos en algo así como mi caballero de brillante armadura (lo sé, matadme antes de que siga diciendo gilipolleces).



¿Alguna vez os habéis parado a pensar en lo relativo que es el tiempo? Seguro que sí. Y que conste en acta que ya sé que un día es igual para todos a un nivel

puramente matemático (matizo para los anónimos tocapelotas, que, como las meigas, «haberlos, haylos»): 24 horas, 1440 minutos, 86 400 segundos. Pero ¿y esas veces en que las manecillas parecen girar a menor velocidad en la esfera del reloj? (sí, como cuando estamos ante un examen tipo test de matemáticas o en la sala de espera del médico de cabecera). ¿Sabéis esas situaciones en las que todo avanza ralentizado como en una película de ciencia ficción?



Bueno, ¿a qué venía esto? ¡Ah, sí! Resumiendo, que ya es tarde y vosotros no estaréis muy por la labor de perder el tiempo con semejante entrada... A lo que iba: que las últimas 24 horas se han

dilatado mucho mucho, tanto es así que todo lo que me ha sucedido en ese lapso de tiempo es lo que en una situación normal viviría en una semana o dos. Fue lo que se suele llamar un día INTENSO (sí, con mayúsculas).

El chico desconcertante se ha abierto un poco, y con él la caja de los truenos, ya me entendéis... En mi pasado hay un manto de nubes oscuras que me impiden creer que el sol volverá a salir, pero cuando lo miro a los ojos, ¡y, joder, qué ojos!, creo ver los rayos del astro rey reflejados en sus iris verdemar, y con ellos la esperanza de dejar todo lo malo atrás, de hacer borrón y cuenta nueva. Y... FIN. ¡No sé si al final postearé esto o lo

eliminaré!, quizá solo lo edite más tarde, cuando piense con claridad. Estoy agotada y esto no le interesa a nadie.

Bueno, soltada la parrafada, juro solemnemente que os compensaré con un par de jugosas novedades y reseñas. Palabrita de bloguera. ¡Ah!, quizá caiga un sorteo, así que, ¡atentos!

Se despide vuestra narradora (en serio que, a partir de ahora, más habitual),

DaRk GoThEsS

Nessa se ha deshecho del molesto filtro de mensajes, por lo que todo lo que la gente comenta aparece bajo la entrada. Ahora bien, si algo le disgusta o le parece ofensivo, ejercerá de igual

modo su poder de administradora y lo desterrará al olvido. «Ojalá todo fuera así de sencillo. Mandaría a más de uno a la papelera de reciclaje», Refresca la página compulsivamente a la espera del primer comentario. Cuando este llega, nota su corazón palpitando estúpidamente acelerado. «Ahí estás, ¿siempre conectado?», se pregunta mientras tamborilea con los dedos sobre su barbilla.

Cold Raven: Leyéndote nunca siento que pierdo el tiempo, sino que lo invierto. Sobre la relatividad de este, sé perfectamente a qué te refieres, lo he experimentado en mis propias carnes.

Anónimo: Kieres compensarme x st mird d ntrad? Apunta mi korreo comemelrabo@todotuyo.es y enbia unas fotos de tu chochito gótico y de tus tetas. Tngo un rallo para ti, no es de sol, pro lo bas a gozar.

Nessa abre los ojos alucinada. No sabe qué le cabrea más, si la grosería de ese aborto de comentario o las épicas faltas de ortografía que lo pueblan. No se lo piensa dos veces y le da a *eliminar* en cero coma, sintiéndose omnipotente al ver como ese puñado de palabras simplemente desaparece. «Abracadabra, pata de cabra. Abracadabron, fuera cabron.»

Cold Raven: Mira, Anónimo, lo primero: guárdate ese lenguaje soez para cuando te mires en el espejo, si este no se rompe con tu reflejo. Y segundo: aprende a escribir y deja de intentar provocarnos daños cerebrales irreversibles.

Anónimo: Irreversibles Komo tu gilipollez? Jaja, 1 de 2 o eres marika o retrasado.

Cold Raven: Encima de paletto y maleducado, homófobo. Vete a dar la brasa a un blog del Ku Klux Klan.

Nessa se echa las manos a la cabeza, intentando asimilar la conversación que está desarrollándose

en su blog.

Dark Gothess: Anónimo, te he borrado y lo haré tantas veces como sea necesario, así que, por favor, lárgate a dar por culo a otro sitio.

Por un momento, abandona su papel de dama de la oscuridad y se suelta, haciendo alarde de la chabacanería que ostenta a diario en todo su esplendor.

Anónimo: Dame tu dirección y loaré,
ZORRA.

Cold Raven: Ten cojones de poner la tuya e igual te regalo una cara nueva, pedazo de mierda.

Esa contestación tampoco la esperaba. Cold Raven, su ferviente seguidor y amigo cibernético, el que siempre le teclea hermosas palabras y metáforas exquisitas ¡también es un deslenguado! No sabe por qué, pero estalla en carcajadas. La situación no es para menos. Tiene que dejar el aparato a un lado porque es tal el ataque de risa que le entra que está a punto de hacerse pis encima. Se va al baño, sorteando las zapatillas que tiene tiradas por el suelo. Cuando regresa, más calmada, vuelve a mirar la pantalla. Eso es todo, amigos. Anónimo se ha rendido, seguramente satisfecho tras haber causado el caos en

una bitácora. Cold Raven, sin embargo, ha escrito algo más.

Cold Raven: Y ahora podemos volver a lo que nos ocupa [carraspeo]. Mi señora, disculpad el lenguaje empleado por un servidor y yo obviaré el que con gracia has usado. Y sobre el chico desconcertante, supongo que debo alegrarme de que alguien te devuelva la sonrisa, aunque no negaré que un brote de celos me devora lentamente.

Dark Gothess: Él es mi caballero de brillante armadura; tú siempre serás mi ángel de alas negras.

Esas conversaciones, que a muchos

les parecerán patéticas en grado sumo, han sido, hasta la fecha y desde lo sucedido con Lorca, una de las pocas cosas que le han levantado el ánimo.

Cold Raven: Cuando quieras las despliego y me acerco aleteando allá donde me reclames. Estoy para servirte.

—¿Me lo parece a mí o es una clara invitación para vernos en persona? —espeta Nessa en voz alta.

—¿Dices algo, pequeña?! — pregunta su padre desde el salón al oírla hablar.

—¡Nada, nada, pensaba en alto! — responde nerviosa.

Dark Gothess: Quizá pronto.

Ha aprendido que en situaciones de este calibre lo mejor es mantener el suspense. Por lo que, tomando aire y haciendo acopio de valor, cierra su cuenta de Blogger y apaga el iPad, dándose ánimos para no volver a mirarlo en toda la noche.

* * *

Isaac camina de regreso a casa. Una sonrisa bobalicona ha desbancado durante unos minutos a la expresión

furibunda que ensombrecía su rostro.

Revisando el correo electrónico, ha recibido una actualización del blog de Dark Gothess, así que ahí se ha plantado, dispuesto a disfrutar de su amada cibernética, la dama inalcanzable, esa alma atormentada que disfraza sus pesares con ironía, engalanándolos en ocasiones con atavíos de poesía.

Un imbécil, decidido a ocultarse tras un perfil anónimo, se ha dedicado a molestar en la bitácora. Entre los dos han hecho que huyera, o eso quiere creer. Se imagina junto a su chica oscura en plena batalla, enarbolando sendas espadas y haciendo frente a mil peligros.

«Estos juegos RPG *on-line* van a volverme loco del todo», piensa riendo sin aminorar la marcha.

Es extraño: saber que su amor platónico bebe los vientos por otro le produce cierta inseguridad y un grado de celos, en absoluto tan exagerados como lo ha planteado en su comentario; eso forma parte del rol que ha adquirido. Pensar en Dark Gothess supone evocar cosas imposibles y eso le trae a la mente el nombre de Nessa y el recuerdo de su cuerpo casi inerte entre sus brazos. «Soy como la peste, que por donde va trae desdicha.» Ese pensamiento le borra la sonrisa. Guarda nuevamente el móvil en su bolsillo, se coloca los cascos del

iPod y deja que la música se cuele en su interior.

Debe concentrarse. Ahora ya sabe quiénes son los responsables de lo que le ocurrió a Vanessa: Lorca y su amigo Marcos. Pagarán por ello.

RETAZOS DEL PASADO



Isaac abre los párpados pasadas las diez de la mañana, estira sus extremidades y contiene un bostezo. Todo esfuerzo parece insuficiente en la ardua tarea de no despertar a la arpía de facciones perfectas que duerme a un par de cuartos de distancia. El silencio

indica que su padre ya se ha marchado. Seguramente haya tenido que acudir a una reunión de urgencia o use esta como excusa para poner tierra de por medio entre ellos. En cuanto llegó a casa la pasada noche, con los nudillos repletos de rozaduras y restos de madera en la carne, se temió lo peor. El señor Montalvo no dijo nada, simplemente frunció los labios en una recta línea y se dio la vuelta para encerrarse a cal y canto en su despacho. Su flamante esposa le masajéo los hombros en un gesto de fingida comprensión. Isaac cenó dos filetes de carne recalentada con guisantes y se metió en el cuarto, rezando para que Lorraine tuviese la

suficiente inteligencia, ya que decoro sabía que no podía esperar de ella, para no reclamarle esa noche.

Con la luz entrando a raudales por su ventana, se pone en pie, arregla la cama, estira la nórdica y ahueca la mullida almohada y los cojines de plumón. Cuando termina, se enfunda un vaquero y una camiseta de manga larga y se calza unas Panama Jack marrón chocolate que combina con una chaqueta, regalo de su madre por su decimotercer cumpleaños. Recuerda ese día a la perfección. Sus padres todavía estaban juntos y enamorados. Ambos habían hecho un despliegue de cajas perfectamente envueltas sobre la mesa

del salón de su antigua casa y le esperaban con las manos entrelazadas y una tarta de trufa, mermelada de arándanos y nata, la preferida de Isaac. Su madre llevaba el cabello en un recogido informal y unos cuantos mechones castaños le caían armoniosamente sobre el rostro ovalado. Le habló, como siempre, con la voz más dulce del mundo. Después de unas cuantas risas y de rasgar el precioso envoltorio de varios calcetines, vaqueros, un par de libros e incluso dos juegos para ordenador, ella, con gesto teatral, tiró de una tela de terciopelo azul, dejando al descubierto un cajón de madera. Dentro estaba la chaqueta. Era

de piel marrón algo desvaído y había sido comprada en una tienda de segunda mano. Tenía ese aire místico que envuelve a aquellos objetos que han pertenecido a otras personas con anterioridad. Le contó, con el tono de narradora que acostumbraba a utilizar, que quizá llevase impregnado en sus fibras el espíritu aventurero, valiente y soñador de su dueño original y este pasase a su hijo cuando tuviese edad y cuerpo para ponérsela. El regalo le venía un par de tallas grande, pero ese detalle no hizo sino incrementar la alegría de tener algo tan especial colgado en la percha de su armario, esperando a encajarlo un día sobre sus

hombros. Este es el momento y él lo sabe. Aspira el inconfundible aroma del cuero, acariciando cada centímetro y deseando ser poseído por la valentía de quien lo portó antaño. Sin darse cuenta, sus ojos se ven anegados en lágrimas, que se apresura a retirar con un pañuelo. «Ella no querría que llorase, no por esto», se dice a sí mismo, intentando aferrarse a la imagen de su madre sonriendo frente a él, con los labios maquillados en coral y mostrando la preciosa chaqueta. Por mucho que luche, lo inevitable sucede, el recuerdo en su mente se desvanece sustituido por otro completamente distinto: los almendrados ojos de su madre observándolo

comprehensiva, con el rostro contrito debido al dolor ocasionado por unas palabras espetadas sin pensar, aunque dichas para herir, lanzadas como armas arrojadizas. Una voz más alta que otra. Una pelota roja rebotando sobre la calzada, seguida de una pequeña figura salida de la nada, con sus ondulados cabellos dorados flotando al viento y un par de iris garzos mirándolo aterrados. Un volantazo. El chirrido de las ruedas, que se asemejaba a la guadaña de la Muerte arrastrándose por la calzada. Una aterradora ingravidez, y, por último, el silencio, roto únicamente por los intermitentes chasquidos del metal informe que crujía como si estuviese

dando sus últimos estertores. El olor de la gasolina derramándose se entremezclaba con el de la sangre, que brillaba siniestramente sobre el asfalto en el que Isaac se hallaba tumbado con medio cuerpo todavía dentro del vehículo. Y a su lado, el blanco vestido teñido de escarlata pegado al menudo cuerpo de su madre inerte. Únicamente el leve movimiento de su caja torácica delataba que seguía respirando, con vida, así como un ligero temblor en los párpados, que pugnaban por abrirse.

Isaac se deshizo del cinturón de seguridad, ignorando sus lesiones, y salió del interior deformado. Acudió a rastras al lado de su madre,

despellejándose las rodillas en el proceso. Le sostuvo la mano, le acarició su rostro y la instó a despertar, a reaccionar antes de que sucediera lo inevitable. «Mamá. Vamos, mamá. Levántate», le suplicó tantas veces que perdió la cuenta. Una chispa originó el fuego, que comenzó a propagarse a gran velocidad. Isaac rebuscó hasta encontrar el móvil que, aunque en precario estado, permanecía encendido. Tras errar un par de veces al marcar el número, entre sollozos y un incontrolable temblor, avisó a emergencias. Las palabras brotaban sin precisión. «¡En la carretera, estamos en la carretera!», se limitó a informar una y otra vez. La

señorita al otro lado de la línea intentó sonsacarle más datos, pero su capacidad de raciocinio se veía anulada por las llamas que crepitaban peligrosamente a su alrededor, con mayor fuerza a cada segundo. Por fin advirtió un viejo bloque de cemento con un número grabado y se lo dio a la teleoperadora. «Mantén la calma, chico. La ayuda llegará pronto.» La calma se había extinguido dando paso a una desesperación inconmensurable. Volvió a asir a su madre, tirando de ella hacia el exterior del coche, pero era un peso muerto y sus piernas estaban aprisionadas por el salpicadero. Lo observaba con unos ojos claros

rebosantes de amor mientras el dolor crispaba sus facciones. Los labios articularon un «te quiero» no verbalizado. Estaba débil, parecía una muñeca desmadejada, rota...

Isaac agita la cabeza intentando librarse de ese recuerdo que lo atormenta. Todavía, cuando el delirio se adueña de su mente, escucha el aullido de las sirenas acercándose y derramando su ambarina luz sobre el asfalto; incluso percibe el humo entrando en sus pulmones, prueba del fuego que avanzaba devorándolo todo.

Inspira y espira una y otra vez, mantiene el aire varios segundos y evoca un momento feliz, como le

enseñaron en el centro de menores. Llena sus pulmones de oxígeno y lo expulsa lentamente hasta que vuelve a ser dueño de sus emociones.

Camina con sumo cuidado, intentando no hacer crujir el suelo de madera, y abandona el piso dando gracias por no haberse topado con Lorraine. No tiene cuerpo ni espíritu para cumplir sus exigencias.

* * *

Alguien llama a la puerta y Nessa concede audiencia. Son sus padres, que entran juntos portando la comida, una

jarra de limonada casera con hierbabuena y un obsoleto juego de mesa con las esquinas de la caja completamente destrozadas debido al uso. Se han propuesto mimarla en exceso, al menos hasta mañana lunes. «Si te encuentras mal, puedes quedarte en casa, hija», le han dicho. Ella lo tiene claro: irá. Debe enfrentarse al mundo que la espera al otro lado de esas paredes, por muy a gusto y protegida que se encuentre entre ellas y lo mucho que en el fondo le guste sentirse así de arropada.

—Te he preparado unas albóndigas de seitán con salsa de champiñones casera. ¡Espero que te gusten! Aunque

algo me dice que has hecho uso de tus incisivos estos días, ¿o me equivoco? — apuntilla Cristina ladeando la cabeza, atenta a su respuesta.

—¿Acaso eres bruja, mamá? — Nessa eleva una ceja y pincha el primer pedazo de seitán, que se lleva a la boca y mastica extasiada. No sabe si es debido a la estancia en el hospital o al susto que se ha llevado, pero su tripa gruñe reclamando sustento, por lo que ataca el plato sin contemplaciones.

—En el buen sentido, espero. En serio, hija, soy tu madre, te conozco a la perfección.

Ramón carraspea exageradamente.

—Bueno, que Isaac le contase

adónde iba a llevarte a cenar tuvo algo que ver, no dejes que te engañe —la interrumpe ganándose un suave puñetazo en el hombro al que responde riendo con ganas—. No te enfades, cariño, sabes que te quiero —se defiende dándole un beso.

—De todas formas, tienen una amplia carta con variadas ensaladas y... ¡está bien, comí carne! ¿Contentos? —confiesa cruzándose de brazos al ser el centro de sus miradas escépticas—. Soy un monstruo —añade frunciendo los labios.

—No, hija, eres parte de la cadena alimentaria —replica su madre.

—Sí, algún día los gusanos te

comerán a ti.

—¡Por Dios, Ramón, no seas animal! —le reprende Cristina dándole en esta ocasión una palmada en el hombro.

—Todos lo somos —insiste.

Le divierte sacar de quicio a su esposa, a la que adora ver arrebolada como en estos momentos. Es una mujer de innegable atractivo: ojos castaños, media melena brillante y cuerpo proporcionado, pero lo que hizo que cayera rendido a sus pies fue su determinación, un gran sentido del humor y esa fortaleza y tenacidad que la convierten en el pilar de la familia. Es la persona más maravillosa que ha

conocido jamás, y a su lado se siente el ser más afortunado de la Tierra. Solo echa en falta más momentos familiares e íntimos, escasos por culpa de sus incompatibles horarios laborales, que convierten estos instantes en recuerdos que atesorar.

Alguien llama al timbre del portal.

—Voy yo. —Cristina se dirige alegremente a la entrada y descuelga el telefonillo. Al regresar, indica a su marido con un gesto de la cabeza que salga del cuarto.

—¿Ocurre algo? —pregunta Nessa extrañada, sentándose en la cama. Viste unas mallas, camiseta básica y camisa de cuadros abierta encima.

—Tienes visita, cariño —responde guiñándole un ojo a Isaac, que se aclara la garganta para avisar de su llegada.

—Hola.

—Vaya, ¿has subido al trote? —le espeta Cristina sonriéndole con amabilidad. Sabe que el chico se siente culpable por lo sucedido, ve el arrepentimiento reflejado en su semblante. Ella le pregunta si quiere tomar algo, señalando la jarra con limonada casera y un vaso de vidrio colocado sobre la mesilla—. Os dejo para que habléis, ¿vale?

—Pero estamos en el salón —dice Ramón haciéndose oír—. A escasos metros, atentos.

Isaac tiene que contener una carcajada que se abre paso en su garganta y que disimula con una repentina tos.

—Por supuesto. Solo la entretendré un par de minutos, señor —responde en un tono lo suficientemente alto para que el padre de Nessa lo escuche, sin llegar a sonar irrespetuoso.

Cristina se marcha y cierra la puerta al salir.

UNA HISTORIA SIN FIN

Nessa se aparta el pelo de la cara y se atusa la camisa de cuadros rojos. Lleva las mangas dobladas y cubre una ceñida camiseta que le queda como un guante. «¿Por qué tiene que estar siempre tan rematadamente preciosa?», se pregunta Isaac metiéndose las manos

en los bolsillos del pantalón y mirando en derredor con manifiesta curiosidad.

—Fall Out Boy, Nightwish — empieza a leer en los pósteres colgados por las paredes.

—La antigua formación, con Tarja Turunen como vocalista femenina — matiza Nessa—. Eran la caña.

—Su momento de gloria, sin duda —opina Isaac esbozando una tímida sonrisa y echando un vistazo ahora a una fila de discos—. The Crüxshadows, Halestorm... ¿y un vinilo de The Pretty Reckless? ¡Esto sí que mola! —exclama girándolo entre sus manos antes de devolverlo a su sitio.

—Importado y firmado por Taylor

Momsem. ¡Me abrí paso en el concierto de Barcelona para conseguir su rúbrica! La hubiera besado, te lo juro.

—Y yo hubiera pagado por verlo: el concierto y el beso —responde jocoso—. ¡Oh, espera, cambio de registro! —añade alzando las cejas y continuando con su inspección—: Lena Fayre, Lifehouse, Lorde, Simple Plan, The Kills. Veo que perteneces a ese prácticamente extinto colectivo de personas que compran música en físico.

—Llámame clásica —responde encogiéndose de hombros—, pero también me los bajo en iTunes. Utilizo bastante el iPad —añade nerviosa, jugueteando con la pluma de su pulsera.

—Las flores están sanas y salvas. Las felicito —dice él sonriendo al mirar la maceta de violas.

—Son unas supervivientes.

—Como su dueña —responde aclarándose la garganta y volviendo a centrar su atención en la música, recitando los títulos de la siguiente tanda de discos que Nessa exhibe en varios estantes—. ¿Sweet California y Taylor Swift? Un repertorio variado.

—Así soy yo. Creo que existe una canción para cada momento.

Isaac asiente, se identifica con esas palabras. Continúa su escrutinio hasta que da con un CD que le llama especialmente la atención. Lo saca de la

hilera y gira el plástico para leer los temas en el reverso—. ¿Puedo? —Alza la carátula y señala una pequeña minicadena con la cabeza, pidiendo permiso para utilizarla.

—Claro, ¿no conoces a Mercury Rex? —pregunta ella sonriendo triunfal. «Un punto para mí.»

—¿La verdad? Sí, los escuché en Youtube y Spotify. No eres la única con tiempo libre, Barbie Gótica —responde en tono jocoso, guiñándole un ojo y presionando el *play*—. Sin duda, eres de gustos eclécticos.

—¿Lo dices solo por mi música? —replica ella viendo como Isaac se acerca despacio a su posición. «¿Sabrá

lo bien que le sienta esa cazadora?»), piensa para sus adentros.

—Y por la curiosa mezcla de colores y estilos presente en tu cuarto: simbología oscura, pero de colores alegres; muñecos con un toque siniestro que, de un modo incomprensible, resultan dulces. Me recuerda a...

—¿A qué? —pregunta ella con la espalda completamente enderezada y estrujando la colcha entre sus manos.

—A ti —responde él volviéndose y mirándola fijamente.

Ella lo observa bajo sus espesas y curvadas pestañas oscuras. Sus labios, desprovistos de maquillaje, se ven jugosos y sonrosados. Mordisquea

ligeramente la uña del dedo meñique en un tic que denota su estado de ansiedad. «¿Eres consciente de lo que provocas en mí?», esas palabras quedan vagando en la mente de Isaac sin adquirir forma. Ramón agita de forma exagerada las hojas del periódico en el salón. «Las paredes parecen de papel.»

El chico se pasa nerviosamente la mano por la cabeza, liberándose del gorro que oculta su pelo claro.

—Q-quizás deberías quitarte la chaqueta también. Hace bastante calor aquí dentro —señala Nessa.

«No lo sabes tú bien.»

—Eh, sí, ¿puedo dejar las cosas en esa silla? —pregunta deshaciéndose de

la prenda.

Ella asiente con la cabeza y se recrea en la anatomía del chico. La camiseta es de manga larga, aunque eso no impide que se fije en el contorno de sus brazos. Están desarrollados, pero no en exceso. Hay pocas cosas que a Nessa le agraden menos que los «cachas», ese tipo de tíos le recuerdan a los Madelman, unos muñecos articulados de los ochenta con los que su padre jugaba de crío; incluso compró uno de colección pujando en e-Bay. Era pequeña cuando llegó; sin embargo, en cuanto lo vio, supo que jamás se sentiría atraída por nada que se le asemejase.

Traga saliva, intentando mantener

la compostura. Isaac se frota las manos sin saber muy bien qué decir. Toma aire y deja que las palabras broten de lo más profundo.

—Lo siento. Lamento haberte llevado a esa estúpida fiesta —espeta dándole la espalda y quedando de cara al armario entreabierto, cuya puerta derecha ha hecho un surco en la escayola de la pared que ahora Isaac recorre con los dedos de su mano. Se esfuerza por concentrarse en la muesca, como si fuera algo interesante, eludiendo así a Nessa: su cara, su cuerpo, su ser. Cree que debe decirle adiós, que es lo correcto, aunque no por ello le resulta menos doloroso.

—No tienes la culpa —replica sin atisbo de ironía, con una voz tan dulce como su rostro. Él lo observa de reojo, despojado de maquillaje y carente de esa sempiterna mueca de indiferencia que usa como máscara—. Otros lo hicieron, no tú —añade, poniéndose en pie y dando un par de pasos descalza hasta colocarse detrás de él, sin saber muy bien cómo actuar.

—Pero yo no se lo impedí, podía haber estado atento, esos sitios son... peligrosos, y, sin embargo, me dejé llevar y te arrastré conmigo —maldice tentado de golpear el muro, conformándose con apretar el puño contra él y tensando la mandíbula.

El tema que comienza a sonar por los altavoces habla de la soledad, una profunda y lacerante que llega a su fin con la irrupción de un inesperado amor, tan grande que consigue salvar a quien lo encuentra. Por el estribillo Isaac dilucida que se trata de «Una historia sin fin», que también habla del deseo y la complicidad. «Si cada sentimiento que me embarga cayese en forma de notas sobre un pentagrama, compondría esta canción», piensa al escucharla por primera vez. Conocía el grupo, pero no este *single*.

—No soy una niña, Isaac. Yo dejé el vaso sin vigilancia, y, ¡joder!, ¿quién podría adivinar que me iban a usar de

conejillo de Indias? Además —dice colocando su mano en la espalda de él — no ha pasado nada. Estoy bien.

—Pero ese no es el problema.

—¿Cuál es entonces, Isaac? Acláramelo —exige volviéndolo hacia ella y quedando frente a frente.

—Yo. Soy yo —responde echando los hombros hacia delante, abatido—. Ya te lo dije, todo lo que toco, aquello a lo que me acerco..., todo lo que me importa —la mira con intensidad, luchando por contener las lágrimas que se agolpan tras sus párpados— acaba hecho trizas. No soy alguien a quien quieras tener cerca ni a quien necesites. Mi error fue olvidarlo, creer que quizá

esta vez sería distinto —concluye mirando el techo y esforzándose por no ceder a sus instintos y hacer lo que lleva deseando desde que entró por esa puerta: besarla.

Nessa no sabe cómo reaccionar. Al tenerlo ahí, frente a ella, con el alma desnuda, su corazón palpitando a tan solo unos centímetros del de ella y el aliento abandonado de esos apetitosos labios, los pensamientos en su cabeza se entremezclan y el juicio al que se aferra como a un clavo ardiendo se nubla, desmoronando el muro que tanto tiempo le ha costado erigir.

Nota una presión en el pecho y una extraña sensación de levedad, se pone

de puntillas, rodea el cuello del chico con los brazos y lo atrae hacia ella, descansando su cabeza en el hombro de este, que la observa sorprendido.

—No, tu único error es dar por sentado que no eres dueño de tu destino y creer que voy a permitir que te alejes sin más. Estás equivocado —susurra a su oído sin un ápice de duda.

—Nessa... —pronuncia su nombre con devoción, como el religioso mentaría a su Dios. En sus labios suena especial, hermoso, como ella se siente cada vez que sus ojos se encuentran o sus dedos se rozan por error.

Ambos se pierden en la inmensidad de sus miradas. Isaac le retira un

mechón peregrino y lo coloca tras la oreja desprovista de pendientes. Ella juguetea con unos remolinos que se forman en la parte alta de la nuca del chico. Le arranca una genuina sonrisa de dientes blancos que resaltan en contraste con su piel morena.

Isaac sostiene el rostro de Nessa con ambas manos y acerca el suyo. «Si he de perderme, que sea entre sus brazos», piensa mientras sus labios se funden en un tierno beso interrumpido solo por sus respiraciones agitadas. Todo a su alrededor se desdibuja, como si fueran los dos únicos seres en el mundo y flotasen a la deriva. Sus bocas se devoran ahora con pasión desmedida,

dejando los miedos y el recato a un lado, mientras sus manos se deslizan curiosas, explorando el contorno del otro. La realidad llama a la puerta. Unos nudillos golpean tres veces y Nessa se aleja con reticencia, se deja caer en la cama y enrosca el cobertor entre sus dedos, más frustrada que en toda su vida. Se atusa el pelo y recoloca su pijama, esperando que el rubor desaparezca lo antes posible y su frecuencia cardiaca se estabilice.

—Isaac, han venido a buscarte —
anuncia Cristina asomando la cabeza y componiendo una mueca de disculpa—.
Es tu madre.

Él enseguida se envara y toda la

felicidad que sentía es sustituida por una creciente sospecha que le provoca arcadas.

—«Madrastra» —se decide a apuntillar—. Ya voy —responde con voz monocorde.

—No, tranquilo. Ella está subiendo —responde la madre de Nessa—. Tenéis dos minutos, chicos —informa antes de dejarlos nuevamente a solas.

TRAPOS SUCIOS



Nessa todavía no puede creerse lo que acaba de suceder entre Isaac y ella. Su corazón late a mil por hora y sabe, por el incremento de la temperatura, que la sangre se ha agolpado en sus mejillas,

por lo que se cubre con el pelo, que deja caer a ambos lados como una cortina, no avergonzada, pero sí cohibida.

—Tu madrastra, ¿eh? —«¿De verdad, eso es todo lo que se te ocurre? Tonta», se reprende a sí misma.

—Joder —maldice Isaac despejando en varios movimientos compulsivos la frente ahora perlada de sudor.

—¿Estás bien? Tienes mala cara — comenta ella posando su mano en el hombro del chico, que la observa con varias emociones pugnano en su interior: odio hacia Lorraine y sus artimañas, vergüenza porque Nessa descubra el poder que esa mujer ejerce

sobre él y temor a perderla, a que se aleje para siempre repugnada por lo que esconde, asqueada por lo que sucedió y escandalizada por lo que se ve obligado a hacer las noches que la mujercita de su padre lo reclama.

—Yo... debo irme —responde con inseguridad. Coge sus cosas, hace girar el pomo, sale sin mirar atrás y va hacia la entrada del piso dejando a un lado la educación de la que suele hacer gala. Pero Cristina, la madre de Nessa, ya está frente al marco de madera que da a las escaleras saludando a su madrastra.

—Pase, Lorraine, no se quede ahí —le ofrece rendida ante el aparente encanto de la mujer, que accede al

domicilio asiendo su bolso de mano con una sonrisa cortés en ese hermoso rostro, máscara que esconde un alma corrupta y una mente enferma.

—No —dice él tajante, colocándose entre ambas y mirando a Lorraine con resolución.

Ella no se inmuta y mantiene la fachada impoluta de siempre.

—Cielo, ¿estás bien? ¿No tendrás otra de tus crisis? —inquieta frunciendo el ceño en una mueca de fingido interés. Coloca su mano de tacto suave y delicada manicura francesa de porcelana en la frente del muchacho y chasquea la lengua.

—¿Crisis? ¿Necesitas algo, Isaac?

—pregunta ahora Cristina genuinamente preocupada. Roza el antebrazo del chico, que niega con la cabeza mientras franquea la puerta y pone un pie en el descansillo.

—No. Todo va perfecto — responde perturbado por la insinuación de su madrastra, que, como de costumbre, usa malas artes—. ¿Qué haces aquí? ¿Ha ocurrido algo? — Intenta sonar tranquilo, sosegado. Él también sabe cómo jugar a ese juego.

—Bueno, he venido a buscarte como quedamos, Isaac. —Ladea la cabeza componiendo una mueca de sorpresa. Una cascada dorada enmarca su escote, sobre el que cae una ristra de

perlas. Va vestida con un elegante traje de chaqueta y falda. La camisa de seda azul marino está lo suficientemente abierta como para dejar al descubierto el nacimiento de sus senos, ligeramente agrandados por las habilidosas manos de un carísimo cirujano.

La mujer eleva una de sus delineadas cejas castañas intentando encontrar el motivo de tanto alboroto hasta que la ve: una chica de facciones armoniosas asoma su rostro ovalado desde un pequeño cuarto y observa la escena con la confusión plasmada en su semblante. Lorraine percibe el anhelo en la fugaz mirada que Isaac le dedica a Nessa. Eso es algo que su madrastra no

está dispuesta a permitir. Abre el diminuto bolsito y extrae su flamante móvil de última generación, acaricia la pantalla y dirige a su hijastro una mirada de advertencia con amenaza implícita: «Enfréntate a mí y te destruiré».

Isaac coge aire y lo expulsa lentamente, cierra los párpados en busca de una paz que creía perdida y ha saboreado de nuevo durante unos gloriosos segundos en los brazos y labios de Nessa, que lo mira sin saber qué ha podido suceder para semejante cambio de actitud.

—Lo olvidé. Perdona. Vámonos — se limita a contestar frío, distante, caminando hacia las escaleras. Le

gustaría volverse, acortar la distancia que lo separa de esa maravillosa chica de lengua afilada y mágica sonrisa, coger su cara entre las manos nuevamente y besarla con el fervor y devoción que ella merece... Sabe que eso sería tomado por Lorraine como una provocación en toda regla y no puede permitírselo. «Lo siento mucho, Nessa», dice para sus adentros deseando tener el poder de hacerle llegar su disculpa, algo que no sucederá porque su vida no es una película o libro de ciencia ficción. No existen los ángeles de la guarda ni las hadas madrinas. La puta realidad le golpea cada vez que intenta desprenderse de su hedor y se permite

soñar con un mañana mejor que nunca alcanza.

Cristina, que no entiende esa repentina brusquedad por parte del nuevo amigo de su hija, se despide de Lorraine con educación, extendiendo su saludo a Isaac, que da una réplica formal.

Nessa, con los pies descalzos y el pijama de calaveritas cubriendo su cuerpo, sale al descansillo con expresión desolada.

—Isaac —lo llama con una voz tan carente de fuerza que ni siquiera reconoce como suya.

—Tengo que irme. —Se pone el gorro y la chaqueta sin volverse,

consciente de que si mira sus ojos una vez más no podrá marcharse. Por la presión que Lorraine ejerce sobre su brazo, sabe que sería una muy mala idea; no quiere meter a Nessa en esto—. Nos vemos en clase —añade secamente bajando los peldaños. Le sigue el rítmico taconeo de su madrastra, que saborea la victoria.

Cuando están ya a un par de manzanas, lejos de miradas indiscretas, lo para en seco con un contundente golpe en el pecho y se yergue ante él.

—¿Qué coño te crees que estás haciendo?

—Vivir mi vida. Deberías buscarte una —responde con toda la rabia que es

capaz de excretar.

—A mí no me toreas, niño, ¿te queda claro? —espeta desplegando el papel con los datos de Vanessa que la propia muchacha apuntó días antes—. Toma —dice lanzándoselo con desdén—, para ahorrarte la pregunta de cómo sabía que estarías ahí. Deberías vaciar tus pantalones antes de echarlos a lavar.

—Y tú sacar las manos de ellos, sobre todo cuando los llevo puestos — replica sin amilanarse.

Ella, rabiosa, le agarra de la muñeca con fuerza, a sabiendas de que Isaac no puede permitirse perder la compostura. Con la otra le da un bofetón que le hace girar la cara.

—Crío maleducado, te estás jugando regresar al reformatorio, ¿es lo que quieres? Si vuelves a contestarme así —añade entre dientes. Se acerca y susurra en su oído, esbozando una sonrisa de autosuficiencia—, hago la llamada. Estás bajo nuestra tutela, que no se te olvide. Quizá le interese saber al juez del tribunal de menores, no sé, que... —continúa, tamborileando con los largos y estilizados dedos en sus labios maquillados con lápiz labial permanente— tienes tendencia a la violencia y reniegas de toda autoridad. Sería tan sencillo, Isaac... —Ahora pasa el dorso de su mano por el cuello del chico. La sensación para él es

comparable al sinuoso movimiento de una serpiente sobre su piel. Permanece quieto, con la espalda recta y la vista al frente—. Pero no es lo que deseo, cielo... —dice dulcificando sus facciones y mostrándole la angelical Lorie que ve el resto del mundo, incluido el padre al que ella tan sabiamente manipula como a un pelele.

—Igual les interesaría saber también lo que haces conmigo. A ojos de la ley, yo sería la víctima, a ver si te enteras —exclama deshaciéndose de su contacto. Da un paso hacia atrás, propina una patada a un contenedor de basura y la señala con el dedo de manera acusatoria—: soy menor.

—Por poco, cielo. Y, sinceramente, ¿a quién te parece que creerían? No seas patético, Isaac; espero mucho más de ti —responde haciendo aspavientos con las manos y profiriendo una sonora carcajada—. Lo pasamos muy bien juntos, no lo niegues —ronronea—. De verdad, piénsalo —continúa, instándolo a volverse y ver su reflejo en el escaparate de una tienda de moda—. Mírate, tan encolerizado y con esos antecedentes. Y ahora, haz el favor de reparar en mí. —Relaja los hombros y parpadea con fingida inocencia—. Dime, Isaac, ¿en quién depositarían su confianza? —concluye casi en un murmullo. Abre un pequeño paraguas

que lleva en el bolso y vuelve a ponerse en marcha. Se aleja contoneando sus caderas, dejando al chico hundido mientras contempla la imagen que le devuelve la mirada en el cristal frente a él.

«A ella, siempre la creerán a ella», murmura bajando la cabeza y arrastrando sus pies bajo la lluvia de camino a ese infierno al que debe llamar *hogar*.

LLAMADA DE ATENCIÓN



Nessa ha entrado en casa y está sentada en el sofá biplaza del salón con las piernas en cruz y un buen tazón de infusión de cacao entre las manos. Su madre se ha acomodado al lado, instando a Ramón a que se vaya a sacar la basura. Él no ha hecho pregunta

alguna, sabe que es una urgencia de chicas, algo en lo que solo puede contribuir desapareciendo y dejando a su mujer y a su hija charlar.

Una vez Ramón carga las bolsas de reciclaje y baja las escaleras, Cristina comienza a trazar círculos en la espalda de Nessa con la palma de la mano. Ese gesto siempre la ha relajado, desde que era una preciosa e inquieta recién nacida de dos kilos doscientos gramos de peso. El contacto de una madre es lo más parecido que existe a la magia; su toque tiene un poder reconfortante, casi sanador.

—La madre de Isaac es muy guapa.

—Madrastra —corrige Nessa con

falta de energía y dejando escapar un delator suspiro.

—Cierto. Qué despiste. Y bueno, ¿la suya dónde está? —inquire procurando desviar la atención de lo sucedido.

—No lo sé. Mira, mamá —dice revolviéndose y poniéndose de cara a ella—, sé que intentas distraerme, pero lo has visto igual que yo. Le he besado y se ha largado corriendo.

—¿Le has besado?! —repite como si no hubiese escuchado correctamente—. Hija, ¿con tu padre a un tabique de distancia? Estás loca. —Se echa las manos a la cabeza para a continuación palmear sus rodillas—. Por Dios,

cariño. Desde luego sois atrevidos... — comenta más reflexiva que enfadada.

—Da igual, se ha ido. Lo has visto tan bien como yo. Se ha puesto en modo frío gilipollas y se ha pirado —replica enardecida. Da un sorbo a su bebida y deja la taza en la mesa de centro. Agarra uno de los cojines y lo abraza contra su pecho como si de un peluche se tratara.

—En primer lugar: ¿qué te tengo dicho sobre ese tipo de lenguaje? —la recrimina agitando el dedo frente a su cara—. Y en segundo lugar: ¿no has pensado que tal vez le ha cortado la aparición de Lorraine? —Cristina suelta su pelo y lo recoge nuevamente en un improvisado moño que despeja su

estilizado cuello—, que, dicho sea de paso, es un nombre un tanto extravagante... A lo que vamos: ha venido a recogerle su madrastra, que, además, es joven y atractiva. Lo más seguro es que se haya sentido cohibido y humillado.

—La verdad es que no, no se me ha pasado por la cabeza, sinceramente. Estaba demasiado jodida viendo como se iba cagando leches.

—De verdad, hablas peor que los tertulianos de esos programas del corazón. ¿Y tú escribes? Espero que en tu bloc...

—Se dice «blog» —la corrige rápidamente, resoplando.

—Como se llame. Deseo que en tu espacio no te dediques a hablar de esa forma.

—Si lo hiciera, ganaría seguidores, dada la tendencia actual, hazme caso...
—replica frustrada, colocando ambas rodillas pegadas al pecho—. ¿Qué hago mal? —se pregunta en voz alta, pero se arrepiente enseguida de haber dado rienda suelta a su autocompasión.

Cristina la envuelve entre sus brazos, estrechándola con cariño.

—Mi vida, no haces nada malo, salvo esa manía tuya de decir palabrotas —responde, y le arranca una fugaz carcajada que muere cuando brotan las primeras lágrimas, que resbalan

traicioneras e impactan contra la tela del pijama.

—Entonces, ¿por qué es todo tan complicado?: los sentimientos, las personas, la vida...

—Simplemente es así, cariño, no hay un porqué —susurra intentando calmarla, mirando su rostro apesadumbrado con una mezcla de impotencia y comprensión. Le gustaría ayudarla a atravesar esa fase. La adolescencia es una etapa muy complicada en la que todo se magnifica, aunque desconoce la verdadera naturaleza del tormento que padece su hija, obligada a madurar demasiado pronto—. Las cosas mejorarán, te lo

prometo —dice besándola en la cabeza y acariciando sus omóplatos—. Bien es cierto que a tu edad todo parece un mundo.

«Si tú supieras», piensa Vanessa reprimiendo las ganas de soltar lastre, contar lo sucedido con Úrsula y lo acontecido a principios de verano.

—Supongo que tienes razón — responde en cambio, esforzándose en componer una tímida sonrisa que disminuya la preocupación reflejada en los ojos de su madre.

—Así me gusta, optimista — exclama Cristina con tono entusiasta, alborotando el pelo de su hija—. Y hazme caso, no le des importancia a la

espantada de Isaac. Su madrastra le impone, eso es todo —argumenta, se pone en pie y tiende la mano a su hija, que la acepta.

—Bien, igual tienes razón —concede, valorando la posibilidad.

—La tengo —asevera con convicción, clavando sus iris en los de Nessa, que la observa con el rostro surcado por las lágrimas—. De todas formas, ella dijo algo de una crisis, ¿sabes si tu amigo tiene algún trastorno? —lanza la pregunta con el tono profesional de una enfermera y la preocupación de una madre.

—Ni idea. —Nessa se encoge de hombros—. ¿Y por qué das por sentado

que sé la respuesta? Prácticamente lo acabo de conocer —espeta entre molesta y curiosa.

—Por cómo os miráis. Parece que habéis conectado.

«Sí, pero la gente no va por ahí diciendo: “Hola, tengo trastornos mentales, problemas familiares y estoy recién salido de un reformatorio, ¿me agregas a Facebook?”. ¡Joder!», piensa Nessa.

—Ya, ya... La mitad del tiempo tengo ganas de pegarle un puntapié, te lo juro —replica, cruzándose de brazos y fulminando con la mirada las cortinas que se agitan ligeramente mecidas por una agradable brisa que entra por la

ventana.

—¿Y la otra mitad? —deja la pregunta en el aire, se levanta recogiendo la taza y guiña un ojo a Nessa, que hunde la cara en el cojín. Sonríe al recordar cómo era tener diecisiete años, y se marcha a la cocina.

Cristina prepara la bañera a su hija, que se introduce con el deseo de dejar flotando en ella sus dudas, miedos y preocupaciones al salir. Le encanta sumergirse bajo el manto líquido y mantenerse en el fondo hasta que sus pulmones comienzan a arder, al reclamar el oxígeno que necesitan para seguir funcionando. Una vez con la cabeza fuera del agua, se relaja y

juguetea con el dedo gordo del pie, que mueve por la boca del grifo, observando su reflejo distorsionado en la dorada superficie.

Escucha el móvil sonar en la habitación.

—Seas quien seas, ahora no —dice repitiendo la inmersión.

* * *

Isaac llega a casa y sin mediar palabra alguna con Lorraine, que da por finalizada su charla de hoy, se encierra en el cuarto y enciende el ordenador portátil con la esperanza de encontrarse

con una actualización de Dark Gothess y mirar el contenido de su *mail*, a menudo saturado de correos *spam* y estúpidos *hoax* que ha aprendido a ignorar por completo. Quince mensajes y solo dos de ellos de utilidad: el boletín de novedades de una librería *on-line* y la cartelera del cine. Con el blog no tiene tanta suerte: nada. Ni una pequeña noticia o reseña. Revisa los comentarios del *post* anterior. Por suerte, Anónimo no ha vuelto a hacer acto de presencia. Siente eso como una batalla ganada.

Deja a un lado el aparato y rebusca en el armario, deshaciéndose de los pantalones y de la camiseta. Estira una azul que utiliza para ir por casa. Un par

de manos le sorprenden asiéndolo por detrás y acariciando sus pectorales desnudos con las yemas de los dedos.

—Cielo, lo siento. No quería que discutiéramos y sé que tú tampoco —ronronea Lorraine, descendiendo hasta la goma de sus calzoncillos. Las manos de Isaac se aferran a las baldas en las que tiene ordenados por colores algunos polos y jerséis—. Odio estar enfadada contigo —continúa en tono meloso, depositando sus labios en el lóbulo de la oreja de Isaac, que se resiste a sentir otra cosa que no sea repugnancia por esa víbora ladina. Ella perfila su contorno con la lengua, gimiendo y mordisqueando el cuello del chico, que

se tensa, medita cómo escapar de esta situación y se esfuerza en mantener a raya su entrepierna, que, pese a todo lo que esa arpía le hace, responde enderezándose y apretándose contra la tela del calzoncillo. Pero no es a Lorie a quien desea, esa respuesta tiene más que ver con el beso que ha compartido con Nessa, interrumpido por la zorra de su madrastra que ahora vuelve a ejercer poder sobre él, coaccionado por una posible represalia. Está harto, al borde de la locura.

—No —dice apartando las manos de Lorraine—. ¡Basta! No estoy de humor. Si quieres arreglar algo, lárgate de una puta vez.

—¿Vas a empezar otra vez, cielo?
—inquiérese con la voz cargada de veneno y advertencia.

—Sí —responde encarándose a ella y aprisionando sus finas muñecas para evitar que vuelva a la carga—. Déjame en paz —dice entre dientes con la frente pegada a la de la mujer, ataviada tan solo con un conjunto de lencería que deja casi al descubierto sus definidos atributos. Isaac tiembla, con el pulso acelerado debido a la rabia que se abre paso amenazando con tomar el control de su cuerpo.

—Me estás haciendo daño — protesta Lorraine. Compone una mueca de dolor, se deshace de su agarre y

acaricia su delicada piel. Está preocupada y molesta a partes iguales.

—Tú me lo haces cada día — responde sin romper el contacto visual —. Te lo diré una vez más: ¡lárgate, joder! —exclama dándole un empujón y haciéndola trastabillar hacia atrás.

La mujer lo mira ahora entre sorprendida y aterrada, con una promesa de venganza brillando en sus ojos claros.

—No vuelvas a alzarme la voz. Nunca —responde con voz monocorde y fría antes de cerrar la puerta tras de sí.

Isaac se queda jadeante y tembloroso. Dejándose llevar por el cúmulo de sensaciones que colapsan su

mente, descarga todo su odio contra lo que le rodea, da reiteradas patadas al cajón de los calcetines y arranca de sus perchas varias camisas, chaquetas y pantalones que lanza contra la pared.

—No puedo más. No lo soporto — dice vencido por la presión. Cae al suelo arrodillado y cubre su rostro con las manos—. N-no puedo —murmura entre llantos.

De pronto, un sonido en el portátil le hace levantar la cabeza. Espera un par de minutos hasta que el temblor que se ha apoderado de su cuerpo remite. Se limpia la cara, se sienta frente al ordenador y se encuentra con un mensaje privado en Facebook.

Leo: ¿T aptc 1 crveza?

Mira el destrozo a su alrededor y contesta sin pensárselo dos veces.

I. Montalvo: Ordeno unas cosas y me apunto.

* * *

Nessa se envuelve en el albornoz y recoge su cabello en una toalla de rizo después de peinarlo con esmero.

Su madre la avisa de que la cena va a estar pronto sobre la mesa: revuelto de

setas y ajos tiernos con especias. Se le hace la boca agua solo con el olor que emana de la cocina.

Ramón está viendo un partido de fútbol en la tele, profiriendo alguna maldición cuando la jugada no concluye como a él le gustaría.

Nessa va a su habitación mientras frota el pelo para eliminar la mayor cantidad de humedad posible antes de recurrir al secador, que detesta con toda su alma, pero que debe utilizar para que su melena no se encrespe y le otorgue apariencia de loca. Se extiende una crema de maracuyá y flor de tiaré por el cuerpo. Aspira la fragancia.

Cuando está lista, se pone una

camiseta verde y un holgado pantalón de tela con topos que le regaló Úrsula la pasada Navidad. Por un momento, está tentada de quitárselo y arrojarlo en llamas por la ventana.

Su madre llama a cenar. En el último momento Nessa se acuerda del móvil, que ha estado sonando. Lo alcanza y desbloquea la pantalla.

3 llamadas perdidas.

Beca Móvil a las 20:16

Beca Móvil a las 20:19

Beca Casa a las 20:32

A la segunda le acompaña un mensaje de voz cuyo icono parpadea

intermitentemente. Desliza el dedo por la pantalla para aceptar escuchar la grabación.

Se trata de Rebeca. Suena extraña, como si le costara vocalizar. Arrastra las palabras, cuyo sonido va acompañado únicamente de lo que parece un goteo rítmico, espaciado pero incesante.

No estoy bien. Nada está bien. Te quiero. Eres mi mejor amiga. No sé qué hacer. Tengo sueño, Nessa. Mucho sueño...

Cree que el mensaje ha llegado a su fin, hasta que escucha la inconfundible

voz de la madre de Rebeca gritando al otro lado de una puerta cerrada e instándola a abrir. Ahora reconoce a la propia Beca dirigiéndose a ella:

¿Dónde estás? Me siento cansada. El vestido blanco está... rojo. Hay mucha sangre, pero no duele. Ya no. Ahora estoy mejor. Solo tengo que dormir. So-lo dor-mir...

Un ruido sordo precede al inconfundible sonido del aparato golpeando el suelo. Nada más.

Nessa, con los ojos empañados en lágrimas, mira la pantalla del móvil como si pudiese hacer algo por impedir

lo que ya ha sucedido.

Rápidamente marca el número de la casa de Beca y al cuarto tono descuelga una mujer. Es su madre.

—Soy Vanessa. ¿Qué ha pasado? ¿Está bien? ¡Por favor, responda! — exclama nerviosa y asustada, llamando la atención de sus padres que, sin previo aviso, irrumpen en la habitación para conocer el motivo de semejantes gritos.

—No. No lo está —obtiene por toda respuesta.

INCONSCIENCIA



—Mamá, tengo que ir ahora mismo. Me necesita. ¡Si tan solo hubiese cogido el maldito teléfono! —exclama Nessa, dando vueltas de un lado a otro de la habitación, descartando ropa y al borde de un ataque de histeria. Siente como si las paredes se cerniesen sobre ella.

Sus padres, a los que ha contado todo atropelladamente, se miran preocupados y la abrazan procurando que se tranquilice, pero es inconsolable.

—Por favor, m-me necesita — murmura con la voz rota por el dolor.

—De acuerdo, espera a que nos vistamos. Yo conduzco —ofrece su padre, que vuelve a rodearla con afecto.

* * *

Poco más de media hora después están apostados frente a la casa de Beca, en una de las mejores zonas residenciales de la ciudad. Ella vive con

sus padres en un pequeño adosado que hace esquina. Desde el balcón de su habitación se ven las pistas de tenis y las piscinas ubicadas en el espléndido club social perteneciente a la exclusiva urbanización. Los fines de semana por la noche incluso pueden embriagarse con el aroma de los platos que sirven en el restaurante al que acuden los socios. Nessa se percata de que tanto el monovolumen de su madre como el elegante Jaguar de su padre están aparcados en el arcén, lo que significa que o bien se han ido en ambulancia o no se han marchado. Hay una tercera posibilidad. La descarta enseguida porque le provoca una arcada. «Oh,

Beca. Por favor, por favor, sigue conmigo», dice en una especie de mensaje que lanza al universo deseando que llegue a su amiga de algún modo.

Baja del viejo Opel Kadett de su padre a toda prisa y corre hacia la pequeña verja de forja negra. Accede al jardín y llega a las escaleras bordeadas por una cenefa con motivos florales. Pisa los baldosines que emergen del césped ligeramente humedecido. Una vez frente a la puerta blanca, se decide a dar tres golpecitos, esperando que alguien le abra. Escucha varios pasos que se acercan y se retuerce las manos con impaciencia y temor. Cristina y Ramón ya la han alcanzado y esperan

detrás de ella.

Finalmente, tras lo que a Nessa se le antoja una eternidad, quitan la cerradura de seguridad y un rostro de facciones angustiadas se asoma. Es Beatriz, la madre de Rebeca. Su gesto severo ha desaparecido y solo queda una máscara de desesperación. Lleva el cabello pelirrojo recogido sobre la cabeza y la camisa de color crudo manchada de sangre.

—Hola, Beatriz. Hemos venido en cuanto nos ha informado la niña —dice Cristina dando un paso al frente y colocando ambas manos en los hombros de la mujer, que la observa completamente exhausta y con los ojos

enrojecidos—. ¿Podemos entrar?

—Por favor —responde, haciendo un gesto de invitación con la cabeza y dando media vuelta; arrastra los pies camino al amplio salón decorado con exquisitos muebles de cerezo y sofás forrados en color *beige*. Se sienta en uno de ellos y coge un cigarrillo de la cajetilla colocada sobre la mesita central de cristal, se lo lleva a los labios y lo enciende, tras varios intentos de sus manos temblorosas, con un mechero de plata que lleva grabadas sus iniciales—. Gracias por venir.

—Por Dios, Beatriz, ni se dan. Estamos aquí para ayudar. —Es la madre de Nessa quien habla,

transmitiendo esa serenidad que todos necesitan. Es una de las virtudes que la convierten en una magnífica enfermera.

—Estaba todo lleno de sangre — espeta alzando la cabeza y mirándola directamente con el rostro contrito—. Su precioso vestido teñido de rojo, ¡por todos los santos, apenas respiraba! — añade antes de echarse a llorar.

Se deja abrazar por Cristina, que la consuela en la medida de lo posible y permite que se explaye contando lo sucedido al ritmo adecuado, sin presión de ningún tipo. Dirige a Nessa una mirada de advertencia y se lleva un dedo a la boca rogando silencio.

—¿Puedo hacer algo? ¿Necesitáis

alguna cosa? —Toma la mano de Beatriz entre las tuyas.

—No, de verdad. Fernando ya se ha ocupado —responde—. Ahora está junto a ella en la cama. Todavía no puedo creérmelo —dice dando una honda calada a su pitillo.

—Es un gran médico, pero ¿no deberíais trasladarla?

—Ella ha suplicado que no la lleváramos. ¿Qué podíamos hacer? Su padre se ha ocupado. Estará bien, estaremos bien.

—Entiendo —responde tomando aire—. Aun así, sería bueno para todos que, al menos, visitara a un especialista cuando esté mejor, ¿no te parece?

La madre de Beca asiente con la cabeza y se lleva ambas manos a la cara. Solloza y deja caer la ceniza al suelo de tarima.

Nessa, aprovechando la coyuntura, da unos pasos en dirección a la escalera. Una vez alcanzada, sube hasta el segundo piso. Al llegar arriba, gira a la izquierda y se para a la altura del dormitorio, que tiene la puerta entreabierta. Al otro lado escucha unos débiles sollozos que se entremezclan con gemidos. Atraviesa el umbral y se encuentra de frente con el padre de su amiga. Está sentado en una silla de respaldo rígido junto a la cama de Beca. Ella está tumbada, en un estado entre la

vigilia y el sueño, cubierta por un edredón de plumas hasta la cintura. Sus brazos permanecen extendidos a ambos lados del cuerpo y alrededor de sus muñecas tiene sendas vendas. Un camisón azul cielo con florecillas amarillas se agita cuando Beca se intenta dar la vuelta. Es retenida por su padre, que le susurra palabras tranquilizadoras al oído.

—Debes descansar, mi vida, estás agotada. Shh, shh —le dice pasando un paño humedecido por su frente. Es consciente en ese momento de la presencia de Nessa, que hace crujir un tablón del suelo bajo sus zapatillas Converse.

—Perdón. No quería molestar —se disculpa imitando el tono de voz y recibiendo como respuesta una amable sonrisa del señor Galván. Es un hombre de unos cuarenta años, de metro ochenta de estatura y pelo rizado oscuro y vetado de canas, al igual que la barba perfectamente recortada que cubre su marcado mentón.

—No es nada, Vanessa. Adelante, le gustará escuchar tu voz. Pero sé breve, ¿quieres? Necesita dormir. —Le da un fugaz apretón en el hombro y las deja a solas.

Nessa se sienta donde segundos antes estaba Fernando. El rastro del *after shave* se mezcla con el férreo olor

de la sangre.

Mira a su amiga y da gracias porque el padre de esta sea un reputado cirujano, si no seguramente a estas horas estaría acudiendo a un tanatorio en lugar de estar ahí frente a Rebeca. Tiene los ojos cerrados, aunque de cuando en cuando agita los párpados como si quisiera abrirlos. Los dedos de su mano izquierda se mueven y Nessa los acaricia con ternura.

—Siento no haber contestado al teléfono. ¿Por qué lo has hecho? —Se lleva las manos a la cara, superada por la situación.

—No es tu culpa —responde con un hilillo de voz, clavando sus ojos

verdes en ella y elevando la comisura de los labios—. Me alegra verte, Nessa.

—Qué susto nos has dado, Beca. Si te... Mira, si te mueres te mato —dice enjugándose las lágrimas e intentando sonar más informal. La sonrisa se intensifica en la cara de su amiga, que extiende una mano hacia ella.

—Ya me siento mejor. Todo está mejor. Necesitaba silencio, solo eso — responde mirando hacia el techo.

—Esta no es la solución, no puedes jugártela de esta forma —le reprende con voz suave y acariciando sus mejillas.

—No podía más. Mi madre me estaba agobiando. N-no quiero irme,

pero tampoco quedarme y tener que aguantar la presión a la que me somete. Es demasiado —confiesa, cerrando los ojos anegados en lágrimas y estrechando los dedos de su amiga.

El crujido de la madera al otro lado de la puerta delata una presencia. El pomo gira y el rostro de Beatriz aparece, aunque solo Nessa se percata. Ha escuchado la conversación. Abre la boca como para decir algo. Finalmente, baja la cabeza y vuelve a cerrar con tiento, quedándose al margen.

—Te quiere, igual no como debiera, pero está preocupada por ti. Solo tenéis que hablar. La he visto allí abajo y... sin ti no es nada, Rebeca.

Nada.

—No escucha, mis deseos son tomados por caprichos. Y no dialoga, simplemente ordena —dice, y gira la cabeza hacia la ventana cerrada a cal y canto, en la que la primavera pasada la señora Galván mandó instalar unas rejas de forja negra ornamentadas con golondrinas. Así se siente Rebeca: como un ave enjaulada muriendo lentamente entre los barrotes de su prisión—. Y tampoco me protege, solo me aísla del mundo exterior, de mis amigos; de todo lo que considera prescindible.

—¿Y tu padre? —Nessa se sienta ahora en un lado de la cama.

—Trabaja demasiado y cuando está

en casa es como si decidiese no ver aquello que le incomoda. Y que mi madre esté obsesionada con controlar mis movimientos y dirigirme como a un títere no es precisamente un tema relajante, ¿no te parece? —responde con la voz llena de ironía, que rebosa en una corta y triste carcajada.

—Pero te quiere. Los dos lo hacen, a su manera..., extraña quizá.

—Hay amores que matan — replica, alzando las muñecas y mostrando los vendajes. Sus ojos verdes han perdido el brillo, la luz; como si la vida se hubiese extinguido en ellos, algo que ha estado a punto de suceder. El pensamiento que cruza su mente le

produce un escalofrío.

—Hemos estado a punto de perderte, Beca. ¿Eres consciente?

Dicho esto, Nessa se acurruca a su lado y le acaricia el brazo esperando que se tranquilice y caiga de nuevo dormida. Debe descansar.

—Lo sé. Y yo quiero vivir —dice ahora, arrastrando nuevamente las palabras a escasos segundos de caer en brazos de Morfeo—, pero esto no es vida —añade antes de cerrar los párpados y comenzar a respirar acompasadamente.

Nessa se mantiene en la misma posición hasta que alguien llama a la puerta, y se incorpora a la par que besa

la frente de su amiga inconsciente.

Sale al pasillo y se encuentra con Beatriz. Fuma otro cigarrillo. El carmín de sus labios está ligeramente emborronado y la máscara de pestañas ha sido arrastrada por las lágrimas. Tiene el aspecto de una persona desquiciada y desvalida.

—¿Qué puedo hacer? La he intentado proteger de todo y no he hecho más que empujarla al abismo. Dime, eres su mejor amiga; por alguna razón tu presencia la aplaca, ¿qué puedo hacer, Vanessa? —Crispada y desesperada a partes iguales, aferra los hombros de la muchacha.

—Sinceramente, creo que está tan

obsesionada con crear una mejor versión de usted, de darle lo que usted nunca tuvo..., que ha pasado por alto lo que ella desea y necesita. Solo quiere que la abrace, la bese y la comprenda. Pide a gritos que escuche sus propuestas y acepte sus decisiones, que le permita labrar su camino, eso es todo — responde antes de dirigirse a las escaleras.

—Todo ha sido por su bien. Solo pretendía darle la mejor educación, alejarla de las malas compañías; ejercer de madre.

—Creo que ha olvidado dónde está el límite —replica volviéndose sin apartar la mano de la barandilla—. Y

perdone mi atrevimiento: rebasarlo no las ayudará a ninguna de las dos.

—Seguro que tus padres también te controlan. ¡Es nuestro deber, maldita sea! —exclama enajenada.

—Ellos me aconsejan, me enseñan lo aprendido y ponen a mi disposición sus oídos para que hable y sus hombros para que llore, aunque dejan que me equivoque, que trace mi senda. No hay otra forma de hacerlo: vivir conlleva equivocarse, y cada tropiezo nos ayuda a aprender, a mejorar. Eso es lo que me enseñan mis padres, Beatriz. —Acto seguido, desciende hasta el primer piso y se reúne con Cristina y Ramón, que están en el salón compartiendo unas

infusiones con el señor Galván.

* * *

Isaac ha acudido a un bar de la periferia que Leo le ha indicado por WhatsApp. Una vez entra en el local, cuyas mesas están ocupadas por jóvenes que apuran las últimas jarras del fin de semana, mira en derredor y ve a su amigo sentado al fondo. Este le saluda con un silbido, haciendo que dos chicas se vuelvan hacia él y rían por lo bajo. Es un chico atractivo, con las facciones marcadas, unos penetrantes ojos negros y el pelo rapado. Responde con una

media sonrisa que a las mujeres, y a muchos hombres, les resulta irresistible gracias a sus carnosos labios. Un arito color azul se ajusta al inferior, y la luz del techo le arranca un destello.

—¡Eh!, ¿has empezado sin mí? — dice señalando con la cabeza el botellín que sostiene entre sus manos.

—Sí, pero hoy voy de tranqui — responde girando el vidrio y dejando a la vista la etiqueta 0,0.

—Vas mejorando, Leo —le felicita dándole una palmada en la espalda antes de sentarse frente a él e indicar al camarero con un gesto que le traiga lo mismo.

Pasan el rato recordando

aventuras del centro, momentos divertidos que atesoran. No todo era terrible ahí dentro; de hecho, Héctor solo es un borrón en el historial de anécdotas. Recuerdan cuando Isaac regresó con el título de 4.º de la ESO, poco antes de volver a casa, y se encontró el «We are the champions» sonando por los altavoces y una tarjeta manuscrita que decía: «Al final, a la segunda va la vencida». Brindaron por la victoria con un par de cervezas que Leo logró colar con mucha maña y poco esfuerzo. Montalvo repitió el último curso de secundaria tras el divorcio de sus padres y continuó las clases bajo la tutela del centro de menores. Eso les

recuerda el día que su compañero Miguel hizo las maletas y como despedida y colofón final metió un par de plátanos en el tubo de escape del destartalado Opel Corsa verde de uno de los orientadores. El cabreo de este al ver su preciado vehículo escupiendo un humo negro e impregnado de olor dulzón fue monumental, aunque se rieron a pleno pulmón. Y otra ocasión en la que un chico «contaminó» el menú del día y todos terminaron comiendo pizza cuatro estaciones. O aquella vez en la que, durante una salida, los dos se escabulleron y con algo de dinero que tenía Leo escondido se tomaron una copa de tres bolas de helado con sirope

de chocolate y nata. Por la noche se saltaron la cena.

—No diré que fueron buenos tiempos, pero no resultaron tan horribles, supongo —confiesa Isaac esbozando una sonrisa.

—Lo pasábamos bien dentro de lo que cabe, tío.

—Tú ahora ya no respondes ante nadie, no sabes lo genial que suena eso.

—Cierto, soy mayor de edad desde hace ya dos semanas y tres días, ¡por fin! —responde Leo alzando su cerveza.

—Brindo por eso —dice Isaac entrechocando sus botellines.

—Joder, sí.

—Oye, ¿y ahora dónde te quedas,

Leo?

—Fran, el orientador del centro, me deja un apartamento que tiene cerca de aquí. Es un buen tío. Estoy currando para pagarle un alquiler. En cuanto consiga algo estable..., no sé, ya veré qué haré entonces. No me como la cabeza. Ya tuve suficiente...

—Ya... Haces bien. Me alegra saber que has dejado todo eso atrás.

—Es historia antigua. Mi padrastro era un cabrón y mi madre lo eligió. Entré en el centro, el Estado se hizo con mi tutela hasta que alcancé los benditos dieciocho y ahora todo eso es pasado. ¡Bum!

—Eso es lo que importa. Ya sabes

que puedes contar conmigo.

—Y tú. Si te dan mucho el coñazo, vente a pasar unos días. ¡Va, no nos pongamos moñas!

Ambos se ríen bebiendo nuevamente sus cervezas.

—Pero, dime, ¿qué te pasa además de la mierda habitual? Ya sé que te llevas como el culo con la mujer de tu padre, aunque está para comérsela.

—Sí, para ser devorada por una jauría de lobos, más bien —dice con ironía, dejando que las refrescantes burbujas bajen por su garganta.

—¿Tan cabrona es? —Se acomoda en el sillón tapizado de azul y cruza los brazos detrás de la nuca.

—Tanto como buenorra, Leo. Calcula. —Isaac se estira en su asiento, alza una ceja y espera la réplica de su amigo, que no tarda en llegar.

Él tamborilea con el dedo índice en su barbilla y frunce el ceño.

—Entonces debe de ser la duquesa de las perras —dice poniéndose en pie—, la condesa de las hienas, ¡la reina de las zorras! —exclama con una voz cargada de teatralidad, dando más fuerza a la última palabra al golpear la mesa con el botellín ya vacío.

—La presidenta del Comité de Brujas. Sí, y nos quedamos cortos.

Ambos prorrumpen en sonoras carcajadas.

Durante momentos como estos Isaac se siente libre. Tras el divorcio de sus padres, y antes de su entrada al centro de menores, no fue la mejor versión de sí mismo: bebía demasiado, apenas aparecía por el instituto y descargaba su ira en forma de palabras hirientes, pero nunca fue un mal chico. Su paso por ese sitio le ha curtido, convirtiéndolo en quien es ahora: alguien distinto, mejor. Por desgracia, sigue pensando que los errores de su pasado afectan a su presente y condenan cualquier posibilidad de un futuro mejor. Lorraine utiliza ese temor en su contra para mantenerlo sumiso y callado. Pero ya no aguanta más, no lo

soporta, y ese rescoldo de confianza que ha comenzado a germinar va ganando terreno, desplazando en su ascenso al temor y las dudas.

—¿Y dime, Isaac, cómo se vence a una zorra de ese calibre? —pregunta Leo inclinándose hacia delante sobre la mesa.

—Tendiéndole una trampa — responde elevando la comisura de los labios y con un brillo de satisfacción en sus iris turquesa.

UN NUEVO DÍA



Nessa ha perdido la cuenta de cuántas horas lleva escribiendo en el cuaderno de notas del iPad, y ahora, a escasos minutos de que suene el despertador, comienza una entrada en su blog.

Buenos días (¿madrugadas?),
lectores:

Me he pasado la noche en vela, pero sin llama (ja, ja. Lo sé, qué chispa; de mayor, mechero↯↯), de ahí que lo que comparto en este post seguramente carezca de significado. Soy como el Sombrerero Loco de after party en estos momentos. ¿La causa de mis desvelos? Debería decir «las causas», ya que son varias. La principal es un terrible acontecimiento, un suceso acaecido a alguien importante en mi vida, una persona a la que quiero y por la que quizá no he estado todo lo que debiera. Nunca me he considerado una persona egoísta, aunque últimamente he actuado como tal. Veía las

señales de alarma, miradas y acciones que delataban su inestabilidad, escuchaba esa débil vocecilla que me susurraba: «Cuidado, algo no va bien. No está bien». Decidí ignorarla, ahogándome en mi propia autocompasión. ¿El resultado? Toqué fondo y, cuando intenté emerger para prestar mi ayuda, era demasiado tarde. Bueno, quizá quede una esperanza y no todo esté perdido. Ahora puedo ayudarla a salir del pozo y, de paso, en el ascenso, soltar el lastre que me arrastra al fondo; volver a empezar.



 Mi segundo problema es que he pasado un fin de semana, ¿cómo decirlo?, de muerte, y no en el mejor sentido de la palabra, precisamente, sino en uno casi

literal... No todo ha sido terrible, mi caballero de brillante armadura vino cabalgando a lomos del manto nocturno trayendo como ofrenda un millar de estrellas sobre su cabeza y una sonrisa de esas que cortan la respiración. ¿Demasiado empalagosa? Puede. ¡Perdonadme, no soy yo, es la falta de sueño!

Corramos un tupido velo. Ahora estoy bien (o todo lo «bien» que uno puede estar cuando se duerme dos horas). He aprovechado parte de la noche para avanzar en mi lectura actual, y os diré una cosa: todo se ve muy distinto sin pegar apenas ojo. En definitiva, me estoy volviendo loca. Creo que en cuanto llegue

a casa me voy a pegar una buena siesta. Perdonad si no reviso los comentarios: o reposo o acabo el primer trimestre con camisa de fuerza y cantando en una habitación de paredes acolchadas, y lo peor de todo, ¡sin internet!



Se despide vuestra narradora (más o
menos) habitual,

DaRk GoThEsS

En cuanto termina, ahora que se siente inspirada, cierra el blog y comienza a preparar su reseña contando lo que hasta la fecha le ha transmitido ese libro, con tan mala suerte que el minuterero del reloj alcanza su cénit y el despertador del demonio avisa de que es hora de levantarse.

Lo apaga intentando no estamparlo contra la pared, algo que en el fondo siempre desea hacer. Se pone en pie estirándose escandalosamente y se encamina al cuarto de baño. Abre el grifo e intenta hallar una temperatura a medio camino entre Mordor e Invernalía. Cuando lo consigue, se mete debajo y permite que el agua templada

obre su magia.

Al salir, se siente mejor: revitalizada, incluso algo excitada, y no en el sentido sexual de la palabra. Un nuevo lunes, otra semana para hacer las cosas mejor, enmendar los errores y mirar al futuro con un rostro en el que no hay lugar para las ojeras, que cubre con una ligera base de *anti-cernes* y maquillaje, remarcando su mirada con perfilador negro y máscara de pestañas.

Se pone unas mallas oscuras con estampado de tibias y calaveras en tonos grises moteadas de rosas rojas, y las acompaña con una camiseta negra en la que puede leerse: «Ah, ¿pero sabes leer?». En el último momento, se mira al

espejo y tuerce el gesto. «No creo que ese mensaje sea el más propicio para estar en paz con el universo», piensa. La cambia por otra que simula la bandera pirata y que le trajeron unos amigos de sus padres tras su luna de miel en Disneyland París. Ella hizo de las suyas: cortó más las mangas, el dobladillo, y la rasgó; después cosió tela roja debajo de los agujeros.

Una vez termina, se enfunda sus Converse escarlata customizadas, enhebra los cordones negros con esqueletos de Hello Kitty (cortesía de una amiga bloguera dedicada a la moda) y, para rematar el conjunto, el pendiente que Úrsula le tiró con reproche. Solo

uno. En la oreja izquierda. Es como una declaración de intenciones.

Va a la cocina a desayunar. Cristina tiene turno de tarde, por lo que está preparando el café para su marido, con el que por fin coincide en horarios: el Departamento de Recursos Humanos de la fábrica ha efectuado unos cambios que les van que ni pintados.

Ramón está frente a un plato con tostadas, escogiendo su víctima para untarla con margarina y mermelada de naranja, su favorita.

—Hola, cariño, ¿has descansado?
—pregunta su madre con gesto inquisitivo.

—Más o menos —responde

dándole un bocado al último bollito de crema que esperaba en un plato su llegada.

—Me gusta tu reinterpretación de *Piratas del Caribe*. Muy... tú — observa su padre echando un vistazo a la camiseta—. Tus ojos están a caballo entre los del capitán Espárrago ese y un mapache —espeta aguantando una carcajada.

—¡Papá!, es Sparrow —le responde con la boca abierta y cruzando los brazos sobre el pecho—. ¿Y... un mapache, en serio? —pregunta arqueando una ceja.

—Sparrow. Perdona, señorita sabelotodo. Y una mapache preciosa, he

de matizar.

—Gracias —canturrea Nessa antes de ponerse un vaso de zumo y bebérselo de un solo trago—. Por todo —añade mirándolos con intensidad antes de darse la vuelta.

—De nada, hija. ¿Verás hoy a Isaac? Dale recuerdos de mi parte —dice su padre, ajeno a la última conversación que mantuvieron.

Cristina se apresura a colocarse en medio, sirve el café con leche y le advierte con la mirada de que no siga por ahí.

—Bueno, ¿seguro que te encuentras bien? Ya sabes que puedes quedarte si quieres —comenta su madre pasando

una mano por la frente de Nessa, que la mira extrañada.

—Sí a lo primero y no a lo segundo. Tengo que ir. Quiero hacerlo —responde, colgándose la mochila al hombro y apoyando su mano en el marco de la puerta de la cocina.

—Entonces, aprende mucho — replica Ramón esbozando una sincera sonrisa.

—Y vosotros pasadlo bien —les dice encaminándose hacia la salida—. ¡Pero nada de hermanitos! —exclama con burla antes de salir al rellano.

* * *

Isaac se despierta antes de la hora habitual. Ha dormido intermitentemente, pues era arrancado del mundo onírico cada dos o tres horas con la ansiedad oprimiendo su pecho y el sudor perlado su torso desnudo. ¿Y si Lorraine toma represalias? ¿Y si dice algo que realmente lo devuelve al exilio? Esas y otras preguntas han obtenido respuestas en sus pesadillas, tan vívidas como terroríficas: él regresando al centro de menores, encerrado en una minúscula celda más propia de las cárceles de cine americano, y con un único compañero: Héctor. Durante unos instantes ha revivido el dolor de la hoja de ese

maníaco marcando su carne con saña.

Abre los ojos y suelta el aire al darse cuenta de que no son más que sueños, imaginaciones y retazos de recuerdos que le gustaría borrar y no puede. Pasea los dedos de su mano por la cicatriz en forma de trece que deforma su antebrazo derecho. Un par de sesiones de láser han mitigado la marca, aunque todavía le quedan bastantes para desdibujarla por completo.

Se viste con unos pantalones vaqueros oscuros, una camiseta marrón chocolate con letras azules y una camisa abierta vaquera de manga larga que cubre su vergüenza. Va a hacer buen día. El sol asciende en el horizonte y una

brisa agradable entra por la ventana removiendo su cabello castaño claro. Se calza unas deportivas y recoge un par de cosas en su mochila; detesta dejarlo todo en la taquilla.

Salte de su habitación con cuidado para no despertar a la bestia dormida y recorre los metros que lo separan de la salida. El suelo de parqué cruje en un tramo bajo sus pies, por lo que se para en seco y reza para que Lorraine continúe bajo los efectos de los sedantes que engulle como *snacks* junto a sus copas de whisky. Al no escuchar ruido alguno, alcanza la llave tarjeta y se marcha, tras cerrar con el mismo tiento que ha abierto.

El día anterior estuvo bastante rato hablando con Leo. Su amigo le hizo entrar en razón: un enfrentamiento no les ayudará ni a él ni a Nessa, por lo que hace de tripas corazón y reprime las ganas de partirle la cara a Lorca en cuanto lo ve a lo lejos montado en su moto, aparcada frente al edificio. Viste una desgastada chaqueta de piel negra y unos pantalones igualmente envejecidos. Está apurando un cigarrillo y atrae hacia sí a Úrsula, que por el escaso atuendo que viste diría que piensa acudir a una *rave* en lugar de a clase. Ambos se funden en un beso de alto voltaje. Una de las manos del chico asciende por la cintura de la rubia y se introduce bajo su

top fucsia mientras la otra desciende por la minúscula falda vaquera y acaricia sus muslos. Él le susurra algo al oído. Ella niega con la cabeza y se vuelve hacia la entrada una vez que suena el primer timbre. Lorca no la suelta; al contrario, de un movimiento vuelve a colocarla a su lado, mirándola con lujuria. Úrsula se planta y eleva la barbilla articulando un clarísimo «ahora no» que no puede escuchar, aunque sí leer en los labios maquillados de rosa de la muchacha. Llega a su altura e intercambia una significativa mirada con su rival, que lo observa con esos ojos oscuros como boca de lobo en los que ve una amenaza implícita.

Se obliga a sí mismo a mirar al frente y apretar ambos puños a los lados, para evitar que estos impacten contra la cara de ese desgraciado.

—¿Qué pasa, Montalvo? ¿Has tenido un mal fin de semana? —inquire con una media sonrisa retadora en el rostro.

Él da la vuelta y se encara a su oponente, que arroja la colilla y la aplasta con la pesada bota de cuero antes de besar a su novia y darle una palmada en el trasero.

—Tira. Nos vemos luego, preciosa —le dice indicándole que entre en el instituto.

Al pasar junto a Isaac, ella le

dirige una mirada interrogante.

—¿Tienes algún problema? Porque si se te han agotado, quizá yo pueda darte alguno más. ¿Qué, ya pasas de las sudaderas cutres y los callejones? —le dice a modo de provocación. Eleva la barbilla y sonríe con suficiencia al recordar el resultado de su breve pelea, cuando él y Marcos lo abordaron por la calle—. ¿Llevaste a tu amigo al hospital? No pintaba muy bien lo de esa pierna, ¿no?

—Sí, ¿y a que no sabes qué vimos ahí? ¡A una zorra gótica puesta hasta las cejas! Joder, cómo se las gasta, tío —exclama con sorna y haciendo aspavientos—. Patético, ¿verdad?

Algunos rezagados comienzan a arremolinarse a su alrededor, intercambiando apuestas sobre el desenlace de la discusión.

—¡Serás...!

Justo en ese momento, Vanessa se coloca frente a Isaac para frenar el puño que iba derecho a la mandíbula de Lorca. Al tenerlo entre sus manos, se percata de las feas marcas que recorren los nudillos, cubiertos de costras recientes. Instintivamente se los lleva a los labios y los besa con devoción. «Pero ¿qué coño haces?», grita una vocecilla en su interior.

—No —le susurra mirándolo a los ojos, avergonzada todavía por su

repentina espantada—. Déjalo.

Lorca estalla en carcajadas y señala a Nessa con mofa. Ahora lo sabe: él es el culpable de lo sucedido en la fiesta.

Lejos de achantarse, Lorca vuelve a dar un paso al frente y es entonces cuando Nessa lo frena colocando una mano firme en su pecho. El contacto le quema como si de un hierro al rojo vivo se tratara. Baja la vista, apartándose y concentrándose en su propia respiración, luchando por contener un grito de rabia.

—¿Qué pasa, no tuviste suficiente con la última vez? Lo siento, tía, no eres como para repetir —añade con

crueldad, pasando la lengua por unos dientes que a la chica se le antojan como los de un animal salvaje.

Isaac dirige a Lorca una mirada envenenada y tensa su cuerpo, dispuesto a desatar toda la rabia contenida contra ese desgraciado.

—Hijo de la gran puta.

Nessa hace acopio de fuerzas e ignora las provocaciones. Coge el rostro de Isaac con firmeza y delicadeza al mismo tiempo.

—Escucha, pasa de él. Te está provocando, quiere que saltes y meterte en problemas. No le des el gusto —le dice apaciguante y acariciando con su dedo pulgar la mejilla acalorada del

chico, que respira aceleradamente.

—¿Qué vas a hacer, gilipollas? —
le instiga Lorca, que se envara y hace
crujir el cuello y los nudillos, sonriendo
ante la perspectiva de un enfrentamiento
—. ¿Dar la cara por esta tía? Créeme,
no vale ni lo que llevo en el bolsillo.

Nessa se abraza a sí misma
poniendo todo su empeño en mantener a
raya sus emociones y ese dique de
contención que se desmorona por
momentos. «Aguanta, un poco más. No
llores. No le permitas verte caer», se
repite inspirando y espirando, intentando
aliviar la opresión en el pecho.

Isaac frunce los labios, libra una
batalla interna entre orgullo y

raciocinio. Está a punto de vencer el primero cuando una figura se coloca en su trayectoria visual: Ricardo Alsina.

—Yo les diré lo que va a hacer. Va a ir al aula que le corresponde, como todos. ¡Ahora! Y no permito ese lenguaje en mi centro, ¿queda claro?! —exclama con rictus severo mirándolos de hito en hito.

Coloca la mano en el hombro de Isaac y le dice:

—Recuerde su historial y la oportunidad que le estamos dando.

—Sí, señor, tiene usted razón — responde entre dientes, y mira de soslayo a Nessa.

—Vamos, acompañeme al

despacho unos minutos —le insta señalando la entrada en un gesto que recuerda de inmediato a los caballeros de principios del siglo XX—. Señorita, por favor, vaya a clase inmediatamente. Lo mismo va por usted, Lorca. Que no tenga que repetírselo.

Nessa articula las palabras «luego hablamos» y sigue las indicaciones del profesor.

Ambos recorren el pasillo atestado de estudiantes, muchos de los cuales están frente a sus respectivas taquillas cargando los libros, cuadernos y útiles de las primeras horas.

Una vez llegan al despacho, don Ricardo toma asiento tras su escritorio.

—Usted dirá. —Isaac se prepara para lo que está por venir. Una llamada de atención, una bronca monumental o la expulsión; en orden de mejor a peor. Aunque no recuerda haber vuelto a perder los papeles.

—Estoy al tanto de todo, señor Montalvo —dice sin romper el contacto visual y echándose un poco hacia delante.

—Ah, ¿sí? —pregunta no sin cierto escepticismo.

—Por supuesto. Es por Vanessa. —Durante unos instantes, Isaac cree de veras que el buen director sabe de qué está hablando, justo hasta el momento en el que esboza una sonrisa cómplice—.

Es una jovencita realmente interesante. He tenido su edad y también me sentía atraído por chicas como ella.

—Acláreme una cosa: ¿cuáles son las chicas como ella, señor? —Eleva la comisura de los labios.

—Ya sabe: rebeldes, enigmáticas, inescrutables; casi inalcanzables. — Siente admitirlo: la descripción casa con la imagen que tiene de la Barbie Gótica—. Es fantástico que encuentre en ella una amiga, una confidente, pero no debe volver a las andadas. Pelearse no hará que se sienta más atraída por usted.

—Creo que se equivoca. Yo no...

—No, es usted el confundido, muchacho —le interrumpe alzando la

mano—. Por mucho que aparente ser fría como el acero e imperturbable como una roca, es sensible. Todo lo que ve es una pose, una máscara. Ni Vanessa desea que se enfrente a ese chico ni lo necesita. Si quiere conquistarla, desnude su alma..., no sus nudillos, ni su cuerpo.

Pese a que la conversación gira por derroteros equivocados, lo que está claro es que Isaac siente admiración por ese hombre que, salvo por ciertas confusiones, sabe calar a sus alumnos, ver más allá de los informes académicos y las apariencias; tiene la capacidad de ahondar en la persona tras la fachada.

—Sí, señor, en eso le doy toda la razón. No es lo que parece.

—Ni usted lo que cuentan, lo supe en cuanto le vi —responde el director sonriendo con amabilidad—. Aunque todavía tiene que demostrarlo. Cambiando de conversación, la señora Núñez me comentó que la ayudaron mucho. «Ambos» —matiza carraspeando—. Ese no era el acuerdo, Isaac.

—Lo sé y lo siento. Ella se ofreció voluntaria.

—Solo estaba bromeando. No se equivoque: de puertas para afuera de este despacho soy una figura autoritaria, alguien que no dudará ni por un segundo en aplicar las normas si se salta las reglas impuestas —replica con gesto

severo, para relajarlo acto seguido—, pero dentro de este cuarto puedes considerarme como un aliado, Isaac. Si ocurre algo que deba saber, si suceden cosas en las que pueda intervenir, por favor, no dudes en acudir a mí, ¿de acuerdo? —se ofrece tendiéndole la mano.

—Perfecto. Muchas gracias, señor —responde estrechando su mano con firmeza.

—Ricardo, puedes llamarme Ricardo. ¡Eso sí!, como hemos hablado...

—Dentro de este despacho, me ha quedado claro —termina la frase sonriendo sinceramente, visiblemente

aliviado y sopesando la posibilidad de contar lo sucedido en la fiesta del viernes noche.

—Bueno, pues aclarado este punto, puede retomar su horario. El conocimiento le espera, vamos —le insta poniéndose en pie.

—Ricardo, ¿podría ayudar también esta semana en la biblioteca?

—No esperaba menos de ti — responde abriendo la puerta y sonriendo con cierto orgullo—. Recuerda: no vale la pena. Mantén los puños tranquilos, la lengua menos afilada, la mente en los libros y todo irá bien, Isaac —le aconseja antes de cerrar la puerta y dirigirse nuevamente a su escritorio.

«Lo intentaré, juro que lo intentaré», dice para sí mismo andando a paso vivo de camino al aula.

TEMORES FUNDADOS



Isaac rememora la pelea y se recrea en el tacto de los labios de Nessa en la piel de sus manos; la sensación ha quedado registrada en su cerebro. Ha sido un gesto tan dulce como inesperado. Deseaba rodearla con sus brazos y alejarla de las miradas críticas

de sus compañeros de instituto, esos que parecen alimentarse de especulaciones y crueles cotilleos. La insinuación de Lorca reverbera en su cabeza y el recuerdo del rostro compungido de la muchacha al escuchar sus hirientes palabras le provoca una punzada. «¿Por qué, Nessa?» Se martiriza al imaginársela en la intimidad con ese indeseable. Siente un estremecimiento solo de pensar en ambos compartiendo besos y confidencias.

Sus elucubraciones son interrumpidas por el sonido del WhatsApp en su móvil. Mira la pantalla. Es Lorraine. Está tentado de arrojar el teléfono contra el suelo todavía

humedecido. El conserje blande una fregona y le advierte con la mirada. Él asiente, evita las zonas resbaladizas y lee lo que la zorra de su madrastra tiene que decirle.

Bruja: Te perdonaré el comportamiento de ayer. Instituto nuevo, vida nueva; soy comprensiva y sé que estás algo descolocado con tanto cambio. Pero o te comportas como es debido y me obedeces o me plantearé seriamente el hablar con tu padre; también sobre esas nuevas amistades tuyas que en nada me complacen... Y tú no quieres eso, ninguno lo queremos.

Isaac se cabrea. Lorraine sabe perfectamente que un simple desliz por escrito podría desacreditarla, por eso pone especial interés en escribir con corrección y segundas, en lugar de decir lo que sabe que el destinatario leerá entre líneas: o sigue cediendo a sus voluntades o terminará con él. Incluso ha osado amenazar a Nessa.

No responde al WhatsApp e, intentando dejar atrás ese episodio durante unas horas, se concentra en las explicaciones de sus profesores. No quiere suspender el curso. Debe aprobar con la mejor nota posible; demostrar a quienes le juzgan que se equivocan con él, y al director que ha acertado al

ponerse de su lado, poco concurrido últimamente.

* * *

Nessa ha seguido las instrucciones del director acudiendo al aula correspondiente y tomando asiento en la última fila, lo más alejada posible de las críticas miradas del resto de la clase. Las palabras vertidas por Lorca con frialdad son como espinas clavadas en lo más hondo. Lamenta que Isaac haya escuchado una realidad que pretendía mantener oculta. «¿Qué pensará de mí?», se pregunta con inseguridad, y eso que

hasta la fecha lo que los demás opinaran de ella no le importaba lo más mínimo. Se consideraba con personalidad suficiente para obviar los juicios de valor de cuantos la rodeaban. El móvil vibrando en su bolsillo la sobresalta.

Beca: No me marchó a Dublín :)
Creo que mi madre ha visto la luz y gracias a ti he salido de la oscuridad. TQM, Ness.

Nessa: ¡Cómo me alegro, Beca! ¿Nos veremos hoy en el insti?

Beca: No tengo muchas ganas de explicar lo de las muñecas, ni estoy preparada para ello. Además, tengo loquero.

Nessa: Seguro que te ayuda, ¡estoy

orgullosa de ti!

Beca: A todos, eso espero. Vamos a ir también a una terapia familiar. Suena americano, ¿eh?

Nessa: ¡Suerte con eso! Ya me cuentas. Te llamo esta tarde. Muaks.

Beca: Aprende muchoooo, Nessi.

Sonríe. Las cosas comienzan a mejorar. Ya era hora de que los padres de Rebeca vieran a su hija como lo que es, una chica inteligente y maravillosa a la que estaban asfixiando. Por fin van a tenderle la mano en vez de tirar de la soga que tenía al cuello. Se siente feliz y en parte orgullosa por haber tenido agallas de decirle cuatro verdades a

Beatriz y quitarle ese velo que le impedía ver el daño que, sin querer, estaba causando a su hija, esa maravillosa chica a la que tanto adora, la pelirroja de radiante sonrisa y vivaces ojos verdes; su mejor amiga, a la que espera ver muy pronto feliz de nuevo.

La hora en la que comparte aula con Úrsula deja a un lado el orgullo y se refugia en la enfermería, esperando a que pase el temporal. Sabe que tarde o temprano volverán a cruzarse, aunque en estos momentos no está preparada para una nueva tanda de insultos; su ironía pasa por horas bajas. Ojalá pudiera invocar a Dark Gothess y actuar como

ella las veinticuatro horas del día.

Cuando el peligro ha pasado, recobra la compostura y se marcha, llevándose de regalo unas muestras de tampones y otras de enjuague bucal; los privilegios de caer bien a Mari Carmen, la pizpireta enfermera que ha sido consciente enseguida de que el motivo de sus males es psicológico y no físico. En más de una ocasión, treinta minutos en la camilla resultan la mejor terapia para esos chicos en plena efervescencia hormonal.

Nessa coge aire: toca el segundo asalto, al que sí acude. En «el otro extremo del cuadrilátero» está Isaac, que se sienta un pupitre delante de ella.

Cree que no podrá volver a mirarlo a la cara.

Nessa no sabe cómo actuar ni qué sentir. Por un lado, él la ha defendido ante Lorca, lo que la lleva a realizarse una pregunta: ¿cómo supo lo sucedido el viernes? Porque está claro que la pulla iba por ella, eso sin pasar por alto la sonada revelación de Lorca, que no la deja precisamente en buen lugar. «Se lleva de calle a las tías, sí, a las que tienen el mismo coeficiente cerebral que él: cero», eso es lo que dijo de las chicas que salen con capullos como ese.

Odia la tensión reinante, le resulta incómoda, incluso dolorosa. Esta se incrementa cuando nota la mano del

chico en su espalda y escucha como chista para llamar su atención. Nessa hace acopio de fuerzas y se da media vuelta cuando el profesor se vuelve hacia la pizarra.

—Lo siento —murmura Isaac pasándose los dedos por su cabello.

—Tú no tienes la culpa. Ha sido él quien...

—Me refiero a lo que pasó en tu casa —responde inclinándose un poco más hacia delante y mirándola con ojos suplicantes.

—N-no es el momento. —Nessa regresa a su posición inicial y deja caer una cascada de cabello sobre un lado de su cara, deseando que se transforme en

un muro impenetrable.

No ha podido olvidar cómo después de fundirse ambos en un apasionado beso con una de sus canciones favoritas como banda sonora, Isaac se alejó sin explicación alguna, corriendo tras su madrastra sin mirar atrás y haciéndola sentir como basura.

El chico vuelve a insistir, golpeando suavemente su omóplato con la goma de un lapicero. Ella suspira y pone los ojos en blanco. Se vuelve con las cejas arqueadas y un gesto exasperado que enmascara un lacerante dolor.

—En serio. Perdona, ¿vale? Déjame que te explique. Lo de tu casa...

Tuve que irme y...

—No tienes que darme explicaciones —replica evitando el contacto visual y concentrándose aparentemente en los garabatos que Isaac ha dibujado sobre su cuaderno: «una cruz gótica, una pluma y lo que parece un ave, quizá... ¿un cuervo?», disecciona los trazos.

—Yo creo que sí. —El profesor carraspea sonoramente en una clara llamada al orden—. En la biblioteca a la hora del recreo. Te veo ahí —dice sin darle opción a réplica, echándose hacia atrás y prestando atención al libro frente a él.

Nessa lo imita, si bien las dudas

afloran y contaminan cada uno de sus pensamientos, haciendo que su confianza se tambalee de nuevo. Y es que resulta muy difícil depositarla en alguien después de todo por lo que ha pasado. También recuerda lo que le dijo su madre: que quizá la presencia de su madrastra le cohibiera y por eso saliese huyendo como alma que lleva el diablo. Vuelve a suspirar, en esta ocasión melancólica.

El descanso llega como agua de mayo. Una cacofonía de sillas y mesas arrastrándose contra el suelo lo inunda todo y las conversaciones, antes susurradas, se convierten en gritos alzados a los cuatro vientos, ya se trate

de simples comentarios o dolorosas críticas, como la que escucha Nessa al pasar al lado de un par de chicas.

—... a su propia amiga. Menuda zorra, ¿no crees?

—¡Te diré! —responde la otra mirándola de reajo y estallando en carcajadas.

Nessa sigue su camino contando hacia atrás desde cien y esforzándose por no ceder a sus instintos, que le invitan a darse la vuelta y propinarles un buen bofetón a cada una.

Finalmente, sus pasos la llevan hasta la biblioteca, donde la señora Núñez saluda, observándola tras sus gafas de gruesos cristales.

Isaac ya está al otro lado del mostrador, sentado frente a la silla y tecleando a buen ritmo en el prehistórico ordenador.

—Y bueno, ¿qué haces ahora, novato? —Ella se apoya en la superficie de aglomerado y arquea una ceja.

—Informatizar los archivos. Estamos en el siglo veintiuno, que se note —responde risueño, alzando un poco la cabeza y dedicándole una radiante sonrisa.

Intenta dejar atrás su penosa actuación de la tarde anterior, deseando que ella olvide la forma en la que se marchó. Una parte de él teme lo que Nessa pueda pensar. Como bien ha

dicho el director Alsina, esa chica no es lo que parece y tras sus gestos bruscos y palabras irónicas se oculta alguien vulnerable.

—Y dime, ¿en qué puedo ayudar?
—pregunta Nessa jugueteando con el borde de su camiseta mientras se mira la punta de los zapatos.

—¿Me cantas las fichas? —le pide tendiéndole una caja repleta de polvorientas tarjetas de cartón.

—Vamos allá. —Nessa accede y se pone manos a la obra. Hacer cosas siempre está bien, y más todavía cuando el resto del instituto habla mal de una a las espaldas y a la cara.

—Es un verdadero incordio... mi

madrastra —dice Isaac sin dejar de deslizar los dedos por las desgastadas letras y números del viejo teclado.

—Ya me imagino —responde Nessa ligeramente incómoda, recolocando alfabéticamente los papeles entre sus manos.

—Entonces..., ¿está todo bien? —Él la mira de soslayo y logra que sus ojos se encuentren durante unos instantes, segundos en los que su corazón se acelera estúpidamente.

Isaac se ve, desde lo acontecido tiempo atrás, como un negativo del rey Midas, siente que contamina cuanto toca y malogra a quien se involucra con él. «¿Y si por mi culpa esa chispa casi

extinta que brilla en sus hermosos ojos desaparece del todo? Está claro que lo que hizo Lorca fue una llamada de atención para mí. Yo era el objetivo, no ella.» Esos pensamientos lo inquietan y le crean una gran desazón que procura no manifestar en su semblante.

—Claro, todo perfecto —contesta Nessa intentando eludir esa mirada que le provoca taquicardias y le hace perder la razón por la que se rige desde lo sucedido en el local.

Eso le da pavor. Que alguien se abra paso en sus pensamientos y anide en su corazón hace que le entre vértigo.

Ambos parecen meditabundos, abstraídos, y se sumergen en sus tareas

para evitar volver a hablar en lo que queda de recreo. Se centran exclusivamente en todo lo relacionado con los libros y el sistema de préstamos, anhelando en lo más profundo arrojar las fichas y besarse hasta quedar sin aliento.

Cuando el timbre vuelve a sonar, se despiden vagamente y Nessa se cuelga la mochila al hombro y se marcha con prisa.

En cuanto se quedan a solas, la señora Núñez profiere un chasquido de lengua y pregunta a Isaac.

—Jóvenes, todavía recuerdo lo que es serlo, para mi desgracia. Y dime, ¿por qué lo habéis dejado, hijo?

Isaac se vuelve cabizbajo, con el rostro contrito y las comisuras de los labios elevadas en una sonrisa triste.

—Nunca se puede dejar lo que jamás comenzó. —Abre las puertas y sale al bullicioso pasillo, incorporándose a la frenética actividad.

DEMONIOS PERSONALES



Nessa está bailando con Isaac y él tiene ambas manos alrededor de sus caderas. Se siente flotar, ingrávida y casi hipnotizada por las motas verdes y azuladas de esos ojos que la observan con dulzura. Dan vueltas y vueltas riendo sin cesar hasta que sus labios se

funden en un delicioso beso. A su alrededor, varias plumas de cuervo tan negras como la noche, iluminada por titilantes estrellas bajo las que danzan, caen acariciando sus contornos. Un nuevo giro y una risa que brota despreocupada. Al volver a situarse frente a él, lo que ve es algo muy distinto. Las facciones pícaras de Isaac han dado paso a otras duras y esos ojos brillantes como luceros albergan ahora una oscuridad que le produce escalofríos. El pelo que acariciaba con ternura se torna casi azabache y la ladeada sonrisa que le dedica tiene cierto cinismo. El chico la aferra con más fuerza sin hacer caso de su inútil

intento por alejarse, y sus bocas se unen en un beso furioso. Ya no es Isaac quien la sostiene entre sus brazos, sino Lorca.

* * *

Se despierta sofocada y con el sudor perlado su frente. Ya es jueves. La semana ha pasado en un suspiro. A Nessa la ha asaltado ese sueño recurrente las últimas noches, con algunas variaciones en la forma y pocas en el final.

Ese miedo que nació la tarde en la que ese monstruo doblegó su voluntad se ha extendido como una mancha que

cubre todo cuanto la rodea, una maldición contra la que debe luchar.

Lo primero que se encuentra al abrir los párpados es el rostro amable de su madre, que la observa con cierto grado de preocupación.

—Buenos días, cariño. ¿Cómo te encuentras hoy? —Está visiblemente preocupada.

—Estoy bien. En serio —responde todavía somnolienta y con el pelo alborotado.

—Si quieres, puedes...

—Lo sé, lo sé. Todos los días es lo mismo, mamá. Y llámame loca, pero quiero ir al instituto, en serio —replica haciendo aspavientos con las manos.

—No, te llamaré responsable. Y valiente. Muy bien, ve, eso sí, hazme un favor.

—Dime. —Nessa se prepara para la petición de su madre. Se sienta con las piernas cruzadas y abraza uno de los cojines, ahora más tranquila.

—No seas demasiado dura con Isaac. He visto la forma en que te mira y también me he dado cuenta de que no has quedado con él estos días desde...

—Mamá..., yo... —Su disculpa muere en los labios. Ella está en lo cierto. Ignora que el lunes estuvieron juntos a la hora del recreo, aunque la palpable tensión y los viejos temores hicieron que se alejara.

Al día siguiente acudió a la biblioteca y ambos trabajaron casi en completo silencio. Sus miradas se cruzaron en contadas ocasiones y estuvo tentada de retomar la conversación y de agradecerle nuevamente la espléndida velada, una cena y un paseo que se vieron nublados por lo sucedido después.

El miércoles se presentó a la cita. Tras mirar por el cristal de la puerta y verlo tan concentrado en sus tareas, decidió dar media vuelta y dedicar sus minutos de descanso para encerrarse en el baño, sacar el iPad y escribir una breve reseña de un cómic europeo que acababa de leer.

—Escucha, hija, también he visto la forma en la que le devuelves la mirada. Me cae bien, en serio. Pese a lo que puedas pensar, me parece un buen chico que ha pasado por mucho; tiene un importante bagaje emocional.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta Nessa ladeando la cabeza entre asombrada y recelosa.

—Lo supe en cuanto lo vi. La tristeza es perceptible en los ojos de una persona y esta se refleja en los suyos, casi tanto como en el pesar que acompaña cada palabra pronunciada.

—Ya, claro —responde secamente, poniéndose en pie.

—Hazme caso, lo sé. Al igual que

estoy segura de que tú no estás bien, cariño. Hace tiempo que no.

La confesión de su madre la pilla desprevenida. Se las arregla para aparentar normalidad. Abre el armario y finge seleccionar la ropa que piensa ponerse.

—No sé a qué te refieres.

—Ni yo, Vanessa, ni yo, pero soy tu madre... —dice masajeando con cariño los hombros de su hija, que hace verdaderos esfuerzos para no echarse a llorar y colocarse en posición fetal bajo las sábanas—. Y una madre sabe cuándo algo va mal. Si un día quieres hablar de ello, estaré aquí para ti —añade antes de depositar un beso en su cabeza y

marcharse dejándola a solas.

En cuanto cierra la puerta, se deja caer en el colchón boca abajo, tentada de aparcarse su debilitada dignidad y volver a dormir, dejar que un día más arda en el calendario y esconderse en su cuarto durante veinticuatro horas.

Nessa recuerda a Beca y la lucha que está librando entre cuatro paredes. Se levanta con decisión y vuelve a colocarse frente al ropero. Selecciona unos vaqueros y una camiseta. También ha logrado esquivar tres días consecutivos a Úrsula y a Lorca, aunque sabe que la ley de la probabilidad no está de su parte en estos momentos; tarde o temprano llegará un nuevo

enfrentamiento.

* * *

Isaac se pone en pie. Ha dejado a Lorraine casi traspuesta, cubierta tan solo con las sábanas. Coge el cigarrillo que la mujer sostiene precariamente entre los dedos de su mano derecha y lo apaga en el cenicero.

—¿Dónde vas, cielo? Tu padre no regresa hasta esta tarde —dice arrastrando las palabras que abandonan sus labios junto a un aliento con aroma etílico.

Una botella vacía de Moët &

Chandon es la prueba del delito. Está tirada sobre la alfombra negra al lado de la lencería fina color púrpura repleta de puntillas y detalles que volverían loco a cualquier tío, pero que a Isaac solo le producen repulsión. Todo lo que tenga que ver con Lorraine le asquea. En los últimos encuentros ella se ha visto forzada a sacar la artillería pesada para lograr su objetivo, ya que la entrepierna del chico parece haberse puesto en huelga. Ni siquiera su sexo adolescente responde ya a la llamada de esa sirena de rubia melena, turgentes pechos, largas piernas y gruesos labios; una diablesa encarnada en la figura de un ángel.

—A clase. Tengo que ir, ¿no lo recuerdas? —responde apretando la mandíbula y colocándose una sencilla camisa de cuadros—. Eres mi tutora legal, deberías saberlo —añade con reproche.

—Claro que lo sé, cielo. Como también sé que puedo hacer una llamada para que te dispensen de acudir — replica ahora más despejada e incorporándose en busca del pitillo que escupe las últimas volutas de humo sobre la mesilla de noche—. Así que vuelve aquí. No te hagas de rogar — canturrea con voz entre melosa y sensual, frunciendo los labios y estirando los brazos hacia él, que pone

más distancia entre ambos.

—No. Tengo que ir —dice secamente antes de salir por la puerta mientras alza la mochila y se la cuelga al hombro.

—¡Muy bien, vete. Corre con tu zorrita! ¡Ya volverás, por la cuenta que te trae! —exclama ella iracunda al otro lado de las gruesas láminas de madera que amortiguan su agudo timbre de voz.

* * *

Nessa ha perdido el autobús, por lo que acelera el ritmo para no llegar tarde. Comienza trotando y termina corriendo a

través de los cruces y las calles que la separan del instituto. Sabe lo que pasará si llega tarde y prefiere evitarlo.

Mira el reloj de pulsera. Faltan cinco minutos para que den comienzo las clases. Continúa driblando personas que van de camino al trabajo o a la cola del Inem. Algunos la miran con curiosidad, mientras que otros lo hacen molestos.

Finalmente, llega a su destino. Se agacha un poco, pone las manos en ambas rodillas e intenta recuperarse de la carrera. Cuando sus pulmones dejan de arder, saca un pequeño espejo de bolsillo y aprovecha para retocar la línea de ojos y aplicar algo de brillo en sus labios.

Guarda los escasos cosméticos y mira al frente. La entrada está casi despejada. Unos cuantos rezagados remolonean entre cigarrillos y conversaciones despreocupadas. A varios metros ve a Úrsula de espaldas. Está hablando con Elisa, que le da un pequeño empujón al que ella responde con un codazo cariñoso en el costado. Nessa recuerda cómo poco tiempo atrás ellas actuaban con la misma complicidad. A su lado, Lorca da las últimas caladas a un porro y comparte una bolsa de nachos con el novio de Elisa, miembro de su banda.

Nessa desea hacerse invisible e incluso se plantea dar media vuelta y

largarse de allí, pero su *alter ego* le grita desde el interior que mire al frente y siga su camino. Le exige que se enfrente a eso como a una prueba de fuego. Y así lo hace. Toma aire y avanza a paso vivo. Un temblor recorre su cuerpo hasta apoderarse de las manos. Intenta disimularlo tensándose y aferrando con más energía su carpeta forrada con personajes de animes, retazos de telas y recortes de revistas. Los nudillos se ponen blancos como la cal de tan fuerte que sostiene lo que considera en estos momentos su única protección. Visualiza la carpeta como un escudo, evocando aquel que usa el Capitán América de Marvel.

Cree haber superado el reto cuando los dedos de su mano derecha rozan el tirador metálico de la puerta, pero alguien la embiste. Las gomas de su archivador ceden y dejan caer las hojas que guardaba y que ahora planean hasta el suelo de cemento. Se agacha y comienza a recoger sus apuntes y garabatos. Un pie sobre el último papel le impide concluir la tarea. Tira con insistencia y la hoja se desgarró bajo la suela de un zapato que no cede a la presión.

—No sabía que las zorras supieran escribir —escupe Elisa desde arriba con una voz cargada de mezquindad—, ¿y tú? —mira de reojo a Úrsula, que

observa la escena con el labio fruncido en una línea y los brazos cruzados sobre el pecho.

—Déjala, Eli —dice dándose media vuelta y metiendo la mano en la bolsa de patatas de los chicos.

Por unos instantes, Nessa cree que ha recuperado a su amiga, a esa chica que en tantas ocasiones le ha arrancado una carcajada y por la que más de una vez ha traspasado los límites establecidos. Pero la antaño divertida superficialidad de Ursu se ha transformado en una terrible frialdad.

—No seas coñazo. Esta tía te jodió —protesta Elisa claramente en desacuerdo y hambrienta de bronca.

—No, nena, intentó joder a mi chico. Y, además, ya sabes la respuesta a tu pregunta. Me parece increíble incluso que sepa hablar. Igual no sabe, ¿eh, Vanessa? ¡Responde, friki! — exclama caminando hacia ella sobre sus botines de tacón.

—Basta —murmura Nessa al borde de las lágrimas.

Tira de su papel y logra arrancar un pedazo, que guarda en la malograda carpeta. Se levanta de nuevo sin dejar de mirar el suelo repleto de chicles mascados y colillas.

—¡Coño! Sí sabe hablar —exclama Úrsula profiriendo una cruel carcajada—. Podrías haberlo hecho antes, ¿no te

parece?

Es la primera vez desde hace días que la mira directamente a los ojos. En ellos solo encuentra desdén.

—Nena, nos largamos, aquí empieza a oler mal —dice Lorca, que se despide de ambas chicas y se marcha con su amigote. Otra jornada perdida.

Nessa escucha como se alejan, aunque no se atreve a mirar en esa dirección por temor a enfrentarse a su burla.

Se dice a sí misma que no debe permitir que la vean llorar ni flaquear y se repite que si Úrsula no es capaz de creerla es que quizá nunca fue su amiga, al menos una de verdad. Ignorando las

risas e insultos a sus espaldas, abre la puerta.

—Joder, podría haber sido ella la que se cortara las putas venas — comenta a Elisa con frivolidad.

Sin medir las consecuencias de sus actos y dejándose llevar por un brote de rabia, da media vuelta y se abalanza contra Úrsula, asestándole un puñetazo en el hombro, al que esta responde con un sonoro bofetón. Lejos de lo que podría esperar, Elisa se aleja de la reyerta y observa todo desde los escalones, tecleando algo en el móvil.

—¿Qué coño te pasa?! ¡Es tu amiga, nuestra amiga! ¡Actúas como si lo que ha pasado fuera una de tus

gilipolleces, Úrsula! —exclama empujándola con fiereza y dejando caer las lágrimas rebosantes de ira.

—¡No me toques o te denuncio!

—¿Tú a mí? Si alguien puede denunciar soy yo, ¿sabes? No, no lo sabes, porque solo piensas en ti, lo demás te importa una mierda. ¿Cómo has sido capaz, Úrsula?

—¡Que no me hables, joder! Ya no eres nadie para mí, ¿todavía no te has enterado? —replica la rubia, que le devuelve el empujón y la estampa de espaldas contra las puertas de metal.

—Me refiero a Beca. Ella no se merece esto, que comentes lo que ha sucedido en tu corrillo como una

anécdota más. Porque no lo es, Úrsula. Es la vida real, más allá de tus tontos cabreos y tu testarudez. Ya no pido que me escuches porque no lo vas a hacer, nunca lo hiciste —dice negando con la cabeza y exhibiendo una triste sonrisa en el rostro—. Es más, ya ni siquiera sé si quiero que lo hagas. No mereces mi amistad, solo las que tú te has buscado. Mira, ¡mira a tu «amiga»! ¿Es eso lo que quieres? ¿Esa clase de personas te llenan? —añade señalando a Elisa, que la mira entre ofendida y airada sin dar un paso al frente—. Pues todas para ti —concluye dando un paso al interior del edificio.

—¡No me des la espalda! ¡No te

atrevas a darme la espalda porque cuando menos lo esperes verás un puñal en ella!

—¿Quién iba a denunciar a quién?

—Nessa la mira de reajo con incredulidad.

—No necesito un cuchillo para joderte la vida, idiota. Sé cosas, y el saber es poder. No me subestimes, cucaracha —la amenaza roja por la rabia.

—Ni tú me pongas a prueba. Ahora tampoco eres nada para mí. Pero Beca sí, así que deja de divulgar sus miserias, ¿me has oído?

—Muy bien, ¿te pones moralista? A buenas horas, «follanovios» —replica

con la voz más aguda de lo normal.

—¡Ni siquiera nos dijiste que estabas con él! —exclama dando una patada a una lata.

Mari Carmen, la enfermera, sale en esos momentos y pone fin a la trifulca.

—¡Basta! Entrad si no queréis que informe de esto a dirección —espeta, mirándolas con dureza—. Vamos, las dos adentro. Ahora —ordena, señalando la entrada y dejando que Nessa entre en primer lugar. Permite que pasen unos minutos antes de que las otras dos chicas puedan acceder—. Y como vuelva a veros acosando a alguien de esa forma, os llevaré ante el señor Alsina, ¿me habéis oído?

—P-pero...

—¡¿Me habéis oído?! —repite con más energía. Ambas asienten con la cabeza, mordiéndose la lengua antes de meterse en un lío—. Os estaré vigilando.

Nessa prefiere no interrumpir al profesor, por lo que acude a la biblioteca, que en estos momentos está vacía. Busca un escondite entre la cuarta y la quinta estantería, en las que la señora Núñez tiene colocados los libros de religión, poco consultados, y se deja caer con la espalda contra la pared, dando rienda suelta a todo el dolor y la rabia en un grito que ahoga contra la manga de su chaqueta, que no logra aplacar el frío que se ha instalado en su

interior y se extiende en oleadas por cada fibra de su cuerpo. Desea que su corazón se congele, reza para que deje de aporrearle el pecho con insistencia. «Ojalá no sintiera nada», piensa, cansada de su debilidad.

Llora hasta que los lacrimales le escuecen y las fuerzas comienzan a abandonarla. Seca su rostro con un pañuelo, saca el iPad de la mochila y se pone a escribir: la mejor terapia del mundo. Poco a poco el temblor comienza a remitir, su respiración se normaliza y deja que los dedos vuelen sobre el teclado táctil.

Invoco la banalidad, pero por mucho

que huyo o procuro esconder lo que siento, continúa arañándose por dentro como las garras de un monstruo que rasga mis entrañas y grita a pleno pulmón reclamando ser libre. Yo lucho por mantenerlo cautivo tras varios candados, sonrisas impostadas y comentarios jocosos, río histriónicamente, rezando para que nadie más escuche esos lamentos y la rabia que tiñe cada uno de sus gañidos. Me esfuerzo cada mañana en eclipsar el dolor con una pátina de apatía, pero esta se desquebraja como la pintura de un viejo muro un día de tormenta. El intermitente goteo que origina da paso a un torrente de sensaciones sobre las que cabalga el monstruo desbocado exigiendo hacerse

con el control...

En el otro extremo del pasillo, Isaac abandona un aula. El profesor le ha permitido ir a la enfermería. Algo ha debido de sentarle mal porque siente unas terribles náuseas, y su tez, normalmente bronceada, luce ligeramente pálida. Apostaría cualquier cosa a que el motivo de su malestar tiene nombre y apellido: su madrastra es como una mala comida imposible de digerir. Echa un vistazo al móvil, que vibra en su bolsillo. Un correo automático le avisa de que Dark Gothess ha publicado en el blog. Sigue el enlace y lee el tropel de palabras que la chica

ha vomitado en la bitácora. Le recorre un escalofrío: lo que ella expresa es un reflejo de lo que Isaac siente en lo más profundo. Para en seco y guarda el teléfono al ver a Úrsula entrar en los baños femeninos. Se pega a la pared y escucha cómo comenta con la insulsa de Elisa algo sucedido minutos antes. Está tentado de accionar la grabadora del móvil; en cambio, se parapeta tras las taquillas y se asoma para captar mejor cuanto dicen. Las dos chicas gesticulan exageradamente, se pasan un cigarrillo e intercambian artículos de maquillaje a continuación. De la conversación saca en claro que han intentado humillar a Vanessa. Se siente fatal; debería estar

cerca de ella para protegerla y no alejarse del modo en el que lo ha hecho. «Pensé que así la salvaría, pero Nessa batalla con sus propios demonios.» La rubia se despide de su amiga y se aleja por el pasillo dejando una estela de perfume.

De camino a la sala de curas, Isaac se propone cambiar de estrategia y seguir a su corazón. En cuanto le receten algo, buscará a Nessa y le ofrecerá su apoyo, porque ella lo merece y él lo necesita.

Saca de nuevo el móvil con la intención de comentar la actualización de Dark Gothess. En su lugar encuentra un mensaje de Blogger.

La página que estabas buscando en este blog no existe.

Nessa respira tranquila ahora que ha retirado del ojo público el último texto. Suele compartir sus sentimientos, aunque nunca tan abiertamente. Cuando lo que escribe carece de ese barniz protector de ironía, simplemente lo guarda en un archivo de texto, en los borradores del blog o en lo más recóndito de su mente.

25

UN RESPIRO



—Me he enterado —espeta Isaac directamente al ver a Nessa a la salida del instituto. Se ha colocado a su altura en tres zancadas y mete las manos en los bolsillos vaqueros de forma casual.

—Estoy teniendo un *déjà vu*, ¿tú no? —responde ella haciendo alusión al

último encontronazo con Úrsula, que fue el detonante de un viernes de fiesta con mal final, del que guarda también buenos recuerdos con un denominador común: el chico de ojos turquesa a su vera.

—Casi siempre —replica él esbozando una sincera sonrisa.

Nessa lo observa y se percata por primera vez del discreto hoyuelo que se le forma al chico en la mejilla. Al darse cuenta de la indiscreción, carraspea y se pasa los dedos por la melena, peinándola hacia un lado y esperando que oculte su rostro. No luce el pelo a media altura por vanidad, sino por comodidad; siempre puede escudarse tras él en situaciones que lo requieran,

como esta.

Saca un chupachups del bolsillo, se lo lleva a la boca y arroja el envoltorio a una papelera.

—¿Nunca te cansas de tanto dulce?
—pregunta Isaac intentando distender la situación un poco.

—¿Y tú de ser un amargado? —
replica ella sonriendo triunfal.

—Muy buena; jaque. De acuerdo, quiero recuperar mi punto de amistad.

—Ah, no, ahora estás a menos cinco, por lo menos.

—¿La cena no sube puntos?

—No tantos como los que perdiste por gilipollas.

—Nessa, por favor, dame un

respiro.

—¿No has cogido suficiente oxígeno? Creí que a estas alturas, y después de que salieras corriendo el domingo, ya te habrías oxigenado de por vida. —Desearía volver atrás en el tiempo y tragarse esas palabras. «¿Por qué le dejo saber que me duele? Soy idiota, No, peor aún, ¿por qué arremeto contra una de las pocas personas que están de mi lado», piensa dándose un golpe en la frente y soltando un suspiro cargado de arrepentimiento—. ¿Sabes qué?: déjalo —añade bruscamente al sentirse expuesta. Acelera el paso y deja a Isaac atrás.

Él la sujeta del brazo, haciéndola

trastabillar justo cuando un bus pasa cortando el aire a escasos centímetros de la chica, que se queda inmóvil de la impresión durante unos segundos, mareada por el olor a gasolina que el vehículo ha dejado a su paso.

—¡¿Estás loca, no lo has visto venir?! Podía haberte atropellado —la reprende Isaac abrazándola sin preocuparse de las consecuencias.

—Yo no...

Isaac la aferra de los hombros y sus miradas se encuentran. Una ráfaga de viento hace revolotear los mechones castaños de Nessa, que él atrapa retirándoselos con delicadeza.

—No vuelvas a hacerlo.

—¿Cruzar sin mirar?

—Dejarme solo —responde, acariciando el rostro de la muchacha con delicadeza y volviendo a abrazarla fuertemente contra su pecho.

Ambos se sienten como si fueran las dos únicas personas sobre la faz de la tierra en este momento.

Están parados al lado de la marquesina del autobús, donde se han ido reuniendo otros tantos estudiantes que intercambian comentarios sobre algunas asignaturas y planean ya el próximo fin de semana. El rugido de un tubo de escape llama la atención de todos, aunque solo unos cuantos fijan su atención en la moto de trial que ha

aparcado derrapando bruscamente a escasos metros. El estruendo hace añicos la burbuja en la que se encontraban. Cuando el maloliente y espeso humo provocado por la fricción de los neumáticos contra el asfalto se disipa, distinguen una figura quitándose el casco. Es Lorca, que continúa entorpeciendo el tráfico y recibe el pitido de varios autos cuyos conductores le gritan desde sus ventanillas medio bajadas, algunos gesticulando agresivamente. Él eleva la comisura de sus labios en un mohín de superioridad y devora con su oscura mirada, como boca de lobo, a Úrsula, la cual camina hacia él contoneándose, exhibiendo su figura

en la medida de lo posible, dado el cambio de temperatura. Al pasar junto a Isaac y Nessa, les dedica una mirada retadora. La extraña pareja se come la boca, metiéndose mano descaradamente y rebasando la línea de lo decoroso. Tras un par de minutos montan en el vehículo y se ponen en marcha, zigzagueando entre los coches de los enfurecidos automovilistas que les dedican algunas que otras palabras.

Nessa eleva una ceja y niega con la cabeza, sintiéndose estúpida por permitir que las palabras y acciones de gente de esa calaña le afecten hasta el punto de convertirla en una sombra, en una persona insegura. Ella siempre tuvo

voz y ahora quiere recuperar el voto, la capacidad de elección.

—Mira, perdona —se lanza, girando la cabeza nuevamente y poniendo toda su atención en Isaac, dejando a un lado vergüenzas y traumas —: te portaste genial el fin de semana y al dar la cara por mí frente a ese gilipollas. Y lo que pasó, ¡joder!, no es culpa tuya ni mía, sino de algún imbécil sin talento —dice esto elevando el tono en la dirección que ha tomado la moto.

—¿Lo sabías? —pregunta con la sorpresa reflejada en su semblante.

—Por favor, le vi la cara durante la discusión. Lo estaba disfrutando.

—Ya. Se merece una patada en los

huevos.

—Mejor que se los corten, aunque con eso me conformaría.

—Nessa, dejando a un lado el incidente...

—Lo pasamos bien, Isaac. Durante unas horas desconecté de todo. Gracias. —Le da un ligero toque con el hombro.

Él cree que el corazón va a salirse del pecho al ver un atisbo de sonrisa en los labios rosados de esa chica que lo vuelve loco.

—¿Repetimos?

—Muy bien, pero la próxima vez con mis condiciones —exige Nessa, que sube a su autobús y se despide con un gesto de la mano.

Isaac llega a casa pasada la hora de merendar. Ha decidido hacer una visita a Leo en la nave, donde ha estado las últimas horas. Necesitaba hablar con un amigo.

Cuando abre la puerta, escucha la voz de su padre. Se siente aliviado; mientras él esté presente, Lorraine no se le meterá en la cama.

Su madrastra lo saluda con voz cantarina. Está sirviendo tres raciones de un pastel que el señor Montalvo ha traído para celebrar un nuevo caso ganado. Los clientes le obsequian con todo tipo de viandas, siempre de

primera calidad. Los tres fingen durante unos minutos ser una familia funcional e incluso brotan las preguntas de rigor. En cuanto estas escasean, la conversación decae y cada uno regresa a sus quehaceres.

Isaac se encierra en su cuarto dispuesto a trazar el plan que ronda en su cabeza y gracias al cual piensa desenmascarar a Lorraine de una vez por todas.

EMOCIONES DESATADAS



El ánimo de los estudiantes y el ambiente cargado de risas y planes voceados a los cuatro vientos indican el inminente fin de semana. Al inicio del recreo, Nessa se reúne con Isaac en la biblioteca. La señora Núñez los espanta diciendo que «hoy no hay nada que

hacer».

—¿Sigue en pie lo de esta noche?

—¿Acaso lo dudabas? ¿Qué pasa, tienes miedo de mi elección, Montalvo?

—Ella desnuda una piruleta en forma de corazón, cortesía de la enfermera, y arroja el envoltorio a una papelera.

—No tanto como de tus intenciones, Barbie Gótica.

—¿Te hace un café?

—Soy más de batidos gigantes. Con mucha nata. Pero que quede entre nosotros, pretendo mantener mi imagen de chico malo —bromea.

—Yo no lo contaré si tú no lo haces —replica a su oído sonriendo con complicidad—. Vamos. —Le guía a la

salida.

Se disponen a ir a una cafetería cuando ve a Úrsula salir corriendo con el rostro contrito. Sin pensarlo ni un minuto, va tras ella respetando una distancia de seguridad. La rubia se para una vez dobla la esquina del edificio donde se encuentran los contenedores. Nessa se parapeta tras el muro e Isaac la alcanza.

Con un gesto de la mano le ruega que guarde silencio.

Úrsula da vueltas como un animal acorralado, verdaderamente furiosa. Golpea con el puño la puerta de metal por la que sacan las bolsas de basura.

Otra chica aparece por detrás y le

pone las manos en los ojos, riendo alegremente.

—Para qué querías verme aquí.

En cuanto se percata del estado emocional de Ursu, Elisa cambia el semblante, da un paso hacia atrás y se cruza de brazos.

—¿Qué coño te pasa?

—Lo he pillado, Eli, con la puta cámara encendida.

—Va, venga, Ursu, ya sabes cómo son. Tíos, ¿qué esperas?

—Estarás de broma. Espero que tenga la decencia de no grabarme. ¿Qué ocurre, hace vídeos con todos sus rollos?

—Es solo un juego, nena. No es

que vaya a subirlo a un portal porno.

—Tampoco podría, no hemos pasado de meternos mano. En cuanto he visto el piloto rojo, me he pirado — explica profiriendo ahora una carcajada seca.

—Sigo creyendo que haces un mundo de esto.

—¿Has visto las cintas? Yo sí. Lorca las tiene guardadas en un armario. ¡Con llave! ¿Qué te crees que tiene grabado en ellas, Eli?

—Eres una paranoica, Úrsula. ¿Qué coño crees que hay? Pues sus ensayos, tonta — replica la chica de ojos grises pasando sus brazos alrededor de la rubia. Le da un sonoro beso en la

mejilla—. Venga, deja de rayarte y vente conmigo. Tengo un plan alternativo para la siguiente hora.

Ambas chicas se marchan por el otro lado.

—¿De qué hablaban esas dos?

—Una cámara —farfulla Nessa perdida en su propio hilo de pensamientos.

—No entiendo.

—Grabando.

—Nessa, ¿qué te ocurre? Tienes mala cara. —Isaac coge a la muchacha de los hombros y la mira a los ojos con urgencia.

—El local.

De pronto, el recuerdo de aquella

tarde de verano regresa con más fuerza: el olor a cerveza, el humo del tabaco, el pinchazo en el vientre y la lengua húmeda de Lorca sobre su piel; el alcohol en sus labios, las manos aferrando sus muñecas y esos ojos oscuros con un brillo rojo que recordaban los de un demonio. «Ahora lo entiendo», piensa llevándose la mano a la boca y ahoga un grito. La escena adquiere mayor definición en su cabeza y las piezas encajan revelando una imagen que le provoca un estremecimiento.

La piruleta se desliza de su mano y el corazón de caramelo se quiebra contra el suelo de cemento. Le fallan las

piernas y cae arrodillada. Isaac se acuclilla y levanta la barbilla de la muchacha, intentando traerla de nuevo al presente.

Siente el pulso acelerado y una presión en la cabeza.

—Por favor, dime qué te ocurre.

La mente de la chica es un mar de confusión. Las palabras se agolpan deseando salir como un torrente de emociones desbocadas y los diques de contención que las retenían ceden a la presión.

—Él m-me me violó, Isaac — confiesa con un hilo de voz y lágrimas de impotencia rodando por su rostro—. Me violó y convirtió mi pesadilla en su

espectáculo.

Isaac siente como si una nube negra obturase su parte racional y la rabia ruge en su interior esperando ser liberada. Se pone en pie, dispuesto a desatar esa marabunta de sentimientos que mantenía bajo llave. Nessa, advirtiendo el peligro en la mirada aguamarina de su amigo, va tras él y coloca la mano en su pecho cortándole el paso.

—No —suplica en un murmullo, levantando la cabeza y mirándolo con tristeza. Le abraza ahora sumida en una total desazón—, por favor.

—Déjame pasar —responde él con la voz rebosante de fiereza, envarado y mostrando la misma convicción del

guerrero que acepta la muerte antes de ir a la batalla—. No va a quedar así. Pienso..., voy a...

Las aletas de su nariz se hinchan demostrando su grado de irritación. El control que ha tardado tanto tiempo en restaurar amenaza con estallar en mil pedazos liberando a la bestia que retiene en aquel oscuro rincón oculto en lo más profundo de su ser, esa parte de él por la que reza a unos dioses cuya existencia pone en duda y por la que fue encerrado en ese terrible lugar que le causó tanto sufrimiento, pero al que volvería si por el camino hiciese pagar a Lorca por sus actos. Siente la ira como una ponzoña que nubla su juicio. De pronto, la mira a

ella. Se centra en sus ojos avellana anegados en lágrimas; tan pequeña, tan vulnerable, sin rastro alguno de la fierecilla que acostumbra aparentar..., y toda esa tempestad que se gestaba se disipa.

—¿Vas a qué?, ¿a tirar tu vida a la basura?, ¿a permitir que nos joda más todavía? No, Isaac, debe de haber otro modo. —Sonríe con ternura haciendo de tripas corazón, toma las manos del muchacho, todavía heridas y temblorosas, y besa, como hizo antes, cada una de sus marcas—. Lo encontraremos juntos.

Isaac acaricia la espalda de Nessa. Los dos están sentados en un banco de madera del parque cercano al instituto. La chica ha decidido contar lo sucedido. Su mente era una olla a presión a punto de explotar. Isaac intenta aparentar sosiego, aunque su interior es un caldero en ebullición. Desprecia a Lorca. No es capaz de imaginar qué puede pasársele a alguien por la cabeza para llevar a cabo tales atrocidades. Sin embargo, él mejor que nadie sabe que no siempre hay una buena respuesta a un «por qué». Existen horrores perpetrados por personas oscuras y egoístas cuya única

motivación es el placer personal que hallan en el sometimiento de cuantos les rodean. Individuos que solo logran olvidar lo mucho que se desprecian a sí mismos torturando a quienes les recuerdan aquello de lo que carecen. Piensa en Nessa como en una víctima. Lorca es el carcelero que mantiene presa su cordura, igual que Lorraine hace con él.

—Lo siento.

—¿Que tú lo sientes? Él debería sentirlo. Mira, aún puedes ir a la policía, denunciarlo.

—¡No! Es tarde.

—Nunca es tarde, Nessa — responde cogiendo su mano con ternura

y trazando círculos en su dorso.

—Además, no hay pruebas. Ha pasado demasiado tiempo.

Isaac se queda pensativo durante unos minutos y una idea toma forma en su mente.

—¿Quién ha dicho que no hay pruebas? ¿Quieres hundir a ese hijo de puta?

—Sí —responde ella sin atisbo de duda.

—Hagámoslo.

* * *

Isaac ha llamado a Leo para

pedirle un favor. Su papel es determinante para el éxito del plan trazado. Cuelga el teléfono con una respuesta afirmativa de su amigo.

—Está dentro. Hará su parte. No ha sido difícil convencerlo. Leo lanzará un cebo, solo debemos cruzar los dedos para que nuestro objetivo pique. Y algo me dice que lo hará.

—Gracias, Isaac —dice Nessa mordisqueando la uña del meñique y eludiendo su mirada—. ¿Cómo lo haces?

Él no responde y aleja con delicadeza la mano de la chica del aserradero en el que se ha convertido su boca.

—Deberías dejar de hacer eso — dice sonriéndole con candidez—. No puede ser bueno.

—Vale, ya está. ¡Es un puto tic! — replica gesticulando nerviosa.

—¿Uno? Recapitulemos, Barbie Gótica: adicta al azúcar, devoradora de uñas, experta en camuflaje...

—¿De qué hablas?

—De esa manía tuya de echarte el pelo sobre la cara a modo de escudo impenetrable...

—Eres un poco friki —comenta frunciendo el ceño y cruzándose de brazos.

—No lo hagas, te asemejas a una niña *creepy* de película japonesa.

—Rectifico: ¿friki?, qué va, ¡pareces mi madre, joder!

—Malhablada.

—Capullo.

Ambos ríen y Nessa vuelve a preguntar.

—De verdad, ¿cómo eres capaz de mantener la calma?

—¿Me hablas a mí? Te recuerdo que hace un rato he estado a punto de iniciar la tercera guerra mundial — responde profiriendo una carcajada.

—Sabes a lo que me refiero. Yo... hago lo posible, de verdad que me esfuerzo, pero no... Mierda, ni siquiera puedo construir una frase con coherencia.

Es ahora, un rato después, cuando comienza a lidiar con la culpa y la vergüenza que ensombrecen su expresión.

No hace falta que ella diga lo que pasa por su cabeza, pues en tantas ocasiones Isaac se ha sentido así: expuesto, vencido.

—No te equivoques, Barbie Gótica, sigo esperando lo mejor de ti. Golpea fuerte, Nessa. —Le guiña un ojo y se levanta del banco—. Vamos, te acompaño a casa.

Al llegar al portal, ambos evitan mirarse como si el peso emocional de todo cuanto han compartido les cayese de repente sobre los hombros. Nessa

agradece que el sol se haya puesto y que unas farolas sean las únicas en arrojar su amarillenta luz sobre ellos.

—Eh..., gracias —dice en apenas un hilillo de voz.

—No se merecen. ¿Quieres que nos veamos más tarde? —Le dedica una cálida sonrisa.

—Esto... —arrastra la palabra nerviosa, golpeando con la punta del pie una baldosa suelta del pavimento—. Necesito unos días, Isaac.

Tras unos instantes en los que el silencio se instala entre ambos, él coge aire y ladea la cabeza sin perder su gesto afable.

—Lo entiendo. No te preocupes;

cuando me necesites, silba —bromea dando media vuelta, y se va calle abajo con ambas manos en los bolsillos—. Bueno, Barbie Gótica, mejor manda un WhatsApp.

—Lo haré, te prometo que lo haré —responde casi para sí entrando en el edificio.

TERCERA PARTE

«El valor no es la ausencia del miedo,
es la conquista de este.»

ANÓNIMO



SED DE JUSTICIA



A veces, como hoy, corro intentando escapar de la oscuridad que amenaza con engullirme, arrastrarme a sus entrañas y privarme de la luz a la que me aferro con desespero. No sirve de nada la huida, pues la luz es poco más que un espejismo.

La sombra se cierne sobre mí y el frío que al principio me embarga da paso a una sensación similar a la de una cálida caricia. Entonces me doy cuenta: yo pertenezco a la oscuridad, siempre fui suya...

Un mes, apenas un mes me separa del día en el que vomité estas palabras en una hoja de Word, con toda la tristeza, la rabia y la autocompasión derramándose en cada golpe de teclado. No digo que ahora mi vida sea de color de rosa, pero os aseguro que he aprendido algo: no pertenezco a la oscuridad, nunca fui suya. Este es el verdadero espejismo, que se diluye abrasado bajo unos implacables rayos de esperanza que llega a mí en forma de un

caballero de brillante armadura.

Lo sé, demasiado azúcar para estas horas.

Voy a insertar un minuto musical y con ello cambio drásticamente de tema.

[Adjunta vídeo: BSO El Padrino. Parte-1]

¿Habéis adivinado de qué voy a hablar ahora?

Solo diré una cosa: tengo hambre de venganza y sed de justicia. Pienso calmar ambas de una vez por todas.

Se despide vuestra trágica narradora,
DaRk GoThEsS

En su casa, Isaac lee la entrada de su amiga cibernética.

Cold Raven: Mi señora: no pertenece a la oscuridad, es ella la que se refugia bajo sus alas. Somos a partes iguales luces y sombras, bien y mal, risas y lágrimas. Solo debemos elegir qué lado gobierna en nuestras acciones.

Dark Gothess: Siempre tan elocuente, mi caballero cuervo.

Cold Raven: En otro orden de cosas, me apunto al banquete.

Dark Gothess: ¿No eras tú quien apelaba a la calma?

Cold Raven: Hay excepciones, mi señora. Obtendremos venganza y clamaremos justicia.

Ambos cierran su sesión casi al mismo tiempo y Nessa guarda el iPad en su mochila.

Han transcurrido unos días desde que reveló su terrible secreto a Isaac. A partir de esa tarde lo ha eludido en la medida de lo posible y él no ha hecho nada por acortar distancias. Piensa que la chica debe tener su propio espacio y tiempo para pensar. Lo comprende y lo acepta. Es duro lo que le sucedió, y compartir tamaño secreto con alguien no resulta menos traumático. El plan sigue adelante, por descontado. El día está señalado en el calendario, solo queda cruzar los dedos y rezar para que el ego de Lorca y su banda los aleje del local y

que el concierto de su grupo sea reclamo suficiente. ¿El cebo?: una actuación en la próxima fiesta de Leo.

El fin de semana Vanessa fue a dormir a casa de Rebeca. Lo que sucedió mandó al traste su plan para sorprender a Isaac, igual que él hizo con la cena y la fiesta clandestina. El chico respetó su petición de unos días para pensar y ella se centró en apoyar a Beca. La primera noche cenaron junto a los padres de su amiga, que rompieron sus estrictas reglas, encargaron *pizza* a domicilio y mostraron sonrisas sinceras, relajadas. La velada transcurrió en paz y armonía entre anécdotas de la infancia que harían enrojecer a más de uno y

curiosidades de sus respectivos trabajos que les arrancaron una ristra de carcajadas. No recuerda haber presenciado nunca una escena así en esa casa. Donde antes solo había tensión y caras largas, ahora ve bromas y confidencias.

Pasaron la noche viendo sus películas favoritas y aventurándose con alguna nueva mientras charlaban sobre sus cosas. De Úrsula apenas saben nada. Nessa evita los enfrentamientos, hace oídos sordos a sus burlas y de puertas para afuera del instituto procura no frecuentar los mismos ambientes, algo que resulta bastante sencillo últimamente. Rebeca, por su parte, hace

dos días que ha regresado a las clases y todavía no ha recibido de la rubia nada más que algún mensaje de WhatsApp y los típicos saludos por los pasillos. Las que hace unas semanas fueron grandes amigas se han convertido hoy en extrañas.

Vanessa se ha propuesto hacer que Beca deje atrás lo sucedido, por lo que lleva visitándola un par de tardes y estudian juntas. Sabe que debe esforzarse si quiere aprobar el curso. Es un reto que acepta. No piensa permitir que lo que Lorca le hizo la marque para siempre.

—¿Qué andas escribiendo a escondidas?

—Algún día te lo enseñaré, Beca.

—Por cierto, ¿cuándo piensas arreglarlo con Isaac? —pregunta la pelirroja tamborileando con el bolígrafo en el libro de anatomía abierto sobre la colcha.

—No sé a qué te refieres — responde ella frunciendo el ceño, y centra su atención en el tema de Sociales que debe estudiar para el examen.

—Venga, Ness. No soy tonta, veo como le evitas. Esta mañana, sin ir más lejos, estaba al otro lado del pasillo y tú has fingido no verlo.

—Yo no...

—Te conozco. Lo has hecho, aunque no quieras contarme el porqué

—añade, se pone en pie y abre la puerta de su cuarto.

—Es complicado —responde enroscando uno de sus mechones en el dedo.

—Siempre lo es.

* * *

Isaac repasa la última lección de latín y recita la segunda declinación como si le fuese la vida en ello. Continúa con la sonrisa en el rostro, esa que siempre se instaura tras leer una entrada de Dark Gothess. Hacía días que no actualizaba su bitácora y le ha

alegrado ver que vuelve a la carga con un *post* muy personal.

Escucha tres golpecitos en la entrada de su habitación. El pomo gira, pero la puerta se encuentra con una resistencia.

—Isaac, ¿qué pasa ahí dentro? — pregunta Lorraine al otro lado.

—Estoy estudiando —replica con deliberada calma, luchando por contener la risa.

—¿¿Qué es esto?! —exclama fuera de sus casillas e intentando abrir insistentemente.

—Se llama *cerrojo* y ya puedes acostumbrarte a él —dice accionando su *playlist* de Spotify.

—Ni se te ocurra, niño. ¡¿Me oyes?! Ni se te...

La estridente voz de su madrastra queda anulada por los primeros acordes de una canción.

—No te escucho, Lorraine. Por fin —murmura Isaac.

Sube el volumen hasta ahogar los agudos gritos e improperios de la arpía rubia y vuelve a enfrascarse en el libro de texto.

PLANES



—Así que haciendo manualidades... Eso está bien, Beca, siempre y cuando yo no ande cerca; ya sabes lo manazas que soy —dice Nessa caminando por el pasillo junto a su amiga, que aferra la bandolera y exhibe una sonrisa que comienza a recordar a

las de antes. La pelirroja habla sin cesar de un proyecto al que se ha lanzado de cabeza.

—Es para el comité de fiestas. Lo hemos instaurado este año y contamos con la aprobación de la dirección del centro.

—¿Comité? ¿Como el de los festejos patronales de los pueblos? —pregunta incrédula, parando la marcha para aceptar un folleto que una pizpireta chica le entrega y en el que se ven copos cayendo y un bosque blanco sobre el que están impresas unas palabras: «Fiesta de invierno».

—No, como esto —responde señalando el panfleto y sonriendo con

orgullo.

—¿Y habrá reina del baile? Si es así, yo quiero una tiara de calaveras y a Jared Leto de rey. Nicholas Hoult también me va bien.

—Esos son míos, perri —bromea sacándole la lengua—. No debería decir nada, pero va a quedar increíble. Estamos reutilizando unos árboles de atrezo que tenía el instituto guardados en el aula de teatro y les vamos a dar una apariencia completamente distinta donde predominarán el blanco y algunos tonos irisados, purpurinas... —Vanessa escucha con atención a Rebeca, contenta de que el entusiasmo haya regresado a su dulce voz. Varios conjuntos de

pulseras y brazaletes cubren las vendas de sus muñecas. Los abalorios entrechocan entre sí produciendo un ritmo metálico que recuerda al de las campanillas—. No podéis faltar —concluye abrazando a su amiga y dándole un beso en la mejilla—. Y cuando hablo en plural lo hago con toda la intención. —Carraspea—. Me voy o llegaré tarde, Ness. Nos queda mucho trabajo por hacer. ¡Luego te llamo! —se despide echando a correr por el pasillo.

—Adiós, Beca.

Nessa abre la taquilla y recoge sus libros y cuadernos en la mochila. Es viernes y detesta guardar sus cosas en el casillero metálico durante el fin de

semana. Echa un vistazo al horario dejando escapar un suspiro de alivio. «Lo peor ya ha pasado.»

Saca el iPad y dedica unos minutos a limpiar su pantalla con una gamuza. Justo cuando está a punto de guardarlo en la funda, alguien se lo arrebató de las manos con brusquedad.

—Vaya, ¿qué tenemos aquí? —La voz de Lorca suena peligrosamente cerca de su oído.

—Devuélvemelo.

—¿El qué, tu virginidad? Lo siento, demasiado tarde —responde con maldad ante la impotencia de Nessa, que no se ve capaz de volverse y mirar la cara que un día le hizo sonrojarse y que ahora

golpearía de tener ocasión. Teme que esos ojos negros como boca de lobo la arrastren a un amargo recuerdo que lucha por olvidar.

—Basta. Dámelo. Ahora —exige con toda la autoridad que logra reunir. Falla estrepitosamente cuando los nervios afloran en forma de temblor y titubeo.

—Vamos, princesa, con la de cosas que hemos compartido tú y yo —añade acariciando la espalda de Nessa, que se aparta sintiéndose de repente muy pequeña.

—¿Qué coño haces?! —Úrsula se ha interpuesto entre ambos apoyando la mano en el pecho de su novio, que

profiere una carcajada cargada de desprecio.

—Divertirme. ¿Algún problema?

—Sí, muchos.

—Muy bien, ya me voy, esta tía me aburre —exclama entregando el dispositivo a la rubia y siguiendo su camino—. Te veo a la salida.

En cuanto Lorca se pierde entre la marabunta de estudiantes, Nessa esboza un atisbo de sonrisa y acepta la *tablet* de manos de Úrsula.

—Gracias, yo...

—No te confundas. Lo he hecho por una razón: no quiero que toque nada tuyo, zorra, eso es todo —responde con frialdad, se da media vuelta y acude al

lado de Elisa, que la reclama con un gesto de la mano.

Vanessa aguanta las ganas de llorar. Cierra la taquilla y zigzaguea entre los estudiantes que la miran de soslayo y murmuran sobre lo acontecido.

—Menuda guarra debe de estar hecha la gótica, tú —oye decir a un chico de tercero, que acompaña el cruel comentario con un codazo en el costado de un amigo que le ríe la gracia.

Ella hace oídos sordos y continúa caminando hasta llegar a los aseos. Entra en uno de los baños y se sube a la taza, apoyándose contra la pared de baldosas cubiertas de grafitis y marcas de cigarrillos.

Cuando escucha a la última chica salir de su habitáculo y el timbre resonando en el exterior, libera el llanto contenido.

«Nunca más. Lo juro», se promete a sí misma.

—¿Nessa? —la llama alguien desde el pasillo.

—¿Isaac, q-qué haces? —Se seca la cara con un pañuelo e intenta contener el temblor delator de su voz.

—Me acaban de contar lo que ha pasado. ¿Piensas salir?

—No —responde tajantemente.

Oye unos pasos en el suelo de los baños y su puerta se entreabre.

—Pues entro yo a por ti. Vamos,

¿de verdad vas a dejar que él te venza?

—Ya me venció, Isaac, el día que... —su voz se quiebra, y respira hondo.

—Ganó una batalla. Venga, se acabó el tiempo de compadecerse. Dame la mano —dice con dulzura asomando un brazo, seguido de su cuerpo y su rostro afable—. Ganemos la guerra —añade guiñándole un ojo.

* * *

Isaac y Vanessa conspiran alrededor de una copa doble de helado.

—Solo me preocupa una cosa: que

el plan dependa de que esa pandilla de tarados acuda al evento. Pues vamos bien...

—¡Yep! —responde él, y se lleva una enorme cucharada de nata montada a la boca.

—¿Y por qué sonríes?

—¿Además de porque acabo de acaparar el ochenta por ciento de la nata? Compruébalo por ti misma —le tiende el móvil.

Leo: Concierto! Ls Scorpions
dynamite strn okpds 2 hrs ;)

Vanessa arquea una ceja y mira de soslayo a Isaac. Le devuelve el teléfono.

—¿Scorpions Dynamite? —alza una ceja.

—Un nombre acorde con el grupo: absurdo.

—Iba a decir que mola bastante — replica ella encogiéndose de hombros, y se enzarzan en una batalla de cucharas por la guinda escarchada. La chica resulta vencedora. Hace crujir la deliciosa esfera entre los dientes y sonríe al ver el rostro compungido de su oponente. «¿Cómo un gesto tan trivial puede parecerme insoportablemente atractivo?», piensa él, conteniendo las ganas de besar sus labios con sabor a cereza.

—¿Otra ronda? A esta invito yo —

ofrece guiñándole un ojo.

—Solo si pides otro de lo mismo para mí —dice Beca, que se coloca frente a ellos y les da dos besos de cortesía a cada uno.

—Sin problema, pero la guinda es mía. Mirad, he tenido una idea mejor: voy a pedirlos directamente a la barra y así, como bonus, podéis reiros viéndome practicar equilibrismos al traer las copas —sugiere sonriente, se levanta y cede el sitio a Rebeca.

El chico se marcha hasta el expositor y finge mirar la carta para dejar que las amigas tengan unos minutos a solas.

—He de admitirlo: es un encanto.

—Basta...

—Y está cañón...

—Por favor —suplica Nessa mordisqueando la uña de su dedo meñique con nerviosismo.

—Te gusta —dice Beca llevándose una mano a la boca y abriendo emocionada sus expresivos ojos verdes.

Vanessa se remueve inquieta. Vuelca sin querer la copa de cristal vacía, que a punto está de caer contra el suelo.

—De acuerdo. Te dejo en paz..., de momento. Por cierto, perdón por la tardanza. Estábamos con los árboles.

—Beca, no lo digas muy alto o te tildarán de loca —replica tomándola de

la mano.

—Demasiado tarde, me temo — responde ella mirando de soslayo a unas chicas a varias mesas de distancia que las escrutan y cuchichean con descaro.

Nessa alcanza a escuchar su nombre y no ha obviado cómo hace un rato, mientras charlaba con Isaac, una de ellas la señalaba.

—¿Lo dices por eso? ¡Bah! No hablan de tu crisis, sino de lo zorra que soy —dice elevando el tono de voz, a la par que se levanta y da media vuelta hacia ellas con los brazos en jarras—. ¿Verdad, chicas?, ¿a que solo estáis murmurando sobre mis escarceos sexuales? ¡Queréis un autógrafo?! —

exclama sin pudor mirando a las dos adolescentes, que reconoce de los pasillos de su instituto.

Ellas, avergonzadas por la situación, se ponen en pie y se marchan como alma que lleva el diablo.

—¿Lo ves? Vivimos en el país de *Sálvame*: les importan más los rumores morbosos que la trágica realidad. Encima, las que más hablan son las primeras en abrirse de piernas. ¿Y ellos? Menuda manada de hipócritas.

—¡So, yegua! Estás desbocada, nena, tranquilízate.

Nessa no se ha dado cuenta: le tiemblan las manos. El resto de clientes de la céntrica cafetería las observan con

un abanico de expresiones que van desde la sorpresa hasta la compasión. Beca tira de la manga de su amiga obligándola a tomar asiento. El afluyente de conversaciones regresa poco a poco al estado inicial y el breve estallido es cosa del pasado.

Isaac se coloca a su lado, deposita sendas copas en la mesa y se sienta frente a las chicas.

—Vaya, les has cantado las cuarenta a esas dos. Valdrías para *mezzosoprano*, Barbie Gótica. ¿Cuándo dices que vamos al karaoke?

Estallan en carcajadas, liberando así la tensión acumulada, y la reunión prosigue entre guerras por las virutas de

chocolate, chistes y planes para los próximos días.

* * *

—¡Ya estoy en casa! —anuncia Isaac con inusitada alegría, dejando la mochila en el suelo de la entrada.

—Buenas tardes —saluda su padre saliendo al pasillo y colocándose la corbata de manera automática, con la precisión de quien lo lleva haciendo casi toda su vida—. Lorie ha salido a hacer unas compras y yo debo reunirme con un cliente en —dice alargando la última palabra y mirando su caro reloj

de pulsera—... cuarenta minutos. Hoy llegará un repartidor con el regalo para mi esposa. Encárgate de recogerlo y ponerlo a buen recaudo en el segundo cajón del secreter del despacho.

—Su cumpleaños... —pronuncia ambas palabras llevándose las manos a la cara—. No me jodas...

—Sí, Isaac —le corta, poniéndose firme y dedicándole una mirada de advertencia—. Mira: sé que albergas dudas hacia Lorraine y que no estás conforme con nuestro matrimonio, pero no toleraré sabotajes ni rabietas infantiles.

—No, papá, nada más lejos de mi intención. Con los estudios y todo lo

demás se me ha olvidado, eso es todo. Tengo toda la intención de colaborar, es más, se me ha ocurrido algo que hacer para Lorraine. Te lo aseguro, será una gran sorpresa —responde con una bombilla encendida en su cabeza pensante.

CONFESIONES



—Adiós. Gracias por traerme.

—De nada, Vanessa, saluda a tus padres —responde el señor Galván con amabilidad, revisando el espejo retrovisor—. Rebeca, ¿quieres que te recoja a la salida o...?

—No, gracias, papá, tenemos

mucho que hacer para la fiesta todavía.
Te veo en casa.

La pelirroja se despide agitando la mano, haciendo repiquetear los manojos de pulseras que cubren sus muñecas antes de que el coche se aleje calle abajo.

—Tus padres se están portando de lujo —observa Nessa, que enhebra su brazo en el de la pelirroja.

—La verdad es que sí. ¿Sabes?, anoche estuvimos hablando de mi futuro, ese con el que sueño, y no aquella versión deformada que ellos idearon para mí. Me gusta lo que estudio, Ness. Pretendo terminar, dedicar un año a viajar con el dinero de la cuenta que me

abriéron mis abuelos de pequeña y después... todo se andará. Pienso vivir el momento: *carpe diem*, nena —dice exultante a Nessa, que le da un golpecito de cadera e intercambia un par de bromas con ella.

Cuando la mira sabe que puede confiar en la solidez de su amistad. Aun así, no consigue hallar el valor para contarle lo sucedido. Solo Isaac es custodio de su secreto y ya le resulta lo suficientemente duro enfrentarse al hecho de que sepa lo que Lorca le hizo. También es consciente de que tarde o temprano todo saldrá a la luz y teme que el vínculo con Beca se resienta por haberle ocultado algo tan importante.

Hace acopio de fortaleza, toma aire y se detiene al lado de su taquilla con expresión taciturna.

—Ness, ¿qué ocurre? —pregunta Rebeca ladeando la cabeza y frunciendo el ceño.

—Tenemos que hablar.

—Ahora es cuando dices eso de «no eres tú, soy yo». —Sonríe y toma de la mano a su amiga, que no levanta la vista del suelo—. En serio, ¿qué ocurre?

—¿Salimos de aquí?, por favor —implora mirando de reojo a los bulliciosos estudiantes que van de un lado para otro—. Sé que dijiste que no acumularías más faltas; será la última, te lo prometo.

—De acuerdo, neni, por ti lo que sea.

Un mensaje hace vibrar el móvil de Vanessa.

I. Montalvo: ¿Dónde andas, Barbie Gótica? No seas esquirol.

Ella desliza los dedos por la pantalla táctil y envía la respuesta de inmediato.

Nessa: Voy a contárselo a Beca, merece saberlo...

I. Montalvo: Ánimo. Te llamo a la salida.

Ambas se escabullen entre la hilera de rezagados. Abandonan el edificio y buscan refugio en una coqueta cafetería a unas dos manzanas de distancia. El día se ha tornado frío y las primeras gotas de una repentina lluvia impactan contra los cristales del establecimiento, que huele a café y bollos recién horneados.

Una amable camarera les toma nota.

—Nena, sea lo que sea puedes contar conmigo. Prometo no juzgarte, ¿vale? —dice con esa voz cálida y cargada de comprensión que la caracteriza.

Sus miradas confluyen. Enseguida Nessa rompe el contacto visual. Está

siendo más duro de lo que imaginaba.

—¿Y si nos tomamos esto y vamos a mi casa? —propone al escuchar la campanilla de la puerta y ver entrar a un par de alumnos que, como ellas, también han decidido saltarse las clases.

—Estás empezando a asustarme. —
Frunce el ceño y levanta la mano en dirección a la barra—. Por favor, que sea para llevar.

* * *

La lluvia les ha dado una tregua y han caminado hasta la casa de Vanessa portando la bolsa de papel con los cafés

y unos bollitos de canela.

—Mi madre tenía hoy turno de mañana y mi padre debía hacer unas gestiones bancarias. Estamos solas — comunica al entrar en casa seguida de Rebeca.

—Dime de qué se trata. Me estás preocupando.

La pelirroja se sienta, con esa elegancia que la caracteriza, en el sofá de dos plazas del salón. Su amiga, al contrario de lo que esperaba, se acomoda en el sillón de al lado, moviendo nerviosamente las piernas.

—Ness...

Vanessa llena sus pulmones de aire y hace acopio de valentía.

—Fue en verano, mientras estabais fuera. —Beca todavía no sabe a qué se refiere su amiga. Aun así, la anima a continuar con un gesto de la cabeza mientras aferra su mano—. Parecía tan amable..., nada que ver con la imagen que nos habíamos hecho de él — Profiere una risa irónica—. Nos encontramos y me invitó a tomar algo. No pensé en las consecuencias, no creí que... —Rebeca se incorpora de su asiento y se acuclilla frente a su amiga, que baja la cabeza y comienza a sollozar —. No había nadie más en el local. Solo él y yo. Acepté lo que me ofreció. Era gracioso, ¿sabes?, incluso dulce; logró que aquello pareciera especial. Nos

besamos y la cosa fue a más, pero empecé a encontrarme mal. De pronto me di cuenta de que no quería: no en aquel sitio, no de aquella forma y mucho menos con ese chico que había dejado la falsa amabilidad a un lado y continuaba encima de mí aun cuando le rogaba que me dejase.

—Oh, Nessa, ¿qué te hizo?... —
Beca está con el corazón en un puño.

—Me drogó, Beca..., y me violó —
confiesa cubriéndose la cara con ambas manos.

—Dios mío.

—Pero eso no fue lo más humillante. Lo grabó todo —concluye levantando la cabeza, con la rabia y la

tristeza fluctuando en su rostro.

—¿Quién, Ness, quién te hizo aquello? —pregunta con los ojos empañados y la impotencia ganando terreno en su interior.

—Fue Lorca.

Consciente de que no existen palabras capaces de aplacar el dolor de su amiga, se funden en un abrazo. Rebeca no puede contener las lágrimas que resbalan por sus mejillas sonrosadas. Ahora entiende muchas cosas: la razón del extraño comportamiento de Nessa y esa acritud que muestra desde que regresaron de las vacaciones.

El estrépito causado por un manojó

de llaves al golpear el suelo las sobresalta.

Ramón observa a las chicas con el horror descomponiendo su rostro.

—Papá —balbucea nerviosa. Se levanta y se limpia la cara con la manga de la chaqueta—..., pensaba que estabas...

—¿Cómo pudo? —se pregunta en voz alta intentando procesar lo que ha escuchado.

—Yo creí que tenías cosas que hacer.

—¿Quién es ese tal Lorca, Vanessa? —Ella agacha la cabeza. Sus peores temores se están cumpliendo. Solo deseaba enterrar lo ocurrido,

mantener alejados de esa historia a los que quiere. Todo se ha ido a la mierda: Isaac lo sabe, Beca lo sabe, y su padre... Ella no se atreve ni a imaginar lo que pasará por su cabeza—. ¡Rebeca: contesta! —exige Ramón clavando su mirada de ojos oscuros en los de la chica, que no sabe cómo lidiar con la situación.

—Estudia Mecánica en el instituto.

—¡Beca, no! —exclama Nessa con mirada suplicante.

—Quiero saberlo, necesito saberlo.

—Hace una pausa y recoge las llaves del suelo—. Deberíais estar en clase.

—Nosotras... —intenta excusarse su hija.

—Lo que significa que él sigue ahí —concluye antes de dar media vuelta y bajar las escaleras.

Ambas chicas se miran con alarma y le siguen, dejando atrás sus mochilas. Cuando llegan al portal, el coche de Ramón ya acelera calle abajo.

—¿Y si hace alguna locura?

—No te preocupes —se apresura a responder Rebeca, que alza la mano para parar un taxi.

Nessa coge el teléfono móvil, que a punto está de deslizarse entre sus manos temblorosas. Marca el número de Isaac, que responde al cuarto toque.

—Hola, Barbie Gótica, he tenido que decir que se trataba de una

emergencia familiar. La profesora...

—Isaac, escucha, no tenemos tiempo. Mi padre va hacia allí.

—¿Y bien? ¿Qué esperabas si vienes menos a clase que un diputado al Congreso? Vale, es broma...

—No es momento para coñas. Lo sabe, Isaac, sabe lo que... él me hizo, y no... —su voz se quiebra durante unos instantes.

—Tranquila. Yo me ocupo.

—Nosotras estamos en camino. Isaac, si hubieras visto sus ojos... Tengo miedo de lo que pueda hacer y de lo que eso le acarree —confiesa en voz baja mientras sube al asiento trasero de un taxi que Beca ha parado en el arcén.

—Nos vemos ahora.

* * *

Isaac da una vaga excusa a la profesora, recoge sus cosas y sale al trote. Sus pasos acelerados resuenan en los pasillos vacíos. Se detiene frente a su taquilla y deja caer la mochila al suelo. Golpea la superficie metálica reiteradamente y frunce el ceño en un gesto de rabia y dolor. Imagina el objetivo que tiene en mente el padre de Nessa al acudir al instituto y los problemas que una agresión podría traer consigo, aunque también comparte su

indignación y la amalgama de sentimientos que debe de albergar. Comprende los motivos y la cólera que lo arrastran hasta allí y que esté dispuesto a jugarse todo por complacer a una pequeña parte de sí mismo, esa que debe de gritarle desde el fondo de su cabeza «¡pártele la cara, hazle tanto daño como él le hizo a ella!». Tensa la mandíbula hasta que los músculos le duelen. Se debate entre su parte racional, la que sabe que debe interceder y no permitir que las cosas se tuerzan, y esa que desea ver a ese cabrón arrodillado y pidiendo clemencia. Nota el pulso en sus sienes, recuerda esa sensación, la misma que le

embargó antes de que su vida descarrilase.

Ignora el tiempo que ha pasado con la frente apoyada en el casillero azul. Escucha las puertas de entrada batirse y se vuelve a tiempo para ver al padre de Nessa accediendo al edificio y franqueando el umbral del aula-taller. Vuelve al presente y va tras él, guardando una distancia prudente al darse cuenta de que el profesor está impartiendo clase y de que va a interrumpir su explicación.

—Pregunto por Lorca —solicita Ramón con calma.

Los alumnos giran la cabeza, revelando así la identidad de aquel a

quien ha venido a buscar el padre de la chica.

—Qué habrá hecho esta vez —dice el profesor casi para sí mismo—. Muy bien, puedes salir, pero vuelve pronto, vamos bastante atrasados.

El alumno, con la chulería que le caracteriza, se pone la chaqueta de cuero y abandona el aula esbozando una arrogante sonrisa y alzando ambas cejas.

Una vez la puerta se cierra a sus espaldas, Ramón lo agarra de la solapa de su chupa y lo arrastra hacia la salida.

—¡Eh, qué cojones haces! — exclama revolviéndose y dándole un empujón.

—¿Eres Lorca? —pregunta con el

rostro ensombrecido.

—¿Y tú un capullo? He salido, ¿no? Dime qué mierdas haces aquí antes de que me cabree —responde aprovechando el momento para sacar un cigarrillo y encenderlo con su Zippo.

—¿Por qué? —inquire Ramón casi en un hilo de voz.

—¿No serás de la puta liga antitabaco o alguna chorrada de esas?

—¡¿Por qué?! —repite esta vez con la ira tiñendo sus palabras, y vuelve a sostener a Lorca por ambas solapas, alzándolo del suelo.

Durante unos segundos, el miedo ensombrece el semblante del chico. Poco tarda en volver a desembarazarse

y sacar una navaja del bolsillo, la misma con la que apuntó a Isaac en el callejón.

—Loco hijo de puta, ¡como vuelvas a tocarme...!

—¿Qué harás? —Es Isaac quien habla—. ¿Debo repetirte adónde te llevaría utilizarla?

—Lárgate, marica. Esto no es cosa tuya.

—La verdad es que sí. Sabemos lo que le hiciste, y pagarás por ello —dice taladrándole con la mirada, logrando que la mano que aferra el metal tiemble ligeramente.

—¿De qué me estáis hablando? No tengo tiempo para esta mierda.

Isaac ve por el rabillo del ojo

cómo algunos alumnos cuchichean asomados a las ventanas de las clases que dan al pasillo en el que se encuentran.

—Tú la violaste. La drogaste y la violaste, desgraciado. —Cada palabra pronunciada por Ramón es como un jarro de agua fría que cae sobre Lorca.

—Menuda gilipollez. ¿De quién hablas?

—Vanessa.

—Lo siento, tío, me tiro a muchas con ese nombre. Suelen ser unas guarrillas —responde, pasándose la lengua por el labio inferior a modo de provocación.

—Serás... —Ramón está a punto

de golpearle cuando Isaac intercede.

—No vale la pena. De verdad, pagará por lo que hizo, pero no así.

Ni siquiera se reconoce a sí mismo diciendo esas palabras, pero sabe que es lo correcto.

Ramón deja caer los hombros abatido. Haciendo acopio de autocontrol, da media vuelta dispuesto a marcharse escoltado por Isaac, que le pone una mano en el hombro con afecto.

—Ah, ya recuerdo de quién hablas: la zorra gótica. Tiene un buen coñito, aunque los he visto mejores, viejo. ¿Quién eres, su novio? —dice profiriendo una sonora carcajada.

—Vale, quizá sí valga la pena —

farfulla Isaac cerrando el puño. Le golpea con todas sus fuerzas y le tira al suelo.

La sangre comienza a manar del labio de Lorca, que lo observa con los ojos abiertos en un gesto de sorpresa.

Ahora es Ramón quien calma a Isaac. Los pasillos comienzan a llenarse de curiosos que han escuchado la pelea y un profesor tiene el móvil en la mano y ha marcado el número de la policía, que no tarda en llegar al centro.

—Deben acompañarme a comisaría —indica un oficial con gesto adusto—. Los tres —aclara al darse cuenta de que Lorca pretende escaquearse, con la mano cubriendo su herida.

—Tengo derecho a una llamada,
¿verdad? —pregunta Isaac con
educación.

—Primero, deberán venir con
nosotros.

BUROCRACIA

El señor Montalvo entra en el domicilio familiar seguido de su hijo.

—Papá, yo...

—No puedes continuar así, Isaac

—le corta con frialdad, dejando el maletín en el suelo.

—Pero él le hizo daño a Nessa.

Ramón solo fue allí...

—Como habríamos hecho todos. Y no le va a suceder nada. Para él resulta beneficioso que fuese tu puño el que impactase en la cara de ese chico. ¿Qué te crees, Isaac, que no tengo corazón, que no lucharía con uñas y dientes por mi familia si alguien la amenazase, si te hicieran daño? —dice expulsando el aire. Relaja las facciones y mira con intensidad a su hijo; se vuelve y se deshace de la chaqueta—. En cualquier caso, no existen pruebas que sostengan la acusación de violación, Isaac; no hay nada. Lorca Vidal es una buena pieza y acumula varias faltas, aunque eso no nos ayuda. Lo siento, sé que tus intenciones

son buenas, pero el camino de la violencia solo te llevará ante un juez, y la vía legal exige unas pruebas de las que carecemos —concluye antes de darse la vuelta y alejarse en dirección a su despacho.

Isaac se da una buena ducha y se deja caer sobre la colcha expulsando el aire de sus pulmones, vuelve a llenarlos y repite el proceso hasta que nota su cabeza más despejada. Recuerda la forma en la que Ramón miraba a Nessa. En comisaría le ha preguntado si quería interponer una denuncia por agresión sexual. El señor Montalvo le ha recomendado que no lo hiciera porque caería en saco roto. Simplemente, han

decidido reconducir la situación alegando que el conflicto en la escuela se debe a la supuesta implicación del acusado en el incidente que llevó a la chica al hospital. Ciertamente es que hay unas grabaciones que lo ubican en la fiesta ilegal donde fue drogada, aunque no se logra discernir el rostro de quien introduce la pastilla ni el momento en que lo hace, debido al constante trasiego de asistentes que entorpecían la visión. Isaac reconoce a Marcos, el amigo de Lorca, pero tampoco puede demostrar que fue él quien echó la pastilla en la bebida de Nessa. La pericia de su padre solo ha servido para prorrogar la estancia del delincuente en comisaría.

Isaac se siente indignado e impotente ante la situación. Solo tienen una posibilidad: seguir el plan acordado y robar las cintas del local de ensayo. Cruza los dedos para que estas existan y sigan estando allí.

* * *

Nessa tenía pensado redactar una entrada con varias reseñas exprés de las últimas películas que vio en casa de su amiga, pero no se siente con fuerzas. Estas la han ido abandonando paulatinamente desde que llegó al instituto acompañada de Beca. Se

encontraron con los coches de policía que trasladaban a su padre y a Isaac junto con Lorca a la comisaría, de la que hace unos escasos veinte minutos que han vuelto. Nunca pensó que hubiese que rellenar semejante montón de papeles en uno de esos sitios.

Isaac hizo la llamada de rigor y su padre, el señor Montalvo, acudió al rescate. Aunque parece frío y distante, sabe cómo realizar su trabajo. Tanto la chica como su padre, Ramón, han seguido sus instrucciones obedientemente. Nessa debe continuar con lo pactado si quiere derrocar a Lorca de una vez por todas. Han regresado a casa sanos y salvos, eso es

lo que importa, y logrando eludir represalias legales por el altercado. La reputación de Lorca le precede. El hecho de que Ramón no tenga aspecto de delincuente precisamente y la eficacia del señor Montalvo lo han salvado de mayores consecuencias que una tediosa e incómoda tarde en comisaría.

La mente de Vanessa está en plena ebullición y sabe que no hallará la calma hasta que libere esa maraña de pensamientos. No ha sido capaz de mirar a su padre a los ojos desde que se subieron al coche. Simplemente optó por ajustarse los cascos, bajar la cabeza y esconder su rostro apoyándolo en la ventanilla durante todo el trayecto a

casa. Dejó que la música se colara por sus oídos, para neutralizar así la conversación que sus padres mantenían en los asientos delanteros. No quiere pensar en ello; de hecho, no quiere pensar en nada, aunque no es capaz de acallar el monólogo interno. Finalmente, enciende el iPad y escribe en el blog:

Lánguidas sombras aún lejanas del tormentoso pasado que sobre mi alma pesaban buscan de nuevo el camino para volver mi destino al que antaño desterraba. Creyendo, ilusa de mí, que mis alas desplegaba para huir lejos de aquí, contra la realidad caí, siendo prisionera extraña de mi propio devenir.

Consciente de lo decadente que resulta el texto, lo guarda en borradores. En su lugar comparte otro pensamiento:

La escritura es el oxígeno de nuestras almas. Si no escribiéramos, los resquicios de cordura que conservamos perecerían ahogados en nuestros propios delirios.

Eso es lo que creo, así es como lo siento, y es por ello que hoy os regalo otro borrón de letras a quienes queráis leerlo.

¿Qué diría el travieso Peter Pan si, pasado el tiempo, todos hallaran su lugar en el mundo y él permaneciera sin hogar, a

la deriva...?

No quedan niños perdidos con los que jugar: todos encontraron su camino;

ni capitanes de barco contra quienes luchar: pusieron rumbo a su destino.

Perdí mi sombra, ¿o la dejé escapar?, y el ahora gris Nunca Jamás habito.

Solo, sin magia, risas ni amistad, con la eternidad por siempre maldito.



No sé si conservaré esta entrada o la eliminaré de la faz de internet.

Da igual; de todos modos, ¿a quién le importa?

Se despide vuestra narradora habitual,

DaRk GoThEsS

Titubea antes de dar a *publicar*. En cuanto termina y guarda la *tablet*, se incorpora, deja escapar un liberador suspiro y pasa la mano por encima de los discos que tiene ordenados en los estantes. Las yemas de sus dedos se detienen en aquel bajo cuyo influjo Isaac la besó. Esboza una melancólica sonrisa y pone el CD dispuesta a desenterrar un recuerdo agradable.

En el otro extremo de la ciudad, Isaac recibe la alerta de entrada y responde en comentarios.

Cold Raven: A mí me importa.

REPERCUSIONES



Nessa abre los párpados sobresaltada por el sonido del estresante despertador que agarra con fuerza, tentada de arrojarlo contra la pared. Se pone en marcha, abre el armario y examina la ropa que cuelga de las perchas. Sabe que hoy su atuendo será

toda una declaración de intenciones. Opta por unos vaqueros oscuros y una camiseta con dos pistolas cruzadas y rosas en el pecho. Se pone la cazadora de piel y las botas a juego. Perfila sus ojos con delineador azabache, cubre las pestañas de máscara y maquilla labios y uñas de oscuro. Recoge la melena en dos trenzas deshechas que le caen a ambos lados de la cara y mete los libros y la carpeta en una mochila con tachuelas que compró por Amazon la primavera pasada y que todavía no ha tenido ocasión de utilizar.

Sale al pasillo y su madre la intercepta en un intento de huida bastante pobre. Se acerca a ella y le da un

abrazo.

—Esta vez no insistiré en que te quedes. Eres una luchadora, hija, demuéstrales lo que vales. No permitas que te hagan daño, ¿vale? No hay mayor desprecio que no hacer aprecio, recuerda eso. —Deposita un beso en su frente con ternura.

—Te quiero, mamá.

—Y yo a ti, pequeña. Siento no haber podido protegerte.

—No es tu culpa.

—Ni la tuya. No lo olvides —le recuerda acariciándole el rostro.

La chica cierra la puerta a sus espaldas y se retira una traicionera lágrima que amenaza con arruinar el

«maquillaje de guerra». Su mente enseguida evoca la mirada aguamarina de Isaac y una sonrisa se abre paso en su rostro.

El móvil vibra en su bolsillo. Lo saca y lee el mensaje de WhatsApp.

I. Montalvo: Su carruaje le espera.

Nessa: ¿?

Recibe una imagen adjunta que muestra su portal a través de una ventanilla. Baja los últimos escalones a la carrera y se encuentra con un flamante BMW en el arcén. Ruge como una pantera y brilla bajo los rayos de un sol que se ha impuesto a las nubes.

Alguien abre la puerta de atrás; es Isaac.

—Vamos, Barbie Gótica, no podemos llegar tarde —dice ofreciéndole la mejor de sus sonrisas y dejándole sitio.

—Buenos días, Vanessa —saluda el señor Montalvo desde el asiento del conductor—. Os dejaré en la puerta del instituto de camino al trabajo.

—Muchas gracias, señor.

—Por favor, llámame Enrique.

* * *

Llegan al instituto con el tiempo

suficiente para tomar algo de las máquinas.

—Adelántate tú y tráeme una cola *light*, por favor —pide Isaac.

La chica saca un refresco para su amigo. Cuando se dirige a la taquilla, se encuentra una bolsa de calaveritas rosas y negras pendiendo del candado. Se acerca con curiosidad y la abre. Profiere una sonora carcajada al ver el contenido: un ramillete de chupachups.

—Son sin azúcar. Sería una lástima que no pudieras exhibir más veces tu bonita sonrisa —dice Isaac a varios casilleros de distancia con las manos en los bolsillos. Viste unos vaqueros y camiseta de manga larga roja sobre la

que lleva una camisa abierta y una beisbolera.

Nessa saca uno de los caramelos como si de una flor se tratara y se lo guarda en el bolsillo.

—Cereza, mi favorito. Gracias, acabas de ganar cinco puntos de amistad.

—Ya no llevo la cuenta, me temo —responde él acercándose y aceptando la Coca-Cola que ella le tiende.

Los estudiantes comienzan a transitar por los pasillos. La mayoría están enfrascados en sus propios asuntos. Unos cuantos miran a Vanessa e intercambian comentarios en voz baja. Isaac nota la amargura en el rostro de la

chica.

—Venga, vamos a clase, ¿te parece?

—No, tranquilo. Ve y guárdame un sitio, tengo que ir al lavabo —dice colocando algunos libros y cuadernos en su taquilla junto al botín de dulces—. Voy en unos minutos.

—Muy bien, te veo en un rato — acepta guiñándole un ojo y alejándose en dirección al aula.

Ella regresa a las máquinas dispensadoras e introduce varias monedas; luego presiona el botón correspondiente a las galletas. Con las prisas no ha desayunado nada. Saca un chocolate caliente y se encamina hacia

los baños, pero se da de bruces con Úrsula, que de un manotazo le tira el vaso de plástico al suelo. El cacao salpica una de las paredes. Sin darle tiempo a reaccionar, la coge del brazo con fiereza, la lleva hasta los aseos y cierra de un portazo.

—Úrsula, ¿qué coño te ocurre...?

La rubia rompe a llorar de rabia, mirándola con el odio llameando en sus ultramaquillados ojos castaños.

—¿Es esto lo que querías? Siempre te gustó ir de mártir. Necesitas ser el puto centro de atención, ¿verdad? Pues, enhorabuena, ahora lo eres —grita empujando a Vanessa contra la pared de baldosas.

—¿Cómo puedes ser tan cínica? —

Niega con la cabeza y sujeta la muñeca de la rubia, que se preparaba para propinarle una bofetada.

Úrsula se aparta, repelida por su contacto, y aplaude con pereza, dando una patada con sus botines de tacón a un marco de madera desconchado.

—En serio, felicidades. Todos hablan de ti, aunque sea para llamarte puta, que es lo que eres.

—Úrsula: él me hizo daño. Me da igual lo que pienses. —En el fondo no le resultan indiferentes sus duras palabras.

—Pobrecita —responde con burla—. Lorca me ha contado lo que pasó de verdad, zorra, y no es como tú lo pintas.

Quisiste follártelo, ¿verdad?, y se negó. La virginal del grupo, la rarita Nessa con su ropa oscura y su música friki.

—Fue amable conmigo, ¿de acuerdo?, pero me engañó.

—Ya era mi novio. Mi novio, ¡y tú intentaste tirártelo!

—Para empezar, ni siquiera sabía que estabais saliendo, maldita sea. ¡No dijiste nada, Ursu!

—Bueno..., en cualquier caso mientes. Lorca no te bajó las bragas. Más quisieras, tía. Sí, hubo un par de besos, algún magreo a lo sumo. Me lo ha contado, ¿qué te pensabas? No es de piedra y estábamos empezando; todo lo demás es un montón de basura. ¿Y lo de

la violación? Eres una zorra envidiosa, eso es lo que te pasa.

—No. Y lo demostraré.

—Estás loca, Vanessa.

—Y tú ciega, pero acabarás viendo. Solo espero que no sea demasiado tarde —replica pasando por su lado, y abandona los baños.

—¿Sabes qué? ¡Suicídase y deja de molestar con tus gilipolleces! —exclama furiosa ya con un pie en el pasillo, llamando la atención de unos cuantos alumnos.

—Basta, Úrsula. Déjalo —exige Rebeca, que aparece y se coloca entre ambas.

—¿Qué pasa, vas a ponerte de su

lado?

—Eres tú la que te alejaste del nuestro. Hazte un favor, Ursu: haz examen de conciencia y después invierte unos minutos en evaluar a aquellos de los que te rodeas, a quienes ahora consideras tus amigos. Para ya, no sigas con esto —solicita, negando con la cabeza, decepcionada por el comportamiento de esa chica en la que ya no ve atisbo alguno de aquella niña risueña de trenzas rubias con la que jugaba a las muñecas y compartía confidencias y risas.

—Paso de ella y paso de ti — responde con arrogancia, y se abre camino a empujones.

—No tenías por qué —dice Nessa mirando con agradecimiento a la pelirroja, que recoge su cabello con un palo sobre la cabeza.

—Sí, Ness, solo lamento haber tardado tanto en abrir los ojos. Vamos, te acompaño a clase —se ofrece, pasándole un brazo por los hombros y plantándole un sonoro beso en la mejilla.

Algunos de sus compañeros las miran y murmuran. En sus caras ya no ve burla, sino lástima, y eso le provoca mayor dolor. Lo de la posible acusación de violación ha trascendido, pese a que no llegó a formalizar la denuncia; ¿cómo hacerlo si no tiene nada que lo

demuestre?, de momento...

* * *

Isaac ha sido llamado al despacho de Ricardo Alsina, que le espera con las manos cruzadas sobre la mesa.

—Adelante, Isaac.

—Gracias, señor. —Cierra la puerta y toma asiento frente a él—. ¿Para qué me ha hecho llamar?

—En esta ocasión le he hecho venir en calidad de director de esta institución, aunque podemos mantener los formalismos a un lado, Isaac. Estoy al corriente, como es normal, de todo lo

acontecido ayer.

—Ya me imagino —responde bajando la cabeza, pues espera lo peor—. ¿Qué medida disciplinaria va a tomar, señor?

—La expulsión temporal, Isaac.

Él se echa las manos a la cara y niega con la cabeza.

—Por favor, permítame...

—De Lorca, por supuesto —aclara esbozando una sonrisa cómplice—. Como ya sabrás, es un chaval problemático y esta ha sido la gota que colma el vaso. Por supuesto, no es definitiva, ni tan siquiera es una decisión que pueda tomar sin cargar con alguna consecuencia por parte del

comité estudiantil, pero considero que es lo correcto. No volverá al instituto en al menos un par de semanas. —Isaac suelta el aire aliviado y eleva la cabeza dirigiendo una mirada de agradecimiento a ese hombre al que ve como a un extraño ángel de la guarda—. Aunque vi que no siguió mi consejo y le propinó un duro golpe, supongo que hay excepciones, mi querido amigo. Isaac, céntrate en los estudios. Los profesores están contentos contigo, y yo también. Sigue así, estás haciendo progresos. Procura no acumular más faltas. Entiendo que es una complicada situación y te honra que apoyes a tu amiga, aunque no debes descuidar tus

notas. Y con respecto al espinoso tema de Lorca y Nessa, tranquilo: si algo he aprendido a lo largo de mi vida es que el tiempo pone a cada uno en su lugar.

REFLEJO DISTORSIONADO



Nessa ha superado la semana con la ayuda de Isaac y Beca. Los tres se han reunido antes de las clases y al terminar la jornada. Además, las chicas se han dedicado a estudiar cada tarde, preparando unos exámenes que están a

la vuelta de la esquina. Impulsadas por la cafeína y animadas por una sucesión de listas de canciones que suenan en bucle desde el iPad, han dejado a punto las asignaturas. Rebeca es una excelente motivadora cuando se lo propone. Ella va un curso por delante de su amiga, por lo que no ha dudado en echarle una mano.

Isaac, por su parte, ha estado fuera de casa el mayor tiempo posible después del instituto, ya fuera charlando con Leo y planeando lo del sábado o hincando codos en la biblioteca; todo con tal de no tener que verse las caras con Lorraine, que ha continuado su acoso vía WhatsApp.

El timbre marca el inicio del fin de semana. Isaac recoge a toda prisa y sorte a sus compañeros de camino al exterior, donde aborda a las chicas.

—Sé que te tocaba elegir plan este viernes, Barbie Gótica, pero el pozo de las lamentaciones no me parece un buen destino, así que Rebeca y yo nos hemos tomado la libertad de dar con un plan alternativo.

* * *

Ni siquiera le han permitido dejar sus cosas; con lo puesto se han subido a un autobús de línea regular.

Nada más llegar a su destino, Nessa baja de un salto a la calle, estira las extremidades y centra su vista en la noria que gira perezosamente a varios metros de altura.

—Vaya. No sabía ni que estuviera abierto en esta época.

—Hacía mucho que no veníamos. ¿Recuerdas la última vez, nena? — pregunta Beca enhebrando su brazo en el de ella.

—Sí, comimos perritos calientes y manzanas de caramelo antes de montarnos en el Revolution.

—Y Úrsula terminó vomitando.

—Fue genial. Bueno, para ella no tanto.

Ambas estallan en carcajadas.

—¿Esperamos a alguien? Lo digo por aprovechar ahora que no hay cola para ir entrando —comenta Nessa señalando las taquillas vacías.

Un chico vestido con vaqueros y sudadera gris se acerca hasta ellos haciendo filigranas sobre un *skate*. Frena, coge su tabla bajo el brazo y saluda a Isaac con camaradería. Es Leo.

—Hola, ¿cómo te va, Vanessa? —le pregunta, y le da un par de besos.

—Genial. Gracias por la fiesta, fue una pasada.

—Casi de muerte para ti. Lo siento —responde genuinamente arrepentido, jugueteando con el aro ceñido a su labio

inferior.

—No, en serio. Eso fue cosa de unos gilipollas; lo que montaste fue impresionante —insiste nuevamente, y repara en Beca, que permanece a un lado completamente cohibida—. Os presento: Leo, esta es Beca. Beca, él es Leo, un DJ de la leche.

—No sé si tan agrio, pero me gusta dejar fluir la música entre mis manos — replica trazando una graciosa a la par que torpe reverencia a la pelirroja, que no puede ocultar una sonrisa.

—Encantada.

Leo se adelanta a las taquillas, entrega su tabla y regresa con cuatro pases.

—No hacía falta, podríamos haber ido todos —dice Beca aceptando el suyo.

—No os hubieran hecho este descuento —responde guiñándole un ojo—. Privilegios de trabajar aquí. ¿No pensaríais de verdad que esas fiestas generan ingresos suficientes? —añade, reparte el resto de entradas y se pone a la cabeza del grupo.

—Primera parada: caída libre —propone Leo con decisión, recorriendo con la mirada el enorme raíl vertical que se alza sobre sus cabezas.

Amortizan la pulsera subiendo en cada atracción, paran para comer los bocadillos que Rebeca ha llevado

perfectamente envueltos y devoran uno de esos grandes algodones de azúcar. Nessa sonríe; sus amigos le están regalando un día para el recuerdo.

Pasean por la sala de los espejos e incluso se atreven con el laberinto de cristal, aunque al segundo giro Beca y ella vuelven sobre sus pasos; ninguna de las dos tolera bien los espacios cerrados. Los chicos se toman como reto personal cruzar la salida antes que el otro. Salen a la par y la cosa termina en empate.

Los cuatro se sientan exhaustos a descansar sobre una porción de césped. El invierno acecha a la vuelta de la esquina, aunque hay días como este en

los que el clima da una tregua. Algunos pájaros trinan en las copas de unos árboles perennes de hojas parduzcas. Leo gira el tapón de su botellín de naranjada y se lo ofrece a Beca, que acepta, agradeciendo el gesto con apenas un susurro.

—Ya sabes, por si eres escrupulosa y eso. Yo no lo soy, así que adelante, dale un buen trago.

—Oye —dice tendiéndole de nuevo la bebida una vez sacia su sed—, cuando termina la temporada, ¿a qué te dedicas?

—Es verdad, tío, ¿qué harás cuando cierren hasta primavera? —Isaac se apoya sobre los codos y echa la

cabeza hacia arriba.

—No sé, un colega me ha dicho que podría buscarme algo, quizá pinchando en algún garito. No es que paguen la hostia, pero por algo se empieza.

—¡Avisa e iremos a verte! — replica Beca con entusiasmo.

—No lo dudes. Seréis los primeros en saberlo. —Bebe del mismo botellín que acaba de ofrecer a Beca.

Chista en dirección a una pareja y se incorpora de un salto, portando un armatoste en la mano.

—¿Nos podéis hacer una foto? — espeta tendiéndoles la cámara que los muchachos observan extrañados.

Corre junto a los demás y espera a que el *flash* salte. Pocos segundos después, una ranura escupe la lámina de grueso papel que Leo sostiene y agita como si de un abanico se tratara, hasta que la imagen gana definición y muestra a la heterogénea pandilla.

Da las gracias a los improvisados fotógrafos y le regala la instantánea a Nessa.

—Para ti. Ponla a buen recaudo, ¿eh?

Ella se siente emocionada por el gesto y guarda la fotografía en su mochila.

Escuchan el traqueteo de un motor y giran sus cabezas.

—La cueva del terror ha abierto tarde. Seguro que es el turno de Alexander. Es un vago —se queja, y se recoloca la gorra que cubre su pelo corto—. Bueno, ¿subimos? —pregunta mientras observa los pequeños vagones que se ponen en marcha.

—Sí, Ness, será divertido —insiste Beca con entusiasmo, mirándola con sus grandes ojos verdes.

—De acuerdo. Pero después tendremos que volver, chicos.

—¡Cortarrollos! —replica Leo en tono cantarín. Toma la delantera y coge a Beca del brazo—. Dejémoslos solos —se excusa tirando de ella con efusividad.

Beca baja las mangas de su camiseta y reza para que estas y las dos muñequeras que lleva cubran sus cicatrices.

Se suben a uno de los cochecitos.

—¡Vamos, Álex! ¡Dale caña, macho! —exige Leo con tono alegre, llamando la atención de su compañero de trabajo.

Nessa e Isaac son los siguientes. El operario es un hombre de mediana edad con mono azul que alterna su labor con partidas de Candy Crash.

El vagón llega hasta ellos y con un gesto desganado les indica que suban.

—Turquesa, mi color —afirma Isaac guiñándole un ojo a la chica, que

esboza una sonrisa mientras se acomoda en el asiento biplaza.

El cochecito arranca y atraviesan una lona de plástico oscuro. La grabación que resuena por todo el recorrido les resulta hilarante, más que terrorífica, y no pueden contener la risa.

—¿Viento? No han ido a Zaragoza por estas fechas.

Ambos estallan en carcajadas.

—¿Eso son gritos? No conocen los de mi antigua tutora.

Ya en el segundo piso, el vagón detiene su marcha.

—¿Esto forma parte del espectáculo? —Nessa intenta esconder su nerviosismo.

—No lo sé. Supongo que han tenido una avería.

—Joder, ¿y qué hacemos?

Isaac se apea del carro y le tiende la mano.

—Vamos, Barbie Gótica, confía en mí.

«No pienso esperar a que otro de estos cacharros nos embista», piensa imaginando la colisión. Acepta su ayuda y, en el mismo momento en el que sus dedos se rozan, salta una chispa. Se miran y sonrían. Electricidad estática.

Avanzan sorteando los raíles, dejan atrás algunas figuras de la atracción y procuran mantenerse cerca de las paredes. Una momia se incorpora de su

sarcófago y le da un susto de muerte. De pronto, todas las luces se apagan, excepto una que titila a lo lejos.

—No.

—Vamos, Nessa, avancemos hacia la luz.

—Isaac, me siento como uno de esos espíritus de *Entre fantasmas*.

—¿Y quién sería yo?

—Melinda, pero sin tetas.

Ahogan una carcajada y siguen el brillo carmesí del foco que los guía hasta un espejo sobre el que derrama su parpadeante luz. Nessa se encuentra con su reflejo distorsionado. Las agudas risas pregrabadas alternadas con gritos continúan sonando desde unos altavoces

sobre sus cabezas y ahora se les antojan de lo más espeluznantes. De nuevo, el amargo recuerdo resurge insidiosamente desde el fondo de su memoria.

Isaac, intuyendo lo que le está sucediendo a la chica, roza el dorso de su mano para infundirle fuerza.

—Enfréntate a tus miedos, Nessa. Yo estaré a tu lado para derribarlos.

—No quiero estar asustada ni sentirme sola.

Isaac coge la barbilla de la chica y voltea su rostro con delicadeza hasta que sus miradas convergen. Ella traga saliva hipnotizada por sus iris aguamarina, esos que incluso bajo la iluminación más tenue la observan con

tal intensidad que el tiempo parece detenerse.

—Nunca más.

Entrelazan sus manos y el sonido en batería de la atracción volviendo a ponerse en marcha a pleno rendimiento mitiga la tensión reinante.

—Eh, chicos, ¿estáis bien? — pregunta otro técnico que surge tras una puerta escondida en la pared revestida de cartón piedra.

—Ahora sí.

* * *

El viaje de regreso es de lo más

peculiar. Beca y Leo comparten asientos en la parte trasera del autobús, que viaja semivacío, y Nessa hace lo propio con Isaac. Ella se alegra de ver a la pelirroja riendo como hacía tiempo que no lo hacía. El amigo de Isaac es un buen chico, aunque sus credenciales no sean las mejores. Nadie es perfecto. Le cuenta en confidencia que acabó en el centro de menores por juntarse con malas compañías y meterse en algunos problemas, aunque eso es cosa del pasado. Y ella le cree porque puede que Isaac guarde algunos secretos que todavía no está preparado para compartir, pero es alguien en el que se puede confiar, por mucho que ella se

negara a admitirlo cuando entró en su vida de manera accidental, o en las sucesivas discusiones y encontronazos que han tenido. Es una buena persona, y se siente agradecida de tenerlo a su lado.

Los dedos del chico asen su mano y ella lo observa con una mezcla de desconcierto y emoción. No entiende por qué, pero siempre que él la toca sus pulsaciones se disparan absurdamente. «Vamos, cada vez te gusta más, admítelo», le dice una vocecilla en su cabeza que no logra silenciar. Isaac exhibe una sonrisa traviesa y cuando el autobús estaciona en la siguiente parada se pone en pie y tira de Nessa hacia las

puertas. Leo hace lo mismo con Beca.

—Eh, ¿adónde vamos? —quiere saber la pelirroja.

—Ahora lo veréis.

Han bajado en una zona residencial. Es un conjunto de grandes casas de distintos estilos rodeadas por terrenos salpicados de vegetación. Parece una ciudad fantasma; solo se cruzan con un par de coches de alta gama y una mujer de mediana edad que pasea a su elegante dálmata. Leonardo va en cabeza recorriendo las distintas calles bordeadas de farolas y parterres hasta llegar a una moderna edificación de líneas puras y rectas en la que predominan el cristal y el metal. La

propiedad está protegida por un muro que el grupo bordea hasta llegar a una alta cancela.

—Vamos, tío, no me dijiste nada de allanamiento de morada.

—No jodas, Montalvo, ¿me crees tan gilipollas? —replica, y saca del bolsillo de sus vaqueros unas llaves que agita frente a su cara.

Leo abre la puerta y los invita a entrar. El aroma que desprenden algunas flores resulta embriagador y el sonido lejano del agua que brota invita a relajarse.

—¿Quién vive aquí? —quiere saber Beca, que se acerca a un rosal y acaricia los suaves pétalos.

—Un conocido. Le corto el césped de vez en cuando. También pinché en una de sus fiestas. Fue la caña.

Se pone de nuevo en marcha siguiendo un camino trazado con maderas que recuerdan las de un embarcadero.

—Qué pasada —dice Nessa al llegar frente a una piscina de forma irregular. A uno de los lados, en curva, se eleva un montículo de piedras por el que discurre una cascada artificial.

Leo mordisquea el *piercing* de su labio y comienza a quitarse la camiseta ante la atónita mirada de las chicas. Beca intenta apartar los ojos de sus abdominales, ejercitados en la justa

medida. Acto seguido, el chico se desabrocha el pantalón, divertido por la situación.

—Vamos, no tenemos todo el día —los apremia, dejando el *skate* en la hierba y las prendas encima.

—Pero nosotras no hemos traído traje de baño —se excusa Nessa.

—Bueno, la verdad es que sí. Isaac me pidió que metiera dos en la mochila, aunque pensé que eran para las atracciones acuáticas, la verdad... — revela Beca, que abre la cremallera y saca un neceser.

Leo les indica dónde pueden cambiarse y siguen sus instrucciones. Hay una caseta con sauna y aseo. Las

muchachas acceden. En cuanto cierran la puerta, Isaac se deshace del calzado y de los pantalones. Se queda en bañador y camiseta.

—No quiero que la vea.

—¿La marca? Tío, tarde o temprano acabará viéndola.

—Pero no hoy —responde con tono cortante.

—Muy bien, lo que tú digas, ¿entonces, ya estás listo?

—Sí, ¿por qué? —Leo alza una ceja y lo empuja. Isaac atraviesa la superficie cristalina.

Las chicas escuchan dos chapuzones desde el cambiador. Ambas se han puesto sus respectivos bañadores.

—¿Negro con una calavera? No parece muy de tu estilo, Beca, ¿o te has pasado al lado oscuro?

—Vamos, ¿no creerías que iba a volver sin ningún regalo de las vacaciones? Lo único es que con todo lo que ha ocurrido... he tardado en dártelo.

Las chicas se funden en un caluroso abrazo.

—Nena, ¿qué hago con... esto? — Beca muestra ambas muñecas vendadas y cubiertas por un par de muñequeras que se ha colocado para la ocasión. Baja la mirada al suelo, visiblemente avergonzada.

—Dejártelas. Seguro que lo pones de moda —responde con desenfado—.

Estilo punki —añade, dándole un golpecito cariñoso en el hombro.

Nessa se mira al espejo y mordisquea su uña al caer en la cuenta de que debería haberse depilado las piernas. No tiene mucho vello, pero sí el suficiente para que le dé apuro personarse en bañador frente a los chicos. Antes de dar voz a ese pensamiento, Beca saca de su estuche una maquinilla de afeitar y se la tiende.

—Estás en todo.

—Eso intento.

Una vez preparadas, salen envueltas en un par de toallas que han tomado prestadas de la caseta y se unen a los chicos. Ellos se comportan en el

agua como niños, haciéndose aguadillas y riendo escandalosamente. Leo se aleja nadando para colocarse bajo la cascada.

Isaac se gira al escuchar a Nessa carraspear. La chica lleva el pelo recogido en un moño improvisado y unos mechones peregrinos brillan bajo los últimos rayos de un sol que comienza su descenso. Isaac se impulsa sin dificultad, sale del agua y recorre la distancia que los separa. La camiseta, empapada, se le pega al cuerpo, y el agua gotea rítmicamente en el suelo formando un charco a sus pies. Nessa no aparta la mirada y nota su corazón acelerarse al percibir la respiración del chico cada vez más cerca. Él la toma

con suavidad de la muñeca, acariciando su piel con el pulgar. «Vamos, Isaac, contrólate», se dice a sí mismo intentando mantener a raya sus instintos.

—¿No pensarás dejártela puesta?

—Hace tintinear la pluma negra que cuelga de la pulsera de Nessa.

Ella suelta el aire y sonrío sintiéndose estúpida. «Pensé que me iba a besar de nuevo. ¿Quiero que lo haga? Sí. No. No sé. ¡Joder, para ya, Nessa!», se reprende en un monólogo interior.

—No, claro, yo... no me acordé.

Isaac le suelta el broche con cuidado.

—¿Qué te parece si la guardamos en tu mochila?

Deja a buen recaudo la pulsera y se mete en la piscina, donde Leo y Beca juegan como si se conocieran de toda la vida.

—Vamos, Barbie Gótica, adelante, yo te recojo.

Nessa se sienta con cuidado en el borde e introduce los pies lentamente en el agua. Está tibia y resulta agradable. Toma aire y comienza a descender. Isaac la coge de las caderas con firmeza y la baja lentamente hasta que sus rostros quedan a la misma altura. Le sostiene la mirada unos segundos, embrujado por esos ojos todavía enmarcados por delineador negro. Ella traga saliva cuando le retira unos

mechones de la cara, que a cada segundo pasa más cerca de la suya. Leo rompe la magia abalanzándose sobre él y hundiéndolo bajo el agua al grito de «¡guerra!». Beca y Nessa se unen a la batalla. Las risas y gritos resuenan en la urbanización.

El sol ha caído y las luces de la piscina se encienden. Algunos perros ladran y aúllan a lo lejos como si se tratara de lobos venerando a la luna. Leo está en la hierba tumbado bajo la ráfaga de unos aspersores, bebiendo una cerveza y escuchando *Be somebody*, del grupo Thousand Foot Krutch, en el iPod de Isaac conectado a un altavoz portátil. Beca permanece fuera del alcance del

riego con la toalla sobre los hombros y moviendo los pies al ritmo de la canción.

El móvil de Nessa comienza a sonar y ella se dirige a la escalerilla. Isaac hace acopio de valentía y cuando está en el segundo escalón la atrapa y se zambullen. Sus ojos se encuentran bajo el agua bañada por los focos de colores, que crean un efecto similar al de un caleidoscopio. Emergen a la superficie y el cabello de Nessa se desliza alrededor de su óvalo.

—¡Mi goma de pelo!

—¡Inmersión! —exclama Isaac elevando la comisura de los labios.

Sujeta a Nessa, la levanta de las

caderas y la arroja bajo el agua nuevamente. El grito de la chica muere ahogado. Enseguida se recompone y los dos bucean durante unos segundos hasta dar con el coletero, que parece reptar por las baldosas del fondo como una serpiente. Sus manos se encuentran al ir a cogerlo. Isaac no duda en entrelazar los dedos con los de la chica, más pequeños y estilizados. Quiere besarla, lo desea con cada fibra de su ser, pero sabe que no es el momento adecuado. Se miran soltando burbujas de aire por la boca y Nessa está tentada de aferrarse a él y juntar sus labios para compartir el escaso oxígeno que guarda en los pulmones. El efímero momento se

desvanece cuando las luces se apagan bruscamente. Juntos ascienden para tomar una honda bocanada de aire.

—¿Lo ves? Hacemos buen equipo.

—Eso parece.

Leo se ha puesto en pie y está recogiendo las cosas a toda prisa; les arroja la ropa lo más cerca posible del borde.

—¿Os acordáis cuando os he dicho que tenía permiso de mi colega para entrar aquí? —Todos asienten—. Pues bien, no puedo decir lo mismo de su mujer, y acaba de llegar —dice señalando lo que claramente son los focos de un coche que está aparcando al otro lado del muro.

Isaac y Nessa salen deprisa del agua, intentando hacer el menor ruido posible. Se visten por encima como buenamente pueden y abandonan el jardín, no sin antes dejar las toallas en la caseta.

Ya en la calle, los cuatro comienzan a correr impulsados por el torrente de adrenalina que recorre sus venas.

Una vez abandonan la urbanización, ya en la parada de autobús, se miran los unos a los otros y ríen escandalosamente. Están vestidos y calados hasta los huesos.

—Parece que nos haya cogido la tormenta —observa Beca todavía

jadeando.

—Joder, mi madre me ha llamado dos veces —protesta Nessa con un mohín de disgusto al revisar el móvil.

—Dile que te pilló un nubarrón anárquico —sugiere Isaac, que cambia la mochila de lado.

—Gracias.

—¿Por la excusa? No se merece, es un asco.

—No —responde sonriendo con dulzura—. Por este día. Lo he pasado genial. De verdad. Gracias a todos.

El agua ha barrido el maquillaje del rostro de Nessa y ahora más que nunca Isaac ve a la chica tras la máscara, la inocencia guardada a buen

recaudo tras esa capa de fingida frialdad que ostentaba durante los primeros días de clase. Sabe que es dolor lo que alimenta esa rabia que excreta en ocasiones; a fin de cuentas, son más parecidos de lo que jamás creyó posible.

* * *

En cuanto llega a su cuarto, y tras lograr esquivar las preguntas de sus padres (que tampoco insisten demasiado al ver a su hija radiante), Nessa se acerca al socorrido corcho de la pared y retira la vieja fotografía en la que

aparece Úrsula asiéndola por la cintura, y llena ese espacio con la que Leo le ha ofrecido. Da dos pasos hacia atrás para mirarla desde más lejos. Definitivamente, le encanta. Inspira hondo y quita una a una las notitas de Úrsula y la ristra de instantáneas de fotomatón que se tomaron poniendo caras raras hace dos veranos: son recuerdos de una amistad rota en mil pedazos, extinta.

—Debo quitar lo viejo para dejar sitio a lo nuevo. —Guarda lo sobrante en una cajita de cartón al fondo de su armario y eleva la comisura de los labios.

33

MÁS QUE MIL PALABRAS



Isaac se viste al ritmo de One Republic, una de sus bandas favoritas. Ha llegado el día. Leo tiene todo dispuesto y solo queda esperar que el grupo de Lorca aparezca en la fiesta y dejen libre el inmundo local de ensayo

situado en una calle próxima al centro de la ciudad.

El señor Montalvo ha tenido que coger un AVE por asuntos laborales y Lorraine aguarda al otro lado de la puerta cerrada con pestillo a que Isaac abra para abalanzarse sobre él y reclamar lo que cree que le corresponde. Ha llamado reiteradas veces utilizando sus uñas como aldaba. Él ha respondido elevando el sonido de los altavoces a los que tiene conectado el iPod. Lo único de su madrastra que entra en ese cuarto es la intensa fragancia del incienso que enciende, siempre que tiene ocasión, con la intención de ahogar el olor a alcohol y a

cigarrillos que desprende.

—Lo de ayer no fue de recibo, ¿dónde coño estabas?! —exclama aporreando la puerta—. ¡Estoy empezando a cansarme de esta actitud!

—Pues ve acostumbrándote, porque va a ser la que emplee contigo a partir de ahora, Lorraine —responde en un tono lo suficientemente elevado para que la réplica llegue a oídos de su madrastra, que gruñe rabiosa y arroja su vaso de whisky contra el suelo.

* * *

Ramón y Cristina nunca han pecado

de sobreprotectores con su hija, pero demasiadas cosas han salido a la luz en las últimas semanas y el miedo a que a Vanessa le suceda algo malo es como un cuchillo que apunta directamente a sus corazones.

Su padre saca unos cuantos billetes de la cartera y se los entrega carraspeando.

—No dudes en utilizarlo si debes coger un taxi, cariño —dice su madre colocándole las solapas de la cazadora como cuando tenía diez años—. Hoy me toca turno de noche, aunque si necesitas cualquier cosa...

—No necesito nada. Solo que dejéis de mirarme como si me marchara

a la guerra.

—Y si alguien te causa problemas...

—No lo harán. Si así fuera, os llamaría, ¿de acuerdo? De verdad, estoy bien —insiste, poniendo todo su empeño en sonar convincente.

—No has cogido anginas de milagro. Hazte un favor y mantente lejos del agua.

—No soy un *gremlin*, mamá — replica sonriendo divertida.

Ramón apenas es capaz de sostenerle la mirada. Siente que ha fallado a su única hija. Ella continúa pensando que esa barrera que parece erigirse entre ambos se debe al simple

rechazo, como si lo sucedido con Lorca la convirtiera en algo sucio, un juguete roto. Agita la cabeza y se libera de esos pensamientos. Sabe que debe huir de ellos, dejar atrás ese cúmulo de malas sensaciones y empezar de nuevo. Por suerte, cuenta con el apoyo de sus padres, que la miran como si fuera un bien preciado, y de sus amigos, que le regalaron una de las mejores tardes de su vida.

—Estarás en casa antes de las doce.

—¡Papá...! —protesta Nessa con voz quejumbrosa—. Si ha de pasarme algo, da igual que sean las ocho de la noche que las seis de la madrugada, y lo

sabes.

—Tan bien como sé que a esas horas solo están en la calle los borrachos y la gentuza, hija.

—Ramón, no seas carca, mi vida —le reprende Cristina con dulzura, acariciando su espalda como el cazador que calma a su perro de presa.

—La una.

—Las dos —negocia Nessa sin echarse atrás.

—La una y media. Es mi última palabra.

—Gracias, papá —replica con entusiasmo.

Alguien llama al portal. Es Isaac. La chica se despide de sus padres

prometiéndole ampararse en la luz de las farolas y corre escaleras abajo.

Isaac la espera apoyado en la pared de la calle.

—Hola, Barbie Gótica, ¿preparada para un allanamiento? —Alza una ceja.

—Rompamos las normas.

* * *

Les ha resultado sencillo encontrar el antiguo edificio recubierto de grafitis y desconchones en la fachada. A Isaac no le hace falta poner mucho de su parte para forzar el candado del local; solo un truquito que Leo le enseñó en el centro

de menores. No todo son recuerdos amargos.

Acceden al interior y accionan el antiguo interruptor, una pieza de coleccionista. Una bombilla intermitente escupe su mortecina luz sobre la destartalada habitación principal y la muestra en toda su decadencia.

—Parece la peña de Hannibal Lecter —indica Nessa.

—No insultes su criterio. Él es un hombre de gustos refinados —rebate Isaac.

—Me retracto entonces, se asemeja más a la de *La matanza de Texas*.

—Punto positivo. Sí, es más del rollo antihigiénico de Leatherface, sin

duda.

El ambiente está cargado de olor a humedad, polvo y cerveza rancia derramada, todo en una combinación que un fragante ambientador con notas cítricas no logra camuflar.

Ven el sofá apoyado contra una de las paredes agrietadas y decoradas con carteles sujetos precariamente con celo y grapas en posiciones que insultan la geometría. La superficie mullida e irregular del sofá de tres plazas está forrada de una tela gruesa y desvaída que intentan ocultar ineficazmente unos cobertores heterogéneos que han tenido tiempos mejores.

Justo enfrente está la mesa,

compuesta por una pila de palés pintados sobre la que han colocado un vidrio rectangular repleto de marcas de vasos y latas, algunas de las cuales todavía continúan dispersas por encima.

El botón de encendido de una obsoleta minicadena parpadea en una esquina. Sobre esta, un disco de vinilo gira perezosamente con la aguja raspando torpemente sin emitir melodía alguna, «como si Freddy Kruegerafilase sus garras»; ese pensamiento le provoca un escalofrío a Nessa, que se recompone enseguida.

Ambos avanzan por el suelo de linóleo ornamentado con polvorientas alfombras.

Al otro lado ven otra puerta de menor tamaño. Es de madera y presenta agujeros de carcoma.

—Ese es el baño —indica Nessa en un susurro, notando un nuevo escalofrío que trepa como una araña por su columna vertebral.

—Eh, mírame —Isaac la sujeta con suavidad por los hombros—. Cojamos lo que hemos venido a buscar y larguémonos de aquí, ¿vale? —Su voz está rebosante de dulzura.

Nessa se aferra al brazo del chico y es entonces cuando ve una marca en un trozo de piel que queda al descubierto bajo la manga de su jersey. Ella acaricia la protuberancia e Isaac retira

rápidamente el brazo, cubriéndose.

—¿Qué te ocurrió?

—¿Qué te hace pensar que me sucedió algo, Barbie Gótica? —replica intentando esbozar una sonrisa desenfadada.

—No eres la típica persona que se autolesiona, Isaac —responde, volviendo a posar la mano sobre el antebrazo del chico, que en esta ocasión no se aparta. Su rostro se contrae en una expresión de dolor que a Nessa no le pasa inadvertida—. Por eso ayer no te quitaste la camiseta... ¿Puedo verlo? —pregunta sin vestigio alguno de la coraza mordaz tras la que suele refugiarse.

Él coge aire y lo expulsa

lentamente. Acto seguido, se remanga el fino jersey azul y expone la irregular marca en forma de trece. Gira la cabeza, temiendo ver la compasión reflejada en el rostro de ella. El suave tacto de los finos dedos de Nessa recorriendo el contorno ondulado de la cicatriz le hace contener la respiración.

—¿Cómo fue? Tú cargas con mis demonios, permite que conozca los tuyos. No pases por esto solo —dice colocando la mano en su barbilla y volteando su rostro hasta que quedan frente a frente.

—Una navaja. En el centro de menores. Él decidió marcarme como al ganado; solo era uno más en su redil, el

decimotercer chico con el que compartía cuarto —narra la historia a trompicones, como si cada palabra fuera una cuchilla pasando por su garganta.

—Lo siento mucho —le dice cogiéndolo de la mano y entrelazando sus dedos.

Él le acaricia la mejilla y sus rostros comienzan a acercarse. El sonido de unos pasos al otro lado de la puerta los pone en alerta. Ambos se sobresaltan y entran en el baño, donde quedan agazapados y en completo silencio.

Alguien entra en el local. El sonido de sus tacones contra el suelo y el tono rubio de su melena son fácilmente

reconocibles: Úrsula.

Isaac y Nessa intercambian una mirada interrogante.

La recién llegada respira agitadamente y se sorbe la nariz, enrojecida a causa del llanto que cubre su rostro de lágrimas oscurecidas por la máscara de pestañas arrastrada en el torrente salado. Camina nerviosa de un lado para otro. Se inclina frente a un mueble y , revuelve en su destartalado cajón hasta dar con una hoja de cuaderno y un bolígrafo. Garabatea algo nerviosamente y dobla el pliego con insistencia. Lo deja sobre la mesita y apoya en la parte superior una cajita alargada. Por último, mira hacia el

baño. Durante unos instantes, tanto Nessa como Isaac contienen el aliento temiendo ser descubiertos. Finalmente, Úrsula niega con la cabeza, saca una toallita del bolso y se la pasa por debajo de los ojos castaños. Su móvil suena. Responde tras tomar aire.

—Eh, hola... No, Eli, no puedo ir... Será mejor, hazme caso... Hablamos mañana, ¿vale? Debo colgar —dice antes de deslizar su dedo por la pantalla y guardar el aparato en el bolsillo de su ajustada falda vaquera. Agarra el bolso nuevamente y se dirige a la salida. Ya en el umbral, se vuelve y recorre el espacio con la mirada, apaga la luz y se marcha por donde ha venido.

Isaac y Nessa dejan pasar unos minutos antes de abandonar su escondrijo y continuar la búsqueda. Una vez que el peligro ha pasado, accionan de nuevo la luz.

—¿Qué le habrá pasado? —
Vanessa frunce el ceño y dirige una breve mirada a la caja que su otrora amiga ha depositado sobre los palés—. Es un test de embarazo. ¡No me jodas! Por favor, que no esté embarazada de ese cabrón.

—¿Quieres salir de dudas?

—No, Isaac, en esta vida hay cosas que es mejor ignorar y esta es una de ellas. Es su problema, no pienso inmiscuirme. —Él asiente conforme y

escudriñan cada rincón del local hasta dar con un armario cerrado a cal y canto. Mira a Nessa con confianza y abre el cerrojo. Las bisagras chirrían y la decepción llega en forma de estantes vacíos—. Todo esto no ha servido para nada. —Nessa verbaliza con frustración lo que a ambos les pasa por la cabeza. Libera toda la rabia golpeando con fuerza una de las puertas, lo que hace temblar la precaria estructura de madera que sostiene algún que otro vinilo y revistas viejas, que caen en cascada a ambos lados del mueble.

—Era una posibilidad con la que contábamos. Lorca no parece un miembro de Mensa, precisamente, pero

razona lo suficiente para deshacerse del material tras el *show* del otro día.

—¿Y ahora qué? —pregunta Nessa cabizbaja, deseando realmente que su amigo tenga una solución.

Él echa un vistazo a la habitación principal y un viejo ordenador llama su atención.

Isaac tantea por los estantes en los que los miembros de la banda guardan diversos discos y obsoletos videojuegos enredados en metros de cables negros.

—Lo grabó en cinta: eso no significa que no hiciera copias. — Introduce la mano en la parte trasera del aparato y rebusca por la polvorienta superficie de la torre del ordenador—.

¡Bingo! —exclama extrayendo una cajita negra—. Un disco escondido. Lo tenemos, Nessa.

Ambos se miran con la esperanza reflejada en sus rostros y se abrazan con fuerza. Al sentirla tan cerca, las hormonas de Isaac se revolucionan y nota su pulso desbocado. Desea tanto besarla como un náufrago anhelaría el agua dulce. Necesita aferrarla con fuerza, rodearla con los brazos y aspirar su fragancia; perderse en la inmensidad de sus ojos avellana y probar de nuevo esos labios que le tientan peligrosamente, pero sabe que no son el momento ni el lugar adecuados. Todavía no.

Desliza un mechón de la chica entre sus dedos y le propina un cariñoso golpecito en la barbilla.

—Vayamos a celebrarlo.

* * *

Se suben a un taxi y acuden a la dirección que Leo les ha enviado por WhatsApp. En la emisora de radio suena un tema de los noventa que ambos tararean casi al unísono, hipnotizados con el brillo de las farolas que, a través de la ventanilla del coche en movimiento, crea la ilusión de una estela dorada. Se miran de soslayo y cantan un

verso completo. En esta ocasión, la fiesta no es en la nave que acostumbra a utilizar como sitio de reuniones, sino en otra situada a las afueras de la ciudad.

Entran en el edificio y es Isaac quien guía de la mano a Nessa entre la multitud. Como siempre que él la toca, un cosquilleo se extiende por su cuerpo, comparable a una diminuta descarga eléctrica que estimula cada uno de sus sentidos. Hace un rato, en el apestoso local, esperaba que él volviera a besarla; de verdad lo esperaba, pero no sucedió, y no sabe si sentirse decepcionada o agradecida. Todavía no tiene idea de cómo enfrentarse a los sentimientos que Isaac despierta en ella

sin que lo sucedido con Lorca lo empañe todo.

Los instrumentos de los Scorpions Dynamite emiten sus últimas y decadentes notas, recibidas por los abucheos de la mayoría y esporádicos aplausos de aquellos con menos criterio que oscilan de un lado a otro bajo los efectos del alcohol.

Lorca está en el improvisado escenario, sostiene en alto el micrófono y se yergue orgulloso junto al novio de Elisa y a Marcos, que aporrea la batería con sus baquetas.

Nessa e Isaac evitan mirar en su dirección y avanzan esquivando invitados hasta llegar a la mesa de

mezclas desde donde orquesta Leo, ataviado con una llamativa sudadera con capucha verde fosforito y unos enormes cascos naranja colgando sobre los hombros. A su lado está Beca, exultante y vestida de blanco. Observa al chico que se prepara para la sesión con la que pretende encarrilar un evento condenado al fracaso tras la patética actuación del grupo *amateur*.

Ambos hablan muy cerca el uno del otro. En cuanto divisan a sus amigos, agitan las manos a modo de saludo. Rebeca se ha deshecho ya de las muñequeras y en su lugar se ha ceñido dos manojos de pulseras elaboradas con telas y abalorios de madera.

Lorca le hace una señal a Leo, que dibuja una sonrisa falsa en el rostro y le devuelve el gesto, murmurando un «pedazo de capullo» que estaría encantado de deletrearle a la cara. Acto seguido, deja sonando un disco de mezclas y baja de un salto al suelo. Ayuda a Beca a descender para reunirse con Nessa e Isaac.

—¿Tenéis la cinta? —pregunta la pelirroja, que ya conoce los planes.

—Algo mejor —responde el chico mostrando el disco duro.

Nessa se revuelve incómoda: sabe que deben verlo y averiguar si contiene cuanto necesitan para demostrar lo sucedido, aunque teme quedar expuesta.

Leo los invita a que le sigan y los cuatro se refugian en la parte trasera de la nave tras atravesar una puerta de metal. El DJ monta una improvisada mesa con unas cuantas cajas y coloca encima su ordenador portátil. Conecta el disco duro externo al puerto USB y accede al contenido.

—Vamos a ver.

—¿Q-qué hay? —pregunta Nessa estrujándose las manos.

—Algunos emuladores de consolas retro, unas cuantas fotografías y películas, en su mayoría porno, ¡y ni siquiera de las buenas! Un minuto —solicita comenzando a teclear a una velocidad pasmosa—. Archivos ocultos,

aunque mal escondidos. El tío es un cutre. Hay gente que ve películas como *Hackers* y ya se cree que puede entrar en el puto Pentágono —añade, en un intento de rebajar la tensión.

Gira el portátil hacia Nessa y coge a Beca de la cintura.

—Nosotros os esperamos fuera. Tardad lo que necesitéis.

Una vez solos, Isaac se acuclilla frente a la chica, que está sentada en un viejo sillón tapizado de cuero. Le coge la cara con ambas manos y traza círculos en su piel, que se le antoja tan suave con la de un melocotón.

—¿Quieres que salga?

Ella cierra los ojos y permite que

continúe con sus caricias.

—No, por favor, quédate.

Ambos toman aire y buscan entre las grabaciones. Hay varias, cada una con un nombre. Nessa abre algunos vídeos, conteniendo la respiración. Lorca ha decidido grabar sus encuentros con diversas chicas, aunque algunos no pasan de ser simples magreos. Nada evidencia que fuesen forzadas. Apenas dedican unos segundos a cada archivo debido a lo incómodo que resulta.

—Hijo de puta —espetea Isaac al leer el nombre de Vanessa en una carpeta. Se arman de valor y la abren. Intercambian miradas y pulsa el *play*.

En la pantalla aparece Lorca

alzando las cejas y mordiéndose el labio inferior.

—Mientras la estrella va al baño, animamos el ambiente. Esta es de las estrechas, necesita un empujoncito — farfulla mostrando un botecito a la cámara. Sin perder tiempo, vuelca el contenido en un botellín de cerveza abierto, lo remueve un poco con una pajita que arroja al suelo, y luego vuelve a dejar el recipiente donde estaba.

La chica maneja el cursor y avanza el vídeo. Isaac siente la rabia en su interior como la lava de un volcán a punto de entrar en erupción. Ahora ve a la chica, pequeña y frágil en comparación a Lorca. Intenta resistirse,

empujar a su agresor a un lado, pero este la tumba sin esfuerzo alguno. La Nessa de la grabación está ya bajo los efectos de las drogas y sus súplicas resultan estremecedoras. Se escucha el sonido de una cremallera deslizándose y deciden volver a saltar varios segundos hacia delante. Es Nessa quien coloca la mano sobre la de Isaac y pulsa el *play* nuevamente. El ángulo no es lo suficientemente bueno como para que su menudo cuerpo desnudo quede expuesto, pero Isaac es incapaz de continuar viendo aquello. Vuelve la cabeza y coge la mano de la chica entre las suyas. La luz azulada de la pantalla descubre las mejillas de la muchacha surcadas de

lágrimas. Lloro en silencio
rememorando el momento más
traumático de su vida. Avanza hasta los
últimos segundos de vídeo. Cuando
llega a su fin, Nessa se escucha gimotear
y ve cómo realiza movimientos erráticos
hasta que se incorpora con la confusión
y el dolor reflejados en su rostro. Él le
sonríe con sorna y se sube la cremallera
del pantalón, da los últimos sorbos a
otro botellín y enciende un cigarro.
«Voy a echar una meada. Deberías
marcharte. Por cierto, no puedo llevarte
en la moto, he quedado con los colegas
para tocar, ya me entiendes», es lo
último que dice antes de arrojarle las
bragas con desprecio y apagar la

cámara. Cierran la pestaña. Isaac no es capaz de hacer ni decir nada, salvo observar con impotencia a Nessa, que solloza de manera incontrolable y tiritita como si una ola de frío se hubiera instalado en sus entrañas. Ella se agarra las rodillas y permite que las lágrimas broten. Su cuerpecillo encogido recuerda al de un pequeño pájaro. Isaac se sienta a su lado y la estrecha con ternura. Frota su espalda en un deseo de liberarla de todo ese sufrimiento, de volver atrás en el tiempo, de aparecer en ese inmundo local y frenar aquella locura... No puede, eso únicamente sucede en los cuentos de hadas. Ella no es una maldita princesa ni él un príncipe

encantador; son una chica herida y un chico que apenas puede cubrir sus cicatrices. Solo es capaz de acunarla y de decirle que todo saldrá bien. Se hace una promesa a sí mismo: luchará por devolverle la sonrisa y, con ella, la esperanza perdida.

Nessa deja caer los últimos ladrillos de su otrora impenetrable fortaleza y apoya la cabeza en el pecho de Isaac, aferrándose a su jersey en un ruego mudo para que no se marche. Ya no le importa parecer dura ni tan siquiera serlo, solo sentirse segura, y la cercanía de Isaac la reconforta. Es como un bálsamo para su alma.

Cuando los sollozos remiten, se

limpia los restos del maquillaje y se reúnen con Leo y Beca en la parte delantera. No necesitan palabras. Las emociones que pugnan en sus ojos hablan por sí mismas. Beca rodea a su amiga con ambos brazos y le susurra palabras de ánimo al oído.

Isaac localiza a Lorca al otro lado de la nave brindando con sus amigos y unas cuantas chicas, que coquetean ajenas a la oscuridad oculta tras esa fachada de rebelde sin causa.

Sin pensárselo dos veces y guiado por una creciente rabia que nubla sus pensamientos, se encamina hacia él apartando a cuantos se ponen en su camino y le propina un empujón que lo

hace caer de cabeza contra un barril de cerveza. Lorca se incorpora palpándose la ceja, de la que mana una cantidad considerable de sangre.

—¿Qué cojones te crees que haces, hijo de puta?! —exclama sacando la navaja del bolsillo de su pantalón y haciendo brillar el filo bajo uno de los focos del recinto.

—Contenerme, pedazo de cabrón, eso hago —responde Isaac entre dientes, luchando por mantener a raya la bestia que guarda en su interior, la que exige ver a ese desgraciado clamando piedad.

Lorca traza un arco con la navaja. Isaac la esquiva por apenas unos centímetros y contraataca con un

puñetazo en el pecho que deja a su oponente sin respiración durante unos segundos.

—Ya te dije adónde te llevaría eso, pero ¿sabes qué? Mereces estar ahí.

Ambos se enzarzan en una frenética pelea que obliga a quienes los rodean a establecer una distancia de seguridad. Se empujan y golpean movidos por una cólera ciega. Ignoran a Nessa, que les ruega que paren. Isaac, en un momento de claridad, intenta arrebatarse el arma. Lorca hace un giro de muñeca y le hunde la afilada punta en la carne. Isaac trastabilla hacia atrás y se lleva las manos al costado, donde un cerco rojo comienza a teñir la camiseta.

—¡Que alguien llame a una ambulancia! —grita Vanessa corriendo al lado del chico.

—No ha sido nada. Solo un roce, Barbie Gótica, nada más —dice esforzándose en componer una sonrisa e intentando elevar la voz por encima de la música que continúa saliendo a través de los potentes altavoces.

Lorca observa el metal ensangrentado entre sus manos y lo tira al suelo. Escupe una salva de maldiciones mirando a un lado y a otro con inquietud. Nessa hace acopio de fuerzas y se pone en pie, arroja la navaja lejos de una patada y se coloca frente a él, que la mira con algo cercano al temor

reflejado en sus ojos negros.

La chica cierra la mano y coge impulso. Dejando que los sentimientos estancados fluyan hacia sus puños, le golpea con fuerza en la mandíbula y le arranca un juramento.

—¡Esto es por Isaac! —dice agitando la mano y permitiendo que la adrenalina del momento aplaque el dolor de sus nudillos—. ¡Y esto por mí! —añade, dándole un fuerte rodillazo en la entrepierna que lo hace caer y lo deja doblado con las manos desnudas contra el cemento. Un gemido emerge de su boca.

Leo llega hasta ellos seguido de Beca. Lorca se dispone a huir, pero él lo

sujeta ayudado por un par de amigos. Intenta zafarse, en vano, mientras los otros miembros de su banda aprovechan el momento de confusión para escabullirse. Nessa no ve nada salvo a Isaac sentado en el suelo con la espalda apoyada en uno de los fríos muros de cemento. Se agacha hasta quedar frente a frente y le examina la herida. El cerco escarlata de su camiseta se expande lentamente.

—Todo saldrá bien —dice él guiñándole un ojo con torpeza.

—¿No debería ser yo quien dijera eso? —responde, aguantando las ganas de llorar y dejando escapar una risilla histérica.

La ambulancia no tarda en llegar e ilumina la entrada con su ambarina luz. El sonido de la sirena espanta a la mayoría de los presentes, que dan la fiesta por finalizada.

Los técnicos sanitarios colocan a Isaac en la camilla tras hacer una valoración rápida de su estado y lo trasladan a la parte trasera del vehículo.

Nessa intenta acompañarle. Le explican que si quiere ir con ellos debe hacerlo en el asiento delantero. Sube y se coloca el cinturón de seguridad, ayudada por el conductor, que percibe el temblor en sus manos.

Se ponen en marcha y avanzan entre los coches, escuchando el aullido de la

sirena y a los sanitarios realizar un diagnóstico previo que comunican por radio.

—Varón adolescente que presenta herida inciso-contusa con hemorragia activa producida por arma blanca en el flanco izquierdo. Procedemos a trasladarlo. Se solicita preaviso al hospital de referencia.

El trayecto se le antoja eterno. En cuanto llegan a su destino y bajan la camilla, Nessa coge la mano de Isaac y camina a su lado recorriendo la atestada sala de urgencias hasta otra en la que un equipo de médicos y enfermeras le prohíben el paso. Lo último que ve es al chico extendiendo los dedos débilmente

hacia ella.

Se dirige al puesto de enfermería más cercano y pregunta por su madre. No pasan más de cinco minutos antes de que Cristina aparezca como una exhalación. Se acerca a su hija, la examina con atención y contiene la ansiedad al ver rastros de sangre en sus manos.

—No es mía —se apresura a aclarar—. Es de Isaac. Mamá, él..., él... —dice titubeante, y se arroja a sus brazos, incapaz de terminar la frase.

—Cuéntame lo que ha pasado. —
Le retira el pelo de la cara.

Beca y Leo no tardan mucho en llegar. La pelirroja abraza a su amiga y escucha atentamente el parte que le ofrece, los retazos de información vertidos en la ambulancia. Los tres se miran con preocupación.

—Toma —dice el chico entregándole un aparatito—. Es el iPod de Isaac, se le cayó durante la pelea y... Bueno, seguro que le alegra que seas tú quien se lo devuelva, ya sabes.

«No, la verdad es que no sé. No sé nada de nada», piensa, aceptando el aparatito y guardándolo como un tesoro.

—¿Qué ha pasado en la nave? —

pregunta, sentándose de golpe en una de las hileras de sillas blancas cuya estructura metálica chirría.

—La policía ha venido. Se lo han llevado, Ness —revela Beca cogiendo de la mano a su amiga—. Han trasladado a Lorca a comisaría.

—No sin que antes guardase esto a buen recaudo —añade Leo mostrando el disco duro que asoma en su mochila—. Dos colegas están declarando ahora mismo como testigos. Créeme cuando te digo que no volverá a joderos en una larga temporada. No creo que haga falta mostrar el contenido de esto a la poli —concluye, elevando la comisura del labio en una sonrisa triunfal que

consigue contagiar a Nessa.

—Gracias, Leo, pero debe pagar. Por todo —replica Nessa. Aunque será duro, las autoridades tienen que saber lo que el detenido ha estado haciendo, de lo que es capaz.

* * *

Nessa espera ansiosa en la salita con un chocolate ya templado entre las manos y la música del reproductor de Isaac sonando en sus oídos. Le parece increíble la cantidad de canciones que conoce; tienen unos gustos muy similares.

«Ha terminado, por fin se ha acabado. Vamos, Isaac, despierta para que podamos celebrarlo juntos.»

Beca y Leo han ido a las máquinas expendedoras a sacar algunos aperitivos. Es más de la una de la madrugada y sus estómagos reclaman sustento.

«Mierda. Ella no», maldice para sí misma, y se quita los cascos al ver aparecer en la sala de espera a Enrique Montalvo y su flamante esposa.

Se saludan cordialmente, y Cristina aparece con unos cercos violáceos alrededor de los ojos: el servicio de urgencias del hospital está colapsado y los recortes sanitarios no permiten

atender a los pacientes como a los profesionales les gustaría. Saca un café con sacarina y saluda al padre de Isaac y a su pareja.

—No hemos podido venir antes.

¿Cómo está?

—Los compañeros de urgencias hicieron una gran labor al detener la hemorragia. Al tratarse de un corte limpio, ningún órgano se ha visto afectado. No debemos preocuparnos — prosigue, y pasa una mano por la espalda de su hija con afecto—. Como mucho, le quedará una cicatriz.

—¿Podemos verlo? —inquire el señor Montalvo, con la preocupación impresa en sus facciones.

—Veré qué puedo hacer.

* * *

—Pensaba que te perdía —susurra Enrique, sentado al lado de su hijo, todavía aturdido—. Ni siquiera soy capaz de imaginar... No puedo. —Su voz se quiebra y se pasa ambas manos con brusquedad por la cara. No tarda en carraspear y enderezarse, recuperando esa fachada impertérrita que le caracteriza. Ya en pie, alisa los imaginarios pliegues de su traje azul marino y agarra el pomo de la puerta dirigiendo una última mirada a Isaac.

Cierra con cuidado y besa a Lorraine, que espera sujetando su pequeño bolso de mano. Ella sonríe con candor y posa sus largos dedos en el brazo de su marido.

—Descansa, mi vida. Ve a por un refresco, yo aguardará aquí.

 l sigue su consejo y se pierde por los pasillos. Lorie abre la puerta, accede al cuarto y observa con la cabeza ladeada a Isaac, que respira relajadamente bajo el efecto de los sedantes.

—Cielo,  pero qué te han hecho?

Nessa pasea por el corredor con el iPod en el bolsillo y juguetea con los cables, que enreda entre sus dedos. Sabe

que debe conceder un momento de intimidad a la familia, pero las ganas de verlo superan a las formalidades y la guían paso a paso hasta su habitación, cuya puerta permanece entreabierta. Está a punto de llamar con los nudillos cuando ve a Lorraine al otro lado. El intenso aroma a perfume de la mujer se mezcla con los olores característicos de los centros hospitalarios. Está sentada en el colchón y recorre el pecho del chico con deliberada lentitud, introduciendo sus manos de porcelana bajo las toscas y anodinas sábanas, que crujen con cada movimiento. Él parece que comienza a recuperar la consciencia y parpadea todavía desorientado. Nessa

tiene los puños cerrados a ambos lados del cuerpo y está a punto de franquear el umbral cuando observa a la rubia inclinarse sobre el chico, permitiendo que su cascada de mechones dorados caiga sobre la almohada. Emite una risita y lo besa de una forma en absoluto propia de una madrastra, con sus labios posados sobre los del chico y la lengua abriéndose paso entre ellos de forma lasciva. Vanessa no cree lo que ven sus ojos.

Isaac se remueve inquieto y ahoga un gemido de dolor.

—Déjame —farfulla todavía bajo los efectos del anestésico inyectado.

Lorraine niega con la cabeza y coge

su rostro con ambas manos.

—No, cielo, ni ahora ni nunca — responde; se levanta y estira su falda blanca de tubo, que apenas le llega hasta las rodillas.

Nessa no sabe cómo reaccionar al darse cuenta de que la breve pero intensa visita llega a su fin. Mira a derecha e izquierda y entra en el cuarto de al lado; entorna la puerta lo suficiente para ocultarse y contemplar cómo la rubia arpía abandona la habitación con un pañuelo cubierto de carmín en una mano y la barra de pintalabios en la otra, maquillando su boca sin necesidad de espejo, con una precisión milimétrica. Nessa siente arcadas al

mirarla y tiene que hacer acopio de voluntad para no salir y darle una sonora bofetada.

En cuanto el perfume de Lorraine comienza a desvanecerse, sale de su escondrijo y entra en el cuarto de Isaac. Permanece tumbado bocarriba con la parte visible de los brazos cubierta de magulladuras.

«Tengo ganas de abrazarlo, de tumbarme junto a él y, simplemente, descansar», piensa al verlo inmóvil.

Él abre los párpados al escuchar de nuevo unos pasos y se relaja al reconocer a Nessa.

—¿Te duele mucho?

—No es para tanto. Él está peor,

Barbie Gótica.

—Sí, lo está. Lo han detenido, Isaac —revela, acercándose y cogiendo su mano con suavidad.

Ambos se miran y sonríen aliviados.

—Ha terminado, Nessa; ahora ya no podrá hacerte daño —dice elevando la mano y acariciando su mejilla con dulzura.

Alguien anuncia su llegada dando dos golpecitos en la puerta entreabierta. Es el señor Montalvo, que sostiene un humeante vaso de plástico.

—La verdad es que hay algunos temas que tenemos que tratar todavía, hijo.

HERIDAS ABIERTAS



Nessa se reúne con Rebeca en el pasillo. Saca de la taquilla uno de los chupachups que le regaló Isaac y arroja el envoltorio a una papelera.

Úrsula pasa en esos momentos junto a ellas eludiendo su mirada y aferrando con fuerza el bolso.

—Qué extraño no verla con Elisa; últimamente son como uña y carne.

—Más bien como culo y mierda —farfulla Nessa poniendo los ojos en blanco y cogiendo aire—. Verás, Beca, deberías hablar con ella —dice recordando la escena del local, cuando la rubia entró llorando y dejó el test de embarazo y la nota que ahora se arrepiente de no haber leído—. Creo que tiene problemas serios.

—¿Solo lo crees? Está claro. Se ha portado fatal contigo —replica enfadada cruzándose de brazos.

—Lo sé, y siento pena por ella. Llámame gilipollas si quieres.

—No es mi estilo, pero te diré que

en el fondo eres más blanda que una gominola —dice sonriendo, y le da un beso—. Muy bien, luego la llamaré.

—Ya me contarás.

—Por cierto, Ness, hoy no podré pasarme por el hospital.

—¿Te ha salido un plan?

La pelirroja ríe coquetamente y la mira elevando la comisura de los labios.

—Leo me ha invitado al cine. Peli y palomitas, nada más.

—Ya, palomitas —replica escrutando sus gestos—, ¡tú lo que quieres es comerle toda la boca! No intentes engañarme, te lo noto en la cara —espeta dándole un golpe de cadera y colocándose frente a ella—. Solo te

falta un cartel luminoso de «ocupado» encima de tu corazón. Venga, no lo niegues.

—No exageres, no es como si fuera una cita..., ¿no? Ness, ¿crees que es una cita? —Enrojece por momentos y mira a su amiga con impaciencia.

Ella estalla en carcajadas.

—Tiene toda la pinta, Beca — afirma cogiéndola de la cintura—. Vamos, confiesa: te mola.

—Está bien, me gusta un poquito.

—¿Un poquito? —se burla Nessa—. ¡Ja! En la piscina te lo comías con los ojos.

—Está bien, bastante —farfulla mordiéndose el labio con nerviosismo

—. ¿Contenta? ¡Ya me has puesto cardiaca! ¿Y tú, qué hay de ti e Isaac?

—Es distinto, somos amigos y es...

—¿Complicado? —completa la frase arqueando la ceja—. Como vuelvas a decir eso, te ganas un pellizco. Avisada quedas.

—Pero es... ¡Ay! —exclama al notar los dedos de Beca apretando su brazo—. Joder, bruta, si no he dicho nada.

—Por si acaso —responde riendo y dándole un beso en la mejilla—. En serio, Ness, la vida es sencilla: nacemos, crecemos y morimos, somos nosotros los que enredamos nuestra efímera existencia con temores

infundados y dudas insidiosas...

—Espera, eso es de... —dice con la boca abierta en expresión de asombro.

—Tu *alter ego*, sí. He leído tu blog, Ness —revela guiñándole uno de sus ojos verdes.

—Pero ¿cómo?

—El otro día en mi casa... te dejaste el iPad encendido cuando bajaste a por un zumo —confiesa de carrerilla—. Lo siento, sé que no debí cotillearte, pero no pude evitarlo —se disculpa mordiéndose el labio con nerviosismo y mirándola con expresión suplicante.

—Promete que será nuestro

secreto.

—Palabra.

—Muy bien, aunque la próxima vez... deja un puñetero comentario — responde mostrando una sonrisa y devolviéndole el pellizco.

El teléfono comienza a sonar en el bolsillo de su cazadora. Lo saca y responde a la llamada.

—¿Dígame?

—Soy Enrique Montalvo. Vanessa, tenemos que hablar.

* * *

«¡Dos días!, cuarenta y ocho

malditas horas entre estas cuatro malditas paredes verde menta», piensa Isaac incorporándose, harto de ver reposiciones de series en la televisión. «Los mismos capítulos una y otra vez. ¿Para qué graban tantas temporadas si acaban machacando episodios?», se dice. Luego apaga desde el mando y lo deja en la mesilla.

El dolor de la herida en su costado ha remitido y camina por el cuarto, siempre y cuando la enfermera no le ve. Solo desea que el reloj de su móvil marque las tres para recibir la visita de Nessa y, con ella, los dulces que le trae de contrabando.

Mira la pantalla de su móvil y

sonríe al ver una notificación en su correo electrónico: nueva entrada de Dark Gothess.

Buenas tardes, lectores:

Hoy comparto de nuevo un escrito que no hace mucho colgué y cuyo mensaje alguien ha hecho bien en recordarme:

Tachamos de imposible lo que ni tan siquiera intentamos y de complicado aquello que desconocemos. La vida es sencilla: nacemos, crecemos y morimos, somos nosotros los que enredamos nuestra efímera existencia con temores infundados y dudas insidiosas, con preguntas no verbalizadas que jamás tendrán respuesta y palabras no

mentadas que, como el agua estancada, se pudren en nuestros corazones...

Isaac pasa los dedos por la pantalla táctil, se siente tan cerca de lo que reza ese texto que siente sus ojos anegarse en lágrimas. No puede llorar, no ahora, cuando las agujas del reloj se colocan en posición para marcar las tres.

Cold Raven: *Carpe diem*, mi señora. No permitas que la vida se te escape entre las manos.

Dark Gothess: Nunca lo tuve tan claro, aunque en ocasiones esta depende de las acciones de otros.

Cold Raven: Entonces rompe los

hilos que te atan a ellos, libérate y no permitas que nadie te convierta en su títere.

* * *

Nessa eleva la comisura de sus labios y guarda el iPad antes de tocar con los nudillos en la puerta. Asoma la cabeza antes de entrar. El rostro de Isaac se ilumina al verla y deja el móvil en la mesilla.

—Hola, ¡vaya, parece que estás mucho mejor!

—Al borde de la locura, pero vivo, que no es poco.

Ella descuelga la mochila y deja caer las provisiones sobre la cama.

—Una barrita de chocolate, una caja de galletas y un paquete de patatas. ¿Será suficiente?

—Para empezar —responde Isaac desnudando la chocolatina y entregándole la mitad a su compinche—. Está delicioso.

«Tú sí que estás para comerte», piensa Nessa al ver a Isaac cerrando los ojos, embriagado por el sabor del cacao.

Abre los párpados y la observa. Ella gira la cabeza y disimula echándose el pelo hacia atrás.

«Está preciosa incluso manchada

de chocolate», piensa mientras suelta una carcajada. La limpia con el dedo pulgar y se lo chupa a continuación.

—¿Traes novedades?

Nessa tira el envoltorio y se limpia las manos con una toallita húmeda, evitando los ojos turquesa de Isaac, que la mira fijamente.

—Sí, nos han concedido dos pases VIP para el hospital con dos por uno en ingresos hospitalarios —responde marcando la ironía.

—No me hagas reír o me saltarán las grapas. —Al chico le cuesta horrores contener la risa.

—Isaac —dice tornando la expresión jocosa por otra más seria—:

tu padre quiere presentar el vídeo. Está convencido de que con eso garantizamos su ingreso en prisión.

—No tienes que pasar por esto — replica con dulzura.

—Pero es lo mejor. Si así nos libramos de él, estoy dispuesta a enfrentarme a ello, Isaac.

—Entonces cuenta conmigo.

* * *

El olor férreo de la sangre. Los nudillos despellejados e inflamados. El cuerpo tembloroso. La respiración agitada. Su madre tendida sobre el

asfalto, inerte, y el agudo sonido de las sirenas mezclándose con los aterrados gritos de la pequeña de cabello rubio que llora desconsoladamente. Su corazón latiendo desbocado, acelerado por la adrenalina que neutralizaba cualquier atisbo de dolor o remordimiento. El rostro descompuesto del sanitario acuclillado frente a él.

—Chico, ¿qué has hecho?

Isaac despierta sofocado con una pátina de sudor cubriéndole la frente y los ojos anegados en lágrimas.

«Lo siento. Lo siento. Lo siento», se repite una y otra vez cerrando los párpados con fuerza, deseando volver a

dormir, retornar al sueño y enmendar sus errores, contener la ira y dar media vuelta. Pero eso no cambiaría nada; el daño está hecho. Solo le queda pasar página, seguir adelante. Resulta más sencillo decirlo que hacerlo, soltar una retahíla de frases de autoayuda..., aunque estas no mitigan el dolor. Los malos recuerdos son espinas que se incrustan en nuestra memoria, se enquistan con el tiempo y envenenan nuestro carácter, convirtiéndonos en sombras de lo que solíamos ser.

Leo entra en la habitación e Isaac echa un rápido vistazo al reloj. Son las seis de la tarde.

—Si quieres, vengo en otro

momento, tío —dice preocupado.

—No, solo eran...

—¿Pesadillas? Sigues teniéndolas, ¿verdad? —Le mira con sus inquisitivos ojos negros.

Isaac asiente avergonzado. Suspira, incorporándose, y se sirve un vaso de agua fría.

—¿Se lo has contado? —pregunta mirándose la punta de las zapatillas deportivas y mordiendo el *piercing* de su labio.

—No lo entendería.

—Venga ya, colega, no lo sabes.

—¡Soy un monstruo, Leo! — exclama fuera de sí, soltando el vaso, que se precipita hacia el suelo y se

rompe en varios pedazos.

—Avisaré a alguien —dice dando media vuelta y dedicándole una última mirada cargada de comprensión—. Isaac, sé cómo te sientes. A veces tenemos que arriesgarnos a dar un paso adelante; ¿sabes a lo que me refiero? —añade antes de salir al pasillo—. Apuesta por ella.

—Lo que temo es que sea ella la que no apueste por mí —dice para sí mismo en cuanto su amigo se marcha.

CONFESIONES

Nessa se levanta. Apenas ha pegado ojo, atacada por pesadillas varias en las que aparecían Úrsula, Lorca, Isaac y cientos de desconocidos en una caótica composición. Se lava la cara dispuesta a ponerse en marcha, se viste con falda vaquera, mallas oscuras,

botas militares, una de sus camisetas preferidas y la chaqueta de piel por encima, arreglándose al ritmo de The Crüxshadows y Fall Out Boy. Se maquilla concienzudamente y cuelga un pendiente de su oreja izquierda y la pulsera con la pluma negra en su muñeca derecha.

Se mira al espejo y eleva la comisura de los labios. «Hoy va a ser un gran día», piensa, dejando que la alegría provocada por la próxima alta médica de Isaac desplace las malas sensaciones con las que se ha despertado.

Corre a la cocina, donde se prepara unos cereales con leche que devora con avidez mientras tamborilea con la

cucharilla en los bordes.

Ramón entra y le dedica una sonrisa cansada; deja el periódico y el móvil sobre la mesa.

—Acabo de hablar con Enrique, el padre de Isaac —dice mientras se sirve un café.

—¿Este hombre no duerme?

Cristina se reúne con ellos y les da un beso a cada uno; luego se coloca al lado de su marido, que la estrecha con afecto, e intercambian miradas de complicidad.

—¿Y bien, me lo vais a contar? —pregunta de repente despejada y con todos los músculos de su cuerpo en tensión.

—Lorca no volverá a molestarte, Nessa —responde su padre mirándola a los ojos por primera vez en días.

—Durante mucho mucho tiempo, cariño —añade Cristina, que la rodea con los brazos y acaricia su cabeza, permitiendo a su hija liberar toda la tensión acumulada en forma de llanto.

—¿Seguro?

—Todavía no es algo en firme, pero ha dicho que podemos darlo por hecho.

«Definitivamente, hoy va a ser un día grandioso», piensa, cambiando las lágrimas por una radiante sonrisa.

—¡Hola! —saluda Beca corriendo hacia su amiga, con la rizada melena pelirroja revoloteando a su alrededor—. ¡Estoy tan contenta! —dice arrojándose a sus brazos, y la obliga a girar hasta que comienzan a marearse—. Tu mensaje es lo primero que he leído al levantarme. Juro que he dado un chillido de alegría.

—¿Y tu madre no se ha asustado?

—¿Bromeas? ¡Por poco le da un ataque al corazón! —responde estallando en carcajadas—. Pero me ha perdonado al enterarse del motivo de tanto alboroto. Un beso de su parte, por

cierto.

—No me lo puedo creer, Beca.

—¿Que te mande un beso? Ya te dije que está cambiando —responde bromeando—. En serio, Ness, se acabó. Por fin.

—Bueno, todavía no ha salido el juicio y esas cosas llevan su tiempo... —comenta con la dudas asomando en forma de conjeturas.

Beca sostiene el rostro de su amiga con ambas manos y la obliga a mirarla.

—Escúchame. Ya no volverá a hacerte daño, ni a ti ni a nadie.

—Cambiando de tema..., ¿cómo fue la cita? —pregunta arqueando las cejas en expresión interrogante.

La pelirroja hace girar las pulseras en sus muñecas y se muerde el labio inferior, reteniendo una sonrisilla delatora que se abre paso.

—Vale, no hace falta que respondas, tus mofletes hablan por ti.

—La película no sé, para serte sincera, pero sus labios... Jo, Nessa, ese arito metálico me vuelve loca. Besa como los ángeles. Si estos besasen, claro.

Ella profiere una carcajada.

Úrsula aparece en ese momento y saluda con un gesto de la cabeza. Lleva una modesta coleta y viste pantalón y jersey, un *look* muy distinto al acostumbrado. Nessa carraspea y

levanta las barreras, componiendo un gesto inescrutable.

—Hola, ¿tienes un minuto? — pregunta dirigiéndose a Vanessa.

Elisa pasa justo a su lado acompañada de una chica morena que ríe cada uno de sus comentarios. Ninguna de las dos repara en la rubia, que baja la vista incomodada.

—Sesenta segundos —concede Nessa finalmente con voz cortante.

—Será suficiente.

Beca se despide y las deja a solas.

Las otrora amigas se alejan un poco de la entrada, y se sientan en un muro bajo de cemento que delimita un pequeño jardín.

—¿Qué tal va tod...?

—Te quedan cincuenta segundos —
la corta con sequedad.

—De acuerdo, supongo que lo merezco.

—No albergues la menor duda —
espetta profiriendo una carcajada.

—Mira, yo... Lo siento, ¿de acuerdo? Me he portado como una zorra.

—¿Esa no era yo? Y te quedan treinta segundos —dice poniéndose en pie de golpe.

Úrsula la sujeta de la muñeca.

—Espera, por favor. Entiendo que no quieras volver a hablarme, pero te debo al menos una explicación. Sé lo que hiciste y lo que viste —reconoce,

clavando sus ojos castaños en los de Nessa, que deja caer los hombros.

—¿Es eso lo que te preocupa? Solo lo sabemos Isaac, Beca y yo. Y no, no tengo intención de vengarme, no juego tan sucio.

—Lo sé, Nessa, ese siempre fue mi estilo —replica riendo con amargura—. Solo quiero que sepas que no estoy embarazada. Supongo que te importa una mierda.

—Más de lo que debiera —reconoce, sintiéndose extrañamente aliviada. Aunque quizá su antigua amiga le haya hecho la vida imposible de un tiempo a esta parte, por supuesto que continúa importándole lo que le suceda.

—Creí que podía estarlo. Tenía una falta. Estaba tan asustada... Se lo dije a Lorca, pero él... —Su voz se quiebra y las lágrimas caen rodando por sus mejillas—. Se puso como un loco: me amenazó y después me pegó —confiesa, se levanta el jersey y deja al descubierto un cardenal en el costado. Nessa la mira con una mezcla de asombro y lástima, pero no la interrumpe—. Cuando me decidí a hacer la prueba y comprobé que era negativa, fui al local y se la dejé junto con una carta en la que le explicaba los resultados. No es muy listo, ¿sabes? Yo tampoco —añade bajando la cabeza y limpiándose la cara con un pañuelo

perfumado que saca del bolsillo—. Por supuesto, también le decía que lo dejaba. Di parte a la policía; fue una puta pesadilla, ¿qué te voy a contar...? No sé cómo pude estar tan ciega, ni por qué te traté como lo hice. Lo siento. Sé que nunca podré ganarme tu perdón, pero mereces mis disculpas. —Nessa traga saliva evitando cruzar de nuevo su mirada con la de Úrsula. No quiere sucumbir a ella. Siempre ha tenido un magnetismo especial, algo que la convertía en la líder de su pequeño grupo, la abeja reina del heterogéneo trío que formaban junto con Rebeca. Una brisa zarandea sus mechones, que se ven de un tono apagado a la luz del sol que

asoma entre unos nubarrones plomizos —. ¿Sabes? Es gracioso, me di cuenta de que ya no teníamos nada en común la primera vez que fuimos sin padres al centro comercial, ¿lo recuerdas? Fue en primero de secundaria. —Nessa asiente, y el timbre marca el inicio de las clases. Los alumnos entran en el edificio de ladrillo y se quedan a solas con el único acompañamiento del rítmico sonido de los aspersores regando el césped y de los coches pasando por la calzada a varios metros de distancia—. Beca estaba enclaustrada estudiando y no pudo venir, como de costumbre, pero tú me acompañaste. Después de patear todas las tiendas de ropa y maquillarnos

como puertas con las barras de labios y los coloretos de muestra, me arrastraste hasta las estanterías de la Fnac y de El Corte Inglés y luego tuve que acompañarte a aquella pequeña librería que olía a polvo. ¡Joder, pensaba que me moría del asco! —Nessa compone una mueca e incluso deja asomar una sonrisa nostálgica—. Tú mirabas los libros, incluso los olías, como si se tratara de un puto perfume de Victorio & Lucchino, y yo solo pensaba en la forma de llamar la atención del dependiente. Estaba muy bueno, aunque, claro, no te fijaste. Nunca lo hacías. En ese momento me di cuenta.

—¿De qué? —pregunta Nessa.

—De que éramos amigas por costumbre y no por afinidad. Afinidad, ya ves, al final repetir me sirve para algo: he ampliado mi vocabulario — añade en tono jocoso antes de volver a ponerse seria.

—Mira, Úrsula, sé que estabas influenciada por Lorca, pero lo que me has estado haciendo...

—No tiene perdón, lo sé, y no pido que las cosas vuelvan a ser como antes, ni siquiera que sigamos siendo amigas, solo que podamos seguir adelante sin malos rollos, ¿crees que es posible?

El silencio se instala entre ambas y todos los recuerdos de las mil locuras cometidas junto a Úrsula, las mañanas

de risas y las tardes de confianzas regresan como un alud de emociones. Son muchos años compartidos, y también incontables las cosas que las separan. Si en algo tiene razón la rubia es en que en los últimos tiempos su amistad se había convertido en una cuestión de comodidad más que de empatía.

Nessa tiende la mano y Úrsula se la estrecha.

—Sin rencores.

—Gracias —dice. Se da media vuelta y camina hacia la entrada, pero se vuelve a mitad de trayecto—. Mi padre piensa que debemos cambiar de aires. En verano nos mudamos a Málaga; le

han ofrecido un traslado y creo que será bueno, ¿sabes? Seguro que hay mucho tío bueno por ahí y quizá tener un hermanastro no sea tan terrible. No sé, ya veremos.

—Adiós, Úrsula —se despide Nessa, asintiendo con la cabeza y dedicándole una última sonrisa.

—Hasta la vista.

* * *

Isaac deja la bata de hospital cuidadosamente doblada en el toallero metálico y comienza a vestirse con mucha calma, evitando los movimientos

bruscos. Ha rehusado la ayuda de la amable auxiliar. Otros enfermos la necesitan mucho más que él, como ha podido comprobar al vagar por los pasillos en dirección a una habitación que no se atreve a franquear.

Su padre y Lorraine están ahora mismo entregando una caja de bombones a las enfermeras y los doctores como muestra de agradecimiento. Hace un rato le han visitado y le han traído ropa y un pequeño neceser que le viene de perlas. Por suerte para él, su madrastra ha mantenido las formas y ha aprovechado el momento para ir a fumar un cigarrillo.

Pasa una camiseta verde por la cabeza y mete los brazos. Profiere un

juramento al notar como las grapas le tiran, con la consiguiente punzada de dolor.

Tiene el iPod sonando sobre el lavabo. Pensar que esos auriculares han estado en las orejas de Nessa le hace sonreír. Juraría que conservan su olor, pero es consciente de que ese es solo un delirio de convaleciente.

Termina de colocarse el pantalón y mete los pies en un par de zapatillas. Se mira en el espejo. Tiene el pelo hecho un desastre. Coge el peine y se lo pasa por la maraña de color castaño claro hasta que se reconoce en el reflejo que le devuelve la mirada.

Sus ojos turquesa están rodeados

por dos cercos violáceos; las pesadillas están haciendo estragos en su cordura. Por suerte, su padre le ha comunicado por teléfono que el destino de Lorca está casi sellado: irá a la cárcel. Sabe que todavía tienen por delante unos cuantos asaltos y que su Barbie Gótica deberá declarar finalmente por lo que ese sinvergüenza le hizo, aunque ya queda menos para poner punto final a esta pesadilla.

Desea ver a Nessa y el alivio reflejado en sus ojos color avellana, estrecharla por fin entre sus brazos y besarla como lleva deseando hacer desde aquella tarde en su cuarto.

En cuanto termina de asearse, se

dirige hacia el ascensor más cercano.

«Debo plantar cara al monstruo», se dice. Presiona el botón y contiene el aliento.

* * *

Nessa encuentra la puerta abierta y la habitación vacía. No hay ni rastro de Isaac. A los que sí ve son a su padre y a la esposa de este conversando a varios metros de distancia en el puesto de enfermería con las personas que han atendido a su hijo. Está a punto de enviarle un mensaje al móvil cuando ve el de Isaac sobre la mesilla de plástico

verde.

«¿Dónde habrá ido», se pregunta mirando a ambos lados del pasillo. Distingue a Isaac entrando en un ascensor. Se dirige hacia él, pero las puertas se cierran antes de que pueda decir su nombre. Ve los números iluminarse en la parte superior y detenerse en el penúltimo piso. Va hacia las escaleras y sube a la carrera. Llega completamente exhausta. Apoya las manos en las rodillas y espera hasta que su respiración se normaliza. Registra la planta; se cruza con compañeras de su madre que la saludan y con familiares de pacientes ingresados. Todos muestran signos de cansancio y caminan de un

lado para otro mirando con impaciencia el reloj, jugando con sus móviles y manteniendo conversaciones vacías que intentan aplacar la ansiedad que los embarga. Avanza por el pasillo izquierdo y regresa sobre sus pasos. Finalmente lo ve. Está de perfil con la frente apoyada en una puerta y las manos temblando sobre el tirador. La grisácea luz que entra por el ventanal al fondo del corredor recorta su silueta otorgándole un aspecto melancólico.

Ella recorre los pasos que los separan y le acaricia la espalda sin pronunciar palabra.

La observa con temor mientras sus labios rompen el silencio.

—¿Qué haces aquí?

—Vine a recogerte y te vi subiendo en el ascensor.

Tras unos segundos de incómodo silencio, Isaac coge aire y lo suelta despacio.

—Querías que compartiera mis demonios. Se esconden tras estas paredes.

—Muy bien, enfrentémoslos juntos —responde ella, que entrelaza con firmeza sus dedos con los de Isaac y abre la puerta. Los goznes emiten un ligero chirrido, y acceden a una estancia oscura.

Las persianas están bajadas y es Nessa quien acciona el interruptor de la

luz. La lluvia comienza a golpear los cristales y unos truenos resuenan furiosos en un cielo tan gris como los pensamientos de Isaac, que regresan a aquel fatídico día.

—Está vacía —dice Nessa viendo como el chico camina por ella con los pies a rastras y la cabeza gacha, como si cargara una pesada losa.

—Hoy lo está, pero antes de mi ingreso en el centro de menores estuvo ocupada por un hombre, un padre de familia —contesta con voz trémula, apoyando sus manos en el colchón desnudo y cerrándolas en dos puños temblorosos—. Alguien que estuvo en el momento y el lugar equivocados. Yo lo

envié aquí, Nessa. Soy un monstruo. — Las palabras queman en su garganta y las lágrimas comienzan a acumularse en los lacrimales. Se vuelve bruscamente y se aleja hasta la pared. Sube la ruidosa persiana y abre las ventanas de par en par, permitiendo que unas gotas de agua impacten contra su rostro mientras los rayos rasgan el cielo.

—No lo eres, Isaac. ¿Qué ocurrió?

—pregunta ella con dulzura, acercándose y situándose a su lado.

—Iba en el coche con mi madre. Discutíamos, ni siquiera recuerdo el porqué. Seguro que era alguna gilipollez. Mi padre la había dejado por Lorraine y yo estaba realmente

cabreado. Ella fingía estar bien, ¿sabes?, siempre sonriente, aparentando llevar todo de lujo cuando en realidad lloraba cada maldita noche, creyendo que no la escuchaba. Quería que reaccionara, Nessa, que llorase, que gritase, joder. —Hace un inciso. Cierra los párpados y siente las gotas de agua sobre su piel—. Le dije cosas que no sentía. Una niña apareció de la nada. Su balón rebotaba en la carretera. Mi madre la esquivó de un volantazo. — Isaac da media vuelta y se deja caer con la espalda apoyada contra la pared. La herida le duele, aunque no le importa: lo considera un castigo justo; cuestión de karma—. Después..., sangre, humo,

llamas... Todo sucedió tan deprisa... Intenté salvarla. Llamé a emergencias. ¡Apenas podía explicarme! Las sirenas aullaban a lo lejos. El padre de la niña llegó corriendo y maldiciendo, comenzó a zarandearla y le dio una bofetada que la hizo caer al suelo. Excretaba rabia, pero la mía ganaba con creces. Los gritos, las sirenas resonando en mis oídos y los estertores de mi madre, con su vestido blanco cubierto de sangre, luchando por respirar. Lo separé de la cría. El primer golpe fue para frenarlo, el segundo supuso una liberación y a estos les siguieron otros. Ni siquiera era consciente de lo que hacía. El dolor, la furia... lo nublaban todo, me cegaron

por completo. Tuvieron que separarme de él. La pequeña sollozaba histérica, agarrándose a su balón, temblando de miedo. Mi madre agonizaba. Los trasladaron y poco a poco tomé consciencia de lo que había hecho — dice levantando la cabeza y mirando a Nessa directamente—. Ella murió de camino al hospital y ni siquiera pude despedirme.

—¿Y el hombre?

—Si no llegan a separarme de él...

—Se lleva ambas manos a la cara.

—Pero lo hicieron.

—¡Estuve a punto de matarlo,

Nessa!

—No lo hiciste —replica

acuciillándose frente a él y retirándole un mechón mojado de la cara.

—¡No merezco tu compasión! — exclama zafándose.

—Ni pienso dártela, Isaac. Mereces el perdón, pero solo tú puedes concedértelo —dice tomando una de sus manos y besándole los nudillos como hiciera días atrás. Apoya la cara en su dorso y cierra los ojos.

Otro trueno ruge con violencia y el estruendo libera las lágrimas de Isaac, que se cubre nuevamente, sintiéndose pequeño, confuso, avergonzado.

Nessa lo abraza con ternura, cae arrodillada junto a él y acaricia su nuca empapada por el agua que continúa

entrando a través de la ventana abierta.

—Tú me has salvado, Isaac, no eres un monstruo, eres mi caballero de brillante armadura.

«*Caballero de brillante armadura*, así es como Dark Gothess llama al chico desconcertante...» Isaac la mira de soslayo con el corazón latiendo fuertemente bajo su pecho y multitud de pensamientos enredándose en una maraña descontrolada.

«Es ella. Siempre fue ella —piensa para sí mismo, tras juntar las piezas y ver el mosaico en su conjunto—. Sus gustos literarios, los discos en su casa. ¡Cómo no lo vi antes!», se reprende. Luego vuelve al presente y centra de

nuevo su atención en Nessa, que se esfuerza en consolarlo. «¿Y si me equivoco? ¿Y si solo son un cúmulo de casualidades?»

Él sonrío y la coge de los hombros atrayéndola hacia su pecho.

El móvil de la chica rompe el silencio imperante. Mira la pantalla.

—Es tu padre. Te están buscando —dice incorporándose y tendiéndole la mano—. Vamos, Isaac, cerremos esta puerta para siempre.

* * *

—¿Dónde estabas? —pregunta

Enrique al ver aparecer a su hijo acompañado por Nessa—. Te has dejado el móvil en la habitación — añade tendiéndoselo.

—Lo siento, tenía que despedirme.

—¿De quién? —Frunce el ceño.

—Del pasado —responde, esbozando una tímida sonrisa y mirando de soslayo a Nessa, que asiente orgullosa.

—Bueno, volvamos a casa.

ALIADOS

Beca recibe a Nessa en la entrada del instituto.

—Hola, nena, ¿dónde está Isaac?

—Ha dicho que iría directo a clase. No sé por qué tiene tantas ganas de regresar, cualquiera en su posición aprovecharía para fumarse medio curso.

—Responsabilidad, Ness,
responsabilidad. Admítelo, tú también
estás sentando cabeza.

—Se hace lo que se puede. Latín
me tiene harta, pero no podrá conmigo.

—¡Así se habla! Por cierto, ¡ya
casi hemos terminado con los
preparativos para el baile! Va a quedar
precioso —dice llevándose las manos al
pecho y mordiéndose el labio inferior.

—¿Y cuándo será?

—El viernes. ¿No leéis los
panfletos? Están por todos lados. Mira,
has tenido suerte, podrás ir con tu chico
—responde riendo con picardía.

—No he tenido tiempo de mirarlos,
Beca —aclara, y le saca la lengua

mientras desnuda un chupachups y se lo lleva a la boca—. Ah: Isaac no es mi chico.

—Lo que tú digas.

—Bueno, ¿y Leo?, ¿vendrá a la fiesta?

—¿Quién sabe? Es probable.

El timbre suena y ambas aceleran el paso para llegar a tiempo a sus respectivas aulas.

* * *

A la hora del recreo, Nessa acude a la biblioteca, siguiendo las instrucciones que Isaac le ha dado por WhatsApp.

—¡Ey! —saluda al franquear las puertas y verlo entre varias pilas de libros—. ¿No te dijeron que no hicieras esfuerzos? Juraría que así fue.

—Venga, Barbie Gótica, ¿por qué te crees que te he invocado? — responde, recuperando su tono habitual y esa sonrisa ladeada que acelera las pulsaciones de Nessa.

—¡Chissssss! —La señora Núñez les llama al orden, se recoloca las gafas sobre el puente de la nariz y regresa a sus fichas—. Aquí se viene a leer y a trabajar, jovencitos.

—Muy bien, manos a la obra — dice en voz baja, sofocando una risilla.

Ordenan el último lote de libros

donados.

—Eh, mira —susurra Nessa alzando un volumen de tapa dura en dirección a Isaac—. Una edición inglesa de relatos de Edgar Allan Poe. Es preciosa.

—Os he oído —espeta la bibliotecaria asomándose y golpeando el suelo con la suela de su zapato—. Puedes quedártelo. La copia en rústica que tenía está prácticamente inservible. Los chicos de ahora no valoran los clásicos. Además, me habéis ayudado mucho, aunque algunas veces seáis un tanto ruidosos.

—¡Muchas gracias! —responde con efusividad; abraza el libro y se deja

embargar por el olor de sus hojas.

—Salgo unos minutos. Os dejo al cargo.

Las puertas se cierran tras la anciana mujer e Isaac se acerca a Nessa.

—Eres afortunada. Yo antes he hecho un comentario sobre unos libros infantiles bilingües y me ha regalado un ejemplar de *Los tres cerditos*.

Nessa sonrío y se retira un mechón de la cara.

«Todavía no puedo creerme que sea ella», piensa Isaac recorriendo con la mirada su armonioso rostro.

—¿Cómo lo llevas? —pregunta la chica. Coge tres libros y comienza a colocarlos.

—No puedo quejarme. Estoy vivo y me quedará una cicatriz muy chula.

—Sexy incluso..., o eso dicen — responde sonrojándose, y deja que el pelo le caiga sobre un lado de la cara para cubrir su rubor.

—¿Por qué te escondes siempre? —pregunta Isaac acercándose, y le despeja el rostro con mimo—. Estás preciosa cuando te sonrojas.

Ambos recorren los centímetros que los separan cerrando los párpados y dejándose llevar por el momento, pero tres bruscos golpes en el cristal que da al pasillo los sobresaltan.

Se giran y ven a Lorraine ataviada con un vestido rojo y altos zapatos de

tacón. Parece molesta y camina de un lado para otro como un animal enjaulado.

Isaac se levanta dispuesto a reunirse con ella, pero Nessa lo sujeta de la muñeca obligándolo a volverse.

—¿Qué ocurre? Y no digas que nada: he visto cómo te mira, y lo más importante, te he visto a ti...

—Ahora vuelvo. —Rompe el agarre y va al encuentro de su madrastra.

Nessa no capta nada de lo que hablan al otro lado, pues la arpía rubia tiene cuidado de utilizar un tono lo suficientemente bajo como para que Isaac sea el único en escuchar sus palabras.

—No has respondido a mis mensajes. Te he dejado tres y dos llamadas perdidas —le reprende.

—Tengo cosas que hacer.

—Ya lo veo —responde con ironía, dirigiendo una mirada cargada de veneno a Nessa, que finge estar concentrada en sus tareas—: perdiendo el tiempo con esa zorra.

—No vuelvas a llamarla así — replica Isaac cogiéndola del brazo con fuerza y marcando cada una de las sílabas con la misma intensidad—. Nunca le llegarás ni a la suela de los zapatos.

Lorraine, devorada por la rabia, le propina una sonora bofetada. Un par de

curiosos los observan y cuchichean, pero siguen su camino. Isaac le da la espalda y agarra el tirador.

Ella ve un panfleto del baile en el suelo y lo recoge.

—Vaya, qué oportuno. ¿No pensarás ir, verdad? —pregunta. Luego lo arruga y lo deja caer mientras clava su mirada azul iceberg en la de él—. Porque ya puedes ir olvidándote.

—¿Has terminado? —Tiene el mentón alzado en un gesto de desafío.

—Te espero esta tarde, cielo, es mi cumpleaños —dice ahora con voz melosa acariciando su espalda con las uñas nacaradas.

—Muy bien, hasta luego.

Entra de nuevo en la biblioteca y coge cuatro libros que coloca por orden alfabético y género en sus respectivos estantes.

—Isaac, puedes confiar en mí.

—Lo sé. Me lo has demostrado, pero...

—Mira, sé cómo te sientes e intuyo lo que pasa. —Deja a un lado los tomos, se acerca a él y coloca su mano en el antebrazo del chico—. El otro día la vi en el hospital... contigo —confiesa mirándolo con dulzura.

El rostro de Isaac se deforma en una expresión horrorizada.

—No es lo que piensas. Ella no...

—Es una mala persona o una loca;

me da lo mismo. No sé por qué hace lo que hace, ni necesito que hables de ello si no quieres. Yo mejor que nadie entiendo cómo te sientes, pero no puedes permitir que siga saliéndose con la suya.

—Y no lo hará —responde guiñándole un ojo y esforzándose en componer una sonrisa—. Puedes estar segura de eso.

* * *

Isaac pide permiso y abandona unos minutos antes la última clase. Aborda a Rebeca en cuanto esta sale por la puerta de su aula charlando

animadamente con una compañera.

—Tenemos que hablar.

—Adiós, Lara, nos vemos mañana —dice despidiéndose de la chica y dirigiendo su atención a Isaac—. ¿De por qué llevas ese gorro en estas fechas?

—Vaya, parece que el carácter de Nessa es contagioso.

—Estaba bromeando. ¿Va todo bien?

—Todavía no, pero irá...

—¡Humm!, cuéntame —solicita con curiosidad, apartándose a un lado.

—Primero debo preguntarte algo.

—No garantizo respuesta, pero adelante —replica haciendo tintinear las pulseras alrededor de sus muñecas y

cruzando ambos brazos sobre el pecho.

—Si te menciono el nombre de Dark Gothess, ¿te dice algo?—. Beca se remueve nerviosa y carraspea eludiendo la mirada de Isaac. Prometió a su mejor amiga no revelar el secreto que guarda, pero esta no especificó que no pudiera confirmarlo—. Por favor, si sabes algo...

—No sé a qué te refieres. No tengo tiempo para esas cosas. Estoy demasiado ocupada preparando los exámenes como para andar cotilleando en internet —responde de carrerilla, callándose en cuanto toma consciencia de su monumental metedura de pata.

—¿Quién ha dicho nada de

internet? —Isaac no logra contener una carcajada.

—Nadie. Yo no... Soy terrible mintiendo, incluso omitiendo; no valgo para esto —se dice caminando de un lado para otro y sintiéndose terriblemente culpable.

—Tranquila, seré una tumba — promete guiñándole un ojo.

—Más te vale, Montalvo, o acabarás en una.

—Bueno, confirmadas mis sospechas, tengo que pedirte un favor. Es sobre Nessa.

—Interesante. Soy toda oídos — responde con una sonrisa cómplice.

VENGANZA



Isaac se coloca una *blazer* sobre la camiseta y observa su reflejo en el espejo.

Acude al salón y se prepara. Escucha el repiqueteo de unos tacones sobre el suelo de madera y el sonido seco de la puerta al cerrarse. Una oleada

de intenso perfume precede la entrada de Lorraine. Sostiene un pequeño bolso de mano y carga también con varias bolsas de diversas *boutiques*. Ve el salón en penumbra y el rostro de Isaac bañado por la luz que derraman un grupo de velas colocadas de forma estratégica. Dos servicios de porcelana y una botella de vino descorchado esperan sobre la lustrosa mesa.

—Vaya, cielo, parece que has decidido hacer una tregua —dice ella depositando las compras encima de una silla. Se despoja del abrigo—. Buen chico —añade con sensualidad acercándose a Isaac y acariciando su mentón con suavidad.

—Al fin y al cabo, es tu cumpleaños —responde él con voz neutra.

—¿Vas a darme tu regalo? —ronronea aferrándose a las trabillas del pantalón de su hijastro. Juguetea acto seguido con la hebilla plateada del cinturón, que tintinea al ser desabrochado.

—Lorraine, no...

—Cariño, tu padre no está. Me ha enviado un mensaje, pasará fuera todo el fin de semana. ¿Qué clase de marido no acude al cumpleaños de su mujercita? —replica con fingida desolación—. Pero, bueno, ahora tú eres el hombre de la casa.

—Ya te dije que no mil veces. ¡No pienso volver a interpretar un papel que no me corresponde! —exclama con firmeza zafándose de su agarre y endureciendo el gesto.

—¿Debo recordarte que en mis manos está que vuelvas al correccional, niño? —Un barniz de locura tiñe sus palabras—. O cedes a mi voluntad o cumplo mis amenazas. Una llamada y estás jodido, Isaac.

—Mi padre no lo permitiría.

—¿Desde cuándo le importas? Solo yo ocupo sus pensamientos, aunque sea a ti a quien quiero entre mis piernas. Vamos, cielo, dame el postre —susurra con lascivia intentando despojarlo de su

chaqueta.

Los focos del techo arrojan una fría luz sobre la estancia. Lorraine abre los ojos en una expresión de asombro que se torna terror al ver surgir a su esposo tras la puerta que da al despacho. La decepción y la rabia fluctúan en el rostro paterno, de facciones angulosas. Camina procurando aparentar una calma que en absoluto lo acompaña, estira las apenas visibles arrugas del traje y se dirige hacia su mujer con un espléndido ramo de flores surtidas que todavía sostiene. En cuanto se coloca frente a ella, le dedica una mirada cargada de comprensión a Isaac y, tomando aire, entrega el obsequio con reproche a

Lorraine.

—Cariño. No es lo que...

Él alza la mano invocando un silencio sepulcral.

—Toma, tu regalo. Cógelo y márchate de esta casa.

—Enrique, esto tiene una explicación.

—Y la darás, pero frente a un tribunal. Dispones de cinco minutos para irte. Si en cuanto transcurran continúas aquí —advierde con voz glacial, dándole la espalda deliberadamente—, llamaré a la policía y pasarás la noche en los calabozos.

Lorraine hace acopio de valor y posa su mano en la espalda de su

marido, que se aleja de ella como de un hierro al rojo vivo.

—El tiempo corre, Lorraine. Vete de mi casa. ¡Ahora!

Ella deja caer el ramo, recoge su bolso y vuelve a ponerse el abrigo mientras intenta clamar piedad a Isaac y a su padre, que eluden su mirada.

—¡Grítame, pégame, haz algo, no te quedes ahí parado! —exclama perdiendo las formas y golpeando con el puño el brazo de Enrique, que simplemente se libera de ella y le dirige una mirada gélida.

—No mereces mi ira ni mi desprecio, y mucho menos mi tiempo. He terminado contigo —concluye. La

agarra con firmeza del brazo y, a trompicones, la lleva hasta la salida—. Te haré llegar los papeles del divorcio —sentencia antes de cerrar la puerta a la que hasta el momento ha sido su esposa.

En cuanto termina de escuchar los gritos enloquecidos de Lorie, se echa las manos a la cara y deja escapar toda la tensión acumulada en forma de llanto mudo. Una vez retoma el control de sus emociones, se dirige nuevamente al salón, donde Isaac espera con una mezcla de alivio y vergüenza.

—¿Por qué? —Enrique mira con expresión indescifrable a su hijo y ve, por primera vez en mucho tiempo, al adolescente que es.

—Papá, yo nunca te haría daño —
intenta excusarse Isaac, liberando las
lágrimas que ruedan por sus mejillas
ardientes.

Su padre se coloca frente a él en
dos zancadas y lo abraza con intensidad.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque nunca me creerías.

—Ahora te creo, hijo. Siempre te
creeré.

—Pensé que me odiabas por lo
sucedido —dice enfrentándose a sus
ojos.

—Nunca podría odiarte, Isaac. Soy
tu padre —responde con suavidad—. Es
solo que... me sentía culpable, en parte,
por todo lo que pasó. Fui un cobarde.

Me marché, os dejé a tu madre y a ti...
Me equivoqué, hice una mala elección
que en su momento creí que era la
correcta —reconoce, jugueteando con la
alianza que lleva en su dedo anular. Se
la quita de golpe y la deja sobre la mesa
—. ¿Podrás perdonarme, hijo?

—No hay nada que perdonar —
responde Isaac negando con la cabeza.

En cuanto los ánimos se templan,
deja a su padre digiriendo el duro golpe,
va a su dormitorio y se tumba en la
cama. Mira al techo y sonrío aliviado.

—Ya se ha acabado. Borrón y
cuenta nueva.

Nessa recoloca sus camisetas y vaqueros al ritmo de una canción de Maldita Nerea; ahora comprende por qué a su amiga Beca le gusta tanto el grupo.

El móvil vibra en el bolsillo trasero de su pantalón. Lo saca y lee el mensaje en la pantalla.

I. Montalvo: Asunto solucionado. La arpía rubia ha volado.

—¡Bien! —exclama con entusiasmo.

—Cariño, ¿ocurre algo? —

pregunta su madre asomando la cabeza en el cuarto.

—Nada, mamá. Todo guay.

—Me alegro. Por cierto, bonita canción —dice entrecerrando la puerta.

Nessa: Habrá que celebrarlo.

Isaac mira con determinación la pantalla del móvil.

I. Montalvo: En el baile. ¿Qué dices, Barbie Gótica?, ¿acompañarás a este lisiado? Prometo otro alijo de chupachups.

La chica se tira sobre la cama y

abraza uno de sus cojines para sofocar un chillido de alegría.

Isaac espera con impaciencia su respuesta, que llega al cabo de unos segundos.

Nessa: Me has convencido. Trato hecho.

Ambos se quedan mirando sus móviles y unas sonrisas esperanzadas se dibujan en sus rostros.

ÁNGEL DE ALAS NEGRAS



—Lo que no entiendo es por qué celebran una fiesta de invierno en pleno otoño —comenta Cristina contrariada.

—*Winter is coming* —dice Nessa blandiendo una revista enrollada a modo de espada mientras tararea la canción de *Juego de tronos*. Su madre le arrebató la

Cuore de entre las manos y le da un golpecito en la cabeza—. ¡Vaaale!, te cuento, no seas hostil. Beca me dijo que a todos los del comité esta estación del año les parece deprimente, y la fiesta es como una invocación al invierno, una bienvenida, por decirlo de algún modo —responde elevando la comisura de los labios.

—Vaya, qué místico suena.

—¡Eso mismo pensé yo!, aunque está entusiasmada y es lo único que cuenta. —Su madre asiente con la cabeza. Ambas caminan por el centro comercial a la caza de un vestido apropiado para la fiesta. El raso y las lentejuelas predominan en los

escaparates—. Joder, mamá, son horribles. Me recuerdan a esas horteras películas americanas. No pienses que voy a ponerme ninguno de esos esperpentos —dice acelerando el paso, desesperada y desanimada—. Prefiero ir envuelta en las viejas cortinas de la abuela, fíjate lo que te digo.

—Podríamos apañarlo —responde su madre sonriendo al verla proferir una carcajada—. En cualquier caso, ese es el concepto, hija, una celebración de estilo norteamericano: ponche, decoración temática y etiqueta. A mí me hubiera encantado poder asistir a algo así a tu edad.

—Ya, ya. Encima con máscaras,

¿qué estamos, en carnaval? —protesta sacando uno de sus chupachups y llevándoselo a la boca.

—Vamos a casa, anda, veremos qué tengo en el armario que pueda prestarte, ¿vale? —sugiere rodeándola con el brazo, y se dirigen a la salida del centro comercial.

Las dos emprenden el camino de regreso, aprovechando el momento para hablar de las clases y de la considerable mejoría de Beca, volcada por completo en la organización del evento, que alterna con los estudios. De pronto, Nessa para en seco frente a una pequeña tienda anunciada por un cartel de madera que sobresale de la rústica

fachada, balanceado en sus soportes de forja por una ligera brisa. Se acerca al escaparate, echa un vistazo al interior y se queda prendada del halo casi mágico que rodea a los objetos que atisba al otro lado del cristal.

—Una tienda *vintage*.

—¿De cosas usadas? —Cristina arruga la nariz.

—Se las llama *vintage*, mamá — aclara sonriendo.

—Muy bien, listilla, a ver qué tienen.

Entran en el establecimiento, lo que hace repicar unas campanillas unidas a la vieja puerta de madera.

—¿Puedo ayudarlas en algo? —

pregunta una mujer que aparece con una caja de cartón repleta de zapatos de todas las tallas y colores.

—Venimos a echar un vistazo — responde la chica.

Comienza a recorrer los irregulares pasillos pasando la mano por las diversas telas, se siente como una viajera del tiempo entre atavíos y accesorios de diversas épocas, quizá no tan remotas como para imaginarse danzando entre príncipes y cortesanos, pero sí como para que su mente fantasee con los locos años veinte o los elegantes cincuenta del siglo pasado. Pese a todo, no siente la chispa, esa que te recorre el cuerpo al encontrar una prenda especial

que encaja con lo que tienes en mente para ocasiones de esa envergadura. Está a punto de perder toda esperanza de volver a casa con algo bajo el brazo cuando, a lo lejos, ve un ramillete de tul sobresaliendo de una cortina.

—¿Y eso?

La dependienta se acerca y compone una melancólica sonrisa.

—Un vestido de bailarina que pasó por las manos de una experta costurera para que cambiara los escenarios por una gala. Reconozco que es uno de mis preferidos.

—¿Puedo verlo? —pregunta Nessa con los ojos fijos en la pieza cuya falda sobresale tímidamente del rústico

vestidor.

La mujer de cabello cano retira la pesada cortina y alza una percha de la que cuelga el hermoso vestido. Es negro, con el cuerpo de encaje salpicado de pedrería, lentejuelas en la zona del busto y la falda compuesta por varias capas de tul que le otorgan volumen.

—Es precioso... —musita acariciando la tela.

Cristina descuelga la pieza y se la coloca por delante a su hija, observando satisfecha el reflejo en el espejo de cuerpo entero que tienen frente a ellas. El vestido es largo y le cubre hasta los gemelos.

—Necesitaremos unos zapatos y un

antifaz acordes, ¿no te parece? —dice mirando a la dependienta y guiñándole un ojo.

* * *

Una vez en su casa, guarda las compras en el armario y se echa en la cama boca abajo. Apoya su peso sobre los codos, enciende el iPad y va directa a la aplicación de Blogger; ahí ve varios comentarios para moderar. Se ha puesto el filtro para evitar situaciones como la de Anónimo. Ahora ella tiene el control, de su vida y de su blog.

Unos cuantos son simples

opiniones sobre sus entradas; también se da de bruces con dos comentarios que contienen *spam* y por último ve uno de su ángel de alas negras.

Cold Raven: Filtro antitrolls. Bien jugado, mi señora. Escribo esto y solicito que no lo publiques, como si de una carta sellada con lacre se tratara. Creo que ha llegado el momento de despojarnos de nuestras máscaras y revelarnos el uno al otro en nuestra verdadera forma, por lo que confiaré en la suerte y apelaré al destino invitándote a acudir al baile de invierno del instituto Agustín Álvarez. Si aceptas, espérame al lado del bosque encantado con un tomo de Allan Poe bajo

el brazo para que puedas guardarme entre sus páginas.

Atentamente, tu fiel admirador,
Cold Raven

Nessa se queda perpleja durante unos instantes, releiendo con incredulidad y desconcierto el mensaje. ¿Suerte? ¿Destino? No sabe cuál de los dos es culpable de esto, pero descubrir que Cold Raven va al mismo instituto que ella o que, al menos, tiene relación con este es lo último que se le hubiera pasado por la cabeza. Suena incluso descabellado. «¿Y si al final se trata todo de una farsa o de una cruel maquinación», piensa, dejando que el

temor repite desde lo más profundo y amenaza con hacerse de nuevo con el control de su mente. «No, es imposible. A él lo conozco antes de lo sucedido con Lorca. Es un viejo amigo, mi aliado cibernético. Solo es cosa del azar, Nessa, nada más», se repite abrazando el iPad. Mordisquea nerviosamente la uña de su dedo meñique y levanta los restos de esmalte que todavía perduran.

Imaginaba a su ángel de alas negras a años luz de distancia o, como poco, en la otra punta del planeta. La emoción se va transformando gradualmente en ansiedad y termina alojándose en la boca de su estómago. No sabe qué hacer, siempre había tenido la ilusión de

conocer al chico tras el seudónimo..., al menos hasta que Isaac entró en escena, o, para ser más precisos, hasta que se hicieron amigos. Pero al menos le debe a Cold Raven una explicación, y a sí misma desvelar el misterio. Se incorpora y coge el ejemplar de Poe que la señora Núñez le ha regalado. Lo gira y acaricia la cubierta, recorriendo el perfil con los dedos. «Muy bien, Cold Raven, que así sea.»

DESENMASCARADOS



Nessa llega al instituto con una sonrisa de oreja a oreja. Beca se reúne con ella en la entrada y, tras intercambiar un par de saludos, la pelirroja saca el móvil y enseña un muestrario de vestidos en alta resolución.

—Me costó bastante decidirme. Al final me quedé con...

—¿El verde? —adivina Nessa señalando un modelo de corte imperio y manga larga de encaje.

—¿Tan previsible soy? —Se muerde el labio y frunce el ceño con inseguridad.

—No, tienes las ideas claras. Eso está bien. Es tu color, Beca. Estarás preciosa. ¡Serás la versión sexy de Mérida en *Brave*!

—¿Por lo de cabezona?

—Por la melena pelirroja, petarda —replica aferrando contra su pecho la carpeta.

—Venga, cuéntame qué te ha

pasado. Resplandeces como una bola de discoteca, Ness.

—Lo he encontrado.

—¿A quién?

—¿Eh? Me refiero al vestido. Es tan...

—¿Negro?

—Vaya, parece que yo también soy previsible después de todo.

—No, solo una chica con personalidad, nena —responde mientras la coge y se encaminan hacia las taquillas.

Nessa mira inquieta a un lado y a otro del pasillo.

—¿Has perdido algo?

—No veo a Isaac por ningún lado.

—Sí, se me olvidaba: ha escrito diciendo que no lo esperásemos; tenía asuntos que atender. Ya sabes.

«No, no sé.»

—Ah —esto es todo cuanto Nessa se ve capaz de decir mientras revisa su móvil en busca de un mensaje de WhatsApp; comprueba la cobertura para ver si el hecho de que no tenga ningún aviso se debe a un problema del dispositivo. «Nada, funciona perfectamente. ¿Por qué no me lo ha dicho?», se pregunta con amargura, y vuelve a guardar el teléfono en el bolsillo.

—De todos modos, el plan sigue en pie. Hemos quedado los cuatro en el

baile.

—¿Los cuatro? —repite Nessa mirando confusa a su amiga y sonriendo a medida que comprende lo que eso quiere decir—. Vaya, vaya, parece que Leo se ha lanzado, ¿eh?

—En realidad él viene a pinchar... la música. Lo recomendé y, bueno, le vendrá bien el dinero y es genial en lo suyo, ¿no?

—Ya, claro, sí, sí —replica estallando en carcajadas al ver las mejillas arreboladas de Rebeca—. Lo que tienes que explicarme, Beca, es a qué te refieres exactamente con eso de «en lo suyo».

Ambas vuelven a reír y un par de

minutos más tarde se separan dirigiéndose a sus respectivas clases. Es viernes y eso se palpa en el ambiente. Todos hablan del fin de semana y más concretamente del baile de esa noche, el primero de esas características que da el instituto.

* * *

Isaac ha pasado la mañana recuperando el tiempo perdido con su padre, abriendo el corazón y sincerándose por completo. Han hablado, reído y llorado hasta que no ha quedado ningún lastre que soltar.

Terminan de comer en silencio. Su padre se siente culpable por no haber visto las señales que indicaban lo que sucedía entre las paredes de su casa.

—Nunca dejaré de quererla — confiesa depositando los cubiertos en el plato. Limpia sus labios con la servilleta de tela. Isaac agacha la cabeza y fija la mirada en los últimos guisantes de su plato—. Me refiero a tu madre —añade al ver el rostro ensombrecido de su hijo. El chico guarda silencio, esperando que su padre termine de hablar—. Empezamos a salir muy jóvenes, ¿te lo contamos alguna vez? —Isaac niega con la cabeza—. Era tan preciosa cuando la conocí como el último día que la vi.

Demasiado jóvenes... Fue un error.

—¿Casaros? —pregunta Isaac.

—No, permitir que mis miedos y un capricho nos separaran; dejar morir al amor de mi vida pensando que no la amaba, cuando nunca dejé de hacerlo —concluye con la emoción haciendo temblar su voz—. En realidad, todo este tiempo no estaba tan enfadado contigo por lo sucedido como conmigo mismo por no poder proteger a nuestra familia. —Padre e hijo se ponen en pie y se funden de nuevo en un abrazo—. Lo siento tanto. De verdad que lo siento; me duele cada maldito día —dice sollozando. Le coge por los hombros y le obliga a mirarle directamente a los

ojos—. Si estás enamorado, no permitas que ese sentimiento muera, no tengas miedo de lo que trae consigo y lucha por mantenerlo a tu lado. Si quieres con todo tu corazón, deja que este te guíe. No renuncies a él, hijo. —Isaac recoge la mesa y se despide de su padre, que debe regresar al trabajo—. Hoy es el baile del instituto, ¿verdad? —Se coloca la corbata granate con precisión.

—Sí, ¿por qué?

—Recuerda lo que te he dicho, Isaac: no la dejes escapar —responde guiñándole un ojo antes de cerrar la puerta de casa.

El chico se dirige a su cuarto y coloca el iPod sobre los altavoces. Le

da al *play* y permite que la música se deslice hasta sus oídos. El perfume de Lorraine todavía permanece impregnado en las sábanas e incluso en los poros de su piel, pero sabe que pronto ella será tan solo un mal recuerdo. Ya es cosa del pasado, por lo que sonrío mientras desacopla el pestillo. No lo va a necesitar nunca más.

Abre el armario y ve el traje que ha elegido para el baile.

Su teléfono vibra sobre la mesilla.

2 llamadas perdidas de Nessa.

1 mensaje.

Beca: Llámame, que no te enteras del

móvil.

Pone el dispositivo en manos libres mientras recoge el cuarto y llama a su amiga.

—Por fin. Ya he hecho mi parte, don Juan. Ahora es cosa tuya. ¿Qué tienes preparado?

Isaac abre el cajón y acaricia una máscara envuelta en papel de seda.

—La verdad.

* * *

El Opel Kadett de Ramón se detiene frente al instituto. Él y su esposa

tienen reserva en un restaurante para cenar. Las cosas para ellos tampoco han sido fáciles y bien se merecen un poco de distensión. El padre de Vanessa abre su puerta y le tiende la mano para ayudarla a bajar. Sale del viejo automóvil y se recoloca el vestido, que emite un ligero frufú en cada movimiento. Cristina se apea también. La ha ayudado a arreglarse y ha elaborado un recogido con la melena castaña de su hija, que luce ahora como una pequeña bailarina.

—Estás preciosa, cariño. Como una princesa de cuento.

—Los cuentos no existen, mamá, eso he aprendido —dice esforzándose

en sonreír.

—Uy, hija, te queda mucho por vivir, incluso un «felices para siempre», ¿quién sabe? —Ella acaricia su mejilla y se funden en un cálido abrazo. Cuando se separan, le coloca el antifaz, que enfatiza sus ojos ahumados—. Mi princesa cisne.

Después de despedirse, ambos vuelven a subir al coche y arrancan el motor, alejándose calle abajo.

Nessa ha llamado varias veces a Isaac, las suficientes para darse cuenta de que, por alguna razón, no quiere o no puede responder. Entiende que está pasando por mucho y que, al igual que ella, tiene asuntos que zanjar, aunque le

duele que Beca esté informada y ella no.

Lo único que ha recibido de su parte es un escueto mensaje: «Nos vemos en el baile».

«Nos vemos, eso es todo, como si solo fuéramos a saludarnos y a decir: “Eh, ¿cómo va la noche?” para luego seguir a nuestro rollo, cada uno por su lado», piensa Nessa con amargura mientras se encamina hacia el baile aferrando un pequeño bolso y el libro de Poe contra su pecho. Sus compañeros la saludan e incluso intercambia un par de palabras con una chica que se sienta a dos pupitres de distancia en clase. Todos parecen haber cambiado su actitud hacia ella desde que lo de Lorca

explotara finalmente. Algunos le han dedicado sonrisas y palabras amables en los últimos días, movidos por la culpa. Marcaron a una víctima en lugar de a su verdugo e hicieron escarnio de su desgracia. Otros han sido más valientes e incluso se han disculpado directamente, pero eso a ella no le importa, lo único que le interesa es haber dejado todo eso atrás y poder pasar página. Avanza por los pasillos cercados con globos azules, blancos y plateados. Del techo cuelgan espumillones y motivos invernales en los mismos colores. La música se cuela en sus oídos; conoce la canción y no puede evitar tararearla mientras

continúa caminando; nota su corazón latiendo acelerado como si deseara acoplarse a la melodía.

Una alfombra azul franquea las puertas dobles del gimnasio y le da la bienvenida a la fiesta de invierno.

En cuanto pone un pie en el interior, se queda prendada de la atmósfera lograda. Pequeñas lucecitas blancas y azules parpadean en una reinterpretación fantástica de un bosque, con los árboles de cartón piedra y madera moteados de purpurina y detalles que brillan bajo la festiva decoración, camuflada en un techo también repleto de globos y copos de nieve tapizados de raso que penden

balanceándose suavemente. Una máquina de humo escondida tras una mesa escupe unas volutas aromáticas que otorgan al espacio un aspecto fantasmagórico, irreal, y que la transportan a ese lugar donde habitan los sueños, en el que tantas veces ha visto la silueta de Cold Raven, al que hoy, quizá, ponga rostro. La idea le provoca sentimientos encontrados: ilusión por el hecho de poder conocer a su amigo cibernético y culpabilidad por cómo pueda interpretarse eso. «Quizá ni siquiera le importe», piensa Nessa al evocar el rostro de Isaac y esos ojos turquesa que siempre la observan como si escarbasen en lo más profundo de su

alma. Sabe que esos pensamientos negativos que la azotan no reflejan la realidad: a él le importa; lo que todavía no sabe es hasta qué punto ni de qué forma. Han compartido mucho en poco tiempo, se han sincronizado de una forma que pocas personas pueden comprender. «¿Y si toda la química surgida entre nosotros es solo el fruto de una complicidad nacida de esos temores compartidos y traumas silenciados? ¿Y si realmente no somos más que dos almas errantes, dos asteroides cuyas trayectorias se cruzaron en el momento y el lugar oportunos?» Un escalofrío le recorre la espina dorsal y se esfuerza en relajarse, dejando que la letra de la

canción que suena se filtre en su interior y llene esos espacios habitados por dudas.

Las luces arrancan unos destellos irisados a los ornamentos del busto de su vestido. Un chico le sonríe en un intento de flirteo que ella decide ignorar. Reconoce a Beca a unos metros de distancia. Va envuelta en un precioso vestido verde en contraste con su cabello pelirrojo, que luce en marcadas ondas. La chica está apoyada en una mesa sobre la que Leo, con su gorra sobre la cabeza y una camiseta con un esmoquin dibujado, ameniza la velada mezclando temas musicales con la misma habilidad que un barman

combinaría licores.

En cuanto Rebeca ve a Nessa, sus grandes ojos verdes se abren en una expresión de pura alegría, se acerca a ella asiendo la tela de su falda y la rodea con los brazos, para separarse poco después y contemplarla maravillada. Sus cicatrices están cubiertas por unas mangas de encaje.

—Lo reconozco, habéis hecho un trabajo increíble aquí dentro. Ya podríais haber transformado a las pécoras en carámbanos —dice Nessa mirando a Elisa, que charla animadamente con su nueva «mascota» al otro lado de la mesa de refrescos.

—No somos omnipotentes, pero,

¡Dios mío, Ness, pareces una princesa!

—¿Por qué le ha dado a todo el mundo con eso? —replica bufando exageradamente; echa en falta la mata de pelo tras la que suele ocultar su rubor.

—¿Hechicera tenebrosa?

—Mejor, gracias. —Sonríe y mira a su alrededor nerviosamente.

—No ha venido —dice Beca acercándose a su oído.

—¿Quién?

—Isaac. Todavía no ha llegado. Me ha dicho Leo que se retrasaría un poco.

Nessa asiente con la cabeza en un vano intento de disimular su decepción.

—¿Qué te parece si te enseño todo

esto? —se ofrece con entusiasmo.

—¿Sabes qué? Quédate con Leo, yo daré una vuelta a mi aire, ¿vale?

—Muy bien, te espero allí, en los platos. Los de pinchar, ya me entiendes —matiza riendo y señalando en dirección al chico, que las saluda con una mano.

Nessa camina por el gimnasio, del que tan solo reconoce las espalderas que utilizan en educación física, escondidas ahora tras unas cortinas que enmarcan un paisaje nevado pintado en tela con esmero. Mira el reloj de pulsera, que solo utiliza en ocasiones especiales. Faltan cinco minutos para las nueve. Intentando evitar que una aspirante a

bailarina la bañe en un ponche que porta precariamente en un vaso de plástico, da un paso hacia atrás y se topa con uno de los árboles del bosque de escarcha. Varios rodean una pequeña pista de baile. Se apoya en el más cercano y aprovecha el momento para recolocarse el zapato. No está acostumbrada a los tacones, por lo que ha optado por unos planos pero cruzados, que emulan a los utilizados en ballet. Sus ojos regresan a las manecillas del reloj: dos minutos. Nota el pulso acelerándose por momentos y el libro de Poe cada vez más pesado entre sus brazos. El rostro de Isaac regresa a su mente, así como todos esos momentos vividos y aquel

beso que todavía puede paladear. Cierra los párpados con fuerza y los abre haciendo acopio de valor. Se acuclilla junto al recreado jardín invernal y oculta el libro tras uno de los elementos de atrezo. Un cosquilleo le hace levantar la vista. Unas perfectas pompas de jabón flotan a su alrededor. Los colores se entremezclan y danzan en esas perfectas esferas acuosas. Nessa no puede evitar quedarse ensimismada viendo el espectáculo. Se yergue y vuelve a mirar su muñeca: las nueve en punto. Una parte de ella se agita, reclamando que termine lo que ha empezado; otra respira aliviada. Mira a su alrededor esperando adivinar quién de los asistentes es Cold

Raven.

De repente, unas manos cubren sus ojos con delicadeza y el misterioso le susurra al oído:

—¿Esperas a alguien? —La voz de Isaac acariciando sus oídos logra relajar los músculos de su cuerpo, que permanecía en tensión. Ella niega tímidamente con la cabeza y traga saliva. Él le desliza un rebelde mechón castaño detrás de la oreja. Los ojos turquesa del chico están enmarcados por un antifaz negro confeccionado con plumas y seda—. Mejor, porque pretendo sacarte a bailar. —Le regala una mágica sonrisa y le tiende la mano esperando que ella acepte.

Toman posición justo cuando una nueva canción suena por los altavoces de ese bosque encantado. Minúsculas luces blancas y azuladas se enroscan por una celosía, zigzagueando entre sus celdas guarnecidas con creaciones que emulan hojas, rosas y pequeñas mariposas. Los árboles que los rodean parecen retorcerse hasta un manto nocturno pintado con destreza en una tela sobre sus cabezas. Parece sacado de un cuento de hadas, y Nessa se siente en sus atavíos como la protagonista: una princesa sin castillo, una muchacha sin reino. No le importa, solo piensa en el aquí y el ahora: el tacto de la nuca de Isaac en la palma de su mano, la fricción

de sus trajes en cada movimiento y la danza hipnótica a la que han sucumbido, mecidos por unas notas musicales que hacen suyas con cada paso.

Un par de ventiladores de techo agitan el vestido de Nessa, que se le ajusta a la cintura y se abre como una flor hacia abajo.

Apoya la cabeza en el hombro de Isaac, dejándose embriagar por su fragancia con notas cítricas. La mano de él se aferra con delicadeza y decisión a su espalda y deja escapar el aire en el oído de la muchacha, que contiene la respiración azorada.

—Suspiráis, princesa.

—Por favor, no me llames así —

suplica casi en un murmullo.

—Cierto, mis disculpas —replica de inmediato—. Esos títulos quedan reservados para simples mortales, mi diosa.

Ella contiene la respiración y abre los ojos en un gesto de sorpresa. Isaac la hace girar sobre sí misma y la atrae a continuación de nuevo contra su pecho, bajo el que su corazón late apresuradamente.

La chica se fija por primera vez en el material que ornamenta la máscara de Isaac.

—Son plumas negras. Las plumas de un cuervo —susurra procesando la información.

Nessa deja escapar una lágrima solitaria que el chico atrapa entre sus dedos. La mira ahora con una dulzura infinita. Han dejado de dar vueltas y se sienten como si flotaran.

—¿Qué haces? —pregunta mezclando el llanto con la carcajada, consciente del rubor instalado en sus mejillas y completamente dispuesta a no esconderlo.

—Quiero ser tu caballero de brillante armadura y tu ángel de alas negras, protegerte de las pesadillas y habitar en tus sueños: acudir volando siempre que me necesites, *¡oh my Gothess!*

Isaac se quita la máscara y recorre

el escaso espacio que separa sus rostros. Ambos se funden en un beso cargado de promesas, tan tierno como apasionado: una declaración de amor carente de palabras, pero rebotante de optimismo.

—¿A quién esperabas, Dark Nessa: al cuervo o al chico?

—A ti, te esperaba a ti —responde mientras se pone de puntillas y vuelven a unir sus labios.

Él la coge de la cintura, la levanta y la hace girar. Su beso se transforma en carcajada y poco a poco sus bocas vuelven a explorarse, anhelantes la una de la otra.

Isaac tensa los músculos de la cara

en un gesto de dolor y Nessa lo acaricia con cariño, recordando de pronto la herida en su costado.

—¡Tú, me has jodido la vida! — exclama alguien a sus espaldas sacándolos de su burbuja. Ambos se vuelven y se encuentran con Lorraine, que camina hacia ellos subida a unos altos tacones y embutida en un escaso vestido de un tono azul que combina con la decoración. Tiene el rostro crispado por la rabia, la misma que destila cada uno de sus movimientos, bruscos y agresivos. Lleva un botellín de cristal en la mano y ríe ahora escandalosamente —. Eres un puto desagradecido —añade volviendo a la carga sin dejar de

avanzar, hasta que su aliento cargado de alcohol les azota en la cara.

El señor Alsina y Mari Carmen, la enfermera, se percatan de la intrusión y se acercan dispuestos a llevarse a la madrastra de Isaac de forma pacífica.

—Acompáñenos, por favor, no haga un escándalo. Es la fiesta de los chicos —exige con diplomacia y firmeza el director, enhebrando su brazo en el de la mujer.

Ella parece ceder en un primer instante y deja los brazos flácidos a ambos lados del cuerpo, permitiendo que la guíen hacia las puertas.

Isaac coge a Nessa de la cadera y se coloca un paso por delante de ella en

ademán protector.

—No dejemos que nos arruine la noche, ¿vale?

La chica lo echa a un lado y esquiva a Lorraine, que se ha zafado de los anfitriones de malas maneras y está decidida a dar el espectáculo.

—¡Zorra! —exclama histérica mientras Isaac y Ricardo intentan controlarla.

En uno de sus movimientos, la arpía rubia agarra la falda de Nessa, que cruje por la costura. Ella, invocando toda la rabia que todavía acumula, cierra el puño y la golpea con fuerza en la mandíbula, haciendo que trastabilleara hacia atrás y se lleve la mano, coronada

por unas uñas perfectamente maquilladas, al labio.

Lorraine y los demás asistentes la observan ahora sorprendidos.

—Eso es por Isaac, perra —dice cuadrándose—. Y esta por mi vestido —añade dándole una sonora bofetada.

Ricardo y Mari Carmen consiguen sacar a Lorraine de la fiesta y algunos de los asistentes, que ni siquiera saben de qué va el asunto, prorrumpen en un sonoro aplauso acompañado de silbidos histéricos.

Nessa entierra la cara en el pecho de Isaac, que no puede contener una risotada.

—He sentido un *déjà vu* —farfulla

haciendo alusión al enfrentamiento en la nave.

—Por suerte en esta ocasión no había objetos punzantes de por medio. Por cierto, recuérdame que nunca toque tus vestidos, Barbie Gótica.

—Y a mí que no me deje la cámara si quieres probártelos en un desfile privado, novato.

Los dos se abrazan e Isaac la guía hasta el centro del bosquecillo, donde vuelve a asirla de la cintura mientras las primeras notas de *Una historia sin fin* comienzan a sonar.

Leo alza el pulgar en su dirección con su mano izquierda anclada al hombro de Beca, que les guiña un ojo

cómplice.

—¿Por dónde lo habíamos dejado?

—dice tomándola de la barbilla, y la besa con dulzura.

Epílogo



Isaac y Nessa intercambian risas y confidencias sobre una recia manta en la que han desplegado el contenido de una cesta de mimbre en un romántico pícnic nocturno organizado por el chico. El brillo áureo reflejado por la luna se cuelga a través de los cristales del amplio invernadero en el que comen a la

luz de unas velas y rodeados por distintas variedades de frondosas plantas y aromáticas flores, cuyos perfumes se combinan en armonía extasiando sus sentidos.

La noche anterior bailaron dejando atrás con cada nueva canción una mala experiencia acumulada, prometiendo no permitir que las sombras de su pasado eclipsaran su futuro.

Nunca más.

Aspiran el aroma vegetal que se entremezcla con el de la comida. Ambos cierran los párpados y escuchan el hipnótico sonido del riego automático. Algunas de las gotas de agua caen sobre sus rostros y se acumulan en las

pestañas.

Isaac abre una sombrilla y la coloca en un soporte que Nessa no sabe cómo diablos ha conseguido.

—¿Quién te debía un favor? —sondea con curiosidad rompiendo el silencio.

Él le dedica una sonrisa cómplice.

—El guarda de seguridad no pasará hasta dentro de unas... —hace un inciso para mirar su reloj de pulsera— cinco horas —responde finalmente, le guiña uno de sus ojos aguamarina y sirve tarta de un tono rojizo en el plato de Nessa, que la acepta de buen grado.

En cuanto paladea el bizcocho y la crema, un gruñido de satisfacción

emerge de su garganta.

—¿Te gusta?

—No sabes cuánto. ¿Dónde la has comprado?

—La he hecho yo, se llama Terciopelo Rojo. Lo sé: muy cursi, incluso para mí. La de cosas que se pueden aprender en Youtube.

—Vaya, vaya, eres una caja de sorpresas —replica ella, que vuelve a llevarse un pedazo a la boca y saborea el delicioso postre—. Me pregunto cuántas más esconderás. —Ladea la cabeza y esboza una sonrisa. Desea reducir el espacio que los separa y volver a sentir sus manos en la cintura y su boca en la de ella.

—Para ti, ninguna —responde acariciando la cara de la chica y eliminando con suma delicadeza una pincelada de nata de su labio inferior. Sonríe al verla enrojecer por momentos —. Pregunta, y tu curiosidad será satisfecha —dice robándole la cuchara y llevándole a la boca el siguiente pedacito de color escarlata.

—¿Te gusto?

—Me encantas, aunque eso ya lo sabías —responde riendo y entrelazando los dedos de la mano con los de ella.

—¿Quieres besarme?

—Me muero por hacerlo — reconoce mirándola con intensidad. Aparta la vista y de pronto se lleva una

mano a la nuca y arquea las cejas. Profiere una risa cargada de nerviosismo—: besarte, quería decir.

No es eso lo que quiere decir, por supuesto que no. Desea fundir sus labios, memorizar cada curva de su cuerpo, aspirar el aroma de su piel desnuda, hacerla suya. Pero es consciente de todo por lo que ella ha pasado y lo último que quiere es asustarla.

—Sé lo que has querido decir — susurra Nessa tan cerca de su oído que el chico traga saliva.

Ha acortado distancias, colocándose a su lado y apoyando la cabeza en su hombro. Isaac la rodea con

el brazo atrayéndola hacia él hasta que nota el latido de su corazón acelerarse. Su boca es como un imán y ambos se besan. Primero con una ternura que da paso a la pasión, un fuego abrasador que los recorre por dentro y amenaza con hacerles perder la compostura. Es Isaac quien retrocede haciendo acopio de fortaleza. Toma aire y se tumba mirando al cielo, tan oscuro esa noche que los cuerpos celestes parecen brillar con mayor intensidad. Vanessa se tiende junto a él.

—¿Ves todas esas estrellas? Existen tantas que no podríamos contarlas ni con los dedos de las manos de todos los habitantes de la Tierra.

Pues, ¿sabes qué? Algunas de esas fulgurantes esferas hace tiempo que murieron y hasta nosotros solo llega el eco de lo que un día fueron.

—Son como fantasmas, hermosos espectros luminiscentes —añade ella sin dejar de mirar la cúpula celeste.

—Son solo recuerdos cuyo resplandor, al igual que todo ese dolor que todavía te aguijonea, irá remitiendo —añade, apoyándose sobre el codo. Se cierne sobre ella y retira su rebelde mechón.

Está a punto de volver a poner distancia entre ellos cuando Nessa entrelaza ambas manos alrededor de su nuca, impidiéndoselo y negando con la

cabeza.

—No te vayas.

—No lo haré, pero tú tampoco me abandones.

—Nunca —promete, lo atrae y le besa, permitiendo que sus lenguas dancen en sincronía.

Él le coge las manos y las aparta con suavidad. Vuelve a establecer una distancia de seguridad, se odia por desearla tanto y maldice la erección creciente que intenta ocultar por todos los medios.

—¿Qué te ocurre, Isaac, no te gusta? —pregunta ella con la duda sobrevolando sus pensamientos; de pronto se siente pequeña e insegura, y

baja la cabeza, ligeramente avergonzada.

—Al contrario, mi señora —dice poniendo énfasis en sus palabras y regresando a su rol de Cold Raven. Eleva la barbilla de la chica hasta que sus miradas conectan nuevamente y le arrebatada por unos instantes el aliento. Eso es lo que provoca en él—. Cada fibra de mi ser te reclama, pero esperaré el tiempo que haga falta. Solo con estar a tu lado me conformo. Quererte es más que suficiente —dice depositando un casto beso en la mejilla de Nessa, que coge su cara entre las manos y lo mira fijamente, consciente de lo que acaba de escuchar.

—Pues no pienso ponértelo fácil, mi caballero alado —replica elevando la comisura de los labios en una sonrisa traviesa, y se quita el jersey en una sucesión de movimientos que al chico se le antojan de lo más eróticos. Se queda en sujetador ante la asombrada mirada de Isaac, que no sabe cómo reaccionar y mantiene una pugna interna entre conciencia y deseo—. Yo también quiero esto, lo quiero todo. A ti —susurra Nessa a unos centímetros de distancia. Luego cubre de pequeños y sensuales besos su cuello y le arranca un gemido. El chico aferra la manta con ambas manos, luchando por mantener el control.

—Barbie Gótica: estás jugando con fuego.

—Lo sé, y por una vez... quiero abrasarme en él —asevera despojándolo de su camiseta. Recorre con sumo cuidado la cicatriz de su antebrazo, primero con sus dedos y a continuación con los labios, y deja que las manos vaguen por el abdomen del chico, que se estremece de placer bajo su cálido contacto y contrae los músculos.

—Te mereces el momento perfecto y el lugar idóneo —dice acunando su rostro y besándola con devoción y pasión, aferrándose al poco autocontrol que le queda.

—¿Qué mejor lugar que aquí y qué

momento más perfecto que el ahora? *Carpe diem*, Cold Raven —replica mientras se deshace con deliberada lentitud del sujetador, lo arroja a un lado y le reta con la mirada, riendo entre nerviosa y excitada.

El tenue resplandor anaranjado de las velas proyecta algunas sombras a su alrededor, y la suave piel de la chica es contemplada por Isaac, que la observa como si de una aparición se tratara.

Todo el temor que sentía y la vergüenza que embargaba a la muchacha al imaginarse varias semanas atrás frente a otro chico de esa forma, desnuda, expuesta..., se desvanecen cuando está con Isaac. Su mera

presencia es un bálsamo para las heridas de su alma, y es recíproco: una simple sonrisa de esa chica de ojos color avellana despierta en él más sensaciones que cualquiera de los tórridos encuentros que mantuvo con Lorraine, lapidados en la memoria, condenados al olvido.

Isaac la toma con dulzura de las caderas, postrándola con sumo cuidado sobre la manta de color granate. Perfila el contorno de su rostro, explora sin demora la curva de sus hombros y desciende con suavidad sin dejar de mirarla a los ojos ni un instante; retira nuevamente su ondulado cabello castaño que le cubre parcialmente los pechos

desnudos.

—Que así sea.

* * *

Nessa desliza los dedos por la pantalla de su iPad para redactar una nueva entrada en su bitácora.

Buenas noches, insomnes:

Vuestra narradora habitual os saluda desde su pequeña porción del planeta Tierra. Tengo tanto que contar que no sé por dónde empezar, aunque lo mejor será que lo haga por el principio.

Érase una vez una triste princesa

que vivía encerrada tras los muros de una fortaleza. Pasaba los días sonriendo a los miembros de la corte y las noches llorando en silencio en su alcoba. Un maleficio le había robado la voz y nadie podía jamás escuchar sus lamentos, hasta que un cuervo se posó en su balcón a la luz de las estrellas. La princesa acarició su plumaje y supo de inmediato que él podía entender cuanto sentía. Ambos quedaron por siempre unidos y sus pensamientos entrelazados.

Un día la melancólica princesa conoció a un noble que al principio se le antojó presuntuoso, torpe y necio, pero que con el paso de las semanas se reveló como un caballero de brillante

armadura sobre el que también pesaba una terrible maldición, la cual mantenía oculta...

Con el tiempo, entre ellos se forjó un vínculo inquebrantable que desafiaba cualquier lógica.

Cada noche el fiel cuervo visitaba a la muchacha y todas las mañanas el caballero la escoltaba fuera de la fortaleza, al mundo real, con el fin de ayudarla a enfrentarse a los monstruos que la aterrorizaban en sus pesadillas.

Se preparó un gran baile y su amado ángel de alas negras reveló la naturaleza de la maldición que lo asolaba: era un hombre cuya apariencia cambiaba cada puesta de sol,

tornándose ave. Le transmitió su secreto cuando, como cada medianoche, la dama lo acarició con la yema de los dedos y él le hizo llegar sus pensamientos más profundos. «Deseo un baile con vos, mi señora. Acudiré a los festejos, puesto que la luna llena que los acompaña anula el hechizo que pesa sobre mí», le comunicó antes de alzar el vuelo y fundirse con el manto nocturno. El caballero le hizo saber al llegar el alba que también acudiría al evento, y suplicó igualmente el último baile.

Llegó la celebración. La música sonaba, la corte entera danzaba y la princesa, engalanada, esperaba la llegada de su amado caballero y su

aliado hechizado. Cuando estaba a punto de perder toda esperanza, el majestuoso cuervo entró volando por un ventanal trazando piruetas. Descendió en picado y aterrizó en un remolino de plumas irisadas. Una vez tocó suelo, su forma aumentó hasta trazar el contorno de un hombre con una capa azabache. Era el caballero de brillante armadura. Ambos siempre habían sido el mismo ser. Él la cogió en volandas, susurrándole por fin al oído, y sellaron su amor con un beso cargado de pasión y ternura. Este rompió la maldición de la princesa, que recuperó la voz y la sonrisa. Danzaron hasta que los primeros rayos de sol se filtraron por

*los ventanales rebotando en los
lustrosos suelos, y... ¿vivieron felices
por siempre jamás?* Eso todavía no lo
sabemos... La historia no ha hecho más
que comenzar.

Se despide vuestra narradora habitual,

DaRk GoThEsS

Agradecimientos

Esta historia surgió en parte como un reto y en parte como una necesidad. Nunca podré agradecer lo suficiente a Irene que me incitase a escribir el que es mi primer libro realista: eres increíble. También quiero dar las gracias a todos aquellos que seguisteis la historia en la plataforma Wattpad (la Wattybandy) y que con vuestros votos y comentarios la hicisteis crecer. Hoy no habría escrito el punto final de no ser por vuestro apoyo. Sois maravillosos.

Infinitas gracias a mis betas y amigos, muy especialmente a Anita, Dolo, Nidia, Sof, Eva, María, Alan, Antonia y Sergio por lanzarse a la lectura final del manuscrito, y a Nessa, que comparte nombre con la protagonista. Ella ha sido «la línea que une los puntos de mi caótica mente», al ayudarme a dar forma a una historia con la que hemos reído y llorado hasta altas horas de la madrugada, debatiendo sobre lo que acontecía y las reacciones de sus protagonistas, para volverlos tan reales como nosotras mismas.

Gracias también a todos esos blogueros, autores y amigos que se hicieron eco de la historia y me

ayudaron a promocionarla en sus espacios o redes sociales, en especial a Miriam Meza, Sofía (Sopa de Letras), Laura Morales, Alan Dalloul, Beatriz Naveira y Tamara López (Chica Sombra).

Mi eterno agradecimiento a quienes resolvieron mis dudas sobre leyes (Pedro Martínez, Marta Fernández, Eduardo Casas y Jaime Mena), a quienes revisaron con paciencia las escenas en las que participaban los sanitarios (Carlos Gallego y Laura Morales: sois la caña) y a quienes no dudaron a la hora de echarme un cable cuando me entraba la indecisión (Leara Martell, Eva García, Elena Martínez e

Inés Roldán).

Una mención especial a mi editora, Ade, magnífica profesional y gran persona: gracias por confiar tanto en esta historia y apostar por Nessa e Isaac. No me olvido de los demás miembros del equipo editorial, en especial del corrector Germán Molero. Gracias por el *feedback* a la hora de corregir la novela.

Mil besos también a mi padre y a mi novio, por estar ahora y siempre creyendo en mí, aun cuando las cosas se vuelven complicadas.

Un agradecimiento a las que ya no están, pero que en mi corazón siempre tendrán un lugar: mi hermosa hermana y

mi adorada madre, a las que recientemente se ha sumado mi «hermano peludo», Arca. Os amo.

Y, por último, gracias a ti, lector, por continuar viajando conmigo y adentrarte en las páginas de esta novela. Espero de verdad que la historia de Nessa e Isaac os haya emocionado y entretenido y que después de esta os aferréis a otra aventura narrativa. No dejéis de leer, no dejéis de soñar.

BANDA SONORA DEL LIBRO

Canción: *Una historia sin fin*

Intérprete: Mercury Rex

Autor y compositor: Leire Tejada y

Pedro J. Monge

Aquí tenéis el enlace para escuchar
la canción:

<https://www.youtube.com/watch?>

v=Gme6SrO8mzY



ACERCA DE MERCURY REX

Mercury Rex es un proyecto

personal que nace en 2010 del cantante zaragozano Iñaky Averno; bebiendo de las fuentes del hard rock y heavy melódico, inicia un proyecto en colaboración con el afamado productor, compositor y guitarrista del legendario grupo de heavy metal Vasco Vhaldemar, Pedro J. Monge. Ambos se ponen a trabajar en el estudio buscando un sonido actual que combine la dureza del rock con la suave voz de Iñaky, el resultado es el aclamado por la crítica álbum debut de Mercury Rex *Instinto animal* distribuido por el sello madrileño The Fish Factory en España, Japón y América.

En este álbum debut se pueden

encontrar temas como *Instinto animal* o *Luna de hiel* (en colaboración con Juan Luis Serrano, de Obús), y la dulce balada *Una historia sin fin*, canción cantada a dúo con Leire Tejada (Niña Vudu) y que está en la línea de las grandes baladas del rock duro.

Iñaky, Pedro y, por consiguiente, Mercury Rex se encuentran ya trabajando en el estudio para seguir construyendo canciones que sigan encandilando al público rockero más exigente... ¡¡¡¡Que no pare el rock!!!!



Sigue a Mercury Rex en redes sociales:

Facebook:

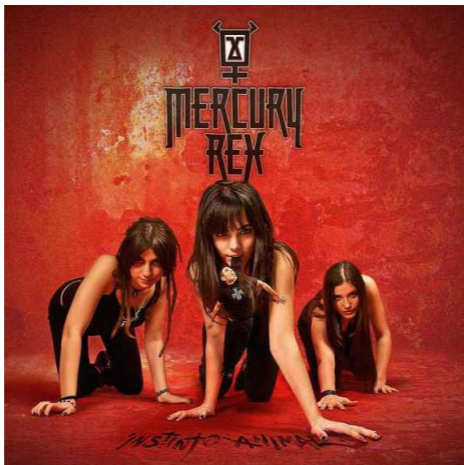
<https://www.facebook.com/mercuryrextrock>

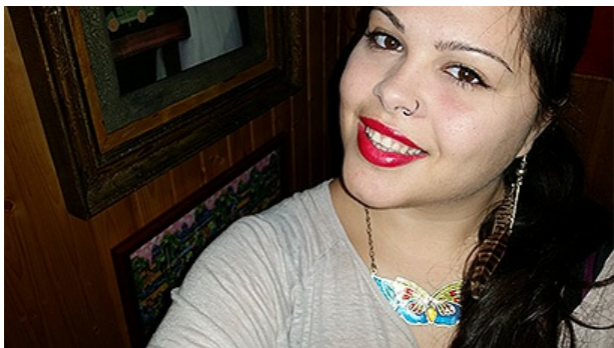
Twitter:

<https://twitter.com/mercuryrex>

**Escucha más canciones del grupo
en Spotify:**

[https://play.spotify.com/artist/7KsHtjxW5rtdTcYvgw4GYf?
play=true&utm_source=open.spotify.co
m&utm_medium=open](https://play.spotify.com/artist/7KsHtjxW5rtdTcYvgw4GYf?play=true&utm_source=open.spotify.com&utm_medium=open)





Lucía Arca es una autora española de literatura romántica y paranormal. La biología *Clanes* fue su debut literario. Es una historia Young Adult repleta de

suspense, amor y giros inesperados que aporta nuevas reglas a la mitología vampírica. Ha participado también en la antología benéfica *Catorce lunas* junto a otras autoras del panorama nacional contando con prólogo de Blue Jeans.

Posteriormente se lanzó a escribir New Adult paranormal con *Esplendor*, primera parte de *Crónicas de Luz y Oscuridad*, una historia de fantasía urbana que combina suspense, acción, aventuras, magia y romance.

Con *Heaven. El hilo rojo del destino*, se adentró en una historia del género New Adult paranormal narrada a

dos voces, una combinación de fantasía, amor y erotismo que habla de la fuerza del destino. Fue publicada en 2015 bajo el sello digital Click Ediciones de Grupo Planeta.

Ha participado en la antología benéfica *Broken hearts*, en beneficio de Asoka el Grande (asociación en ayuda de los animales), y en *Deseo eres tú*, cuyos beneficios van íntegramente a la Fundación Ana Bella para mujeres supervivientes.

Su primera obra de ficción realista es *Oh My Gothess*, un drama juvenil con toques de comedia que habla del poder

de la amistad y en el que trata temas de candente actualidad como el acoso sexual y el bullying.

Esta novela comenzó su andadura en Wattpad y ya ha superado las 15000 lecturas.

Lucía es creadora y administradora del espacio La pluma del ángel caído, así como de varias páginas de Facebook entre las que destaca Autores en busca de editorial y viceversa.

Enlaces de interés:

Web de autora:

<http://luciaarca.wix.com/autora>

Blog literario:

<http://www.laplumadelangelcaido.com/>

Oh, my Gothess

Lucía Arca

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y

siguientes
del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos
Reprográficos)

si necesita reproducir algún fragmento de esta
obra.

Puede contactar con Cedro a través de la web
www.conlicencia.com

o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04
47

© Lucía Arca, 2016

Diseño de cubierta: Lucía Arca y Click
Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
Imagen de cubierta: Shutterstock y Maheshone

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

(España)

www.planetadelibros.com

Banda Sonora: *Una historia sin fin*; intérprete,
Mercury Rex;
autor y compositor, Leire Tejada y Pedro J.
Monge, 2016

Primera edición en libro electrónico (epub):
marzo de 2016

ISBN: 978-84-08-15137-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño
Editorial, S. L.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones:

Heaven. El hilo rojo del destino

Lucía Arca

Mi error fue amar al príncipe. Parte I

Moruena Estríngana

Mariposas en tu estómago (Primera entrega)

Natalie Convers

Ella es tu destino

Megan Maxwell

La suerte de encontrarte

Helena Nieto

La chica de los ojos turquesa

Jonaira Campagnuolo

*Aura cambia las zapatillas por zapatos
de tacón*

Alexandra Roma

*Mariposas en tu estómago (Cuarta
entrega)*

Natalie Convers

Una canción bajo las estrellas

Laura Morales

Viaje hacia tu corazón

Moruena Estríngana

Aura tira los tacones y echa a volar

Alexandra Manzanares

Suki Desu. Te quiero

Kayla Leiz

Mariposas en tu estómago (Quinta entrega)

Natalie Convers

Tú eres mi vez

Judith Priay

Mariposas en tu estómago (Sexta

entrega)

Natalie Convers